

ALESSANDRA NEYMAR

LOS
HIJOS DE LA
IRA

POR LA AUTORA DE
BAJO EL CIELO PÚRPURA DE ROMA

LOS
HIJOS DE LA
IRA

ALESSANDRA NEYMAR

TRILGÍA
LOS HIJOS DEL CAOS
LIBRO 2

Copyright © 2018 Alessandra Neymar
Todos los derechos reservados.

¡Gracias por adquirir este libro!

Únete a mi comunidad y comparte tu opinión con otros lectores.

¡Te estamos esperando!



Te invito también a que leas otras de mis historias.

amazon

Espero que disfrutes de la lectura.

ÍNDICE

ÍNDICE

SINOPSIS

UNAS PALABRAS...

PRIMER ARCO

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

SEGUNDO ARCO

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

El chico de los fideos

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

TERCER ARCO

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Ella

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

CUARTO ARCO

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Paquete trescientos doce

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

QUINTO ARCO

Capítulo 34

Capítulo 35

Immune

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

[Capítulo 41](#)

[SEXTO ARCO](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Bajo el cielo de Roma](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[CRÉDITOS](#)

[¿QUIERES SEGUIR DISFRUTANDO DE TU LECTURA?](#)

[NOTAS](#)

SINOPSIS

¿Qué harías si la traición procediera de alguien en quien confías?

Tras haber llegado a un acuerdo con César, Siena decide entregarse a los lobos para proteger a Jun-Ha y Kim Jae. No tarda en descubrir que su padrino no ha cumplido con su palabra y ellos siguen estando en peligro.

Mientras tanto, Franco no puede hacer nada por evitar que sus chicos sean deportados a su país. Esa quizás sea la última vez que les vea con vida. Pero no imagina que ellos huirán en busca de Siena.

Los tres se encontrarán a mitad de camino, provocando que la situación respire un caos sin tregua, que tan solo Alicia puede controlar.

La presidenta lo tiene claro. Desprovista de poder, es incapaz de enfrentar a sus enemigos y proteger lo que ama. Tendrá que recurrir a una estrategia en la que la mafia tomará partido.

UNAS PALABRAS...

Con la compra de este libro, acabas de obtener un pedacito de mí, además de convertirte en parte fundamental del proceso de creación.

La publicación independiente requiere de muchas horas de trabajo y esfuerzo, que llevo a cabo con mucho gusto.

Por favor, cuida el resultado evitando comerciar con esta obra y anima a que otras personas la adquieran por medios legales.

Cuento con tu apoyo para poder seguir creciendo como autora y mejorar cada día.

Te estaré eternamente agradecida.

*Para ti,
que me miras cuando el resto del mundo
ha olvidado cómo hacerlo.*

PRIMER ARCO

Un mal necesario

«No puedes razonar con un tigre cuando tienes la cabeza en su boca».

WINSTON CHURCHILL

Capítulo 1

Siena

Sobre la mesa hay un vaso de plástico transparente a medio llenar de agua. Al observarlo, intuyo que podría ahogarme en él con tan solo acercármelo a la boca. La triste iluminación que desprende el foco que tengo sobre la cabeza tiñe el líquido de un tono azul y cientos de sombras.

El ambiente es denso, puedo sentirlo si aprieto las manos. Una fina capa de sudor impregna mi ropa. Mi propia respiración me satura las fosas nasales.

Frente a mí, una enorme pared de cristal que me separa de ese alguien que vigila constante. Es apropiado concluir que está estudiando mi actitud. Quizás espera que me vuelva loca.

Pero, aunque creo que ya lo estoy, no voy a mostrárselo.

Tengo cosas más importantes en las que pensar.

Es por eso que cierro los ojos.

Dos pasillos, un vestíbulo. Abandono la comisaría. Salgo a la calle. Plaza de España bajo mis pies. Tomo la Gran Vía de las Corts Catalanes hasta la calle Pau Claris. Puedo verlo, por entre los árboles de Plaza de Urquinaona. La bandera ondea tímida porque hoy hace buen tiempo.

El maldito consulado coreano.

Caminando aprisa podría llegar en veinte minutos. Ese es el tiempo que me separa de Jun-Ha.

Sí, veinte condenados minutos.

¿He hecho bien? ¿He tomado una buena decisión?

Quiero creer que esta es la clase de situación por la que esperar que algo bueno suceda. Una retorcida recompensa. Se supone que quien pierde algo, después encuentra un motivo que mengua las lamentaciones. Soy incapaz de

percibirlo ahora, pero resistiré porque confío.

No, porque deseo confiar.

Nadie debe saber que todo lo hago por él y por su hermano.

Park Jun-Ha. Do Kim Jae.

Tampoco deben saber que estoy dispuesta a entregar cualquier cosa de mí. Una vez llegados a este punto, sobra reconocerlo.

Deseo su bienestar, por encima del mío.

Así que trago saliva, alzo el mentón, desafío a mi reflejo en el falso espejo y me digo que puede caer una lluvia torrencial y, sin embargo, continuaré firme. Porque tengo motivos suficientes.

Se abre la puerta tras un chasquido.

Apenas tengo tiempo de reacción cuando veo a Santiago Lasarte irrumpir en la sala con una expresión en su rostro inédita para mí. Es frágil, tímida, consternada. O puede que algo mucho más profundo que todo eso.

La mirada canela del letrado se concentra en mí conforme cierra la puerta. Reconozco que desea decirme muchas cosas. Todo lo que pueda comentar ahora tiene valor, pero prefiere ser comedido.

—¿Quién te envía? —pregunto agachando la cabeza.

Descubro que he empezado a estrujarme los dedos.

—Mis propias piernas. —Se acerca a mí al tiempo que yo sonrío sin humor.

Santiago acaricia el filo del respaldo de la silla antes de tirar de ella y tomar asiento. Su rodilla queda a unos centímetros de la mía. Huele a buen perfume y un poco de tabaco. Es curiosamente reconfortante que esté aquí.

—Supongo que ellas también tendrán un motivo —comento.

—Varios además.

Le miro de soslayo. Los recuerdos que tengo de este hombre comienzan durante mi paso a la adolescencia. Por entonces, era un hombre tan reservado que apenas se atrevía a levantar la cabeza en presencia de Alicia Duarte. Me sorprende que con el tiempo se haya convertido en su indispensable compañero.

No puedo mencionarla.

Sin embargo, eso no debería importarme. No le debo nada ni le he prometido mi lealtad. Seguimos siendo esas dos extrañas conocidas. Sin más.

Y aun así guardo silencio. Porque percibo que ella está aquí sin estarlo cuando mi propio padre se ha olvidado de mi bienestar.

—A veces, lo que parece maldad, es la mayor prueba de lealtad que existe.
—Santiago sabe que estoy pensando en la señora.

También intuye que no entiendo del todo lo que quiere decir, pero sabré guardarlo. No permitiré que sea un comentario banal.

Vuelve a sonar la puerta.

Esta vez aparece Ulloa. Lleva una carpeta en la mano y una sonrisa mal disimulada en la boca. Se ha preparado bien para este momento.

Lanza la carpeta sobre la mesa y toma asiento frente a nosotros con esa actitud petulante y arrogante que siempre arrastra.

—Bien, señorita Bornay —comenta alzando las cejas—. Ya ha accedido, de modo que hagámoslo sencillo, ¿sí?

—Todo dependerá de lo bien que formule sus preguntas, inspector Ulloa.

Sonríe. Me molesta divertirlo.

—Por supuesto.

Capítulo 2

Franco

Mis ojos se deslizan primero por la punta de mis zapatos, luego por la pernera del pantalón, y llegan a los nudillos de mi mano derecha. Están inflamados. Le he dado un puñetazo a la pared tras haber oído de Se Jun las intenciones de Siena.

Su enrojecimiento me recuerda el tiempo que he perdido en confiar en alguien que creía un amigo íntegro y honesto.

César Castro ha resultado ser un maldito roedor.

Estoy aquí sentado, bajo el techo del consulado coreano, solo y pensando en lo difícil que debe ser para Jun-Ha no tener idea de a dónde ha ido Siena, de qué está haciendo ahora mismo.

Quizás no sabe que la incertidumbre mata tanto como el conocimiento. Pues yo sí lo sé y, aun así, no sirve de nada.

Sin embargo, probablemente sí entiende que, cuales sean las decisiones que ha tomado la mujer que ama, le han ahorrado subirse a un avión. Pero supongo que eso le importa un comino.

Siena no me ha mirado, siquiera un instante, en su recorrido hacia el coche de César. Se han marchado sin mediar palabra mientras los alaridos de Jun-Ha se propagaban en el ambiente.

Michel les ha seguido. Ha dicho que lo mejor era que yo permaneciera aquí mientras él y Santiago se hacen cargo de Siena. Creo que imagina cuán desolado y dividido me hace sentir todo esto.

Ha pasado casi una hora desde entonces, y me cuesta creerlo porque siento que el tiempo transcurre demasiado lento.

Tampoco tengo noticias de Blanca. Tras hablar con Se Jun, la he llamado para pedirle que se dirija a la comisaría y trate de contrarrestar las

consecuencias a las que se expondrá Siena.

Pero nadie habla.

Nadie dice nada.

Y la paciencia, poco a poco, alcanza su límite.

Me levanto de mi asiento, froto mi cabello y avanzo por el pasillo en dirección a la máquina de café. Mis pensamientos comienzan a agotarme. Necesito mantener la mente completamente despierta.

Apenas me acerco reconozco la voz de Se Jun. Proviene del pasillo contiguo. Suena agitada y un tanto asfixiada. Pero no habla en castellano.

Me asomo con cuidado.

Doy primero con Cha Moon Sik, el cónsul. Tiene los brazos en jarras y observa a su hijo con una mueca de angustia. Se Jun le ha clavado un dedo en el pecho y le habla con resentida autoridad. Importa poco ignorar el idioma, el lenguaje corporal de ambos desprende suficiente tensión.

Están discutiendo entre jadeos enervados y gruñidos. Pero no dura demasiado.

De pronto, el joven se aleja frustrado al no obtener respuesta de su padre. Aunque me ve, me evita por completo y se dirige a la salida caminado con dureza. No le importa saber que le sigo con el corazón laténdome en la boca y la extraña sensación de peligro correteando por mis hombros.

—Se Jun, espera —le digo al salir al exterior.

Pero el muchacho insiste en ignorarme, y aprieta el paso. No me queda más remedio que correr, y capturo su brazo antes de darle tiempo a cambiar de calle.

—¿Qué ha pasado? —inquiero obligándole a mirarme.

—Nada. —Se libera de mí y trata de seguir caminando.

—Dímelo —insisto.

—¡He dicho que nada, joder! —Se lleva las manos a la cabeza y mira de un lado a otro. Puedo leer que se siente repentinamente desesperado—. Se lo he pedido. Le he pedido que me lo explique. Que haga algo...

Frunzo el ceño. Se refiere a su padre, y la sensación de alarma crece

erizándome la piel de la nuca.

—¿Qué quieres decir? —Trago saliva—. Se Jun...

—No lo sé, Franco. —Me clava una mirada aturdida, temerosa—. No lo sé, pero... Si resulta que es cierto, me volveré loco.

Termina engulléndome el enrojecimiento de sus ojos y comienzan a temblarme las manos.

La relación entre padre e hijo es absolutamente estable. Ambos se adoran, se apoyan, se respetan. Cha Moon Sik ha logrado ser el tipo de progenitor que se convierte en el modelo a seguir de su descendiente. Que este dude, es insólito.

—Lo que dices es demasiado serio. —Cabe la posibilidad de que todo esto le haya nublado el juicio.

—¿Crees que no lo sé?! —exclama. Incluso a él le cuesta dudar—. No es el mismo hombre desde que Siena ha regresado. ¿Entiendes lo que quiero decir? Bebe demasiado, apenas come o duerme. Se pasa las horas pendiente de su teléfono y lo esconde cuando aparezco... —Se detiene a coger aire—. Tú también sospecharías, ¿no?

Pestañeo inquieto. Empiezo a entenderle y me da miedo llegar a más.

—Quizás...

—Creo que está involucrado —me interrumpe.

Por un instante, contengo la respiración.

Capítulo 3

Jun-Ha

Debería bastar con tirar la puerta abajo y echar a correr. Dar alguna patada, partir algunos huesos, robar un coche, acelerar hasta hacer rugir el motor. Envolver las mejillas de Siena, clavar mis ojos en los suyos y decirle que la odio con todas mis fuerzas.

Pero desearlo no implica que pueda hacerlo.

Me han esposado a los barrotes de la ventana. Ni siquiera puedo sentarme. Tengo el trasero apoyado en la pared y la cabeza tan gacha que incluso me duele el cuello.

La incertidumbre carcome mis entrañas. Si cojo más aire de lo normal, temo que mis pulmones estallen. Estoy peligrosamente cerca de ser engullido por mi propia furia.

Kim Jae permanece en un rincón, a unos metros de mí. Se ha llevado las piernas al pecho y apoyado la frente en las rodillas. Él también está esposado, pero goza de margen de respuesta. Aunque poco importa, dado que no estamos solos en esta habitación.

Dos tipos españoles armados custodian la puerta armados.

—Sabes que detesto que me ocultes el rostro —rezongo mirando a mi hermano.

—En esta ocasión, tendrás que soportarlo. Y tampoco soy el único que lo oculta. —Su actitud me debilita, pero no puedo pedirle que la cambie cuando él también sufre por las consecuencias.

Suena la puerta. Dos golpes diligentes. Tras la madera, espera alguien impaciente. Uno de los guardias le da paso.

Cha Moon Sik no es del tipo de persona que goza de resistencia emocional. Más bien, parece que la situación está a punto de devorarlo. Es débil y un

tanto cobarde, por lo que sobrevive en este mundo gracias a la sumisión.

Conozco a esa clase, la sociedad coreana está plagada de ella. Son los llamados marionetas del poder.

Me mira por encima del filo de sus gafas graduadas. Detecto un rastro de nostalgia en sus pupilas conforme entra lento en la sala. Su silueta destella en la pared, entrecortando los rayos de sol que se cuelan del exterior.

No viene solo. Dos hombres más le acompañan.

—No debería haber rechazado la orden, capitán —dice bajito, vacilante y en mi idioma—. Se hubiera ahorrado toda esta lamentable situación.

Aprieto los dientes. Kim Jae se levanta del suelo como un resorte y adopta una posición de ataque.

—¿Hasta dónde sabes? —gruño.

—¿Olvida los formalismos?

—Así como tú olvidas los trámites legales. —Porque ni siquiera han respetado el asilo que nos corresponde como ciudadanos en nuestra propia embajada.

Moon Sik asiente con la cabeza como si fuera un autómatas.

—Bien, entiendo... —suspira.

—Eso es bueno. Ahora habla —le exijo—. ¿Por qué un simple diplomático tiene acceso a una información confidencial y fuera de servicio?

A menos que esté dentro, no tiene sentido que sepa que me negué a un asesinato.

—Aquella noche, cuando decidieron asignarle la misión de eliminar a Song Hye Rim..., yo estaba allí —comenta tímido.

A estas alturas, admitir que la noticia me impresiona, casi me parece una hipocresía, pues hemos estado expuestos a situaciones de lo más desconcertantes y aterradoras.

Pero esta información no deja de ser perturbadora.

—¿Tú lo decidiste? —pregunto.

Apenas soy capaz de pestañear. Solo tengo atención para los ojos de esta alimaña.

—Fui uno de ellos... Sí.

Le ha costado mucho hablar, y ni siquiera lo ha hecho mirándome. Pero no es eso lo que más me preocupa. El acero de mis esposas resuena en la sala, me han empezado a temblar las manos. Incluso he empezado a ver borroso.

—¿Por qué? ¡¿Por qué?! —grito.

—¡Porque eras el mejor! —exclama él provocándonos un escalofrío a mi hermano y a mí—. Tu escuadrón era el mejor. No conocíais el error. Era imposible que vosotros, que tú, os equivocaraís en esto.

¿Así que de eso se trata? Ser eficiente, responsable, competente, cualidades lógicas en una persona que pretende hacer bien su trabajo. Resulta que esa actitud nos llevó a la ruina.

En el caso de mis compañeros, les valió la muerte.

—¿Considerasteis mi negativa en algún momento? —inquiero con los ojos cerrados.

—Habla, maldito canalla —gruñe Kim Jae, deseoso de poder librarse de la sujeción de sus esposas. Un severo enrojecimiento se ha adueñado de su mirada.

Moon Sik se detiene un instante a coger aire. Es entonces cuando reparo en que ha convertido sus manos en puños.

—Pensamos que... se impondría la lealtad al rango.

—Pero... —jadeo.

—Sí, pensamos en la negativa. —Agacho la cabeza. Es una suerte que esté encadenado de un modo en que me obliga a estar de pie. De lo contrario, no creo que pudiera mantenerme recto—. Y entonces... se cruzó la hija de Gonzalo Bornay.

Le miro de súbito. La profunda ira que mastico me aturde de repente. Tanto que apenas sé si podré mencionar algo.

En cambio, mi hermano responde de un modo diferente. Gruñe y enseguida se remueve tratando de acercarse al cónsul.

Uno de los guardias españoles termina interponiéndose.

—¿Te muestras sin más como uno de los cabrones que están detrás de todo

esto? —rezonga furioso, apartando de un manotazo las manos del agente—. ¿Con qué intención, maldito hijo de puta?

—Yo mismo intenté detener a Siena —declara suplicante—. Ahora ya es demasiado tarde.

Porque, que confiese su implicación, ya no cambia los hechos y mucho menos sirve de algo. Nos está anunciando nuestra sentencia a muerte.

—También lo es para ti —mascullo—. Reza para que no encuentre la oportunidad de escapar. Porque en cuanto lo logre, serás el primero en caer.

—¡Conocéis la jerarquía coreana! —grita desesperado. Supongo que, de alguna manera, entiende que seré capaz de escapar y matarle—. ¡Es una orden piramidal que no puede ignorarse! Lo contrario, excluye o mata.

—Y tanto que mata, cónsul Cha Moon Sik. Ya veremos quién cae primero.

«Tendrás que perdonarme, Se Jun», pienso mientras su padre niega con la cabeza. Arrepentido, asqueado y un tanto asustado.

—Lo siento mucho. De verdad —murmura—. No espero que lo entendáis. Pero no puedo hacer más.

Abandona la habitación mucho más abatido y consternado que cuando ha entrado.

Capítulo 4

Siena

—Entonces, ¿dice que no recuerda nada porque no tiene control sobre lo que hacen sus entidades? —insiste el inspector Ulloa.

Todas las preguntas que ha mencionado en los últimos quince minutos llevan como trasfondo una enfermedad mental que no existe. Él mismo, junto a César y demás implicados, han creado un historial que me deja desagradablemente expuesta.

—Usted debería saberlo mejor que yo. Si le parece, responderé que sí —digo irónica.

Lentamente, le estoy sacando de quicio. Ulloa no es un hombre con paciencia.

—Siena, acordamos que sería más concreta —protesta.

—¿No estoy siéndolo?

Me levanto de la silla y acaricio el filo de la mesa.

He llegado a un trato con César y estoy acatando las condiciones impuestas. No hay necesidad de fingir un interrogatorio cuando ellos mismos han diseñado las respuestas. A menos que quieran utilizarlo en mi contra si surge algún imprevisto. En cuyo caso, jugaré. Ser ambigua puede dárseme muy bien.

Miro la cámara que hay en una de las esquinas superiores. Un punto rojo parpadea. Fuerzo una sonrisa. Es mejor que me sepan arrogante a que descubran lo asustada que estoy en este momento.

—Basándonos en la falsa hipótesis de padecer un desorden de la personalidad múltiple, por el cual he desarrollado tres entidades, además de la mía propia, ¿cómo demonios espera que sepa lo que estas hacen? No parece que podamos irnos de cañas los cuatro juntos.

Al inspector se le endurece el gesto. Es bueno que al menos se dé cuenta de que me estoy burlando de él.

—Déjese de ironías.

—Debería haberse informado mejor antes de entrar —replico y él da un golpe en la mesa antes de levantarse.

—¿La amnesia tiene algo que ver con su trastorno?! —vocifera.

—¿Qué quiere que responda?!

—¡Diga qué sí, maldita sea!

—¡Inspector Ulloa! —exclama Santiago interponiéndose entre los dos.

—¡Sí! —grito y la sala se sume en un silencio escalofriante. Ni siquiera se escuchan nuestras respiraciones.

Concentrada en la mirada del inspector, tuerzo el gesto y formo una desquiciante sonrisa.

—Es probable. —Ambigüedad que termina de trastornar a Ulloa.

Empuja su silla y se lanza a por mí, más que dispuesto a estrangularme con sus propias manos.

—¡Basta! —Santiago le empuja con fiereza—. El interrogatorio ha terminado.

—No puede detenerlo a su antojo. Necesitamos una confesión.

—Ustedes mismos la han creado, ¿no es así? Lo que necesitan es una evidencia gráfica para exponer a mi cliente. —Lasarte lo sabe tan bien como yo—. Sois listos, pero no olvidéis que vuestros oponentes también pueden serlo.

Ulloa coloca los brazos en jarras y echa la cabeza hacia atrás antes de empezar a reír exasperado. Dura poco, enseguida me mira con severo regocijo.

—Déjeme informarle que será trasladada a la Clínica Betancor, confiese o no. —Ahora es él quien recurre a la ironía—. Por el momento, su enfermedad es un riesgo para la sociedad.

—Dígame, ¿lo seguirá siendo cuando se libren del problema?

Avanza un par de pasos. Santiago insiste en interponerse.

—Tenga cuidado, Siena. Tenga mucho cuidado.

Chasqueo la lengua.

—¿Cómo sabe que soy Siena? —Puestos a fingir que he perdido la cabeza, ¿qué más da regocijarse en ello?

El inspector levanta una mano completamente abierta y se dispone a lanzarla hacia mí sin esperar ser arrojado contra la mesa. Santiago ha clavado sus dedos en el pecho y le ha empujado lejos de mi alcance.

Enseguida se gira para capturarme del brazo, invitándome a salir de la habitación.

—Vamos —murmura.

Tras la madera, nos espera César con las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón. Por su expresión, deduzco que ha escuchado toda la conversación.

—Hemos seleccionado una habitación con vistas al jardín, para que no te aburras demasiado —anuncia medio sonriente.

Temo que el resentimiento que siento por él me lance a su cuello. Así que agacho la cabeza, aprieto los ojos y me obligo a respirar con calma.

Franco

Cuando la pasada noche, Alicia Duarte mencionó el nombre Cha Moon Sik, creí que exageraba demasiado, que era una hipótesis bastante movедiza.

La reunión trascendió bajo suposiciones sujetas a grandes debates. Intuimos que estamos frente a una sofisticada y exclusiva red de perversiones a la carta que abarca todo tipo de acciones.

Pero son precisamente eso, meras teorías.

Ahora, justo en este instante, lo que más me preocupa es el poco tiempo que requiere la situación para desbordarse. La ignorancia es nociva, pero el conocimiento a veces es mucho peor.

Se Jun lleva sospechando de su padre los últimos días. Ajeno a cualquiera de nuestros descubrimientos, él ha percibido detalles con los que sacar una

conclusión que teme.

Me ha contado que César ha visitado su casa más veces de lo habitual y que ambos hombres se encierran en la sala durante horas. Una de las ocasiones incluso se les unió el inspector Ulloa. Alarmante, teniendo en cuenta que el español y el cónsul supuestamente no se conocen.

«Supuestamente...».

—¿Por qué no lo has comentado antes? —pregunto pellizcándome el puente de la nariz.

—¿Cómo demonios esperas que explique algo que ni siquiera entiendo, Franco? Yo... —Agacha la cabeza—. Quería estar seguro de qué decir.

—Estamos hablando de cosas muy graves, Se Jun.

Lo sabe bien y por eso me muestra lo indefenso y perdido que se siente.

—¿Cuánto habéis averiguado? —inquire, aunque ambos sabemos que no está preparado para escucharlo todo.

Trago saliva.

Si le digo que probablemente las personas que están metidas en este problema han violado o asesinado a gente inocente, es posible que se derrumbe. Y yo no sabré cómo ayudarle.

—En caso de que todo saliera a la luz, tu padre no se libraría de una condena mínima de cuarenta años. Puede que incluso más. Tú conoces mejor que yo las leyes de tu país. —Termino desviando la vista.

Me hiere ver cómo Se Jun se estremece hasta quedar al borde del llanto.

—*Eotteohge* ^[1]... —resuella en su idioma—. Esto es de locos...

Ha empezado a balancearse de un lado a otro con movimientos torpes y erráticos. Quiero poder acariciarle y tratar de llamarle a la calma, pero el timbre de mi móvil suena en el bolsillo de mi pantalón.

Me lanzo a por él tras reconocer el nombre de Michel parpadeando en la pantalla. Son las doce de la mañana.

—Dime.

—Acaba de empezar la rueda de prensa —comenta mi amigo. Reconozco su fuerte inquietud—. En cuanto termine, Siena será trasladada a la Clínica

Betancor.

—Michel, ¿cómo demonios hemos llegado a esto, eh? ¿Te haces idea de lo difícil que será sacar a Siena de ahí?

Se Jun me mira desconcertado y se acerca a mí.

—¿Qué sucede? —indaga.

—Entra en últimas noticias. Ulloa ha empezado una rueda de prensa.

El joven enseguida se lanza a por su teléfono móvil y empieza a buscar canales *online* que retransmitan el directo.

Miro al cielo. Las pulsaciones se me han disparado.

—Es lamentable, lo sé —añade Michel al otro lado de la línea—. Pero encontraremos una solución, ¿de acuerdo? La ventaja es que los chicos siguen estando aquí.

El rumor de unos pasos, el tintineo de unas esposas.

Busco de dónde proviene el sonido sin esperar encontrarme con esta imagen.

—Por poco tiempo —jadeo. Mis ojos se han clavado en los de Kim Jae.

El teléfono resbala de mis dedos hasta caer al suelo antes de lanzarme a la entrada del consulado.

Capítulo 5

Jun-Ha

Después de haber visto la conflictiva reacción de Franco y Se Jun al empujarnos al interior de este furgón, puedo confirmar que el acuerdo de Siena tenía como objetivo nuestra liberación.

Pero, al parecer, ninguno ha contado con que César Castro les traicionaría. En este momento, nos dirigimos al aeropuerto.

Tras el conductor y su copiloto, hay un policía sentado entre mi hermano y yo. Un poco más atrás, custodiando la retaguardia, otros dos policías. Fuera, cuatro patrullas nos abren y cierran paso. Parece la unidad que traslada a un par de terroristas.

Se respira un denso silencio, tan solo interrumpido por el parloteo de la radio.

Kim Jae ha empezado con su típico tic de piernas. Tiene la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y de vez en cuando me echa una ojeada que yo respondo con resignación.

Creo que ambos hemos asumido ya que, en cuanto pongamos un pie en Corea, nos meterán un tiro en la cabeza. No habrá sentencia ni prisión federal, como habíamos creído en un principio.

Súbitamente, un escalofrío me atraviesa con violencia. Reconozco la voz de Ulloa que surge de la radio a un volumen bajo.

—Cabe especificar que Siena Bornay será internada en un centro especializado de máxima seguridad para mantener su estabilidad y la misma de quienes le rodean —explica, y detecto un enrevesado regocijo en él.

La furia comienza a latirme en el vientre y, poco a poco, se hace con mis extremidades. Está próxima a desbordarse.

Ulloa continúa hablando, pero ya no puedo oírle. Mis propias pulsaciones

me ensordecen. Cierro los ojos y aprieto los dientes.

Enfadarme con Siena por sus decisiones no razona todo esto. Ella no podía saber cuán honesto sería César con el acuerdo. No podía imaginar una traición así.

De hecho, nadie lo hubiera esperado.

Sin embargo, he dejado de ser cabal, tengo poca autoridad sobre mi sentido común.

Puedo tolerar que Siena se haya entregado para librarnos a mi hermano y a mí de una extradición. Pero dejo de aceptarlo cuando me encuentro esposado y de camino a un maldito avión. Porque entonces no puedo hacer nada por Siena, y eso es lo que más me carcome y hiere.

Miro a Kim Jae. Se ha incorporado en el asiento y observa la radio como si en cualquier momento fuera a salir algo de ella.

Me devuelve la mirada, percibo en él la misma furia que yo siento. Es desconcertante, ácida, abrasadora y muy exigente. Ha asumido el riesgo y no le importa nada de lo que pueda ocurrirle. Ahora solo debemos concentrarnos en la oportunidad.

Kim Jae analiza el chaleco del policía que nos separa. Dentro del bolsillo más pegado a su corazón, están las llaves de estas esposas.

Yo, en cambio, me concentro en el copiloto. Es él quien tiene el arma más cercana a mi alcance.

Vuelvo a mirar a mi hermano. Es momento de iniciar una cuenta atrás para sincronizar nuestros movimientos. Nos conocemos bien, tenemos experiencia, no hace falta que nos digamos nada.

Muestro dos dedos. Después uno. Y formo un puño.

Me lanzo al copiloto, cojo su arma y le pego un tiro en la cabeza. La sangre salpica todo el parabrisas un instante antes de que el cuerpo sin vida del hombre se desplome sobre la palanca de cambios.

El conductor ha frenado bruscamente al tiempo que ha girado el volante. Noto cómo las ruedas chirrían y el furgón se tambalea de un lado a otro, a punto de perder el control.

Kim Jae le ha dado un codazo en la boca a su objetivo y ha cogido las

llaves de las esposas. Para cuando abre la puerta, uno de los policías de atrás salta sobre él.

Sin pensarlo demasiado, vuelvo a disparar y empujo a mi hermano fuera del vehículo antes de seguirle.

Tropiezo un par de veces conforme recupero el equilibrio, y echamos a correr.

Cuatro patrullas y una sola arma con apenas unas pocas balas.

Debemos ser muy veloces si queremos lograr algo.

«Más nos vale sobrevivir...», pienso mientras el aliento se me amontona en la boca.

Siena

Los *flashes* fotográficos aniquilan mis pupilas a la salida de la comisaría. Un centenar de periodistas obstruyen el camino hacia el vehículo. Son apenas unos metros y parece que estoy atravesando un desierto.

César tira de mí mientras que un grupo de policías nacionales tratan de alejar a los reporteros más osados. Mantengo la cabeza agachada, quiero ocultar mi rostro. Me cuesta respirar. Los alaridos me perforan los tímpanos.

Me gustaría ser engullida por el asfalto.

«La investigación del caso Bornay ha concluido tras analizar exhaustivamente el estado psicológico de la víctima», recuerdo la voz de Ulloa durante la rueda de prensa que ha tenido lugar hace unos minutos.

Ha mirado con autoridad hacia las cámaras y hablado en un tono cercano al de un político muy confiado en sus mentiras.

Durante el discurso, los presentes han ahogado algunas exclamaciones ante la sorpresa. «Oh, Dios mío, la hija del buen Gonzalo Bornay está loca», es lo que seguramente han pensado. Pues ahora, en medio de los lobos, sus títeres no dejan de observarme como si fuera un maldito riesgo social.

No tardarán en convertirme en titular, en crear eternos debates de dudosa profesionalidad comentando lo peligrosa que soy para la sociedad.

Muchos me tendrán pena.

Otros, miedo.

Algunos, incluso aversión.

«Siena Bornay presenta un desorden de la personalidad múltiple, con al menos tres entidades que sepamos hasta el momento. Por tanto, podemos concretar que la amnesia se debe a la ausencia de consciencia durante el desarrollo de los sucesos».

Tropiezo. Estoy a punto de hincarme de rodillas en el suelo cuando César me sostiene con firmeza.

«Es de máxima exigencia que se respete la condición de la víctima y se le exculpe de toda responsabilidad, ya que ella no ha sido la propulsora de su situación». Ulloa incluso se ha permitido sonar benevolente. Utiliza como arma su falsa generosidad para así ganarse el respeto de la gente.

No me doy cuenta de cuándo demonios hemos llegado al coche hasta saberme dentro. Cierran las puertas y enseguida arranca el vehículo. El ruido del motor se entremezcla con la sonrisilla seca de mi padrino. Le tengo acomodado a mi lado y parece terriblemente satisfecho.

Con la mirada clavada en mis pies, trato de no herirme demasiado al apretar los dientes y clavarme las uñas en los muslos.

—He cumplido con mi parte del trato —mascullo.

—Bastante bien, la verdad —se mofa César, y me invita a olvidar todos los recuerdos que tengo de mí misma adorando a este hombre desde que tengo uso de razón.

Le miro, furiosa y temblorosa. Percibiendo la tóxica necesidad de verle dentro de un ataúd.

—Libera a Park Jun-Ha y Do Kim Jae.

Él me devuelve la mirada. Brilla demasiado.

—Por supuesto. —Se inclina un poco hacia mí—. En cuanto pongas un pie en tu nueva habitación.

—Vamos de camino. ¿Qué más da? —protesto.

—Permíteme ser escéptico, Siena.

—No vuelvas a poner mi nombre en tu asquerosa boca. —Me arde la ira.

—Bien, señorita Bornay —sonríe.

Desvío mi atención hacia la ventana.

Las aceras están salpicadas de gente yendo de un lado a otro, de hojas secas en señal de un apacible otoño, de los rayos de sol que se cuelan por entre la copa de los árboles. Trato de concentrarme en esos detalles porque es la única forma de mantener la razón.

Nos acercamos a la Plaza Tetuán. El tráfico es un poco más denso en esta zona, pero toma su respiro en cuanto el semáforo se pone en rojo.

Estamos en el carril de en medio, rodeados por ocho vehículos, dos de ellos siguen nuestros pasos muy de cerca.

De pronto, se instala un exuberante vacío. Las cuatro personas que estamos aquí dentro percibimos su magnitud al mismo tiempo. El *walkie-talkie* que porta el policía sentado junto al piloto ha empezado a parlotear. Pero pasa un doloroso instante hasta que todos reaccionamos ante lo que se está diciendo.

—A todas las unidades, tenemos dos fugitivos de raza asiática. —César se incorpora de golpe, asombrado por la noticia—. Repito, dos fugitivos de raza asiática. Son altamente peligrosos. Solicitamos refuerzos de inmediato.

«Han escapado...», pienso cuando apenas he concebido la noticia. Me cuesta incluso deducir de quiénes hablan.

—¡Se dirigen hacia el Polígono Industrial de La Pedrosa por las vías! —añade alguien más—. ¡Tenemos cuatro bajas y media docena de agentes heridos!

Con el corazón latiéndome en la boca, clavo la mirada en César. La ubicación mencionada está al otro lado de la ciudad, cercana al aeropuerto.

No tiene sentido que estén allí, a menos que César me haya traicionado. Quizás por eso me ha dicho que prefiere esperar a que esté en la clínica, para asegurarse de dejarme sin posibilidades.

—Unidad de Intervención. Solicitamos apoyo aéreo.

—Recibido.

El *walkie-talkie* sigue sonando, inquieta a los presentes, provoca que se miren entre ellos, desconcertados. Tan solo César es quien repara en mí, y me observa irritado con la idea de saberse tan expuesto. Reconoce que ya me he dado cuenta de su trampa.

Sin embargo, los reproches no sirven de una mierda en este momento. No cambiarán la situación, y es probable que incluso la empeoren. Porque me volveré alguien enajenado y tendrán que reducirme.

Entonces, no habrá salida, y ahora es cuando más la necesito.

Cojo aire y lo contengo. El indicativo verde del semáforo para peatones comienza a parpadear. Pronto retomaremos la marcha.

Observo atenta el *walkie-talkie*. Lo tengo al alcance y se exhibe libre de

ataduras. Tan solo tengo que estirar el brazo y cogerlo. Si soy veloz, puedo lograrlo al tiempo que abro mi puerta.

El semáforo se ha puesto en verde para el tráfico. Se han terminado los análisis sobre cómo maniobrar. O reacciono ahora o no tendré opción.

Engancho los dedos a la manilla de la puerta, me lanzo a por el aparato y salto fuera del coche tan veloz que incluso a mí me sorprende. Ni siquiera he empezado a correr y ya me falta el aliento.

Me impulso a toda prisa, sin mirar riesgos. Mis pies impactan en el suelo con tanta rudeza que noto unos calambres recorriéndome las piernas. Empujo a la gente que se cruza en mi camino, les grito. Gozo de un corto margen de reacción antes de que me sigan y tengo que aprovecharlo al máximo.

Debo llegar al consulado.

Franco

Sigo concentrado en el rastro que ha dejado el furgón que se ha llevado a mis chicos.

He forcejeado con los policías entre gritos y manotazos. He llegado incluso a coger el brazo de Kim Jae y tirar de él hasta estampar su cuerpo contra el mío. Jun-Ha me ha observado entonces como si me creyera capaz de llevarme a su hermano lejos del peligro.

Ambos hemos sabido lo mucho que he deseado poder hacerlo, pero es evidente que no lo he logrado.

Se Jun ha regresado al interior del consulado consumido por la indignación. No sé bien lo que se propone o qué está pensando. Pero lamento no poder preocuparme por él como es debido. Ahora me siento demasiado desolado.

Lo escucho acercándose. El sonido de un helicóptero que vuela raso. Miro al cielo a tiempo de leer en uno de sus laterales la leyenda de la Policía Nacional.

Es al devolver la vista a la calle cuando reparo en un vehículo negro de cristales tintados. La ventanilla de atrás ha bajado lo suficiente como para

mostrarme parte del rostro de Alicia Duarte.

Aprieto los dientes antes de acercarme con pasos cargados de rencor. Quiero poder enfrentarme a ella y recriminarle lo simple e insignificante que ha sido su ayuda; si iba a dárnosla, al menos debería haberse esforzado.

En realidad, tengo tanta mierda que mencionar que no creo ser capaz de explicarme con claridad.

—¿Cómo tiene el descaro de aparecer por aquí? —mascullo.

—Suba al coche, señor Alemany, y esfuércese en guardar las formas —habla ella con una autoridad escalofriante—. Que esté aquí no significa que quiera ser vista.

—Váyase por donde ha venido —digo entre dientes—. Y una vez llegue a su destino, váyase un poco más lejos.

Alicia levanta las cejas, incrédula.

—Me gusta que incluso me respete para enviarme al infierno.

—En términos más simples: váyase a la mierda, señora Duarte.

—Me ha quedado claro desde el principio. Ahora suba o tendremos que hacerlo por la fuerza.

Estampo las manos contra su ventanilla provocando que ella se aleje un tanto impresionada con mi reacción.

—No me desafíe.

—¿Le dirá lo mismo a César Castro? —alega con expresión neutra y voz suave.

Sonrío sin humor. El conocimiento de esta mujer alcanza extremos bastantes escabrosos. Puede llegar a saber todo lo que está pasando a su alrededor sin moverse de su condenado despacho.

Faltaré a mis necesidades de escupirle a la cara todos los improperios que se me ocurren e iré a buscar a Michel para poder encontrar una solución. Seguir aquí es perder un tiempo necesario.

Apenas me alejo unos pasos cuando la voz de Alicia penetra en mis oídos asegurándome un escalofrío.

—Blanca ha sido retenida en la rectoría de la facultad. —Incluso eso sabe.

Daba por hecho que mi amiga estaría junto a Michel y Santiago en la comisaría. Pero al parecer ni siquiera ha podido llegar a su coche.

—¿Qué? —Miro a Alicia por encima del hombro.

—Suba, señor Alemany. No haga que me repita.

No me queda más remedio. No puedo suponer ni de lejos las intenciones que tiene la señora al quererme a su alcance, pero cuestionarlas ahora es una estupidez.

Me desplomo en el asiento al tiempo que cierro la puerta.

—¿Qué es lo quiere? —inquiero. Pero la señora prefiere mirar a su chófer.

—Adelante.

El hombre asiente con la cabeza, arranca el motor y activa los pestillos de seguridad. Frunzo el ceño. La acción no lleva como objetivo evitar que me lance desde un coche en marcha, sino retenerme. Quieren alejarme de todo.

—¿Qué significa esto? —Trato de abrir la puerta—. ¡Alicia!

—En este momento, la situación está un tanto descontrolada. Necesito mantenerle lejos de ella para que no cometa estupideces que puedan entorpecer su desarrollo —comenta con total tranquilidad.

—¡Pare el coche! —grito.

—¿Ha oído algo de lo que le he dicho?

—¡Para de una maldita vez, joder!

Alicia resopla exasperada y echa mano a su teléfono antes marcar y llevárselo a la oreja.

—Tienes un amigo muy irritante, Michel —comenta antes de entregarme el aparato—. Toma.

No pierde la elegancia siquiera en un momento como este.

—¿Qué coño está pasando, Michel? —hablo ansioso.

—Franco, trata de calmarte, ¿de acuerdo? —La voz de mi amigo suena demasiado tensa—. Las cosas se han complicado.

—¡Por supuesto que sí! Dice que han retenido a Blanca en la facultad para que no pueda intervenir. ¡Y se han llevado a los chicos!

—Los chicos... —Pero no termina la frase.

—¿Qué pasa con ellos? —Silencio—. ¡¿Qué les ha pasado?!

De pronto tengo tanto miedo que apenas puedo respirar.

—Han huido... —revela—. He accedido a la radio de la policía y, al parecer, escucharon el discurso de Ulloa. Han descubierto que Siena será encerrada. Media ciudad está detrás de ellos.

Tengo los ojos tan fijos en el respaldo del asiento del piloto que incluso he empezado a perder visión.

—Tenemos que...

—Escúchame, Franco —me interrumpe—. Haz todo lo que te diga Alicia, ¿de acuerdo?

—Michel...

—Confía en mí, por favor. Te lo ruego. Confía en mí.

Es la primera vez, en todos los años de relación que hemos compartido, que escucho a mi amigo suplicar de esta manera.

Cierro los ojos.

Aceptaré porque confiar en él forma parte de mi sistema.

Capítulo 6

Jun-Ha

He saltado sobre el capó de una de las patrullas que nos siguen tras advertir las intenciones del conductor en cuanto se ha bajado del coche. Así que evito darle tiempo para sacar su arma y disparar asestándole una fortísima patada en la cabeza.

El ímpetu me ha llevado a caer sobre el acero y resbalar hacia el asfalto, pero aprovecho la inercia para incorporarme.

Conforme me levanto, dos hombres se me echan encima. Le estampo una mano en la garganta a uno de ellos y lanzo una patada contra el pecho del otro; termina siendo catapultado hacia atrás.

Devuelvo mi atención al primero y capturo sus brazos para tirar de él contra mí. Tengo como objetivo arrastrarnos a ambos al suelo y poder enredar mis muslos a su cuello. Es uno de los pocos métodos que pueden llevar a la inconsciencia a un hombre de su envergadura.

Le desorienta la caída antes de clavarme una mirada trastornada. Reconozco que no está acostumbrado a que le sometan de esta manera, pero él no tiene la culpa de lo cabreado que estoy en este momento y de lo mucho que desconoce mis habilidades.

Al dejarle inconsciente, me pongo en pie y me precipito hacia los agentes que rodean a mi hermano. Kim Jae ha dado un salto de ciento ochenta grados para terminar estampando su pierna en la cabeza de uno de los hombres. Este ha tropezado contra un compañero antes de que ambos caigan doloridos.

Clavo mis dedos en la parte baja de la espalda de otro de los oficiales mientras rodeo su cuello. Le arrojo a un lado obligándole a caer e hincó mi rodilla en sus omóplatos para poder coger su arma.

Entonces les veo.

Varios agentes más se nos acercan.

Han cargado sus revólveres y nos apuntan.

Alguien me arrastra del cuello. Estoy tan concentrado en analizar quién será el primero en disparar, que le permito a mi oponente manejarme a su antojo.

Hasta que deduzco que me separan unos malditos segundos de recibir una bala.

Me giro con violencia, capturo al agente por los hombros y le empujo para apoyar su espalda en mi pecho.

La bala impacta en él atravesándole las costillas.

Debería soltarle, ya que ahora mismo estoy cargando el peso de un cadáver, pero la indulgencia no es un buen aliado cuando tengo a siete tipos corriendo hacia nosotros armados.

Disparo conforme me acerco a mi hermano, que sigue peleando cuerpo a cuerpo.

Se acerca un helicóptero.

Puedo oír su zumbido entremezclándose con las sirenas de las patrullas. No tardarán en incorporarse a esta cruenta pelea, y entonces será imposible seguir huyendo.

Capturo la camiseta de Kim Jae y tiro de él al tiempo que suelto el cadáver. Mi hermano pateo a un tipo que trata de incorporarse y, tras el gesto, echa a correr a mi lado. Ahora que la ira nos domina no importa cuánto daño hagamos a nuestro paso.

Atravesamos las vías y nos adentramos en una zona llena de naves industriales y recovecos que pueden, por supuesto, entorpecer la visión del helicóptero. Pero no nos asegura una huida sencilla.

Se ha levantado un dispositivo cada vez más firme. Por muy hábiles que seamos, llegará un momento en que no podremos continuar. Además, el agotamiento empieza a hacerse notar. El sudor empapa nuestros rostros y se mezcla con la sangre.

Ni siquiera sabemos en qué maldita parte de Barcelona estamos. Necesitamos salir de este embudo y poner rumbo a una zona estable que nos

permite establecer contacto con Franco o Michel.

Tengo que llegar a Siena como sea.

Disparo a las ruedas de la patrulla que se dirige a nosotros.

Siena

Veo la bandera de la República de Corea. Estoy a tan solo unos metros del consulado con el aliento amontonándose en la boca y el corazón estrellándose histérico contra mis costillas.

Sin embargo, no dejo de moverme.

Cuando he salido de la casa de mi padre junto a los muchachos de Alicia, he dejado el coche aparcado en una de las esquinas de la calle Roger de Llúria y ni siquiera lo he cerrado, así que confío en que siga ahí.

Por el momento, no me persigue nadie. Me he asegurado de escoger las calles en sentido opuesto al tráfico para complicarles un poco el trabajo. Puede que apenas sirva, pero desde luego me ha dado ventaja.

Lo veo. El coche.

Oteo mi alrededor y me lanzo al vehículo con las manos casi extendidas.

El *walkie-talkie* no deja de sonar. Hay demasiado revuelo. Puede parecer frívolo y convertirme en alguien ruin, pero me alegro de que Jun-Ha y Kim Jae estén resistiendo.

Tienen que hacerlo mientras llego hasta ellos.

Me estampo contra la puerta, la abro y salto dentro alcanzando a ver a uno de los chicos de Alicia.

—¡Siena! ¡Siena! —grita echando a correr hacia mí.

Sería buena idea traerle conmigo, él tiene habilidades que yo ni conozco, pero lo pienso demasiado tarde.

Acelero bruscamente, y me parece toda un hazaña que el motor resista la maniobra sin calarse. Responde bien y me lanza a la Plaza de Urquinaona con violencia.

No obedeceré las normas de tráfico.

No respetaré el sentido de las calles.

Tampoco pensaré en el caos que pueda causar.

Y es precisamente lo que sucede cuando me incorporo a la plaza con un derrape tosco. El gesto desata un choque en cadena y enseguida le sigue una oleada de pitidos y protestas.

Los ignoro conforme enderezo el coche y acelero de nuevo, dejando esta vez un rastro de humo tras de mí.

Atravesar Barcelona requiere paciencia y algo de prudencia; actitudes que conozco bien y normalmente empleo. Pero ellas devoran un tiempo que ahora mismo necesito. Así que pisoteo las leyes poniendo rumbo a Ronda Litoral sabiendo que mi comportamiento no tardará en llamar la atención. Pero eso tampoco me importa.

—¡¡Hemos perdido seis patrullas!! —comenta uno de los agentes por el *walkie-talkie*.

—¡¡Tenemos catorce bajas y veintidós heridos!! —exclama otro—. ¡Necesitamos refuerzos ya!

—Apoyo aéreo incorporándose.

Puedo ver el helicóptero. Lo bastante tengo lejos. Pero, basándome en lo que se está diciendo, podré dar con ellos antes que los propios agentes.

—Los fugitivos se dirigen a Gran Vía por Joan Carles. —Aprieto el acelerador. Escucho el claxon de varios vehículos, pero se pierde en la lejanía.

Tengo el Castillo de Montjuic a mi derecha, y la carretera se abre ante mí, atemorizada. Ni siquiera sé cómo estoy siendo capaz de soportar la velocidad.

—Informad a Tráfico. ¡Qué cierren el acceso a todas las avenidas!

Tomo el desvío del cementerio. Si los chicos se dirigen hacia Gran Vía, quiere decir que todavía están en el polígono industrial.

Aun corriendo veloces, hay un buen trecho de distancia, y seguramente estén agotados. Es un hecho que el ritmo ha debido de menguar.

Avanzo hacia el Paseo de Zona Franca y atravieso la arteria que limita la Fira de Gran Vía. Puedo ver al final de la calle cómo un coche patrulla se ha detenido con una brusca frenada.

Escucho disparos.

Se propagan por el ambiente oprimiendo mis pulsaciones.

Tengo la intención de acelerar aún más, pero temo no poder controlar el vehículo cuando necesite parar y recoger a los chicos.

En contraposición, empiezo a frenar con suavidad. Hasta que llego a mi destino y me estrello contra la patrulla lo suficientemente fuerte como para moverle de lugar. Mis brazos amortiguan el golpe que me he dado en la cabeza. Es una suerte que el airbag no haya saltado.

Al levantar la vista, descubro a Jun-Ha y Kim Jae correr en mi dirección. Tras ellos, al menos, doce patrullas.

En el cielo, el maldito helicóptero.

Ya sé que es imposible salir indemnes de esta, pero no está de más intentarlo y tampoco es que esté pensando en rendirme. Cualquier cosa que pueda hacer por esos dos hombres jamás podría cuestionármela.

Puede valerme la vida si es necesario.

Me lanzo a abrir la puerta del copiloto y me contorsiono hasta hacer lo mismo con la de atrás.

—¡¡¡Vamos, subid!!! —chillo a tiempo de ver cómo Jun-Ha empuja a Kim Jae dentro de este coche.

El menor se tambalea un poco antes de que su hermano le siga colocándose a mi lado.

Entonces, Jun-Ha estira el brazo en dirección a mi ventana. Sus dedos permanecen fuertemente enredados a un arma. La piel de su antebrazo roza mis labios antes de temblar. Ha disparado al agente que pretendía abrir mi puerta.

Pestañeo sobrecogida por el rugido de la bala y por el espeluznante sonido que provoca la cabeza del tipo al estrellarse contra la carrocería.

Su sangre ha salpicado mi ventana y también mi ropa antes de caer el suelo.

Saboreo un cortísimo instante de desconcierto, amonestándome por sentirme culpable por la muerte de ese agente. Pero la supervivencia tiene este aspecto.

Es horripilante y sucia, a veces injusta.

Cuando dos vidas enfrentadas penden de un hilo, vence la más astuta. Y al mirar a Jun-Ha, me doy cuenta de que se siente herido y desolado por cometer un acto tan despreciable. No es esa clase de hombre, no está acostumbrado a ser cruel. Es César quien ha provocado que lo seamos, aunque sea por un instante.

Acelero mientras lamento haber llegado a este punto por culpa de las caprichosas ambiciones de un megalómano.

Jun-Ha

Matar es infame. El último de los recursos a los que ni siquiera se debería acceder. Pero los hombres a los que he matado no comparten mi opinión.

He visto en sus ojos esa ansia delirante, que justifica con el deber, un acto tan depravado como matar. Han pensado que si nos eliminan serán elogiados, y esa ambición es la que les ha motivado.

Eran esbirros de Ulloa. Agentes de la Interpol, sabedores de una verdad que desean ocultar con el mismo empeño que su jefe y César Castro; incluiré también a Gonzalo Bornay porque ha sido el detonante de todo esto.

Sin embargo, tener perfecto conocimiento de mis acciones y saber de los motivos que me han llevado a cometerlas, no mengua su dureza.

Estoy acostumbrado a matar, pero nunca pensé que lo haría porque mi hermano o la mujer que amo corren peligro. Esto no debería estar pasando. No he sido entrenado para ser un riesgo nacional.

Y después está Siena.

Ese pequeño instante de duda que he vislumbrado en su rostro me aterroriza. Lo último que necesito es que ella me crea un asesino o me tenga miedo.

Además está aquí. Ha atravesado la ciudad en nuestra busca. Ambos, separados por kilómetros y sin poder comunicarnos, hemos tomado la misma decisión: buscarnos, contra todo pronóstico.

—¿Os han herido?! —grita atravesando las calles con urgencia.

Enmudezco al mirarla. Me pierdo en su presencia analizando su

desbordado aliento y sus pupilas humedecidas. Una mezcla de frustración y alivio me invade.

—Estamos bien —responde mi hermano al darse cuenta de que yo no puedo hacerlo.

—¿Y la sangre?

—No es nuestra.

Siena suspira. Incluso se ha permitido un instante para preocuparse por nuestras posibles heridas.

—Se han subido a un vehículo. Modelo Mercedes Benz Clase A negro. Matrícula 3827 Hotel Bravo Delta —parlotea el *walkie-talkie* en el hueco de la palanca de cambios.

—¡Tres fugitivos! ¡Repito, tres fugitivos! ¡El conductor es Siena Bornay!

—¡No disparéis a matar!

Cierro los ojos.

El coche no deja de dar tumbos

—¿Cómo has conseguido esto? —inquiero.

—Se lo he robado al policía.

Lo que indica que Siena ha arriesgado su completa integridad al querer llegar hasta a mí.

—¿Sabes lo que acabas de hacer? —mascullo.

—¡Lo sé muy bien, Jun-Ha!

—Has perdido la cabeza.

—No soy la única, ¿cierto? —Me ojea—. ¿Acaso no tenías intención de llegar hasta a mí? Te he facilitado el camino.

—Hubiera sido un secuestro.

Tenía como objetivo llevármela conmigo. A ojos de los demás, hubiera sido un jodido rapto.

De no haber salido bien, Siena habría quedado libre de cargos por desconocer mis intenciones.

—¡Oh, vaya! —se mofa ella—. ¿Así que hubieras preferido cargar con

todos los delitos por los que se te acusa, además de secuestro?

Doy un golpe contra la guantera.

—¡¡¡Acabas de convertirte en cómplice, joder!!! —grito como un condenado.

—Kim Jae, hazme el favor de decirle a tu maldito hermano que ¡me importa una mierda!

De pronto, gira el volante conforme tira del freno de mano. Las ruedas chirrían con fuerza debido a la maniobra del derrape. Pasan unos segundos hasta que el coche se detiene por completo y es ahí cuando me doy cuenta de que estamos bajo un túnel. Podemos escuchar el ruido del helicóptero, pero este no puede vernos ahora.

Siena captura el *walkie-talkie* y abre su puerta.

—¡Bajad, rápido! —ordena entre alaridos antes de saltar fuera del coche. Obedecemos echando a correr tras ella—. ¡Hacia el almacén de contenedores del puerto! ¡Tendremos que saltar la verja!

Lo más racional sería mantenernos en el vehículo, nos daría mayor movilidad. Pero cuando toda la policía de la maldita ciudad tiene el número de matrícula, escapar se complica demasiado. Siena es mucho más sagaz de lo que demuestra en situaciones normales.

Cojo su mano y aprieto el ritmo hasta estamparnos contra la barrera. Kim Jae ha empezado a cruzarla cuando yo capturo la cintura de Siena y la impulso hacia arriba. Ella engancha sus dedos a los barrotes mientras se ayuda con los pies y mi propio empuje. Aprieta con fuerza el transmisor para que no se le caiga.

En cuanto salta a los brazos de mi hermano, les sigo propulsándome aprisa. Vuelvo a coger la mano de Siena y echamos a correr hacia el depósito de contenedores.

El *walkie-talkie* continúa parlotando. Los agentes empiezan a desquiciarse porque no pueden encontrarnos. Extraño, ya que el helicóptero tiene perfecta visión de nuestro paradero.

A pesar de todo, no tardarán en dar con nosotros, es por ello que estos cortos minutos de ventaja debemos aprovecharlos al máximo. Aunque sienta

que los pulmones están a punto de salirse por la boca y los músculos me ardan.

Nos adentramos en el depósito tras haber cruzado la carretera. Es un laberinto de acero salpicado de trabajadores que todavía no reparan en nuestra presencia. Y ensalzo la inteligencia de Siena, aún más si cabe, cuando tira de mí hacia uno de los pasillos de contenedores más solitarios de la zona.

Al fondo, un almacén de carga y descarga sin vigilancia. Tiene la puerta entornada.

Siena quiere esconderse para así hacernos recuperar el aliento y poder reorganizarnos.

Nos obliga a entrar al interior con empujones antes de seguirnos y cerrar la puerta. Jadea tan fuertemente que parece un milagro que siquiera pueda lograrlo.

La nave es enorme, amplia y polvorienta. La luz entra tímida del exterior creando un halo de intimidad casi nostálgica. Se cuele por entre los agujeros de la madera que tapiaban las ventanas.

Miro a mi hermano. Está terriblemente agotado y, lo que es peor, abatido. Se ha llevado las manos a la cara y se frota las mejillas alargando el contacto hacia la nuca. Cuando hoy ha amanecido, ninguno de los dos pensamos que terminaríamos de esta forma.

Siena se ha hincado de rodillas en el suelo. Sus manos han resbalado por el acero de la puerta conforme ha agachado la cabeza. Le tiemblan los hombros y su espalda se hincha con cada bocanada de aire. Desde este ángulo, no solo me parece pequeña, sino devastadoramente frágil.

Y entiendo por qué.

Su padre nos ha traído hasta aquí. Hasta este maldito momento.

Me acerco a ella caminando lento.

Capítulo 7

Siena

Jun-Ha ha decidido llamar mi atención acariciando mi cuello.

Al mirarle por entre los mechones de cabello que se me han pegado a las mejillas, descubro con él que mis lágrimas han empezado a derramarse sin control.

El modo en que me observa me enseña lo mucho que se culpa. Pero se equivoca al aceptar esa carga. Quiero llorar porque, aunque he logrado alcanzarles y estoy aquí con ellos degustando una momentánea calma, nada me asegura que podamos resolver esto.

Me siento indefensa y asustada. Es cuestión de tiempo que entren por esta maldita puerta y vuelvan a separarles de mí.

¿Cómo explico yo que ellos no son culpables si nadie quiere creerlo?
¿Cómo les retengo a mi lado?

Los dedos de Jun-Ha incrementan su contacto al envolver la totalidad de mi nuca y rozar con las yemas la curva de mi clavícula. Cierro los ojos debido al placer y al terror que me produce la caricia.

Temo perder esta sensación, temo que esta sea la última vez.

Él afloja sus piernas y desciende con parsimonia hasta arrodillarse por completo. Apoyo una de mis manos en su pecho y dejo que descienda lenta hacia su vientre. Es ahí donde enredo mis dedos a su camiseta.

Necesito tanto a este hombre.

Es tan grande lo que siento por él.

Jun-Ha toca ahora la curva de mi frente y repasa mis cejas hasta llegar a la comisura de mis labios. He empezado a moverme. Tengo que abrazarle hasta saber que su corazón convive en el mismo espacio que el mío. Él acepta el apretón envolviendo mi cintura y atrayéndome un poco más hacia su cuerpo.

Me arrastro a su regazo y me coloco a horcajadas sobre él mientras capturo su rostro entre mis manos. Estamos tan pegados que mi aliento se enmaraña con el suyo. Sus labios rozando los míos, húmedos, muy calientes y un poco trémulos.

—¿Qué puedo hacer? —sollozo.

—Abrazarme todo lo fuerte que puedas.

—Das por sentado que este es el final. No hagas que te odie.

—Lo siento.

Y podríamos seguir diciendo cosas sin sentido, cargadas de ambigüedad y desesperación. Pero ambos sabemos que no serviría de nada. Esta es una cuenta atrás. No quiero que la mencione, ya se lo he dicho, pero la reconozco.

Sin embargo, a pesar de todo, quiero creer que sí puedo salvarle, a él y a su querido hermano.

Estiro un brazo. La punta de mis dedos da con su objetivo: la pernera del pantalón de Kim Jae, y encierro la tela en un puño antes de obligarle a acercarse.

A diferencia de mí (y aunque todavía le cueste admitirlo), él no tiene a Franco entre sus brazos ahora mismo, y no quiero ni imaginar por dónde estará pasando mi amigo.

Liviano, Kim Jae se deja arrastrar y prácticamente se desploma a mi lado colocando sus flácidos brazos entre el hueco que ha formado con las piernas. Permanece cabizbajo cuando acaricio su mandíbula. Él se estremece y apoya su frente en mi hombro.

Miro a su hermano. Jun-Ha no soporta verle débil.

Súbitamente, escuchamos unos pasos. Estoy a punto de pensar que nos han encontrado cuando reparo en que suenan demasiado afilados. Son unos tacones. Arrogantes y descarados.

Alicia Duarte está aquí.

Rodeada por una guardia de cuatro hombres.

Me incorporo de un salto. Los chicos no dan con la señora hasta que me ven reaccionar. Es entonces cuando se levantan y adoptan una actitud de alerta. No les doy espacio, enseguida me interpongo entre ellos y Alicia.

—¿Cómo demonios has sabido que estaríamos aquí? —gruño.

—Te has llevado uno de mis vehículos, Siena. Es fácil de rastrear. —Pero el coche no es lo que está aquí.

—Falta que me digas cómo demonios has sabido dónde estaríamos — repito.

Ella alza el mentón y coge aire.

—Un dispositivo policial con apoyo aéreo... —aventura—. Es extraño que un helicóptero no haya dado todavía con vosotros, ¿no crees?

Sí, lo creo. Pero me pierdo en la corrosiva sorpresa que me produce descubrir que ha sido capaz de contener un helicóptero de la Unidad de Intervención de la Policía Nacional.

Aun así, el gesto no termina de justificar su presencia.

—Entonces... —añado.

—Cierto, no tenemos mucho tiempo, así que nos daremos prisa. —Me asusta la advertencia—. Tú vendrás conmigo. Con respecto a vosotros — señala a Jun-Ha y a Kim Jae—, os entregaréis en cuanto abandonemos el depósito.

—¿Qué? —Esta mujer nunca dejará de asombrarme.

—Lo que he dicho. —Una ironía.

—¿En serio? ¿Tu grado de insensibilidad llega incluso hasta este punto, Alicia?

—¿Insensible yo? ¿Contigo?

Me abalanzo hacia ella dejando apenas unos centímetros de distancia entre su rostro y el mío. Estoy peligrosamente cerca de encaramarme a su cabeza.

—Lárgate de aquí antes de que te arranque la piel a tiras.

—¿Esta es la ayuda que iba a ofrecernos? —interviene Kim Jae.

Aunque no parece en absoluto furioso con las sugerencias de Alicia. Algo que me inquieta, quizás porque tras esas frías palabras, existe algo más que no alcanzo a entender en este momento.

—Señor Do, yo no tengo la culpa —se defiende Alicia. Ahora no parece arrogante, sino respetuosa—. Simplemente me adapto a los acontecimientos y

trato de buscar soluciones adecuadas.

—Hablas demasiado para decir basura —increpo.

Eso le molesta porque enseguida me observa como si fuera una cucaracha que desea pisotear.

—Más tarde, te encontrarás en ese preciso momento en que te arrepentirás de tus palabras —murmura—. Disfrutaré ampliamente de ello.

Sabe que todo el mundo puede escucharla, pero prefiere decantarse por crear ese falso reflejo de intimidad. Enmudezco, no porque me haya quedado sin calificativos con los que responderle (se me ocurren decenas), sino porque Jun-Ha ha decidido hablar, y lo hace con una calma sobrecogedora.

—Se toma muchas molestias para hacer que nos entreguemos. ¿Realmente le merece la pena? —Avanza lento hacia nosotras—. ¿Tal es el beneficio, señora Duarte?

—El cuervo de Suwon ya ha alzado el vuelo. Y atraviesa una tormenta. —Una de sus tantas metáforas—. ¿Cómo lo decís en coreano? Veamos, era algo así como... ¿*kkamadi*?

—*Kkamagwi*^[2] —le corrige Kim Jae algo impresionado.

—¡Eso es!

Jun-Ha entrecierra los ojos y tuerce el gesto. Está analizando a la señora con una cautela digna de impresionar.

—¿Está segura? —inquieta.

—No me gusta hablar cuando no controlo la situación. ¿Por qué habría de saber algo tan íntimo y personal? —conviene Alicia—. Algo que siquiera aparece en los archivos y que tan solo es conocido por unos hombres que a día de hoy están fallecidos.

Un escalofrío. Sigo sin entender el entre líneas, pero deduzco su imperiosidad. Ese mensaje encriptado que guarda ya es conocido por Jun-Ha y Kim Jae. Quizás por eso no han arrasado con la señora.

—Jun-Ha... —susurro al mirarle. Tengo miedo de lo concentrado que está en los ojos de Alicia—. ¿Jun-Ha?

—Tenemos prisa, señor Park —advierde ella.

Comienzan a temblarme las piernas. Al pensar en una cuenta atrás hace unos minutos, no imaginé que aquí tendría su final. No me puedo creer que Jun-Ha esté tan cerca de aceptar la petición de Alicia.

Pero, por otro lado, sería estúpido dudar de su capacidad cuando es un soldado de élite. Todas las elecciones que haga no prometen la mejor de las condiciones, pero sí un resultado confiable o, al menos, adecuado.

Vuelvo a sentir las lágrimas. Esta vez son densas y un poco más cálidas. Me escuecen en la piel. Si es cierto que Jun-Ha va a entregarse, al menos quiero saber si está seguro de ello.

Me acerco a él, tiro de su camiseta y le obligo a mirarme.

—¿Confías en ella? —digo bajito—. Tan solo necesito que tú me lo digas. Dime que suba a ese maldito coche y me aleje de ti. ¿Confías?

Su mirada me engulle invadida por una certeza resplandeciente. Aunque eligiera no responder, entendería la respuesta.

—Sí. —Y su voz arrasa conmigo.

Empieza a oírse el rumor de las sirenas de policía.

Me acerco a su boca.

—No hagas que me arrepienta de dejarte ir.

Jun-Ha

Su aliento se cuela entre mis labios. Percibo el peso de la yema de sus dedos sobre mis mejillas, se clavan con suavidad atrayéndome todo lo que puede hacia ella.

Soy consciente de la atención de quienes nos rodean, en especial la de Alicia Duarte, que nos observa con una fijeza difícil de interpretar. Pero olvido incluso la velocidad con la que se aproxima el peligro al detectar el rastro de un temblor y la necesidad hirviendo en el corto espacio que separa nuestros cuerpos.

Siena sabe que tiene que alejarse, que debe abandonar este lugar y dejarme atrás. Pero se resiste, y no imagina cuán recíproco es el sentimiento.

La separación es momentánea, ambos lo sabemos.

Sin embargo, cuesta demasiado.

Siena termina por dar dos tímidos y torpes pasos hacia atrás. Puedo ver ahora la totalidad de su rostro y descubrir el enrojecimiento de sus mejillas, la humedad en sus pupilas verdes. Sus dedos caen hasta el regazo con una resignación que no tarda en invadirme.

Resignación. Sí.

Desconozco qué grado alcanzará una vez vea a Siena perderse en el horizonte. Pero sé que se tornará espesa y muy ácida.

Olvido los disimulos y las cortesías al capturar su mano. Tiro de ella hasta estamparla contra mi pecho y apreso su boca en un beso duro y posesivo. Ser descarado y osado importa poco ahora. Tengo, al menos, que llevarme esto, un contacto apresurado y exigente.

—Cuando volvamos a vernos olvida hablar —jadeo aún pegado a sus labios—. Tan solo querré que me poseas.

Ella responde clavando sus dedos en mi cuello. El tacto intenso y dulce de su boca me consume en un beso voraz.

Me enrosco a su cintura. Esta cercanía no resulta suficiente; anhelo mucho más, un contacto más libre y frenético, más íntimo y nuestro.

Y entonces mi mente navega al instante que compartimos esta misma madrugada. Ese en que me adentraba en su interior al tiempo que un calor desbordante me poseía.

Quisiera repetir ese momento una y otra vez.

Pero es tiempo de parar y, aunque me resisto, termino aceptando que se aleje.

—Mantente fuerte hasta entonces —jadea formado una sonrisa triste—. No me satisfará un simple beso.

Enseguida se acerca a Kim Jae y se aferra a su cuello sabiendo que mi hermano responderá al contacto con énfasis; este incluso aprieta los ojos.

—Cuidaré de él —le asegura a Siena, refiriéndose a mí.

Aprieto los labios. Que me fascine verles tan unidos, no disminuye la

tensión de lo que está por venir.

—También de ti mismo, mi compañero. —Siena se aleja para coger su rostro entre las manos—. Me odiará cuando descubra que te he dejado ir... —murmura entristecida, consciente del estremecimiento que provoca en Kim Jae.

—Eso no es cierto —admite él, tragándose la inquietud que le produce pensar o hablar de Franco Alemany—. Te quiere demasiado.

A continuación enrosca sus dedos a las muñecas de Siena y acerca su frente para apoyarla en la de ella, iniciando así una intimidad extraordinaria.

—¿Quieres que le entregue algún mensaje?

Pero a Kim Jae le cuesta plantearse una distancia con el periodista. Aunque no lo reconozca, sé que para él es sumamente importante.

—Yo... No sabría qué decirle.

—Esa duda le bastaría. —Siena le besa en la mejilla.

—No dejes que cometa ninguna locura. Tened mucho cuidado, por favor.

Es lo último que se dicen.

Tras eso, oteo los pasos de Siena. Casi roza el hombro de Alicia al pasar por su lado. Se encamina a la salida con premura y rudeza, como si no confiara en sí misma y en cualquier momento fuera a darse la vuelta para correr hacia nosotros.

No imagina lo que me produce su figura antes de desaparecer.

La sigue el equipo de seguridad de Alicia, dejándonos a su señora, a mi hermano y a mí a solas en este almacén por un instante.

Ella se toma su tiempo en coger aire y analizarme antes de disponerse a caminar.

—Haz que merezca la pena, Alicia —le advierto deteniendo sus movimientos. Me observa por encima del hombro y emite una sonrisa espeluznante.

—Olvidas el poder de mis recursos, Park Jun-Ha —dice con voz firme—. Sed un poco escandalosos. —Retoma su caminar. El sonido de sus tacones extendiéndose en el ambiente—. ¡Buen viaje!

Entrecierro los ojos.

Sé lo que nos espera ahora.

Una detención violenta, tal vez una paliza y doce horas de vuelo cargadas de impaciencia.

No me preguntaré por qué he confiado en la señora. Simplemente lo hago porque existen los motivos suficientes. Esta decisión merece muchísimo la pena. Aunque deba permanecer alejado de Siena.

Es Kim Jae quien primero sale al exterior. Mira el asiento trasero del vehículo oficial de la Duarte, tras el cristal tintado está Siena. Sabe que la ventanilla no descenderá, que nuestra chica no volverá a mirarnos porque será demasiado doloroso. Así que alza el mentón y suspira con arrogancia. Está reuniendo toda su fortaleza.

Yo, en cambio, prefiero observar la nada. El sonido de las sirenas de policía está desesperantemente cerca. Tenemos el helicóptero sobre nuestras cabezas. No creo que todavía nos haya visto, pero es cuestión de minutos. Quizás los mismos que tarde el coche de Alicia en desaparecer.

Se pone en marcha. Ahora sí miro. Con él, se aleja la mujer que amo. La mujer por la que haría cualquier cosa.

Arrastro la mirada hacia mi hermano. De sus dedos, cuelga una pistola a medio vaciar.

—El cuervo de Suwon, ¿eh? —resopla con media sonrisa triste instalada en su boca.

—Y parece muy cabreado.

Las tormentas de alguien como el cuervo nunca son buenas.

Kim Jae mantiene sus ojos sobre los míos al levantar el brazo y vaciar el cargador del arma. Las balas atraviesan la brisa con furia. Es la señal que atraerá a los agentes.

Lanza el revólver a unos metros.

Capítulo 8

Franco

Esta misma mañana, cuando el amanecer apenas se suponía, me llevé un cigarro a los labios pensando que quizás, a partir de ahora, tendríamos un poco más de suerte. Si aparto todo pensamiento de mi cabeza, casi puedo apreciar el olor a café y el humo del tabaco.

Unas seis horas me separan de ese momento, y me parece insólito que, en tan poco tiempo, haya pasado tanto.

El rastro de un beso que todavía late en mis labios, el ruego en una mirada, el miedo y la resignación en otra. He sentido el corazón desbocarse en mi garganta. He visto incluso a un hijo dudar de su padre.

Ahora observo el lugar de partida desde la ventanilla del coche que me ha traído de regreso mientras me estrujo los dedos. La masía secreta de Alicia Duarte se dibuja espléndida, rodeada de hombres que vigilan los alrededores.

Bajo del coche y miro al frente. Una brisa espesa me rodea y acaricia también la copa de los árboles.

No estoy aquí porque lo desee, sino porque Michel me lo ha pedido y confío lo suficiente en él como para obedecer. Pero me desagrada el sentimiento que me produce, hace que me sienta estúpidamente débil y banal.

Protección.

Es la conclusión más realista a la que he llegado. Quiero creer que la señora Duarte busca protegernos. Ignoro sus motivaciones, pero Michel no confiaría en ellas si no las conociera y supiera que merecen la pena. Deben ser de lo más valiosas.

Mi amigo también ha creído que yo necesitaría ser protegido y me ha incluido, señal que muestra la implicación con la señora y viceversa.

Sin embargo, no deja de ser una suposición. Cabe la posibilidad de estar

aquí porque hayan querido quitarme de en medio. Lo cual no tendría demasiado sentido porque, hasta el momento, lo único que he hecho ha sido tratar de comprender qué mierda está sucediendo, y buscarle una salida.

Pero supongo que saben que soy bueno ligando las cosas.

Durante todo el trayecto no he dejado de otear mi teléfono. Ha habido un importante altercado cerca del almacén de contenedores del puerto. Los medios apenas se han hecho eco y lo único que manifiestan es que la situación ha sido controlada de inmediato. Una noticia que se ha expandido por redes sociales y que, en cuestión de minutos, ha sido desmentida por la propia Policía Nacional, a pesar de la existencia de imágenes que corroboran la intervención de patrullas y apoyo aéreo en la zona.

La vida no gira en torno a nosotros. Ese suceso no tiene por qué estar ligado, de hecho no debería cuestionarme una hipotética relación. Pero cabe destacar lo rápido que ha sido bloqueado.

La incertidumbre se parece mucho a esto. Silencio. Un bosque tupido y casi tenebroso. Un ambiente denso. El tictac imaginario de un reloj convirtiéndose en un sonido espeluznante y desquiciante. La duda clavada en mi pecho.

Ni siquiera sé dónde están Jun-Ha, Kim Jae y Siena o qué está sucediendo en este preciso momento.

Debería arrepentirme de haberles conocido y convencido para venir a España. También del día en que ellos empezaron a pensar que podían confiar en mí. Pero no soy un hombre que se detenga a lamerse sus propias heridas mientras espera ser salvado, no soy un maldito cobarde.

Si Park Jun-Ha estuviera aquí, me abofetearía por tan solo haberlo supuesto.

Nada de lo que ha sucedido podía haberse sospechado.

Inclino la cabeza hacia atrás.

Este problema es quizás demasiado grave para mí. Nada de lo que soy o lo que sé probablemente sirva de algo ni tampoco brinda un instante de control.

Pero mis habilidades siguen estando ahí. Sigo siendo yo mismo mientras contenga esa versión de mí que Kim Jae ha creado; la misma que ha caído rendida a sus pies y me ha hecho perder la cabeza justo cuando más la

necesito.

Evitaré cerrar los ojos y susurrar su nombre. Evitaré imaginarle frente a mí, devorándome con esa mirada rasgada suya que tantas dudas alberga y tantas dudas me crea. Que tan bien utiliza el silencio y tan loco me vuelve.

Evitaré todo eso. Porque ninguno de los dos necesitamos que le ame de esa manera. Le necesito vivo, y junto a él, necesito a su hermano, además de ver de nuevo la sonrisa radiante de Siena.

He ido a enamorarme en el peor momento. He caído por alguien que quizás podría morir en las próximas horas. Y después seré yo quien cargue con todo el peso. Una tara que, de amarle menos, sería un poco más liviana.

Sí, el teniente me ha debilitado.

«No creo que te importe, Kim Jae, pero no imaginas cuánto miedo tengo», pienso al mirar al cielo. «No hagas que tenga que echarte de menos...».

Entro en la casa, oteando el entorno como si fuera un niño perdido. Camino demasiado lento, me pesan los brazos, las piernas y mi respiración surge tan entrecortada que comienza a asfixiarme.

Escucho el rumor de unas voces que provienen de la terraza. Creo reconocer a Blanca en ellas.

Encuentro a mi amiga parloteando con una Neus muy intrigada. Han tomado asiento en la mesa y se han servido un café con pastas. Parecen bastante acostumbradas a este tipo de contacto.

—Como te lo digo, querida. Los otros eran normaluchos. Pero él... Un maromo de casi dos metros de grande, no tenía alma en esa mirada. Me observaba como si fuera un bizcocho de piñones —comenta Blanca, de un modo, que en otro momento, me habría arrancado una sonrisa.

—¿Por qué de piñones? —pregunta Neus, extrañada.

—Me gustan. Estaba pensando en ellos cuando llegaron. Es época de *panallets*^[3].

—Oh, ya veo.

—Me cuadré a él. Le miré altiva y le dije: «Tú, puedo soltarte un sopapo que te envíe a las Cuevas de Covadonga».

Niego con la cabeza. Mi amiga es toda una exagerada.

—¿Y qué hizo? —Neus parece una cría intrigada.

—Me estampó contra el armario, me tragué el Manual del Docente y se me quitaron las ganas de comer piñones. Poco más y se me sale la clavícula por la nuca. —Culmina su explicación clavándome una mirada—. ¡Oh, mi muchacho!

Saludo a Neus y me acerco a Blanca para darle un beso.

—¿Te han herido? —pregunto. Tiene un hombro inflamado.

—Bah, solo es un moretón. —Le quita importancia antes de acariciarme la mejilla.

—Te serviré un café, Franco —añade Neus.

—No te preocupes, estoy bien así.

—De acuerdo. En fin, tengo quehaceres. Os dejo a solas, queridos. —Tras guiñarnos un ojo, la mujer abandona la terraza dando inicio al análisis silencioso de mi amiga.

No tengo ganas de hablar, no creo que esté capacitado siquiera para estar en compañía de nadie. Pero si decido abandonar este lugar ahora, Blanca no me dejará.

—Estás un poco pálido. Deberías comer algo —dice con suavidad, llevándose su taza de café a los labios.

Yo, mientras tanto, me acerco a la barandilla y guardo las manos en los bolsillos de mi pantalón.

—No tengo hambre.

—Y aun así debes alimentarte, Franco.

Sonrío sin humor, liberando todo el aire que albergan mis pulmones. He empezado a negar con la cabeza, seguro de que mis labios han transformado esa sonrisa en una mueca triste.

Ella me conoce bien. Sabe cómo funciona y el modo en que se desarrollan mis emociones. Ya imagina que amo a un hombre que no me corresponde, que sufro por no poder hacer nada por Siena y Jun-Ha. Debería imaginar que lo último que necesito es masticar una comida que me importa un carajo.

La oigo suspirar al tiempo que descubro la existencia de una chimenea

exterior. Sus suaves llamas no dejan de crepitar.

—¿Cómo podría ayudarte? —inquire Blanca con paciencia.

—Tienes libre acceso a esta casa...

La miro de soslayo antes de acercarme y sentarme frente a ella. La psiquiatra sonrío dulcemente. Se ha dado cuenta de las dudas que me suscita su presencia aquí. No tiene sentido. Mucho menos si tengo en cuenta la seguridad del perímetro y el hecho de que muy pocos saben de la existencia de este lugar.

A menos, claro está, que sea alguien cercano a la señora Alicia Duarte.

—Uno de los motivos por los que valoro tu mente, es tu forma de suponer las cosas sin necesidad de explicación. Eres un hombre que, aunque ama las palabras, no las necesita.

Esa es su forma de confirmar mis sospechas.

—¿Cómo os conocisteis?

—El código deontológico, Franco —dice amablemente—. Asumirlo es esencial.

—¿Así que es eso?

Por supuesto que sí. Blanca es una profesional tremendamente respetuosa con su trabajo y el modo en que lo maneja. La confidencialidad es uno de sus principios. Descubrir que Alicia fue paciente suya en el pasado me sorprende. Nunca imaginé que la señora necesitara ayuda de un psicólogo.

—Puedes decirme al menos cuánto tiempo hace.

—Por Dios, ya ni lo recuerdo. ¿Veinte años? Quizás un poco más.

Abro los ojos de asombro.

—Es demasiado —resoplo—. Nunca creí que la señora pudiera tener amigos.

—No necesita cantidad. Sino calidad. Le basta con uno que sea fiel y leal.

—¿Ese eres tú?

Nos miramos con fijeza. Blanca con el amago de una sonrisa en los labios.

—Quizás.

—No te favorece la ambigüedad, Santos. —Creo que esta es la primera vez en todo el día que he mencionado algo libre de conmoción.

Recuerdo de pronto la mueca en el rostro de Alicia al hablar con Michel por teléfono; la indulgencia y malevolencia conviviendo en perfecta armonía. Después de eso no hemos vuelto a cruzar palabra. Ni siquiera para despedirnos. La señora me ha dejado observando cómo se alejaba antes de que uno de sus hombres me escoltara hasta aquí.

—Hoy ha conseguido aterrorizarme por primera vez —murmuro cabizbajo—. Por un pequeño instante, me ha recordado a mi padre aquella maldita tarde.

Aunque lo menciono, trato por todos los medios de no pensar en aquel día.

—Alicia no es esa clase de monstruo —rezonga Blanca, ensalzando la figura de la Duarte—. No te apalearía por ser real o querer serlo.

Es curioso. Ella que ha tenido acceso a mi mente y a la mente de la señora puede valorar sin restricciones. Pero no dejan de ser opiniones muy sorprendentes.

Cojo aire.

—Hablas de ella con... afecto —suspiro—. Sin embargo, no puedo pensar igual que tú... ¿Estoy aquí por protección?

—Por supuesto.

—¿Y ellos? ¿Y Siena? ¿Por qué en vez de protegerme a mí no protege a mi...? —Un jadeo que me oprime la garganta.

«¿Ahora ni siquiera puedes mencionar su nombre en voz alta?».

Me llevo las manos a la cabeza y enredo los dedos en mi cabello.

—Corres tanto peligro como ellos.

—No soy yo a quien quieren encerrar en un psiquiátrico ni quien puede terminar con un tiro en la cabeza por negarse a una orden ilícita. Si defiendes a Alicia por estar protegiéndome, dile que se ha equivocado de persona. — Percibo cómo mis pulsaciones ascienden. Creo que estoy perdiendo los nervios que tan bien creía estar conteniendo—. Yo no tengo derecho a estar aquí cuando mis chicos... —Frunzo los labios al tiempo que mis ojos comienzan a nublarse—. ¿Qué voy a decirle a Siena? ¿Qué puedo decirle si

resulta que Jun-Ha ya no puede estar aquí para abrazarla?

—¿Estás seguro que solo es por eso? —Persiste la paciencia de Blanca.

—¡No! No es solo por eso, Blanca —exclamo golpeándome el pecho—. Ambos. ¡Los dos! Vamos a perder los dos. La diferencia es que yo podré llorar libremente, joder.

Maldita sea, la prensa está revolucionada con la idea de convertir en verdugo a la víctima de un caso tan mediático. Se ha sentenciado que Siena es un peligro para la sociedad y debe ser encerrada en un centro especializado.

Ha salido de la comisaría dando tumbos, con lágrimas en los ojos y el cuerpo exhausto. Mirando de reojo su entorno, atemorizada, mientras un tumulto de gente la empujaba y acusaba. El ínfimo trayecto de la salida al coche ha durado más de quince minutos.

—No había nadie allí para protegerla. ¡Yo no estaba allí!

—Ha sido su elección, Franco —añade Blanca ganándose una mirada furibunda—. Hemos tenido que crear una solución sobre la marcha.

—¿Pretendes que te crea? —mascullo entre dientes—. No esperaba que fueras tan fría, Blanca.

Me acerco a la baranda tras levantarme de un salto y me apoyo en ella descolgando la cabeza. El agotamiento emocional comienza a pasarme factura.

—Te he dado un momento para que recapitules —anuncia Blanca caminando hacia mí. Oteo sus pasos—. Nadie en este mundo conoce tus emociones mejor que yo. Pero veo que aún necesitas más tiempo. Eso o que te dé una bofetada. —Aprieto los dientes, exasperado—. Puedes elegir. Sin embargo, no voy a permitirte que...

—¿Qué no vas a permitirme? —la interrumpo.

—Que malinterpretes todo esto simplemente porque estás decaído y te sientes impotente. —Ha alzado un poco la voz—. ¿Realmente crees que tendría valor de mirarte a la cara si tuviera algo que esconder?

—Quién sabe...

Las ocasiones en que Blanca y yo hemos discutido, han sido meras estupideces debidas a nuestros caracteres impetuosos. Nada serio.

Sin embargo, ahora quiero poder gritarle. Realmente deseo encontrar la fuerza y vociferar hasta quedarme satisfecho.

Ha sucedido tanto en tan poco tiempo que ya no sé de quién fiarme.

Pero, aunque le he dado la oportunidad, Blanca no me desafía. No quiere hacerlo. Está permitiéndome coquetear con la posibilidad de odiarla. No imagina lo difícil que me resulta.

Se acerca un poco más y coloca sus manos sobre mis brazos a la par que asiente con la cabeza. Unos segundos después, su mirada se apodera de la mía.

—Experimentas emociones que desconoces. Tienes permitido la duda, echarle de menos y ahogarte en lo que sientes por él. Pero te enamoraste en el proceso de algo tóxico. —El temblor ya es un hecho. Blanca trata de contenerlo acariciando mi mejilla—. Levanta la cabeza, Franco. Observa la crueldad, hazle frente. Confía. Y después, ámale hasta que olvides tu nombre, si así lo deseas. Pero lo último que necesita Do Kim Jae, Park Jun-Ha y Siena Bornay, además de todas las personas que te queremos, es que precisamente tú te vengas abajo en este momento. Se te olvida lo fuerte que eres.

Esa insinuación que me encumbra como alguien tan capacitado, me hiere incluso más. Blanca sigue creyéndome capaz de todo, y me complace que al menos uno de los dos todavía lo suponga.

Cojo su cara entre mis manos y repaso con suavidad esas pequeñas arrugas que contornean sus labios.

—Tú utilizas las palabras mejor que yo —gimoteo notando cómo sus dedos se enredan a mis muñecas.

—No habla el conocimiento, sino el amor. Y no eres el único que lo siente.

La sonrisa que produce llega incluso a sus ojos, me eriza la piel.

—Yo... Parece que soy un debilucho.

—Existe el tiempo de recapitulación —dice impidiendo que agache la cabeza—. La mente humana necesita de un instante de autocompasión para darse cuenta de sus errores. Es ahí cuando se descubre la fortaleza y la debilidad. Queda a tu criterio si continúas consumiéndote o avanzas. Tú eres de los fuertes, Franco Alemany. Eres mi gran muchacho.

Tira de mí para darme un abrazo. Noto cómo todo mi peso y altura quedan

reducidos a espasmos que me perforan el pecho. Blanca los protege con el calor que desprende su cuerpo. Mantiene el gesto más tiempo del que imagino. Hasta que olvido cómo temblar.

Pasado un rato, vuelve a mirarme.

—Y ahora piensa, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué lo estoy yo? ¿Por qué crees que soy capaz de pedirle a Neus que me prepare una de sus empanadas de carne?

Sonrío.

—Tú no niegas una comida ni aunque se esté acabando el mundo.

—Eso es cierto, pero aun así... ¿No será porque no hay de qué preocuparse?

Oigo el rumor de un coche. La tierra que cruje bajo las ruedas, el sonido de una puerta cerrándose con fiereza, unos pasos acelerados que se precipitan hacia el interior de esta casa.

Le reconozco un instante antes de que aparezca.

Michel libera el aliento en cuanto se topa con mi mirada. Esa eléctrica conexión que he sentido al verle, me ha provocado un fuerte estremecimiento.

—Respóndeme a algo: ¿lo tienes controlado? —le pregunto avanzando hacia él.

—Sí.

Trago saliva. Es entonces cuando mi amigo sonrío y reanuda su marcha sabiendo que voy a seguirle.

Capítulo 9

Siena

El sonido del motor inunda el interior del coche. Ni siquiera se escucha el aliento de quienes estamos aquí.

Hemos abandonado el depósito y tomado la Ronda Litoral, mezclándonos con el tráfico que fluye con una naturalidad sobrecogedora. Al mirar el exterior, veo que el mundo se mueve ajeno al profundo caos que navega en mí.

Sin embargo, aún llena de ira, no puedo lamentarme. No debo hacerlo si el propio Jun-Ha ha escogido que la situación termine cayendo en este punto. Él no es alguien que decida a la ligera, es evidente que esconde unos motivos. Pero me gustaría conocerlos, y no sé si la culpa la tiene el poco tiempo del que disponíamos o quizás la propia intención de escondérmelo.

—¿Quién es el cuervo de Suwon? —inquiero de súbito.

—Alguien al que todavía no debes recordar —responde Alicia sin apartar su atención del teléfono móvil.

«Por tanto, le conozco y mi amnesia le retiene». Ahora siento incluso más intriga.

—¿Por qué?

Chasquea con la lengua.

—Ellos te quieren en la inopia, y yo creo que es conveniente. Por el momento.

Me ojea al tiempo que yo aprieto los dientes y contengo el aliento.

Alicia tiene la capacidad de llevarme al extremo de mi entereza. Me desquicia y agota. Su sabiduría, su dominio, su firmeza. Es terriblemente desconcertante.

—Puede que Jun-Ha confíe en ti, pero...

—Tú también lo harás —me interrumpe con severidad.

Entonces me clava una mirada grave.

—Eso no es algo que tú puedas imponer, Alicia.

—Cierto, pero algo de ti lo desea —comenta y me provoca un escalofrío—. Así que te invito a que te aferres a ello. Aunque sea una parte muy, muy pequeña, existe, al fin y al cabo. ¿No estás de acuerdo?

Es insólito que se haya dado cuenta de las ocasiones en que mi mente ha recurrido a ella como la mejor opción. Ignoraba lo mucho que esta mujer me conoce, y no sé hasta qué punto es positivo. Ahora más que nunca soy una marioneta en sus manos.

Alicia sonrío porque ha deducido mi batalla interior.

—Lo tomaré como un sí.

Aprieto los puños hasta clavarme las uñas en la palma de las manos. Me tiemblan las mejillas, siento un calor hiriente instalándose en ellas.

—No he recurrido a ti, Alicia —mascullo—. Tú misma eres quien se está interponiendo.

Quiero creer que no la necesito, aunque una parte muy retorcida de mí piense lo contrario.

—Adelante pues. —Sus labios forman una irónica mueca—. Baja de este coche y solucióvalo por ti misma. Tienes potencial, sé que podrías. Del mismo modo en que pudiste afrontarlo la primera vez. Quizás logres tener la misma suerte que entonces.

Trago saliva.

No recuerdo nada de lo acontecido, pero mi memoria ha liberado varios extractos y no son en absoluto agradables. De hecho, hemos terminado de este modo por toda esa consecución de incidentes. Lo que me deja en una posición muy delicada.

—Aunque también podrías recurrir a tu padre... —continúa la señora. Correr hacia el hombre que me quiere encerrada en un centro mental, que no vino a buscarme cuando más le necesitaba. Ni siquiera estoy segura de conocerle tanto como creía—. No me hagas ser cruel.

Sin embargo, me divide que Alicia se contenga.

¿Acaso me protege? ¿Está cuidando de mí?

Regresa la atención a su teléfono antes de que este suene. Resopla y se lo lleva a la oreja. He podido ver el nombre de mi padre reflejado en la pantalla, y me cuesta comprender qué demonios pretende al llamar.

—¿Qué quieres? —espeta ella.

—No creo que sea necesario extenderme. Seguramente ya estás al tanto. —
Le escucho decir.

—¿De qué?

—Siena.

Tiemblo.

Alicia y mi padre tienen una forma de hablar entre sí bastante cruel, pero nunca imaginé que mi nombre podría salir de su boca de un modo tan insensible.

—Oh, sí. —La señora pone los ojos en blanco—. ¿Qué pasa ahora?

—Hablares después de la identidad de esos dos agentes asiáticos que supuestamente transferiste de la sucursal de Corea. —A la Duarte parece importarle un carajo la implícita amenaza de su esposo—. Ahora es más importante el hecho de que Siena ha escapado con ellos.

—Pareces bastante tenso. Dime, ¿qué tienen que ver las locuras de tu hija conmigo, querido?

—Detén a la prensa —añade mi padre al otro lado del teléfono—. Es cuestión de tiempo que descubran el dispositivo policial que han provocado. No quiero poblar los titulares a causa de esto.

Me hundo en el asiento con el aliento amontonándose en mi boca y las pulsaciones disparadas. De pronto, tengo miedo.

—Tu adorada esposa al rescate, ¿eh? —se mofa Alicia—. ¿Algo más, Gonzalo?

—No.

Cuelga. Sin despedidas. Con una seriedad demoledora.

La observo con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada. Libero un jadeo muy cercano a una tos nerviosa. Un sinfín de emociones se me

amontonan en la garganta, más que dispuestas a salir, exigentes y ácidas. Sé que debo mantener la calma, pero es demasiado difícil. Ni siquiera puedo fiarme de mí misma.

Cierro los ojos.

Que me traten como una demente, que me conviertan en un incómodo propósito, que me atrapen y encierren. Nada de eso importa si esconde la intención de herir a Jun-Ha y Kim Jae.

¿Hemos caído en la trampa? ¿Somos meras estrategias? ¿Mi padre me ha traicionado porque Alicia le ha ayudado? ¿Y Michel? ¿Es capaz de ser tan buen mentiroso? ¿Realmente lo es?

Llego a todas esas conclusiones y estoy al borde de creerlas realidad justo cuando las contradicciones se cruzan como afilados cuchillos. Pues hay cosas que mi padre no sabe.

«Y no puedo olvidar al cuervo». Dudo que Jun-Ha no haya analizado todas estas suposiciones.

—¿Sabes que tu ambigüedad está sujeta a muchas interpretaciones? —
mascullo.

—De eso va el juego. —Persiste en su seriedad.

—Solo te lo preguntaré una vez. —Me acerco un poco a ella—. ¿Nos has tendido una trampa?

—¿Qué harías si te dijera que sí? —Me encara.

—Probablemente, me lanzaría a tu cuello. Responde.

—Una trampa, dices. —Su sonrisa alimenta mi furia—. El señor Park no opina lo mismo.

—El señor Park no ha escuchado lo que acabas de decir.

—Sin embargo, estás más pendiente de mis palabras que de las de tu padre. ¿Concluyo entonces que confías más en mí que en él?

Siempre lo logra.

Siempre consigue dejarme en ese punto de división tan terrorífico e insoportable. Me deja sin habla, me roba todas las oportunidades. Alicia es un rival demasiado inteligente.

Me desplomo en el asiento y estrujo mis dedos notando cómo me invade una sensación de agobio demasiado ardiente. Ahora me parece asombroso haber convivido toda mi vida con este tipo de personas cerca. No puedo creer lo ciega que he estado.

—Sé que puede parecer extraño —añade Alicia, algo más tolerante—. Con los años, he aprendido a disfrutar de la maldad, Siena. Pero no me gusta mezclar la creatividad. Lo sencillo es doblemente mejor.

Quiere decir que prefiere engullir a sus enemigos antes que ponerse a jugar con ellos. Pero eso ya lo sé.

—Cierto, no te cuesta exponer a la gente —rezongo.

—Cien metros para el destino, señora —avisa el copiloto.

—Bien. Déjame ponerte al tanto, Siena. —Se endereza Alicia—. Bajarás de este coche y caminarás hacia César. No te opondrás, no te resistirás. Acatarás todo lo que te digan y esperarás paciente dentro de esa bonita habitación.

Sonrío sin humor. Frustrada por todas las sospechas que me suscita esta maldita mujer.

«Y pensar que he deseado ver su rostro...».

—Realmente piensas que voy a obedecer, ¿no es así?

—Oh, por supuesto que lo harás. —Una ácida afirmación—. Porque sientes curiosidad por saber qué viene después de esto.

La miro. Estamos muy cerca. Me veo reflejada en sus pupilas. Pero tan solo dura unos segundos.

Enseguida vuelve a llevarse el teléfono a la oreja. Ha marcado sin que me dé cuenta.

—¿César? —Se me contrae la respiración—. ¿Desde cuándo me he convertido en tu hada madrina, querido?

—Alicia, no estoy para tonterías —protesta este.

—¿Te parece una tontería que mis chicos hayan dado con tu ahijada? Tened un poco más de cuidado la próxima vez. —Habla con tanta soltura, con tanta frivolidad—. No tengo tiempo para gastarlo en solucionar vuestros errores.

Cuelga para volver a mirarme.

—Eres una hija de puta —susurro.

—Pero muy necesaria —añade ella—. Sal de este coche —me ordena cuando el vehículo se detiene.

El copiloto baja para abrirme la puerta.

No puedo moverme.

He sido engullida por todas las emociones que me recorren. Encuentran su forma en mi madrastra.

Ella ya ha dejado de mirarme, no le interesa alargar un problema que no le aporta beneficios. Sin embargo, no puedo irme así. La duda y el miedo apenas me dejan respirar.

—Quiero pedirte una sola cosa —menciono cabizbaja, con la mirada húmeda y el corazón latiéndome en la boca.

—Tienes muy poco tiempo, Siena.

—Puedo aceptar cualquier cosa que a mí me ocurra. Pero si tienes un mínimo de integridad o al menos recuerdas qué significa, por favor... Por favor, no... —jadeo y aprieto los dientes un instante tratando de reunir el valor—. No dejes que les ocurra nada malo.

Alicia desvía su atención hacia mí justo cuando una pequeña y suave sonrisa aparece en sus labios.

—¿Y por qué piensas que te entrego a los lobos, pequeña? —dice como si estuviera compartiendo un secreto.

Pero no tengo tiempo de más. Bajo con torpeza, apoyándome en el contacto del copiloto en torno a mi brazo. El sonido de la puerta al cerrarse y las ruedas al reanudar su camino me producen un temblor. Ojeo el rastro que deja antes de ver a César aparecer.

Mi padrino se acerca a mí con molestia. Le he ocasionado demasiados problemas.

Pero no espero que me entregue un bofetón. La inercia hace que me tambalee y gire la cabeza. Me ha hecho daño en el cuello, aunque es peor el calor que se extiende por mi mejilla. Se refleja en mi respiración, ahora completamente acelerada.

Convierto mis manos en puños, me tiemblan los labios a causa de la rabia. Nadie dijo que debía actuar sumisa y en cualquier caso, esa no es mi naturaleza.

Me incorporo y reúno toda la fuerza de la que dispongo para estrellar una de mis manos en el rostro de César.

El golpe asombra a todo el mundo, incluso a mí.

En cambio, me sorprende aún más la sonrisa que él emite al reconocer que le he pegado y que no tendré reparos en repetirlo en el futuro.

Seré yo quien le destruya.

Me hago esa promesa sin dejar de observar la sangre que resbala tímida de su labio.

SEGUNDO ARCO

Resistencia

«Es extraña la ligereza con que los malvados creen que todo les saldrá bien».

VICTOR HUGO

Capítulo 10

Franco

—¿Qué novedades tenemos? —pregunto sin dejar de caminar.

Las puertas del ascensor se abren casi al tiempo en que llegamos a la biblioteca.

—Varias. Debes estar preparado, Franco.

Le miro atento. Michel está teniendo tacto, y no sé bien si se debe a la gravedad de lo que va a decirme o porque piensa que los últimos días me han debilitado. Realmente espero que no sea por lo último.

Respiro hondo.

—Sé que los chicos iban de camino al aeropuerto y sobre la rueda de prensa de Ulloa —explico—. Justo entonces, Alicia apareció en el consulado.

—Yo se lo pedí.

—Lo he imaginado.

—Pero ella ya lo tenía en mente —afirma antes de entrar en la sala—. Sabe que eres importante para Siena y que estás involucrado hasta las pestañas.

Enseguida se lanza a la mesa central y toma asiento frente a los monitores; no tiene tiempo que perder.

Debería darle espacio y quizás ayudarle en lo que sea que vaya a hacer, pero realmente necesito resolver algunas de las sospechas que albergo.

—Ha habido un altercado en el almacén de contenedores del puerto. ¿Tiene algo que ver con los chicos? —Frunzo el ceño al ver que asoma una mueca divertida en su boca—. ¿Por qué sonrías?

—Adoro tu poder de deducción.

Quisiera regocijarme en mi habilidad, pero es bastante más importante lo

que acabo de descubrir. Al parecer, he hecho bien en sospechar.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Fueron ellos?

—Escaparon con la intención de ir en busca de Siena, y a Siena se le ocurrió hacer lo mismo. No te haces idea lo que me ha costado contener el maldito flujo de información, hostia puta. La han liado muy parda —revela con asombrosa normalidad.

Se mueve de un lado a otro en su silla, tecleando como un loco mientras en las pantallas no dejan de salir ventanillas negras, pobladas de códigos en verde que solo él entiende. Le observo aturdido y a la vez emocionado con la idea de saber que logra mantener el control en un momento como este.

—Michel. —Me apoyo en la mesa para inclinarme hacia él—. Necesito saber dónde están los chicos y qué va a ocurrir con Siena.

—Ellos van de camino a Corea como estaba previsto y Siena será ingresada en la clínica —expone con firmeza.

Si no fuera por el tiempo que llevo a su lado, hubiera pensado que es alguien frívolo e insensible, incapaz de empatizar. Pero conozco a Michel, y lo que yo entiendo como algo desquiciante, para él es lo mejor que nos puede pasar. Así que la situación está mucho mejor de lo que parece, aunque yo no pueda creerlo.

—¿Por qué? —quiero saber.

—¿Porque qué?

—¿Por qué se van a Corea? ¿Por qué Siena debe ser ingresada? Cuando me has dicho que obedezca a la señora, lo he hecho porque confío en ti. ¿De qué sirve entonces, Michel?

—Para ganar tiempo. Nada de esto estaba previsto hasta hace unas horas.

—Siena no puede entrar en esa clínica.

—Debe. —Pero no dice más y eso termina por exasperarme.

—No me lo puedo creer. ¡Michel!

Me llevo las manos a la cabeza y tiro un poco del cabello, tratando de reordenar todas mis ideas. Pensar mientras mantengo a raya las emociones es una tarea de lo más complicada.

Noto las miradas disimuladas de Michel.

—Toda la prensa del país está centrada en ella, Franco. El informe de la Interpol ha sido demoledor —asegura—. Si no entra en la puta clínica, se convertirá en otro gran problema. Y, como comprenderás, hay algo ahora que requiere mayor atención. Discúlpame si no me detengo un momento a consolarte, pichoncito mío.

—¿Te haces idea de las ganas que tengo de partirte la cara en este momento? —mascullo colocando los brazos en jarras.

—Lo imagino, sí —bromea.

Lo lógico sería dar un golpe en la mesa, tirar de él y acorralarle hasta sonsacar todos los secretos que guarda de Alicia. Pero debe haber más. Lo sé, lo percibo en el modo en que se me contrae el vientre.

Niego la cabeza.

«Nada de emociones. Solo pensamientos racionales», me digo a mí mismo.

Aprieto los ojos, trato de concentrarme. Las habilidades de Michel son severamente eficaces. Nada de movimientos enrevesados, nada que escape al control o provoque reacciones imprevistas. Golpes rotundos y veloces.

—Algo que requiere mayor atención... —Repito sus palabras—. Hablas de los chicos.

—En efecto.

—Eso quiere decir que Siena no corre peligro, por el momento, porque tenéis controlada su seguridad en la clínica.

—Exacto.

Respiro. Odio la idea de estar lejos de mi pequeña compañera, pero si analizo la situación desde el razonamiento, lo que Michel pretende es comprensible. Y la propia Siena estaría de acuerdo.

—¿Por cuánto tiempo debe estar allí? —inquiero.

—Espera a que Santiago obre magia. Dos días, tres como mucho.

—Entiendo que Alicia también está involucrada —asumo.

—Por supuesto que lo está.

En realidad, no me sorprende. Pero la señora no es alguien que se

inmiscuya en un problema ajeno ella. Tiene que existir una motivación, y esa teoría empieza a hostigarme.

Miro a mi amigo. Percibo un hermoso esplendor en sus mejillas.

—Deja que lo entienda, Michel. Si confías en que Siena estará protegida...

—Lo estará —me interrumpe confiado.

—Eso significa que cuentas con un fiable plan de contingencia, ¿verdad?

—¿Lo ves? —Al fin se detiene y clava su mirada en la mía—. Eres el puto rey de la deducción. —Presiona una tecla y me señala el contenido que se desglosa en la pantalla central—. Ahí tienes tu plan. Los leales de Alicia.

De pronto, aparece un listado de nombres, algunos de ellos asiáticos, junto a sus correspondientes fotografías, situados sobre un mapa del perímetro del aeropuerto de Incheon en Corea.

Me detengo a observarlo al completo, tratando de analizarlo con calma y objetividad. El súbito alivio que me produce es tan denso que apenas me permite respirar.

—Ochenta y tres hombres. Doce de ellos en la clínica, vigilando a Siena. Treinta de ellos de camino a Incheon esperando a que nuestros chicos bajen de ese avión de mercancías, que Alicia Duarte, muy amablemente, tiene bajo control —explica orgulloso e incluso permitiéndose sonreír—. Veinte más están ahí afuera, y los demás permanecen a la espera de ser convocados.

—Los leales... Tú y Santiago Lasarte incluidos —murmuro observándole de reojo.

—Así es.

Para lograr lealtad, se necesita demasiada indulgencia. Imaginar que Alicia tiene a tantos hombres listos a dar su vida por ella, me hace pensar que ha debido de ganárselo.

Pero cómo lo ha logrado, poco importa.

—Esos hijos de puta querían pegarles un tiro en la cabeza en cuanto pisaran Corea —asevera Michel. Su mirada se enciende por un instante. Aunque dura poco, porque enseguida retorna su sonrisa—. No iba a dejar que a tu teniente le pasara algo.

Quiero reír y creo que lo consigo, pero más bien parece un resoplo trémulo

y nervioso.

Suspiro entrecortado. Tiene sentido que haya esperado. También lo tiene que él mismo me haya pedido que confiara en Alicia.

Es bueno saber que no me he equivocado.

—No has dudado. ¿Por qué? —asevera Michel.

—Me lo pediste.

—Podría haberte traicionado, como César.

Tuerzo el gesto y entrecierro los ojos.

—¿Lo harías?

—No podría.

Silencio. Su mirada es tan reconfortante que me despierta unas ganas locas de abrazarle.

—Entonces, no preguntes.

—Gracias. Franco Alemany —dice con suavidad.

—No te pongas meloso conmigo, maldito guaperas. —Le empujo con cariño—. Quiero verte teclear hasta que te ardan los dedos. ¡Vamos!

—¡Usurero! —masculla al tiempo que una llamada entrante nos interrumpe. Michel se lanza rápidamente al teclado y descuelga—. Línea segura. Adelante, sargento.

Capítulo 11

Jun-Ha

He regresado al campo de concentración.

Ahora estoy encadenado a la verja que delimita el patio exterior que hay detrás del barracón de aislamiento.

En realidad, no es necesario que me contengan, ni siquiera puedo gritar. Han logrado someterme tras inyectarme un bloqueador neuromuscular que apenas me permite mover los párpados.

Sin embargo, he podido verlo todo.

Han descuartizado a mi hermano.

Él, entre gritos, me ha pedido que no mire. Pero, aunque hubiera querido obedecer, ha sido imposible conseguirlo. Me he asfixiado en su mirada antes de que esta perdiera la vida. Se ha ido, arrancándome unas lágrimas que se han deslizado por mis mejillas de forma impertérrita.

Después, han violado a Siena sobre la sangre de Kim Jae. La han expuesto ante todos los soldados.

Eso también lo he visto.

Pero, en su caso, ella no ha gritado. Simplemente, ha cerrado los ojos y escondido su rostro entre los mechones de cabello.

He escuchado una sonrisa. César está aquí y observa a su ahijada con retorcida burla, preparado para culminar su absoluta destrucción. Él será el último.

Sé que es una maldita pesadilla por el color rojizo que muestra el cielo y por las nubes ondeantes que lo pueblan; estas son negras y parecen columnas de humo. Al fondo, las montañas de la región me recuerdan al crepitar de las llamas. Es como un maldito infierno, curiosamente surrealista.

Tiene sentido soñar con mis temores cuando duermo sin haberlo escogido.

Al detenernos en Barcelona, nos redujeron violentamente. No nos resistimos, así que fue relativamente fácil para los agentes trasladarnos hacia el aeropuerto. Una vez allí, nos subieron a un avión de mercancías, nos encadenaron al asiento con unas esposas y nos inyectaron un potente sedante que poco tardó en someternos. No se fiaban de nosotros, aun estando a cientos de pies del suelo.

Creo que no he dejado de soñar lo mismo una y otra vez, o al menos eso me dice el agotamiento de mi cuerpo. Pero ahora estoy despertando y empiezo a percibir todo a mi alrededor.

El ruido del motor del avión. Las sacudidas. Los ronquidos de uno de los agentes que nos escolta. Noto también la presión en mis oídos y el entumecimiento de mis piernas.

Lentamente, abro los ojos. Mi hermano todavía duerme frente a mí. Tengo al lado al agente que ronca como un cerdo, y puedo ver al resto desperdigado por los demás asientos. Todos son coreanos, agentes que trabajan para el consulado de Corea.

Excepto el copiloto.

Está de pie a unos metros de mí sirviéndose un vaso de zumo de naranja.

De pronto, se da la vuelta y me clava la mirada.

No le sorprende toparse conmigo. Creo que ya imaginaba que he despertado.

Sonríe un poco, termina de servirse, coronando el vaso con una pajilla, y vuelve a mirarme. Camina hacia mí, oteando a los demás en actitud un tanto arrogante.

Sorprende que me extienda el vaso y me anime a beber. Frunzo el ceño, no entiendo muy bien qué está haciendo, pero tampoco quiero descubrirlo.

Desvió la cara. Aunque me muero de sed y de hambre no pienso probar esa mierda.

Pero supongo que él esperaba mi respuesta dado que esta le provoca una nueva sonrisa. Retira la pajilla del vaso y le da un sorbo. Es su forma de decirme que no contiene nada más que zumo. De lo contrario, estaríamos en

problemas; un avión no puede volar sin sus dos pilotos.

Desde luego, eso me convence. Pero me despierta dudas. Este hombre debe estar al tanto de todo, lo que me lleva a pensar que quizás Alicia tiene algo que ver.

Vuelve a acercarme el vaso. Esta vez no dudo y capturo la pajilla entre mis labios para tragar casi todo el contenido. Al retirarlo, el tipo se inclina hacia mí. Un instante después, siento el insulso peso de una pequeña llave sobre la palma de mi mano.

—Tiene amigos muy poderosos, señor Park —me susurra al oído, arrastrando un potente acento italiano.

Después desvía su mirada hacia la mía, compartiendo un escalofriante silencio. Entiendo cada una las cosas que quiere decir.

Por encima de su hombro, puedo ver que Kim Jae ya ha despertado y observa el gesto, asumiendo la situación con una rapidez fascinante.

El copiloto le otea, guiña un ojo y, a continuación, regresa a la cabina tateando una sutil melodía.

Me pierdo en la mirada de mi hermano. Como yo, él ya imagina que el cuervo de Suwon nos espera en el aeropuerto.

Capítulo 12

Jun-Ha

Me he escondido la llave en la boca, justo debajo de la lengua; es tan pequeña que temo tragármela.

Ya hemos aterrizado en la terminal más cercana a los hangares, solo autorizada para aviones de carga y uso civil o militar. Es evidente que el aeropuerto sabe de nuestra presencia, pero no requerirá de verificaciones dado que no entraremos a Corea; al menos no vivos.

Lo que me lleva a pensar que existe alguien lo suficientemente poderoso detrás de todo esto. Alguien mucho más importante que el maldito coronel Shin; o quizás más rico.

Kim Jae evita mirarme. Se ha dado cuenta de que si lo hace de forma prologada, los guardias enseguida empezarán a sospechar. Se están comportando demasiado escépticos. No confían en las pocas posibilidades que tenemos de reaccionar. Se creen que podríamos reventar estas esposas y arrasar con todos ellos de un plumazo. Pero no imaginan que, de hacerlo, sería algo mucho más silencioso y cuidado.

Exactamente como va a ser.

La puerta provoca un chasquido al abrirse. Ambos pilotos a cada lado, se han cruzado las manos sobre el regazo. El principal permanece cabizbajo, en señal de respeto.

Sin embargo, su compañero parece mucho más arrogante, y lo observa todo con el mentón ligeramente alzado. Creo que, aunque se presenta como el segundo aviador, es el que más autoridad tiene de los dos.

Uno de los guardias me insta a caminar con un empujón. Al avanzar, miro al copiloto de reojo. Alcanzo a ver la sombra de una sonrisa que no entiendo del todo. Hasta que mi atención recae en el exterior.

Cuatro vehículos y una furgoneta custodiados por un grupo de veinte hombres. Visten trajes de color negro y mantienen una postura muy propia del personal de seguridad privada.

No reconozco a nadie.

Ninguno de ellos es el cuervo de Suwon.

Me gustaría sentir miedo, y de hecho puedo notar un resquicio retorciéndose en las profundidades de mis entrañas.

Me gustaría también poder admitir que Alicia Duarte nos la ha jugado y estos son los últimos minutos de vida que nos queda.

Sin embargo, hay cosas que el poder, por muy grande que este sea, no puede conseguir.

Sigo confiando, aunque parezca estúpido.

Oigo una risotada tras de mí. Uno de los guardias se detiene al filo de la escalerilla, atraído con la idea de mofarse de la situación.

—Lo tenéis muy complicado, chicos —admite entre carcajeos que enseguida contagia a los demás.

—¿Dónde lo preferís: en la nuca o en el pecho? —dice alguien más—. ¿La ahorca tal vez?

Puedo ver cómo Kim Jae aprieta los dientes, gesto que pasa desapercibido para todos.

Me inquieta, pero sé que no dirá una palabra aunque la rabia se le esté amontonando en la boca. Mi hermano sabe muy bien cuándo mostrar su ira, y supongo que también ha percibido que los hombres que nos esperan tienen maneras muy diversas de reaccionar.

—Dejaos de tonterías y caminad —se queja el cabecilla.

Empezamos a bajar la escalerilla. Los peldaños son tan altos que casi tengo que saltarlos. Voy dando tumbos entre los guardias. La llave arde bajo mi lengua.

—Capitán... —me susurra uno de los tipos. Sus dedos se me clavan en el tríceps—. Está a punto de hacerles compañía a sus soldados.

Trata de provocarme. Quiere encontrar la excusa perfecta para darme una

muerte mucho más compleja que un simple tiro en la cabeza. Pero estoy acostumbrado a manejar mis emociones en este tipo de circunstancias. No soy un maldito principiante, joder.

Le miro de reojo. Si hablo comedido nadie se dará cuenta de la llave.

—Qué buena idea es esa, ¿no cree, mi teniente? —respondo invitando a Kim Jae a que se una.

—La mejor, señor —conviene él. Algo que no le gusta al guardia.

Al terminar de descender, nos acercamos a los vehículos.

Sigo sin dar con un rostro que reconozca, pero puedo concluir que algunos de estos hombres no tienen los mismos objetivos que el resto. El modo en que nos observan es casi solemne.

Entrecierro los ojos y examino con disimulo el perímetro. No hay indicios de emboscada, y de haber una, esta no será ruidosa. El cuervo de Suwon conoce mi fascinación por la estrategia, él mismo es un gran admirador de esta.

Nos guían hacia el interior de la furgoneta conforme el chófer se acomoda frente al volante. Dos hombres más nos acompañan. Uno de copiloto y otro junto a mi hermano en los asientos intermedios. Es curioso que a mí me hayan situado en la última posición.

Antes de arrancar, el conductor me regala una insinuante mirada a través del retrovisor. Después otea a mi hermano, haciendo que este se acople en su lugar. Creo que está disfrutando mucho con todo esto.

Veo poco del exterior (los cristales tintados de negro apenas lo permiten), pero asumo que dos vehículos nos abren paso en la carretera y otros dos más cierran la fila. Desconozco cuánto apoyo tenemos dentro de la unidad o si tal vez existe.

Sin embargo, tampoco voy a esperar a descubrirlo.

Nadie me mira. El conductor canturrea una canción que suena en la radio. El copiloto no le presta atención, está centrado en su teléfono. El tercer hombre mastica chicle y mueve la cabeza al ritmo pegajoso de la melodía con un aire vanidoso; deja claro lo preciosa que le resulta la idea de matar a alguien.

Es el momento perfecto.

Escupo la llave con disimulo. Cae sobre mi regazo antes de que mis dedos se apoderen de ella. Kim Jae se ha dado cuenta justo cuando la he introducido en la pequeña cerradura de mis esposas. Pero él no es el único.

Por el modo en que me observa el conductor, sospecho que esperaba este momento, y le satisface bastante.

Le pongo a prueba retándole con la mirada, pero lo único que consigo es que vuelva a concentrarse en la carretera, esta vez tamborileando el volante con los dedos. Sentencio entonces que se trata de un apoyo, alguien perteneciente al grupo del cuervo.

Con mucho cuidado, me deshago de las esposas y las coloco bajo mis muslos.

Apenas pasa un instante que veo al conductor extraer un puñal de su chaqueta. Sin dejar de cantar, lo clava en el pecho de su acompañante y empieza a deslizar la hoja sabiendo que el hombre no tardará en morir.

El tipo junto a mi hermano exhala una grosería preparándose para atacar. Contengo su reacción capturando su cabeza, y le parto el cuello en un rápido y eficaz movimiento.

Al piloto parece divertirle la maniobra y eleva sus cánticos hasta parecer un becerro con pretensiones de *idol*. Suelta el cuchillo, logrando que la cabeza de su víctima se estrelle contra el salpicadero.

Es un tanto escalofriante y macabro, y no puedo evitar sentirme complacido. Sobre todo cuando descubro que Kim Jae ni siquiera se ha movido del lugar y continúa perfectamente acomodado en su asiento. A veces me sorprende su extraordinaria frialdad.

—¡Ah, me encanta esta canción! —parlotea el piloto—. ¿A vosotros no?

—Si tú lo dices... —resopla Kim Jae. No es muy seguidor de la música pop nacional. De hecho, la aborrece bastante.

—¡Oye! —protesta el hombre—. ¿Tienes algún problema con Red Velvet?

—He probado mejores pasteles ^[4], aunque no soy muy de dulce.

Apenas puedo contener una carcajada. Kim Jae sabe perfectamente de qué

habla el tipo, pero prefiere jugar a molestarle, supongo que para destensar el ambiente. Algo que el conductor acepta con una carcajada.

—Te pegaría una patada en el trasero si pudiera, mocoso —bromea antes de capturar un *walkie-talkie*—. Aquí Han. Todo controlado. Prevista la llegada al recinto en dos minutos —habla.

—Recibido, agente —le responde.

Salto al asiento de delante, colocando el cadáver del segundo esbirro a un lado, y recupero mis esposas para coger la llave. Libero a Kim Jae al tiempo en que descubro que estamos en una carretera desierta rodeada de campos agrícolas. Los fuertes destellos del sol coreano resaltan sus poderosos colores.

—¿Cuántos hombres sois y cómo os habéis organizado? —pregunta mi hermano consolando el enrojecimiento de sus muñecas.

—La organización es básica: fingir las intenciones originales que tiene este dispositivo.

—Eliminarnos —admito.

—Exacto. —Chasquea los dedos—. Nuestros hombres conforman el setenta por ciento de la unidad, dirigidos por el sargento Min.

—¿Dónde está Min? —quiero saber.

—Nos espera en el recinto.

—¿Qué recinto?

—Ese de ahí. —Señala el enorme granero que hay a unos metros.

A continuación, sigue a los dos vehículos que abren camino al tomar un desvío de tierra. Conforme nos acercamos, advierto el descuido del lugar.

Reúne todas las condiciones para parecer abandonado. La maleza mide más de medio metro y las paredes de madera corroída presentan daños severos debido a la desatención. Incluso alcanzo a ver dos tractores prácticamente desguazados.

Es un buen lugar para un asesinato.

Los vehículos se detienen en la explanada principal, mientras que nosotros nos encaminamos hacia la parte trasera, rodeando el granero.

—¿Sabes quién ha enviado la orden? —inquire Kim Jae.

—Sé quién os quiere vivos, pero no tengo la menor idea de quién os quiere muertos, señor.

—¿Quién nos quiere vivos?

—La gran jefa.

«Alicia Duarte», pienso compartiendo una mirada con mi hermano. La poderosa influencia de la señora llega incluso a esta parte del mundo. Aunque no es de extrañar, teniendo en cuenta la extensión de su empresa.

—¿Eres de KL? —indago.

—Segunda orgullosa generación. Agente Han. A vuestro servicio, caballeros.

Es fácil deducir que su desempeño en la compañía es bastante alto. De lo contrario, Alicia no le habría incluido en esta unidad.

La enorme puerta, por la que deberían pasar tractores o camionetas, está completamente abierta y nos muestra a todos los hombres que esperan nuestra llegada.

El agente Han desliza el vehículo con suavidad, adentrándose por completo al recinto. Pero no se detiene hasta colocarse de modo que nuestra puerta quede frente a todos.

—Parecen impacientes —comento, analizando a través del cristal tintando rastro alguno del cuervo de Suwon.

—Tienen ganas de fiesta —repone Kim Jae, más curioso que impresionado.

—Pues habrá que dársela, ¿no?

Enseguida me mira y forma una sonrisilla traviesa. Ya imagina que tengo ganas de fardar. Cuando esa característica de mi personalidad exige intervenir, suele ser un tanto peligroso.

—Tú primero, *hyung*.

Kim Jae se encoge en su asiento antes de intercambiarme el lugar. Revisa el cuerpo del esbirro en busca de un arma, que me entrega en cuanto la encuentra. Enseguida trinca al tipo de los brazos y lo empuja hacia mí mientras

yo verifico el cargador.

Apoyo la mano en la manilla de la puerta, tan solo tengo que empujar. Pero no lo hago hasta capturar el cuello del cadáver.

Él será el primero en salir, y lo hace estrellándose contra el suelo brusca y sonoramente. Gesto que provoca una ahogada exclamación de asombro en alguno de los presentes. Supongo que el resto ya estaba preparado.

Salto afuera, arrogante, en exceso desafiante.

El arma cuelga entre mis dedos. Algunos la observan con terror, asumiendo lo alarmante que es que un hombre como yo tenga una pistola en su poder. Siendo honestos, es algo por lo que temer. Seis balas pueden marcar la diferencia.

Kim Jae me sigue al cabo de un instante. Baja del vehículo con una normalidad que incrementa la perturbación. Se acerca a la puerta del copiloto y muestra el segundo cadáver.

De nuevo exclamaciones ahogadas, esta vez un poco más prolongadas, uniéndose al fuerte golpazo que produce el cuerpo al caer.

Tuerzo el gesto. En tan solo unos segundos hemos causado un impacto bastante ácido y espeluznante. Crece con el chasquido de las armas al ser empuñadas.

Sin embargo, nosotros no somos su objetivo.

Confirmando entonces que nueve de los veintiséis hombres caerán en breve. Solo que a ellos todavía les cuesta asumir que están ante una terrible emboscada.

Oigo pasos. Proviene de detrás de unas cajas de madera que hay apiladas a nuestra derecha.

Un instante más tarde, descubro unos pies y, a continuación, la resentida presencia del cuervo de Suwon.

Min Tae Jin clava la mirada en mí y la desliza hacia Kim Jae. Su análisis se divide entre los dos con una disimulada ternura que nadie aquí entendería. Puedo atisbar el titubeo resplandeciente de sus pupilas, es la satisfacción que le produce volver a vernos.

En mi caso, es muy difícil ordenar todo lo que siento. Decenas de

emociones chocan entre sí disparándome el pulso. Mantengo mi postura, no quiero siquiera mirar a mi hermano. De lo contrario, podríamos provocar una brecha. Lo mejor es contener las ganas de lanzarme a Tae Jin y abrazarle hasta que todo esto termine.

—Díganme... —dice el cuervo, mi gran amigo y compañero—. ¿Cómo se ven las cosas desde la perspectiva de un fiambre? —Se cruza de manos tras la espalda mientras camina entre los guardias amenazados—. No es muy agradable, ¿verdad? Es lo que tiene saber que vas a morir, y no poder hacer nada para evitarlo. —Se detiene frente al que parece el cabecilla—. Al suelo, caballeros.

El tipo frunce los labios. Está asustado, pero reconozco que su arrogancia insistirá y que esta provocará una reacción en cadena. Oteo las salidas. Si se mueven con habilidad es probable que al menos tres hombres escapen vivos de esta.

Aprieto el arma. Voy a tener que disparar. La supervivencia de alguno de ellos asegura la muerte de mi gente. No hay dudas al respecto.

Súbitamente, el hombre reacciona empujando a Tae Jin. Mi compañero da un traspie muy impropio de la maniobra; creo que su pierna no está bien.

El tipo echa a correr animando al resto. El muy cobarde está empujando a sus compañeros para que estos le hagan de escudo cuando nuestra unidad empieza a disparar. El sonido de los tiros retumba en el recinto.

Me concentro en ese cabrón mientras el resto va cayendo. La bala atraviesa su cabeza y contorsiona su cuerpo antes de caer sin vida al filo de la puerta.

—¡Esperad! ¡Yo...! —grita alguien—. Yo...

Al mirar, veo a otro hombre arrodillado en el suelo, cabizbajo y con cuatro armas apuntándole de cerca.

Min Tae Jin se acerca a él, frotándose la nuca.

—¿Tú qué? —inquieta causando que el tipo le mire aterrorizado.

—Quiero... negociar.

Mi compañero sonrío, asiente con la cabeza y me mira de reojo.

—¿Qué le parece, capitán?

No puede parecerme nada. No nos dará una información veraz, y está más

concentrado en los tímidos dos metros que hay entre él y la salida. Pero como es evidente que, aunque salga de aquí, no aguantará mucho tiempo con vida, no está de más darle la oportunidad de hablar. Quizás, con suerte, logremos algo. Quién sabe.

—Adelante —afirmo y los hombres de nuestra unidad bajan las armas.

Es un gesto lógico si alguien de rango superior ordena un instante de tregua tácita. Pero también es la excusa que necesita el maldito para escapar.

Resulta muy curioso, e incluso gracioso, ver cómo todos observamos su huida histérica campo a través.

Tae Jin hace una mueca con los labios.

—Id a divertirlos, muchachos —ordena causando que sigan al hombre—. Qué predecible.

Intercambiamos miradas entre los tres. Ya no hay contenciones. Tan solo un par de metros que estoy más que dispuesto a borrar.

Sin embargo, Kim Jae reacciona antes que yo, y se lanza a nuestro compañero con un ímpetu que tambalea a ambos.

Tae Jin responde cerrando los ojos y aferrándose al cuerpo de su teniente. Libera el aliento con un jadeo. No quiero imaginar cómo ha debido de pasarlo él.

Les observo, con los brazos lánguidos y las piernas temblorosas. He perdido a todos mis chicos, pero parece que el destino se ha reservado algunos momentos de dicha.

No sustituye la pérdida ni mucho menos, pero la hace un poco más llevadera.

Este hombre, Min Tae Jin de Suwon, respira. Su aliento concentra la vida de todos nuestros compañeros. Ellos estarían muy orgullosos de este momento.

Estira una mano hasta dar con mi hombro y me empuja hacia él, invitándome a unirme al abrazo. Los tres nos aferramos, los unos a los otros, entre respiraciones aceleradas y balbuceos.

Capítulo 13

Franco

El amanecer asoma con un disimulo sobrecogedor. Salpica el interior de este coche de luces violetas que no terminan de romper la oscuridad que todavía reina. Unos minutos más y ese hecho habrá desaparecido.

Después de recibir el informe de los hombres de Alicia sobre lo sucedido en Corea y saber que Jun-Ha y Kim Jae están a salvo, he abandonado la masía como un loco para venir hasta aquí. Ni siquiera he sido capaz de prestar atención a los reclamos de Michel. Por su forma de correr tras de mí, supongo que tenía intenciones de acompañarme.

He sido estúpido. Podría haber esperado a que amaneciera y abrieran la clínica. Pero me desespera demasiado saber que gozo de una información que Siena necesita; me cuesta mucho ser paciente.

Llevo cerca de dos horas sentado frente al volante, observando las ventanas de las habitaciones de la Clínica Betancor. Tras una de ellas, permanece encerrada mi Siena, ajena a que he tenido que bordear el edificio y esconderme en la pequeña explanada arenosa que hay en la parte posterior. La entrada está atestada de periodistas. Se han afincado a la espera de poder obtener alguna información.

Es una suerte que nadie me haya visto o reconocido.

Sin embargo, eso no es lo que me preocupa en realidad. Temo aún más no poder acceder a la clínica.

Contengo un sobresalto al escuchar que alguien golpea el cristal de mi puerta con los nudillos. Es un tipo de mediana edad vestido con un uniforme de mantenimiento. El reloj marca pasadas las siete de la mañana cuando bajo la ventanilla.

—Caballero, ¿qué hace aquí? —pregunta extrañado.

—Necesito ver a mi... —Me detengo a coger aire—. Necesito ver a una paciente. —Es muy molesto tener que asociar esa palabra a Siena.

—¿Es usted periodista?

—No.

—Otras personas han intentado colarse fingiendo no serlo —comenta agotado. Ha debido ser una noche demasiado larga—. Le pido que se retire. No me gustaría que nos metiéramos en problemas. Y en cualquier caso, las visitas deben programarse —informa bastante educado—. ¿Por qué no se marcha y regresa entonces?

—Verá... Soy amigo cercano de uno de los pacientes y debo decirle algo con urgencia —aseguro—. Entienda que no me iré de aquí sin antes hablar con ella. Si es necesario, puedo llamar para verificar la relación que compartimos.

El tipo hace una mueca y me mira de reojo. No puede evitar empatizar conmigo.

—Puedo pedirle a la encargada que haga una excepción —sugiere, provocando que le observe embelesado.

—No imagina cuánto se lo agradecería.

Salgo del coche frotándome las manos y miro al hombre con una sonrisa de agradecimiento en los labios. Él asiente con la cabeza y me invita a seguirle. Camino tras él hasta la entrada de personal, que colinda con un rincón de los jardines.

—La paciente es la señorita Bornay, ¿cierto? —inquire antes de abrir la puerta.

—Así es.

—Espere aquí.

Miro a mi alrededor. El sol todavía no ha asomado, pero la luz crece constante, y ya puedo ver todo el paisaje que me rodea.

La clínica Betancor está en mitad del bosque, delimitada por los senderos que conectan los pueblos La Floresta y Valldoreix. El único modo de llegar aquí es en coche o en un autobús que pasa cada hora.

Es un lugar destinado a encontrar el descanso mental de aquellos que padecen una enfermedad, siempre y cuando exista.

La puerta se abre y aparece el hombre de mantenimiento seguido por la encargada, una mujer bien entrada en los cincuenta con expresión severa. Enseguida me observa de arriba abajo. Es fácil asumir que no vamos a conectar bien.

—Buenos días. —Trato de ser todo lo amable posible.

—Señor...

—Alemany. Franco Alemany —le aclaro, extendiendo una mano a modo de saludo, que ella no acepta.

—Señor Alemany, lamento comunicarle que la paciente Siena Bornay tiene las visitas restringidas por ahora.

Frunzo el ceño. Me han extrañado dos cosas. La primera, que la mujer sienta la necesidad de hablar como si deseara que me engullera una bandada de cuervos. La segunda, y más importante, descubrir que Siena prácticamente está incomunicada.

Noto cómo la irritación recorre mis brazos. Acaban de desatarse mis ganas de pelea.

—Probablemente esa excusa le sirva con aquellos que no tienen idea de leyes, como parece ser su caso —le espeto.

La mujer pestañea asombrada. No parece acostumbrada a que la gente rebata su innecesaria insolencia.

Coge aire alzando el mentón. Quiere dejarme claro que no se dará por vencida y tratará de pisotearme. Lo que me lleva a preguntarme en qué maldito momento se ha convertido esto en una competencia por saber quién tiene la polla más grande.

—No soy yo quien dicta las normas, Alemany. —Se ha merendado el «señor»—. Así que guárdese sus ofensas. La paciente no tiene permitido las visitas y eso es lo único que necesita saber. Si no le queda claro, puedo avisar a seguridad.

—Hágalo, adelante —sonrío irónico, echando mano a mi teléfono—. Yo mientras tanto llamaré al señor Lasarte. —La mujer abre los ojos de par en par—. Por su expresión, doy por sentado que sabe bien a quién me refiero.

—¿Me está amenazando?

—Por supuesto.

Aprieta los dientes y señala la salida con un dedo tieso. Desde luego, esta mujer tiene un fuerte problema de gestión de la ira.

—Salga de aquí inmediatamente —gruñe queriendo regresar al interior.

Cojo la puerta y bloqueo su paso más furioso de lo que imagino. Puestos a ser impresentables, no tengo por qué contenerme.

—No se han ordenado medidas cautelares. Ni tampoco se baraja un posible juicio —mascullo amenazante—. Por tanto, esto casi puede considerarse un secuestro.

—Fue una decisión de la propia Siena Bornay.

Entrecierro los ojos. Ese es un detalle que tan solo conocen los involucrados.

—Ya que sabe bastante bien lo que ha sucedido, no debería olvidar la coacción.

Mi Siena eligió ser encerrada en un maldito psiquiátrico para poder salvar la vida de las personas que ama. No veo por ninguno lado que hubiera tenido alternativa. De haberse resistido, como en realidad hizo, quizás ahora estaríamos lamentando las muertes de nuestros hombres.

Levanto el teléfono y lo agito frente a las narices de esta puñetera y enervante mujer.

—Si no quiere que llame a Lasarte y este os meta una demanda que os haga embargar hasta un maldito riñón, le pido que me deje pasar. Hoy no tengo un buen día, así que no me provoque.

No me gusta el sometimiento, pero en este momento es condenadamente satisfactorio. Aunque, la mujer no cede de inmediato. Nos echamos cara en silencio, soportándonos una mirada cruel.

—Habitación ciento siete, primera planta. Solo le daremos diez minutos —rezonga.

—El tiempo lo decidiremos nosotros mismos. Ahora, cállese y deje de molestar.

Ni siquiera espero a sus posibles réplicas.

Miro al hombre de mantenimiento, agradecido por su intervención, y cruzo la puerta dejando que esta se cierre de un portazo.

Atravieso el vestíbulo oteando el panel que indica el mapa del lugar. Tan solo debo subir las escaleras y recorrer un corto pasillo para llegar a mi destino.

Todo permanece en sobria calma. Es lógico dado que todavía falta un tiempo para el desayuno y que esto se llene de visitantes.

Aun así, no puedo evitar la incomodidad que me causa. Mi preciosa chica no debería estar aquí.

Me detengo frente a su puerta y observo el letrero que cuelga en el centro de la madera. Su nombre a pie del número me parece escrito con cierta arrogancia. Son meras imaginaciones mías, pero me hiere ver a dónde han ido a parar las cosas.

Apoyo los dedos en el pomo y abro con cuidado. Desconozco si Siena está durmiendo, así que evito hacer ruido.

Me asombra encontrarla despierta, sentada en su cama. Tiene las piernas encogidas y pegadas al pecho, se aferra a ellas en un lánguido abrazo. Mira hacia la ventana con la mejilla apoyada en sus rodillas.

Analice o no su postura, es inevitable reconocer la tristeza que habita en ella. Una confusa tristeza.

De repente, clava su atención en mí. En un instante, su mirada pasa de ser fría a enternecerse conforme asimila mi presencia. Una agotadora incertidumbre cerca sus ojos y los envuelve en un rastro violáceo, que se entremezcla con la palidez de sus mejillas.

Por suerte, descubro que no ha llorado, creo que para evitar que las dudas la consuman más de lo que ya lo hacen.

Siena libera un jadeo antes de saltar de la cama y correr hacia mí. Contengo un sollozo, que termina por convertirse en ahogo al sentir su pequeño cuerpo impactando contra el mío. Enseguida rodea mi cuello con sus brazos, y yo me aferro a su cintura y entierro la cara en su cabello. La energía del contacto le ha llevado a ponerse de puntillas.

—Tenía tantas ganas de verte... —murmura ella, algo entrecortada. Siento

su corazón pegado a mi pecho, latiendo a toda prisa.

—He tenido que pelear un poco —comento incitándole una pequeña sonrisa que se propaga por mi cuello.

—No digas nada —dice muy bajito. Ya imagina que he venido hasta aquí para informarle de algo.

Un escalofrío recorre mi espalda cuando levanto un poco la cabeza. La veo. Una disimulada cámara en forma de esfera situada en una de las esquinas superiores. Están monitorizando cualquier movimiento, algo que me produce una fuerte exasperación.

Siena rompe el abrazo para regalarme una nostálgica sonrisa. Es casi pasmoso la fortaleza que trata de mantener.

—No me permiten tomar café, pero a un zumo no le pondría objeciones.

—¿Quieres que vaya a por uno? —Debemos actuar. No descarto que esa cámara tenga acceso al audio.

—Prefiero salir fuera —sugiere ella, en sintonía conmigo—. Necesito un poco de aire. Dicen que hay un estanque en el jardín al que no pueden llegar las cámaras. Me gustaría verlo.

Indicativo de que no ha salido de esta habitación desde que puso un pie en ella. No es del todo alarmante, ya que ni siquiera han pasado veinticuatro horas. Pero sí molesto, dado que Siena no es del tipo de persona que prefiere encerrarse en sí misma. A menos que sea necesario, como es el caso.

Ella es la primera en salir. La sigo de cerca, colocándome a su lado en cuanto comenzamos a bajar las escaleras.

No hablamos, todavía no es momento de hacerlo. Los trabajadores con los que nos cruzamos nos miran de reojo. Reconozco que alguno de ellos son guardias de Alicia, infiltrados para supervisar la seguridad de Siena.

Al llegar al jardín, el día ya casi está instalado en el cielo. La brisa agita con suavidad la copa de los árboles y acaricia el agua del estanque. Reviso el entorno en busca de aquello que me hace sentir tan extraño.

—He contado tres, pero creo que hay más —comenta Siena, llegando a uno de los bancos de madera que hay a pie del estanque. —Son doce en total —le confirmo.

—Ya veo...

Tomamos asiento. Es curioso que el paisaje en esta zona casi parezca que nos envuelve hasta crear un halo de protección.

—Aun así, trata de contener tus reacciones —declaro topándome con sus ojos verdes—. Al menos hasta que sepamos qué hacer.

—Eso quiere decir que vas a contarme algo conmovedor.

Sonríó acariciando su mano.

—Preferiría empezar por saber cómo estás —prosigo.

—Igual que tú —resopla Siena, estrujándose los dedos—. Puede que no estés encerrado, pero tu aspecto no es el mejor. No te vale fingir conmigo.

Por supuesto que no, ya que ella es una de las pocas personas que sabe cuán implicadas están mis emociones. Desde el principio, ha sido así. Pero conforme hemos ido avanzando, me he encontrado dolorosamente afianzado en ello. Creo que el amor romántico no es un buen aliado cuando se está en peligro. Se arriesgan muchas más cosas.

Pero mis sentimientos por Do Kim Jae no son lo que ahora me golpean el pecho. Hay motivos que reclaman mayor atención. Necesito liberarme de ellos.

—Me gustaría saber algo. —Su silencio me permite continuar—. ¿Llegaste a pensar que César nos traicionaría?

—No. —Siena mira al frente tensando las mejillas. Le cuesta casi tanto como a mí asumir que nuestro querido allegado no es más que una maldita sabandija—. Creí que si aceptaba lo que sea que propusiera, realmente cumpliría con su palabra. Pero es evidente que no es tan leal como creía.

Aprieto los dientes. Imagino cuánto ha debido herirle verse tan expuesta por culpa de su padrino.

—Sin embargo, terminaste aceptando venir aquí —añado.

—Me lo pidió. —Y Siena me mira con fijeza. Casi puedo ver el precioso rostro de Jun-Ha grabado en sus pupilas—. No lo dijo con palabras, pero... lo vi en sus ojos... Aunque sí le hice una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Confías en ella?

«Alicia». La señora ha sido el detonante.

Escaparon, los tres. Mientras huían, ya habían aceptado convertirse en prófugos. Ninguno se negó a ello, y estaban más que decididos. De lo contrario, habrían sabido parar antes de que todo se complicara.

A pesar de ello, se toparon con un muro. Alicia Duarte les detuvo. Y Jun-Ha confió en ella antes que cualquiera de nosotros.

—Dime, Franco —murmura Siena con la mirada húmeda y titubeante—, ¿hice bien en dejarle ir?

Es una respuesta muy sencilla.

—Sí —digo rotundo, motivando que una lágrima se le escape—. Ven aquí... —Tiro de ella para abrazarla y noto cómo sus manos se aferran a mí. La presión de sus dedos sobre mi espalda. Su aliento cálido y un tanto apresurado deslizándose por mi cuello—. Están a salvo, Siena —le susurro.

—¿Estás seguro?

Me alejo un poco y cojo su rostro entre mis manos.

—He pasado media madrugada esperando en ese maldito aparcamiento de ahí fuera para decírtelo. Por supuesto que estoy seguro, cariño.

Ella asiente con la cabeza y envuelve mis muñecas.

—¿Dónde están ahora?

—Tengo entendido que en una localización franca. Completamente fuera de peligro.

—Entonces, llevaba razón. Sí merecía la pena confiar. —Habla de Jun-Ha y de la confianza que este ha depositado en Alicia.

—Es una persona llena de sorpresas...

Nunca se termina de conocer a la señora.

Siena

La noticia me invade con violencia. Me cubre de pequeños espasmos, de lágrimas que abrasan la comisura de mis ojos. El contacto de Franco controla mi desorden y me procura mantener la sensatez.

He esperado una noticia así, en el fondo la he imaginado en cuanto he visto a mi gran amigo entrar en la habitación.

Pero oírlo es bien distinto.

La certeza me estremece, y entierra por completo la escalofriante cantidad de tragedias que he imaginado durante toda la noche. En todas ellas, Jun-Ha y Kim Jae terminaban yaciendo sobre su propia sangre.

Sin embargo, debo admitir que una parte de mí ha confiado en Alicia. Al pedirle ese favor, no sentí que fuera en vano.

Cojo aire con fuerza, retirando la humedad de mis mejillas, y camino hacia la orilla del estanque cruzándome de brazos. El agua se topa contra el bordillo, salpica un poco mis zapatillas. Me concentro en ellas antes de levantar la cabeza y mirar al frente.

—Estoy enfadada, Franco —digo clavándome los dedos en la piel—. No, no es esa la palabra adecuada. Estoy... furiosa.

Demasiado.

Ahora que todo parece controlado, el rencor ha estallado en mis entrañas. Infecta todo a su paso salpicándolo de una indignación que nunca antes he sentido. O quizás sí y no soy capaz de recordarlo.

Franco se acerca a mí y acaricia con ternura uno de mis hombros antes de regalarme una profunda mirada. Sus impresionantes ojos grises anhelan lo mismo que yo, poder aferrarse al hombre que amamos y no soltarle jamás. A los dos nos asfixia esa necesidad.

—Aceptaré cualquier cosa que decidas, Siena —menciona en voz baja—. Voy a seguirte allá donde vayas, aunque nos quedemos sin planeta.

Frunzo los labios. No quiero llorar, y que Franco acaricie mis mejillas no hace más que incrementar las ganas. Agacho un poco la cabeza y beso la palma de su mano. Entiendo por qué lo ha dicho. Él siempre ha deseado mi protección, no soportaba la idea de verme entrar en acción.

Pero ahora ya es demasiado tarde para las evasivas. Debemos convertirnos en la tormenta, y no simplemente formar parte de ella.

Trago saliva y endurezco el torso vigorizando mi postura.

Tener miedo no estará prohibido, pero no dejaré que vuelva a engullirme.

—¿Tienes teléfono? —inquiero.

—Sí.

—¿Puedes marcar el número de Alicia?

Franco apenas tarda unos segundos en obedecer.

—Toma.

Apenas se oye un tono cuando la Duarte responde.

—Qué madrugador, señor Alemany.

—Soy yo —le aclaro tajante.

—Siena.

No hay sorpresa en su voz, y en el fondo me molesta que el control de esta mujer sea tan satisfactorio para mí en este maldito momento.

—¿A esto te referías cuando ayer dijiste que no me resistiera? —Cuando me separó de Jun-Ha y me entregó a César Castro con total tranquilidad.

—¿Hace falta que lo aclare? —Ahí está la respuesta que necesito.

Al parecer, lo tenía todo perfectamente estudiado.

—¿Cómo habría sido todo si me hubieras informado desde el principio?

—Bastante artificial —asegura—. Te conocen bien, Siena. Saben a la perfección todas tus reacciones. —Porque Alicia ya imaginaba que me mantendrían vigilada—. El desconocimiento ha dado veracidad. Eso era precisamente lo que necesitábamos.

Y eso es exactamente lo que ha logrado. Mi desconocimiento nos ha dado una ventaja que vale las vidas de mi Jun-Ha y Kim Jae.

—Y ahora, ¿cuál es el siguiente paso? —pregunto.

—¿Eso significa que cuento con tu confianza? —Noto un claro atisbo de expectación.

Frunzo el ceño.

«¿Tanto desea Alicia que confíe en ella?», pienso asombrada.

Pero mi madrastra no puede esperar que tire por la borda todos los años de desapego que hemos compartido. Sé que no es lo que está tratando de conseguir, pero aun así es complicado imaginarme confiando en ella ciegamente.

—Cuentas al menos con un canal de comunicación estable —le aseguro—. Todavía tienes muchas cosas que explicarme.

La oigo reír al otro lado de la línea. Es una sonrisa que me eriza la piel. Franco también la advierte y pone los ojos en blanco, porque sabe cuán exasperante puede llegar a ser la Duarte.

—¿Qué te hace tanta gracia? —mascullo.

—Tu escepticismo.

Estoy al borde de mandarla a la mierda, pero mi sentido común todavía insiste.

—¿Cómo lo consigues?

—¿El qué? —Alicia opta por ignorar lo evidente.

—Ser así como eres.

—No quieras saberlo. No te gustaría la respuesta. En fin, ahora llega la segunda parte del plan. —Cambia radicalmente de tema. Alicia siempre se mueve varios pasos por delante de la gente.

—¿Eso también lo tenías preparado?

—De lo contrario, no te habría entregado a los lobos, querida.

«Los lobos...». Ya los ha mencionado con anterioridad.

Se me ocurren decenas de cosas, una de ellas saber el verdadero motivo que esconde tras su evidente insistencia en protegerme. Pero eso tendrá que esperar. Hay algo mucho más importante que atender ahora.

—Dime cuál es la supuesta segunda parte —quiero saber.

—Bueno, conociéndole estará allí en breve —comenta Alicia. Y Franco contiene una exclamación.

Enseguida me desvío y descubro la presencia de Santiago Lasarte escoltado por dos de sus agentes de confianza.

—Buenos días, Siena —me saluda y mira a mi compañero—. ¿Qué tal, Franco?

—¿Qué haces aquí, Santiago? —pregunto.

Ayer, tras salir de la comisaría, no creí que volvería a verle. En ese momento, ni siquiera nos despedimos, y todo apuntaba a que no se haría cargo de nada que tuviera que ver con mi caso.

Pero aquí está. Luciendo esa expresión sagaz y un tanto arrogante, que curiosamente me reconforta.

—En efecto, tan puntual como siempre —ironiza Alicia—. Daré por hecho que seguirás cualquier cosa que te indique Santiago.

—Alicia...

—Te veré pronto, Siena.

—¿Nos veremos?

—Tendrás que soportarlo. —Me cuelga.

«Qué fácil es odiarla».

Miro a Santiago al tiempo que capto el atisbo de satisfacción que se cruza por su mirada.

—¿Estás preparada? —me dice.

—¿Debo estarlo?

—Será un día muy largo —sonríe.

El chico de los fideos

La primera vez que conoció al nuevo amigo de su hijo, Kang Ma Ra regresaba a casa tras un turno de veinticuatro horas en el hospital. Había comprado pollo frito para cenar.

Al descalzarse y dejar sus pertenencias en el armario del vestíbulo, escuchó unas voces que provenían del salón. Encontró a los dos muchachos sentados en el suelo, admirando entusiasmados la colección de cómics japoneses que tenía Sojoonnie; más de doscientos libretos desparramados por el lugar.

Al desconocido jovencito le brillaban los ojos y escuchaba atentamente cada explicación que le daba el mayor. Indagaba sobre las historias, se removía de la emoción y sonreía como si fuera una pequeña ardilla mientras amontonaba a su lado aquellos cómics que deseaba leer; una pila de al menos veinte de ellos.

Ma Ra les observó desde el umbral de la puerta, cruzada de brazos y con una sensación de tibieza inundando su pecho. Era la primera vez que veía a su hijo compartir sus aficiones con alguien.

Razón de más para entender que aquel niño se había ganado un hueco en la vida de Sojoonnie. Y tenía que ser importante si además había entrado en su casa.

Pasados unos minutos, el chico la miró. Enseguida soltó el libreto y se puso en pie con torpeza, adecentando su imagen.

—¡Mamá! —exclamó Sojoonnie al descubrirla.

—Os veo muy entretenidos —sonrió ella, avanzando al tiempo que notaba la inquietud del pequeño.

Ahora que tenía una visión completa de él, pudo reparar en el descuido. Su atuendo desgastado, su cuerpo escuálido y un tanto desaliñado. Aquella mirada cargada de una bondad maltratada. Ma Ra sintió que se perdía en ella,

y no le gustó la mortificación que halló. Era una criatura demasiado joven como para entender tan bien los abusos de la vida.

Le dio un beso a su hijo cuando este la abrazó. El chiquillo les observó enternecido y anhelante.

—Mamá, este es Im Ji Suk.

Rápidamente recordó.

—¡Oh, el chico de los fideos! —bromeó, provocando un rubor en el nombrado.

—Hola, señora Kang —dijo casi a voz en grito, y a continuación hizo una exagerada reverencia—. Es un placer conocerla. Disculpe por presentarme así. De verdad, lamento mucho haber hostigado a su hijo.

Precisamente su hijo fue el primero en echarse a reír, quizás porque ya había escuchado esas disculpas con anterioridad.

Debían de haber conectado muy bien. De lo contrario, Sojoonnie jamás se habría mostrado tan cómodo con él. Ma Ra todavía recordaba la frustración con la que llegó a casa el día de su «primera cita».

—Dime, Ji Suk, ¿te gusta el pollo frito? —quiso saber la mujer.

—Muchísimo. —El chico no se atrevió a mirarla.

—¿Quieres alguna guarnición?

—Lo que sea estará bien, señora —repuso, solemne.

—¿Doy por hecho que te quedas a cenar?

—¡Por supuesto! —exclamó, motivándole una carcajada—. Oh, lo siento.

—Tendrás que preparar la mesa.

—Sí, señora.

—Y recoged todo este estropicio. —Señaló el gran desorden que había en el salón.

Mientras tanto, Sojoonnie aguantaba la risa. Conocía la actitud juguetona de su madre. La había visto en muchas ocasiones, cuando fingía estar molesta con su padre. Murasaki Akira siempre caía en la broma.

—Enseguida, señora —repuso el joven.

—Como sigas llamándome señora, voy a patearte el trasero.

—Disculpe, seño... —Se contuvo rápidamente.

Al instante, la sonrisa que produjo Im Ji Suk terminó de conquistar a la mujer.

La presencia del muchacho se convirtió en algo encantadoramente habitual para ella. No había día en que no compartiera un momento con él.

Se acostumbró a colocar un plato de más en la mesa, a comprar alimentos de su gusto, a incluirle en sus días libres, en los que disfrutaban los cuatro juntos de cualquier plan.

Ji Suk jamás hablaba de nada relacionado con su vida, tan solo pequeños detalles, pero nunca del todo escabrosos. Decía que no quería la compasión de nadie, que necesitaba estar seguro de que se le quería por cómo era. Y respetaba demasiado a la familia Murasaki-Kang como para cargarles con sus propios problemas.

El muchacho empezó a formar parte de ella mucho antes de que se diera cuenta.

Por eso no le costó tomar la decisión. Culminó la noche en que el joven apareció con los pies ensangrentados.

Al día siguiente, cuando apenas amanecía, Ma Ra se encontró a sí misma observando la nada, sentada en su cocina, aferrada a una taza de café recién hecho.

Llevaba semanas pensándolo, que una criatura tan maravillosa como lo era Im Ji Suk no merecía una vida tan injusta. No cuando en casa había hallado el cariño que él valía.

Verles a él y a su hijo juntos era una de las cosas más extraordinarias de las que había disfrutado nunca.

—Cariño, es tu día libre. ¿Qué haces despierta tan temprano?

Akira irrumpió en la cocina, todavía en pijama y con su habitual costumbre de ir descalzo.

Los dedos del hombre se abrieron paso por su nuca y cubrieron la totalidad de su cuello, ejerciendo la presión justa para provocarle cerrar los ojos de puro placer. Su esposo siempre le causaba un revoltijo de infinitas emociones.

—No podía dormir —admitió—. Detente, eres demasiado bueno con las manos. —Él sonrió conforme ella se incorporaba—. ¿Quieres un café?

—Prefiero que me dejes abrazarte —susurró y enseguida se fundieron en un contacto necesitado—. Sé lo que barruntas —le dijo al oído.

—Solo tiene trece años, amor —gimoteó antes de alejarse.

Cabizbaja, capturó las manos de Akira y repasó sus nudillos.

Ma Ra estaba acostumbrada a la energía de los sentimientos que le despertaba el japonés. Había sido así desde el primer momento en que se conocieron. Con el tiempo, había aprendido a sobrellevar la intensidad y a disfrutarla de un modo más profundo. Como ese era el caso.

Akira ya lo sabía, así que dejó que su esposa marcara el ritmo de la conversación. Fuera cual fuese el resultado, estaría con ella hasta el final de los tiempos e incluso, más si su alma lo permitía.

—Cuando me dijeron que no podría ser madre, me derrumbé... Gracias a ti tuve motivos para no dejar de sentirme afortunada. Tuve la suerte de tenerte. Fuiste y eres mi razón. —Se apretaron las manos, llenos de amor. En los ojos de la mujer, asomaban las lágrimas—. Porque precisamente tú me diste la oportunidad de experimentar lo que se siente al ser madre. Sojoonnie es uno de los mayores logros de mi vida. Ver su cara cada día me lo recuerda constantemente. Él es todo lo que una madre desea. Es por eso que me duele hallar una contraposición.

Akira deshizo el contacto de una de sus manos y acercó los dedos a la mejilla de Ma Ra. Retiró unas lágrimas que resbalaban por su piel al tiempo en que ella cerraba los ojos.

—No has podido evitar enamorarte de Ji Suk —susurró y ella sonrió al comprender que Akira sentía lo mismo.

—Es bueno que conozcas ese sentimiento. —Volvió a mirarle, esta vez un poco más liberada—. Me hiere que alguien que ha tenido la oportunidad de procrear, malgaste ese don de esta manera. Es demasiado injusto. Y no soporto la idea de verle sufrir.

Ji Suk no era el simple amigo de So Joon.

Se había convertido en el hermano que su hijo nunca tuvo, en esa parte de

ellos tremendamente necesaria. Estando los cuatro juntos, todo funcionaba a la perfección.

—Si llegamos a un acuerdo interno, podríamos ahorrarnos todo el proceso judicial —admitió Akira, dejando entrever que él mismo ya lo había estado pensando.

—Eso conlleva dinero —reconoció Ma Ra—. Una mujer de esa calaña no consentirá irse con las manos vacías.

—Pues se lo daremos. ¿Crees que me importa el dinero? Sois mi familia, trabajaré hasta hacerme sangre si es necesario.

Volvieron a abrazarse.

Tan solo hicieron falta un par de días para ultimar todo el papeleo y dejarse asesorar por un abogado colega cercano.

La mañana de aquel sábado, el sobre con los documentos ardía entre los dedos de Ma Ra. Irían a la casa de la mujer e intentarían lograr que firmara la cesión de custodia.

Sin embargo, no contaron con que tendrían compañía.

Sojoonnie salió de la casa y se subió al coche sin mediar palabra.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Akira.

—Yo también voy.

—De eso nada. Vuelve dentro, hijo.

—Tú lo dijiste, es nuestra familia.

Con respuestas como aquella, poco podía hacer el matrimonio.

En el más profundo de los silencios, los tres se dirigieron hacia el lugar, saboreando la tensión que se había instalado. Compartieron el mismo pensamiento, el mismo deseo.

Al llegar, Sojoonnie no bajó del coche. Sabía que podía estar allí, pero no debía intervenir. Así que simplemente miró por la ventanilla y comenzó a morderse las uñas con severidad.

—Entraré sola —dijo Ma Ra, acariciando la barbilla de Akira—. Esto es algo que debemos solucionar entre mujeres.

—De acuerdo.

Conforme se acercaba a la puerta de la casa, sintió la urgencia de sacar a Ji Suk por la fuerza de aquel cuchitril. Vivir en un vertedero habría sido mejor, aquella chabola era insalubre.

Estaba a punto de golpear la puerta cuando escuchó a su hijo.

—¡Mamá! —Sojoonnie permanecía junto a su padre, fuera del coche, con los brazos tensos pegados al cuerpo y el rostro enrojecido de preocupación.

Comprendió su expresión, la comprendió tan bien que apenas pudo controlar el escalofrío que le produjo. Sojoonnie quería ver a su madre salir de esa casa con Ji Suk de la mano. Ya le amaba como a un hermano. Era su compañero.

Minutos después, extendía los documentos sobre la mesa. La mujer ni siquiera le había invitado a tomar el té. Ciertamente, Ma Ra dudaba que tuviera utensilios con los que servirlo. Pero la amabilidad era un grado que ella no tenía.

Ji Suk permanecía escondido tras las puertas correderas. Podía ver sus ojos por el hueco que había entre el marco y la pared.

Con el corazón en la garganta y el pulso completamente acelerado, Ma Ra soportó la espera, obligándose a no analizar su alrededor. Hasta que de pronto la mujer soltó los documentos, dando un golpe en la madera.

—¿Se atreve a venir a mi casa a robarme, maldita zorra? —gruñó prolongando el aroma a alcohol que desprendía su aliento.

Ma Ra suspiró y se preparó.

—Señora Im, tengo pruebas que acreditan su nulo comportamiento como madre. El niño no está escolarizado, presenta señales de maltrato físico y psíquico, además de una desatención realmente severa —expuso recibiendo una violenta atención—. Sin contar con los serios trastornos que usted misma padece y el evidente alcoholismo. No está capacitada para mantener a un hijo.

Se había arriesgado al ser tan crudamente sincera, lo supo por el modo en que la mujer le observaba, como queriendo saltar sobre ella en cualquier momento.

—¿Y me lo dice una pedante ricachona de mierda? —protestó, pero a Ma Ra no le pilló por sorpresa. Ya había contado con que recibiría una ofensiva.

—¿Prefiere usted que llevemos esto a los tribunales? —espetó. A unos metros de allí, Ji Suk contuvo un jadeo emocionado—. Porque de ser así, podrían caerle varios años de cárcel.

La mujer torció el gesto y entrecerró los ojos.

—¿Me está amenazando?

—Le estoy dando una alternativa... Señora Im, apelando a su sensatez, usted sabe que esto es lo mejor para el niño e incluso para sí misma.

Podría disfrutar de su tosquedad e incultura sin necesidad de atender a un crío. Podría traer a todos los amantes que quisiera y convertirse en una maldita furcia, libre y sin compromisos. A eso había aspirado siempre.

—Ese niño es un maldito diablo. ¿Cómo puede desear convertirse en su madre?

El comentario le produjo furia, pero la contuvo porque estaba muy cerca de lograr su objetivo.

—No daré explicaciones al respecto. Intentemos solucionar esto. —Echó mano a su bolso y extrajo un sobre—. Tenga.

La mujer lo cogió sin quitarle ojo de encima. Halló en su interior una generosa cantidad de dinero, que en su pensamiento enseguida gastó.

Emitió una escalofriante sonrisa.

—Típico en la gente como tú, lo compráis todo con dinero. En fin... —suspiró—. Solo tengo una condición.

—Usted dirá.

—Mantendrá el apellido.

—Señora Im...

—¿Vas a perder la custodia de ese malnacido por un mero capricho? —la desafió.

En realidad, la mujer tan solo quería molestar. Pero, bien mirado, a Ma Ra le daba completamente igual. A ojos de la ley, ella misma sería la madre de Ji Suk. ¿Qué más daba el apellido?

Cogió uno de los documentos, el bolígrafo y redactó una nueva cláusula. En el futuro, cualquier problema que diera aquella maldita mujer sería

perfectamente atajado gracias a esos papeles.

—Adelante, firme. —Le entregó la hoja.

—No se admiten devoluciones —sonrió la mujer, terminando de estampar su garabato.

Ya lo había conseguido.

Su familia ahora estaba compuesta por cuatro miembros.

Se puso en pie dosificando su felicidad.

—Que le vaya bien, señora Im —dijo educada, con una pequeña reverencia.

—Lo mismo digo. Conoce la salida. Largaos los dos de esta casa.

Se encaminó hacia el pasillo y encontró a Ji Suk en el mismo rincón que había imaginado. Él ya había escuchado todo, ya sabía que no tendría que volver a ese lugar y que las tardes con su *hyung* serían eternas.

—¿No tienes nada que recoger? —preguntó Ma Ra con voz quejumbrosa.

El chiquillo negó ansioso con la cabeza, provocándole una sonrisa que le llevó a acariciar su frente. Disfrutaría muchísimo con él al comprarle ropa, al matricularle en el colegio, al prepararle el desayuno. Disfrutaría siendo su madre y viéndole crecer, lleno de amor.

Se dieron la mano y caminaron hacia la salida.

—Supongo que ahora tendrás que llamarme mamá —bromeó ella al abrir la puerta.

Ji Suk ya había empezado a llorar y el llanto no hizo más que incrementarse al ver a Sojoonie.

—¡*Hyung*! —gritó echando a correr hacia él.

—¡Ji Suk! —Se encontraron a medio camino para fundirse en un impetuoso abrazo mientras Ma Ra se acercaba a Akira.

Besó sus labios.

—Vamos a casa —murmuró.

Aquella sonrisa volvió a robarle el corazón.

Capítulo 14

Jun-Ha

Tae Jin se ha parado a otear el paisaje que nos rodea. Ha cerrado los ojos y dejado que el oxígeno inunde sus pulmones con la exigencia típica de la asfixia. Le tiemblan las mejillas, ahora sonrojadas por el peso de las palabras que se han mencionado.

A diferencia de mí, que he agachado la cabeza y apretado los dientes, Kim Jae le observa como si todos los enigmas de la naturaleza estuvieran en poder de nuestro compañero. Tiene la mirada húmeda y la punta de los dedos clavada en los muslos. Ninguno de los dos esperábamos la contundencia del relato.

Tras hacer la limpieza del cobertizo y verificar que la zona estaba completamente controlada, nos hemos trasladado a una casita a unos kilómetros del aeropuerto, que se oculta en la frondosidad del bosque.

Hemos cogido unas botellas de agua y tomado asiento en el porche, sabiendo que al menos una docena de hombres custodian los alrededores.

Es entonces cuando Tae Jin ha empezado a hablar, y nos lo ha contado todo. Ha tratado de ser lo menos cruento posible, pero es muy difícil suavizar una carnicería.

Aquella maldita noche, él cayó en el primer grupo raptado.

Algunos de nuestros compañeros sirvieron de cacería. Otros, con mucha menos suerte, fueron objeto de torturas e incluso llegaron a sodomizarles; jugaron con ellos hasta destrozarles.

A Tae Jin iban a matarle del mismo modo cuando intentaba salvar a uno de los chicos.

Sin embargo, recibió un golpe y la inercia le llevó a caer a un arroyo. Se quedó encallado por culpa de una rama que se le clavó en el brazo.

Un rato después, algo le empujó, una extraña sombra, y el agua comenzó a arrastrarle. No está del todo seguro de cómo sucedió y si realmente alguien más estaba allí con él. Pero, desde luego, aquello le salvó la vida.

—Tendremos que entenderlo como un detalle fortuito. Puede incluso que se tratara de un desvarío —comenta sintiéndose algo estúpido—. Más tarde, desperté en un futón —continúa un poco ausente, como si hubiera regresado al lugar—. Pude escuchar el trinar de unos pájaros antes de abrir los ojos y descubrir que estaba en una habitación con el cuerpo herido y plagado de vendas. Me sentí dolorosamente cómodo.

Pero no supo hasta más tarde que habían pasado nueve días.

Un campesino de la zona lo había encontrado al borde de la muerte y lo trasladó a su hogar para cuidar de él.

—Tardé cerca de tres semanas en volver a caminar —cuenta—. Durante todo ese tiempo, traté de investigar en busca de algún superviviente, pero lo único que hallé fue que nos habían dado por muertos en misión.

Exactamente lo mismo que le habían dicho a mi padre. Por tanto, su hermana y su sobrina, siendo las únicas familiares que tiene, recibieron la compensación económica del estado.

—Habían pasado casi dos meses cuando al fin me sentí con energía suficiente, y viajé a Seúl. El propio campesino me trasladó en su vehículo. No era un hombre muy hablador. Ni siquiera me preguntó por qué había terminado de ese modo. —Tae Jin se frota las manos y comienza a retorcerse los dedos con pesadumbre—. Fui a casa de vuestros padres. Tenía que mirarles a los ojos y pedirles perdón por ser yo quien estuviera frente a ellos y no vosotros. Por no haber podido hacer nada.

—Tae Jin... —suspira mi hermano mientras yo clavo mis ojos en las manos de mi compañero.

—Ma Ra no estaba en casa. —Al parecer mi madre tenía turno en el hospital ese día—. Tan solo se encontraba Murasaki, y me sorprendió el poco aturdimiento que mostró al contarle todo lo sucedido. No dijo mucho, simplemente se acercó a mí y me dio un abrazo.

Tras eso, Murasaki le habló de nosotros. Que habíamos estado en un campo de concentración y que, aunque estuviéramos vivos, corríamos un grave

peligro. Su idea de que aquello había sido una traición cobraba más fuerza.

Se quedó en Seúl, pero no pasaba más de dos noches en el mismo perímetro por temor a ser capturado. Tan solo se hospedaba en hostales de mala muerte para que así no le pidieran identificación. No pudo negarse a la ayuda de mis padres.

—Siempre creí que nuestra unidad era como una especie de segunda familia —comenta tras un rato de silencio. Ha hecho todo lo posible por no llorar, pero no puede evitar el temblor de su voz—. Éramos un equipo tan increíble que a veces olvidaba nuestro trabajo. Ninguno merecíamos un final así.

Tae Jin se lleva las manos a la cabeza. Reconozco que se culpa por haber sobrevivido en unas condiciones mucho más amables que las nuestras. Pero no imagina que tenerle junto a nosotros mengua un poco este desastre.

Cojo su mano. Envuelvo sus dedos con los míos obligándole a mirarme. Al hacerlo, vuelvo a sentir el mismo escalofrío que me ha inundado al reencontrarme con él.

—Mi capitán —susurra con una sonrisa cargada de nostalgia.

—Ya no soy capitán. —Y en el fondo me alegro, porque un buen capitán no pierde a toda su unidad y sobrevive.

Es una carga que arrastraré por siempre, y Tae Jin lo sabe.

—Para mí lo seguirás siendo toda mi vida —espetea, como queriendo alejar cualquier pensamiento infeccioso, y enseguida mira a Kim Jae—. Tú, levanta la cabeza. Eres demasiado guapo para ocultarte.

—Guapo, mi trasero —protesta mi hermano.

Ambos empiezan a empujarse y a dedicarse bromas con la intención de destensar el ambiente. Es algo muy beneficioso, pero mi mente no logra despejarse. Supongo que se debe a que una parte de ella está pendiente del reloj y las siete horas de diferencia horaria que hay entre Corea y España.

«Siena debe estar despertando. ¿Habrás dormido? ¿Estará bien?».

—Tae Jin —digo de pronto.

—¿Sí?

—Siena... —Él rápidamente entiende—. La carta que enviaste iba dirigida

a ella.

La misma que Franco se guardó un instante antes de que su redacción saltara por los aires, y que más tarde terminó en manos de Alicia Duarte, convirtiéndose en el detonante que nos llevó a saber que Min Tae Jin estaba vivo.

Mi compañero coge aire y se cruza de manos antes de inclinar el cuerpo hacia delante. Me hago una idea de lo que va a contar y eso ya empieza a formarme un nudo en el estómago.

—¿Recordáis a la guapa chica occidental de la que os hablé el mismo día que me incorporé a la base? —comenta.

Por supuesto que lo recuerdo. Aquel día llegó cargado de regalos para todos nosotros. Nos contó sus vacaciones con todo detalle antes de culminar el divertido relato con el encuentro que había tenido en el aeropuerto. La joven española le atrajo lo suficiente como para pasarse un día entero hablando de ella.

Sí, Min Tae Jin sintió atracción por la mujer de la que más tarde yo mismo me enamoraría.

—Murasaki me contó que había sido raptada y que compartió cautiverio con vosotros en el campo. La casualidad me noqueó casi todo un día. —Y no es para menos. ¿Quién esperaría algo así?—. También supe de su amnesia y que evidentemente no me recordaría, pero pensé que si estaba con vosotros, no le costaría comprender. Busqué la dirección de la redacción donde trabajaba y escribí la carta convencido de que la leeríais.

Por el modo en que habla, Tae Jin está al tanto de todo, y también puedo deducir que mantiene esos precoces sentimientos por Siena. Son pequeños rastros de emoción que se pasean entre sus palabras, y me hacen sentir un poco desleal.

—El mismo día que la carta llegó a la redacción hubo una explosión —añade mi hermano.

—Lo sé. Me lo contó todo el hombre que me llamó. Un tal Michel González.

—¿Cómo conociste a Michel? —indago.

Tae Jin mira al cielo. Un avión lo atraviesa dispuesto a aterrizar en Incheon. El sonido es tan estruendoso que no nos dejará escucharle. Así que espera unos minutos a que pase para volver a hablar.

—Había decidido ahondar en los suburbios porque llevaba un par de días notando que alguien me seguía —expone en cuanto el ruido disminuye—. Una de las noches, me detuvo un tipo. Me dijo que trabajaba para el Grupo KL y me entregó un teléfono.

Basándonos en las habilidades con las que cuenta Michel, tras haber verificado huellas dactilares y no encontrarlas, seguramente se centró en la cariñosa exposición de las palabras de Tae Jin. Supuso entonces que podría tratarse de alguno de los hombres de mi unidad, y lo que seguía a esa hipótesis era un examen de caligrafía.

—Estaba a punto de lanzar el teléfono por una cloaca cuando empezó a sonar. Era de locos, pero terminé aceptando —continúa—. El tipo me explicó que os conocía y que él mismo se había encargado de daros una nueva identidad. Pero pensé que era una trampa. Así que colgué y me deshice del teléfono.

Una reacción que en realidad cualquier persona precavida habría tenido. Mucho más si se vive completamente al margen de la sociedad. Para Corea, todos nosotros estamos muertos. No podemos caminar con normalidad por las calles del país.

—Más tarde, Murasaki me dijo que conocía al tal Michel y yo quise darme de hostias —termina frotándose la frente.

—¿Qué pasó después? —pregunto—. ¿Cómo lograste volver a establecer contacto?

—Decidí exponerme un poco más. Sabía bien que no habían dejado de seguirme, así que esperé que fuera el tipo del Grupo KL. Tuve suerte. Dos noches después, volví a toparme con él. Esa vez, hablé con Michel más de dos horas.

El hombre le ofreció un cambio de identidad, protección a su familia y un traslado a Barcelona para reunirse con nosotros. Pero como ya sabemos, Tae Jin decidió rechazarlo por temor a que llamáramos demasiado la atención.

—Quedamos en que nos llamaríamos una vez cada tres días, para

mantenernos al tanto de cualquiera de las novedades, y que los agentes de KL me facilitarían materiales. Sin embargo, no me dijo que tendría vigilancia las veinticuatro horas del día.

—La presidenta del Grupo KL ordenó un dispositivo de seguridad completo para tu hermana y tu sobrina en Suwon, además de ti —le revelo.

—Alicia Duarte —murmura Tae Jin con una sonrisa torcida.

—Supongo que también hablaste con ella —afirma mi hermano.

—Organizamos juntos el dispositivo de hoy.

Hemos esperado cualquier comentario, excepto la confirmación de que la señora ha participado activamente en los eventos.

—No conozco a esa mujer, pero parecía preocupada por vosotros — prosigue Tae Jin, solemne—. Dijo que no había alternativa. Que la situación en España se había descontrolado y no podía permitir que ninguno de los dos murierais.

Abro los ojos, noto cómo el aliento se me amontona en la boca. Al mirar a Kim Jae, descubro el mismo asombro en su rostro. Hemos confiado en Alicia manteniendo la alerta, permitiéndonos la duda. Y aunque hemos rogado por que mereciera la pena, en realidad, estábamos preparados para un engaño.

Toparnos con una lealtad absoluta por su parte es realmente sorprendente, y muy satisfactorio.

—Por eso le dijiste tu alias de combate —señala Kim Jae, y Tae Jin asiente con la cabeza.

—Ella pensó que no confiaríais, y yo dudé al principio, pero cuando le pregunté por qué hacía todo esto, apenas me dejó terminar. Nombró a Siena.

La señora es una maestra del engaño.

Finge maldad, basa sus actos en acciones retorcidas. Siempre altanera, aún más mordaz.

Pero no ha podido ocultar a nuestros ojos la verdad de sus objetivos. Todos ellos se centran en proteger a Siena.

Su hijastra es más importante de lo que quiere hacer creer. Y sé que todavía no conozco todos los motivos, pero tampoco los necesito para terminar de confiar en ella.

Tae Jin coge el teléfono para echarle un vistazo a la hora. Vuelve a soltarlo en la mesa y se pone en pie ajustándose la pernera del pantalón.

—Chicos, tengo algo que hacer, pero regresaré en unas horas —dice mientras se enciende un cigarrillo—. Tomaos una ducha, comed algo y descansad.

Comienza a bajar las escalerillas de madera del porche.

—Yo... —Trato de decir, llamando su atención. Pero enmudezco en cuanto me mira. Me muerdo el labio antes de volver a hablar—. Me gustaría hacer una llamada.

Él sonrío inundándome de afecto. Una de las peculiaridades de nuestra relación es que sobran las palabras. Tae Jin lo ha entendido todo, incluso el amargor que me causa el haberme enamorado de una mujer que él todavía mantiene en su mente.

—¿Siena? —pregunta bromista conforme se acerca a mí.

No sé qué decir. Así que contengo el aliento y miro hacia otro lado con disimulo. Ambos sabemos que nuestros sentimientos no son los mismos; los míos están a años de luz de los suyos. Pero debe haber respeto, y esa es otra de las características de nuestra relación.

—Borra esa expresión, jefe. No voy a matarte. Al menos, no por ahora. — Me da un golpecito en el hombro antes de coger el teléfono que hay en la mesa —. Es una línea segura, habla todo lo que quieras. Pero trata de dormir algo, ¿de acuerdo?

Aprieto el aparato entre mis manos, frustrado con la idea de saberme tan lejos de Siena, pero orgulloso ante esta oportunidad.

Miro a mi amigo. Él ya lo está haciendo de antes, y en sus ojos no hay otra cosa más que devoción y un cariño inmenso. Me lanzo a él y le abrazo con fuerza, adoptando el escalofrío que recorre su cuerpo.

—Gracias, Tae Jin. Gracias por continuar existiendo —le susurro al oído antes de alejarme.

Él traga saliva y asiente con la cabeza en actitud tímida. Le cuesta alejarse, pero lo hace enviándonos miraditas de reojo, como si todavía no se creyese que estamos juntos.

El teléfono, mientras tanto, arde entre mis dedos.

«Dime, Siena, mi amor... ¿Soportas la distancia mejor que yo? ¿Me necesitas tanto como yo a ti? ¿O soy el único que está volviéndose loco?».

Capítulo 15

Franco

Siena enreda sus dedos a los míos. Están demasiado fríos y tiemblan un poco, pero no percibo miedo en ellos, sino duda. Está preguntándose qué demonios pretende Santiago Lasarte al exponerla ante un equipo de psiquiatras forenses. Apenas hemos entrado en su habitación, que ya están analizándola con la mirada.

—Buenos días, señorita Bornay. —Toma la palabra uno de ellos, con una sonrisa amable en los labios—. Soy el doctor Rivas. Me encargaré de todo el proceso de estudio de su mente.

—¿Mi mente? —Siena frunce el ceño y mira a su abogado—. Santiago... ¿Qué...?

—¿Qué coño significa esto? —interrumpo.

—Discúlpenme, caballeros.

Santiago nos indica que salgamos al pasillo, y obedecemos sin dejar de aniquilarle con la mirada.

En cuanto estoy seguro de que puedo hablar sin que los psiquiatras me escuchen, me acerco al segundo de Alicia y le encaro.

—¿Tú también eres de los que piensan que una amnesia es un puto trastorno mental? —mascullo.

—He conseguido que el juez me dé una orden para una prueba pericial médica, Alemany —arremete manteniendo la calma—. Siena no presenta ningún trastorno mental, está en pleno uso de sus facultades, eso ya lo sabemos nosotros. Pero la Interpol se ha encargado de provocar que se crea lo contrario. Así que lo único que resuelve este maldito inconveniente es demostrar, con fiabilidad, que Siena tan solo padece una amnesia debido a un estrés postraumático.

Entrecierro los ojos. Todo lo que dice, el modo en que lo dice, estremece cada rincón de mi cuerpo. Santiago se ha mostrado en su versión más severa y rotunda.

—¿Qué harás con ese informe? —Me obligo a preguntar.

—Lo presentaré ante el juez y el fiscal y demostraré que mi cliente no está loca ni es un maldito peligro nacional. Entonces, exigiré el reinicio de la investigación, incluyendo cargos contra el inspector Ulloa y demás implicados.

—La segunda parte del plan es exculparme —murmura Siena, más para sí misma.

—No queremos que todo el maldito país te señale con el dedo por algo que no es cierto —sentencia Lasarte.

—Por eso desapareciste ayer... —Siena clava los ojos en el abogado, tan aturdida como emocionada.

—Necesitaba la orden del juez.

Y es precisamente ese comentario lo que hace que todo cobre un poco más de sentido.

«Los leales de Alicia». Santiago no estaría aquí de no ser por ella.

Dejando a un lado la extraña relación que mantienen entre ellos, si ambos han decidido inmiscuirse con tanta persistencia, quizás se deba a que también se sienten agraviados.

Con el poco tiempo que hemos tenido, asombra aún más la rápida reacción. Probablemente porque ya lo tenían previsto ¿Acaso contaban con esta posibilidad?

A cada minuto que pasa, más preguntas me hago, y comienzan a amontonarse en mi cabeza, procurándome una presión que incluso me asfixia.

—Está bien... De acuerdo —acepta Siena.

Por el modo en que me mira, reconozco que ella también ha pensado lo mismo que yo. No tenemos una alternativa mejor. Dudemos o no, debemos confiar, aunque sea por el momento.

—Tienes que irte —me dice Santiago—. No puedes estar aquí.

—No pienso alejarme de ella.

—Alemany...

—Estaré bien, Franco —interrumpe Siena con una sonrisa—. De verdad. Voy a salir de aquí.

Entonces tiro de ella y la envuelvo con mis brazos, absorbiendo este contacto casi como si fuera el último.

Veo cómo Santiago agacha la cabeza para darnos este instante. No sé bien si el buen propósito que tiene realmente es honesto, pero me gustaría que así fuera. Ganaría un compañero muy interesante con el que conversar y en quien apoyarme.

Siena se aleja de mí y se adentra en su habitación cerrando la puerta con cierta timidez.

—No puedo irme —comento observando la pared que me separa de mi pequeña compañera.

Si por mí fuera, me cambiaría por ella.

—Voy a quedarme, así que no tienes de qué preocuparte.

—¿Cuánto tiempo durarán las pruebas? ¿Qué tipo de pruebas son? ¿Le harán daño? ¿Te has preguntado todo eso, Lasarte? —expongo un tanto amenazante.

—No, pero me he preguntado otras cosas, como qué puedo hacer para sacarla de aquí, por ejemplo.

Sin vínculo no existe preocupación, y Santiago tampoco ha tenido tiempo de establecer una confianza profesional con Siena. Que él haya estado buscando alternativas para protegerla es bastante desconcertante.

—¿Por qué ayudas? —pregunto.

—Entiendo que necesitas mantener esta conversación, pero ahora mismo no tenemos tiempo. Debes marcharte. Si te quedas aquí, podría malinterpretarse todo y quitarle veracidad al informe.

Silencio. No es del todo profundo dado que la clínica ha comenzado a despertar. Pero, para nosotros dos, es poderoso.

Me pierdo en su mirada canela. Es hermética, creo que lo ha aprendido de

Alicia. Sin embargo, me cuesta ver maldad en ella. Tal vez porque ahora mismo no es necesaria.

Quizás es cierto que todo esto desea hacerlo de corazón.

Mierda, no puedo estar seguro.

«Pero quiero estarlo...».

Cojo aire y me pellizco el entrecejo.

—Cuida de ella, Santiago —digo bajito—. Es lo único que te pido.

Él asiente con la cabeza.

—Ten cuidado con la prensa al salir, y trata de descansar.

—Lo haré cuando Siena esté conmigo.

Es lo último que nos hemos dicho.

Y ahora, de vuelta en la masía, me doy cuenta de que estoy un poco menos nervioso sabiendo que el letrado se ha quedado en la clínica. Es demasiado chocante, debería ser lo contrario, pero algo de mí empieza a confiar en Santiago.

Supongo que también se debe a que Michel lo hace. Mi amigo no es del tipo de persona que se entrega a cualquiera.

Decido entrar en la casa.

Apenas tardo en descubrir la presencia de mi amigo sentado en el sofá. Se ha quedado dormido con la taza de café en la mano y la boca medio abierta. Suga, el gato de Siena, duerme hecho un ovillo en su regazo.

Reconozco su cansancio. No ha dormido en los últimos dos días hasta saber que la situación estaba completamente controlada y nuestros chicos a salvo. El trabajo que ha hecho ha sido encomiable.

Me acerco a él y le quito la taza. Capturo la mantita que hay en el reposacabezas de uno de los sillones y la extiendo sobre su cuerpo.

Al verle dormir de esta manera tan placentera, enseguida me contagio y el agotamiento se abre paso con rotunda exigencia.

Pero me hace sentir un poco culpable. No debería pensar en dormir cuando Siena está siendo sometida a unas pruebas para evaluar su cordura.

Creo que un café me ayudará a poner en orden mis pensamientos, y es lo

que pretendo en cuanto entro a la cocina.

Sin embargo, me detengo al escuchar el timbre del teléfono.

Miro a mi alrededor frunciendo el ceño. El sonido proviene del salón, así que descarto la idea de que sea el mío propio.

Me acerco al lugar. El aparato vibra sobre la mesa a unos pocos centímetros de Michel, que ni siquiera se ha inmutado. Mientras, en la pantalla aparece una serie de números que enseguida me crea el debate entre si debo contestar o despertar a Michel.

Quizás sea importante.

«Tal vez sean ellos», me dice mi fuero interno, provocándome un escalofrío.

Acepto la llamada un tanto tembloroso.

—¿Sí?

—¿Franco? —Esa voz...

—Dios mío, Jun-Ha. —Contengo una exclamación llevándome la mano a la boca y regreso a la cocina con paso acelerado—. ¿Estáis bien?

—Sí, no te preocupes. —Y seguramente Jun-Ha ha querido decir más, pero mi aliento trémulo le ha contenido. Empieza a conocerme demasiado—. Hey, no te me vengas abajo, ¿me oyes?

Pero, ¿cómo consigo eso? ¿Cómo contengo todo el miedo que he pasado por ellos? ¿Cómo evito pensar que tras la preciosa voz de Jun-Ha está Kim Jae?

—Estaba tan preocupado —gimoteo al borde de las lágrimas.

—Pero ahora debes calmarte, compañero. Ya estamos a salvo. —Trata de consolarme cuando ambos hemos atravesado por lo mismo. Su fortaleza no tiene límites.

Respiro hondo y me obligo a mantener la calma. Jun-Ha merece saber todo lo que está sucediendo en esta parte del mundo.

—Siena ha pasado la noche en la clínica. Vengo de allí, Santiago Lasarte ha conseguido la orden del juez para que se lleve a cabo una prueba pericial médica —explico, todavía un poco ansioso—. Al parecer, tendrá que estar allí

un día más.

—Habiendo medidas legales y presencia mediática, nos aseguramos de que se piensen bien cómo actuar. Eso nos da un poco de tiempo. Es una buena estrategia —comenta manteniendo un increíble control de sí mismo.

—Te ha costado menos que a mí entenderlo. —Mi comentario le provoca una bonita sonrisa.

—Empiezo a hacerme una idea de cómo funciona la mente de la señora.

—Tendrás que enseñarme —sonrío con él.

—Estaré encantado.

El dulce silencio que sigue a sus palabras me ha dejado percibir su anhelo por escuchar a Siena, por volver a estar a su lado. Que la necesita es un hecho que no escapa a ninguno de los dos, ni siquiera aunque se esfuerce por disimularlo.

—Desearía haberte dado mejores noticias, Jun-Ha. Sé que en el fondo lo esperabas —declaro.

—Echarla de menos es muy asfixiante. Pero lo prefiero si eso me asegura su seguridad. Antes que mis sentimientos por ella, está su bienestar.

Me froto la nuca agachando la cabeza. Desearía ser como Jun-Ha, alguien que ama con intensidad y es capaz de convivir con ese amor sin perder las riendas de su cordura.

—Lo gestionas bien —le digo—. Mucho mejor que yo.

—Eso es lo que tú te crees. Pero no es así.

Entiende perfectamente a qué me refiero. Y en cierto modo me gusta saberle tan ansioso como yo, pero Jun-Ha continúa manteniendo una calma que, en mi caso, he perdido hace un tiempo.

—Está a unos metros de mí, Franco —murmura, y mi pulso se acelera—. Me da la espalda. ¿Crees que imagina que hablo contigo?

—No vayas por ahí, Jun-Ha, por favor —tartamudeo—. Él no querrá escucharme.

A continuación, se oyen unos ruidos, seguidos por unos murmullos lejanos que no alcanzo a comprender. La línea empieza a crear interferencias, estoy a

punto de creer que perderé la conexión. Cuando de pronto una voz completamente diferente a la de Jun-Ha inunda mis oídos.

—Ho-hola. —Tiembla. Y mi piel se estremece, ha entendido quién es mucho antes que mi razonamiento.

La fuerza de mis piernas flaquea y me obliga a apoyarme en la encimera y dejarme caer hasta saberme sentado en el suelo. Parezco un estúpido quinceañero al borde de un ataque de hormonas.

—Hola —jadeo, perdiéndome en el rumor de su aliento estrellándose contra el micrófono—. Es un buen sonido...

—¿Cuál? —pregunta bajito.

—El de tu respiración —me atrevo a decir, esperando obtener una protesta.

Pero Kim Jae no dice nada, tan solo se mantiene a la espera, y eso me hace pensar que quizás puedo ir un poco más lejos.

—Y tu silencio es aún mejor...

Le escucho tragar saliva. Su respiración vuelve a temblar.

—¿Por qué? —musita.

—Porque no me detiene...

Estoy cruzando la línea, realmente no quiero inquietarle, pero tampoco es que pueda evitarlo.

—¿Puedo decir algo más?

Lo espero, que me pida parar, que me niegue la opción.

Sin embargo, Kim Jae continúa inundando mi mente con el sonido de su aliento, ahora un poco más desbocado.

—Sí...

Ha elegido empujarme al precipicio de mis propias emociones.

—Te echo de menos... —siseo—. Te echo muchísimo de menos, Do Kim Jae.

Y pensaría que ni siquiera me ha escuchado, pero no he podido ignorar el pequeño gemido que se le ha escapado.

—Tendrás que ser tú quien dé por zanjada esta llamada. Yo soy incapaz de colgar.

La cobardía me azota de súbito. Ya no me siento un quinceañero, sino un maldito gilipollas.

—Eres... terriblemente molesto, Franco Alemany —murmura con suavidad, dejándome entrever la doble intención de sus palabras, esta vez más intencionada que nunca—. Muy, muy molesto...

Me muerdo el labio. Si le tuviera delante no me contendría.

—Debes tener cuidado, entonces —le aconsejo.

—Parece que no sirve de mucho.

Cuelga provocándome un fuerte escalofrío.

Libero un gemido al llevarme la mano a la frente y encoger las piernas. Todo lo que Kim Jae ha dicho, ha sido escogido con meticulosidad. Él ya sabe que cualquier cosa que diga puede malinterpretarse. Pero hoy no ha querido equivocaciones. Ha insinuado perfectamente consciente.

Y ahora, lejos de sentir felicidad, me pierdo en la frustración que me provoca no tenerle a mi lado.

Capítulo 16

Jun-Ha

Kim Jae ha lanzado el teléfono sobre la mesa con un gesto de frustración. Coloca los brazos en jarras y mira a su alrededor sin concentrarse en nada en particular. Esa vorágine de emociones que trata de contener, se resume en el desasosiego que siempre le desata Franco.

Pupilas nerviosas, aliento agitado y descompensado, mejillas tensas, labios fruncidos. Pretende ignorar que el periodista es demasiado importante para él.

—¿Por qué lo has hecho? —inquire, sin mirarme, atento al modo en que se agitan las ramas de los árboles.

—Lo necesitabas. —Aunque no quiera oírlo, creo que es bueno que lo sepa.

Impaciente, se gira para clavarme una mirada molesta. Deja caer sus brazos, como si estuviera agotado. Es evidente que ha estado pensando en el tema mucho más de lo que hubiera querido.

—Solo porque me interese saber cómo andan las cosas por allí, no significa que necesite oír su voz, *hyung*.

Suspiro antes de levantarme de mi asiento. Su actitud es algo irritante. Kim Jae tiene un concepto sobre su identidad sexual que tortura y aniquila su razonamiento, llevándolo incluso a sentir rechazo hacia sí mismo y todo aquello que le incite.

Es injusto, a la par que estúpido, no por tener preferencias homosexuales, sino porque se avergüenza de su condición. Debe saber que no le querré menos porque ame a un hombre. De hecho, ha escogido al mejor posible.

Me acerco a él y apoyo mis manos en sus hombros. Él agacha la cabeza porque sabe que estoy más que dispuesto a darle un guantazo si continúa despreciando algo tan puro y honesto como lo son sus sentimientos, como lo es

él mismo.

—Cuando decidas mentir, recuerda que lo haces fatal. Y de paso, escoge a alguien que no te conozca tan bien como yo —digo bajito, buscando sus ojos. Hacen contacto tímido con los míos—. No mantendremos esa conversación ahora, pero, mientras tanto, procura no herirte demasiado. Franco no es Kim Chi Soo.

He dado en clavo. Kim Jae tiembla bruscamente, sus pupilas se dilatan en exceso.

—Cállate, no le menciones —masculla tratando de alejarse, pero insisto en nuestra cercanía.

—Entonces, no lo tengas tan presente.

Puede que no diga su nombre, pero es algo que le persigue constantemente. Lo entiendo bien porque a mí tampoco me abandona. Ese instante permanecerá en nosotros de por vida, nos marcó e hirió profundamente. Pero no es justo verle atormentarse por sentir atracción. Kim Jae merece la oportunidad de amar y ser amado.

Él reconoce mis conclusiones sin necesidad de hablar, es por eso que aprieta los labios y pone los ojos en blanco.

—Eres incluso más molesto que ese maldito periodista —rezonga desganado—, y eso es toda una proeza.

—La sinceridad no es bien recibida —sonrío acariciando su cuello con la yema de los dedos.

Me empuja y yo le revuelvo el cabello antes de volver a mirarnos. Nos quedamos así un rato, entregándonos caricias furtivas sin apartar la mirada. Parece un poco más confortado.

—Me ha dicho que... me echa de menos —murmura dubitativo, como si fuera imposible que alguien pudiera extrañarle.

Se encoge de hombros al tiempo en que se muerde el labio. Un suave rubor invade sus mejillas. Kim Jae no está acostumbrado al coqueteo o a las muestras de afecto de parte de alguien ajeno a su familia.

—Eso ya es raro —bromeo.

—Gilipollas.

Me empuja provocándome una carcajada. Creo que este inciso ha conseguido tranquilizarle.

—¿Te ha gustado oírlo?

—No lo sé... —susurra asfixiado—. Estoy... nervioso.

Deseo indagar más, resolver todas las dudas que le invaden y así poder proporcionarle calma. Pero Kim Jae es demasiado introvertido y tímido. Necesitamos ir poco a poco, tratar de hacerle entender que nada de lo que sienta es malo.

—¿Quieres que comamos algo? —le pregunto encaminándome al interior de la casa.

—Es una buena idea. —Su sonrisa animada me enternece.

Un rato después, tras saborear unos insípidos fideos instantáneos, Kim Jae se marcha a tomar una ducha y yo regreso al porche.

Ha refrescado, pero corre una brisa agradable. Sería perfecto si no fuera por el ruido de los aviones que pasan constantemente. Pero aun así, he apoyado la cabeza en el respaldo del sillón y he dejado que el sueño me invada.

Para cuando despierto, tardo unos largos segundos en entender que ha anochecido, y mi hermano ha contenido una exclamación que me sobresalta.

Me incorporo como un resorte, con las pulsaciones disparadas y un amargo temor recorriendo mis extremidades. Miro a mi alrededor un tanto desesperado, buscando el peligro y maldiciendo no tener un arma al alcance.

Pero no hay nada que temer. Tan solo debo abandonarme al estremecimiento que se apodera de mi cuerpo. Tengo ante mí una imagen tan sobrecogedora y mágica que me corta el aliento.

Encuentro a mi preciosa madre aferrada al torso de Kim Jae entre lágrimas y balbuceos. Se balancean de un lado a otro dándose besos allá donde alcanzan. Mi padre se une al abrazo un instante después, y les envuelve a ambos mientras Tae Jin y varios de los muchachos les observan conmovidos.

Quiero ir. Realmente quiero echar a correr y estrechar a mis padres con todas mis fuerzas. Es una necesidad tan extrema que me encoge el corazón. Pero no puedo moverme. El asombro me ha paralizado y se enrosca a mi

estómago.

He regresado de súbito a los días en que llorar no era estúpido porque lo justificaba la inocencia. Sí, también quiero echarme a llorar, venirme abajo y esconderme en el regazo de mis padres. Creer que junto a ellos nada podrá pasarme; no importa si es o no cierto, tenerles es lo que cuenta.

Supongo que, en cuanto a amor fraternal se refiere, un hijo nunca termina de madurar.

Me obligo a avanzar, tambaleante y débil. Mi madre se ha deshecho del contacto de mi hermano para poder coger su rostro y besar cada rincón. Se están diciendo cosas que no alcanzo a oír. Tengo los oídos cerrados.

Comienzo a descender los escalones del porche, muy despacio.

Es Murasaki quien primero repara en mí. Tras un suspiro, cierra los ojos de pura satisfacción. Descubro su preocupación, y me frustra haberme convertido en uno de sus mayores miedos.

Sigo avanzando. Pero me detengo en cuanto hago contacto con los preciosos ojos de mi madre. Kang Ma Ra me observa como si yo fuera la perfección más absoluta.

Tuerce el gesto, sus mejillas inundadas en lágrimas. Tiembla cuando extiende su mano. Tan solo debo cogerla. Está a mi alcance, pero de pronto tengo miedo de estar soñando y ver cómo se desvanece.

Ella no piensa lo mismo y se lanza a mí.

Justo cuando toca mis hombros me hincó de rodillas en el suelo. La arrastro conmigo, y me aferro a su cuerpo, desesperado y sollozante.

No sé cuánto tiempo pasamos perdidos en ese contacto, pero tampoco importa. Me permito infantilismos al gemir su nombre como el niño que fui la primera vez que nos vimos.

Capítulo 17

Siena

Hace un buen rato que el agotamiento me invita a bostezar y aunque lo evito con todas mis fuerzas, a veces no puedo contenerlo. Santiago ha sido el primero en darse cuenta. Pero me ha pedido en silencio que lo soporte hasta el último instante.

Y es lo que estoy haciendo.

Las horas han transcurrido tan lentas como precipitadas. No hemos parado ni un momento.

Las pruebas se han dividido en dos grupos: primero el neurológico y, a continuación, el psiquiátrico. En ningún momento ha sido doloroso, pero sí extremadamente denso a nivel emocional.

Me frustra tener que atravesar por una situación como esta. Jamás imaginé que tendría que demostrar mi cordura.

Aunque, hay algo en todo esto que me tranquiliza hasta el punto de alarmarme, y es que la presencia de Santiago ha hecho que el proceso sea muy soportable.

El segundo de Alicia no se ha apartado de mí ni un instante. Siempre dedicándome una sonrisa amable o una mirada cálida. Ha tratado de apoyarme incluso en los momentos en que no podía estar presente.

Me han hecho una infinidad de preguntas para valorar mi estado cognitivo y hasta un test de orientación y capacidad.

Después se han centrado en las cuestiones basadas en la investigación que se llevó a cabo durante mi desaparición. Para ello, han empleado imágenes para monitorizar cada una de mis reacciones con un aparato similar a un electroencefalógrafo.

No han podido esclarecer nada, porque toda la información que han

mostrado carece de sentido para mí. Ha sido como colarse en la vida de otra persona.

Lo único extraordinario es la inquietud que me produce ser protagonista de algo que en absoluto recuerdo.

—Bien. Creo que podemos dar por finalizado el estudio, señorita Bornay —anuncia el doctor Rivas, regalándome una sonrisa.

Es entonces cuando descubro que ha empezado a atardecer.

—Quiero que conste que, si finalmente he perdido la cabeza, parte de culpa la tendrán ustedes —comento mirando a cada uno de ellos.

—Lo tendremos en cuenta, si es que algún día sucede. —Me guiña un ojo.

Pero ese comentario es mucho más significativo que su delicadeza. Quiero preguntar, pero Santiago se me adelanta, incluso más intrigado que yo.

—¿Concluyo que el informe será favorable? —inquire acercándose al doctor.

—No puedo darle información por adelantado, señor Lasarte, pero, desde luego, no hay indicios de nada de lo que se ha sugerido —expone con firmeza—. Así que deberían descansar tranquilos. Mañana mismo enviaremos el informe oficial a la fiscalía.

Sabía bien que no debía temer. Con el diagnóstico del doctor Murasaki y el posterior contacto con Blanca Santos, yo ya me daba por conformada, e incluso había aceptado que mi amnesia era una reacción derivada de una gran conmoción. Pero escucharlo del hombre del que depende la decisión de un juez, me conmueve.

En este preciso momento, me gustaría poder correr a los brazos de Jun-Ha y perderme en ellos hasta olvidarme del mundo.

—Le agradezco mucho su aportación, doctor Rivas —añade Santiago, notablemente orgulloso.

—Todavía nos queda un rato aquí, pero ustedes pueden regresar a la habitación —sugiere el hombre—. Seguramente, la señorita esté agotada.

—Gracias, doctor —digo al levantarme de mi asiento—. Todos habéis sido muy amables. —Y es cierto, me han tratado con gran respeto.

—No hay de qué —sonríe—. Procure descansar ahora.

Santiago se despide de todos ellos y se acerca a mí para acompañarme fuera. Su mano se apoya en la parte baja de mi espalda. El gesto me invita a acercarme un poco más a él y sentir ese extraño calor reconfortante que emite.

—¿Estás bien? —pregunta en cuanto entramos al ascensor.

—Tenemos que llamar a Franco y avisarle de que...

—Siena —me interrumpe rotundo—. ¿Estás bien?

Nos miramos con fijeza. Puedo ver en sus ojos que ahora mismo no parece importarle nada más que mi estado. Ni siquiera le preocupa lo que pueda suceder a partir de mañana.

A solas, él y yo, en este reducido lugar, y tras haber concluido un día tan largo, pienso que esta pregunta es demasiado complicada de responder.

—No lo sé —susurro cabizbaja—. Ahora mismo solo soy capaz de pensar en ellos. Así que no sé cómo estoy en realidad. ¿Desolada? ¿Furiosa? ¿Contenta? ¿Cansada? Probablemente un poco de todo.

El ascensor termina de descender y produce un sonido vibrante antes de que las puertas se abran.

—Vamos —dice Santiago acariciando mi cabeza.

Percibo que ahora camino un poco más lento, como si mis piernas hubieran sido sometidas a un maratón. Siento el cuerpo lánguido. No soy una chica floja, pero a veces el agotamiento mental es mucho más peligroso que el físico.

Quiero llegar a mi habitación y descansar.

Pero conforme nos acercamos, descubro que será más complicado de lo que creía. Mi padre está aquí, y se enfrenta a uno de los guardias que ha venido con el equipo pericial. El hombre soporta el ataque del Bornay con una entereza bastante ensayada, como si hubiera estado esperando este momento.

—Es mi hija y tengo derecho a saber quién demonios ha consentido todo esto —le encara mi padre—. Así que díganme dónde está. No voy a tolerar este trato.

—Señor Bornay, no tiene acceso a esta información. Lo único que podemos decirle es que, por hoy, su hija no puede recibir visitas —le aclara.

—¡Soy su tutor legal! —exclama.

Súbitamente, me detengo y dejo que mi cuerpo se acerque un poco más al de Santiago, en busca de protección. Todavía no he sido vista por nadie, así que me permito este instante para determinar que el hombre al que siempre he adorado y respetado, ahora me produce miedo y rechazo.

—No quiero verle —murmuro en voz baja.

Santiago asiente con la cabeza.

—Entra, yo me encargaré de todo —me asegura invitándome a caminar de nuevo, al tiempo en que mi padre repara en mí.

—¡Siena! ¡Hija! —Se acerca a trote, pero Santiago me empuja suavemente hacia la puerta de mi habitación, y entro sin tan siquiera cruzar una mirada con él.

—Basta, Gonzalo —espetea Santiago en cuanto yo cierro la puerta—. Aquí hay pacientes que no necesitan un escándalo como el que está dando.

Aprieto los ojos, formo un puño con mis manos. Percibo el corazón laténdome sobre la lengua. Sus voces me llegan ahuecadas, pero las aprecio perfectamente.

—¿Quién demonios te crees que eres?

—El abogado de Siena Bornay.

—Tonterías. Eso debo decidirlo yo como su tutor, y no te consiento que...

—Siena es mayor de edad —le interrumpe Santiago—. Usted no tiene autoridad sobre sus decisiones.

—Ella no está en pleno uso de sus facultades. —Tan canalla resulta ser que sigue insistiendo en una verdad que no existe.

Una lágrima atraviesa mi mejilla mientras pienso que mi padre ha debido de creerse muy bien su propia mentira si no es capaz de mirarme a la cara y confiar en mí.

Probablemente porque mi mente almacena una información muy peligrosa.

Maldita sea, no estoy segura, pero esa insistencia en encerrarme me invita a creer que para él su pellejo es mucho más importante que el mío.

—¿Está sugiriendo que, además de político, también es experto en trastornos mentales? —Santiago capea excelentemente este tipo de

encontronazos—. Cuide lo que dice, puedo utilizarlo con gran amabilidad en su contra.

—Apártate, Lasarte —gruñe mi padre.

—No le dejaré entrar porque mi cliente no quiere verle. Así que será mejor que se marche.

—Señor Bornay —interviene una tercera voz—, su comportamiento puede considerarse obstrucción a la justicia. No me haga ordenar que le detengan.

—¿Has sido tú quien ha hostigado toda esta pantomima? —Supongo que mi padre prefiere continuar centrado en Santiago. Percibo en su voz la hostilidad contra él.

—Lo que usted llama pantomima yo lo llamo inspección pericial que busca la protección de su hija. ¿No le parece bien eso?

—En absoluto, porque no he sido informado de ello.

—No tiene por qué preocuparse. Eso se le da bien. Ya lo ha demostrado en el pasado, ¿no es cierto?

Comienzo a moverme. Muy despacio. Puedo escuchar las voces incluso cuando miro por la ventana. Poco a poco, cae la noche. Corre un poco de viento que remueve la copa de los árboles. De pronto, me gustaría tumbarme bajo ellos y sentir la brisa envolviéndome hasta enfriarme.

—Eres tan soberbio como Alicia. Pero déjame decirte algo, Lasarte. —Ahora suena peligrosamente amenazante—. No conseguirás más que compartir su maldita cama cuando a ella se le antoje. Tan solo eres su juguete, su condenado perro de caza.

Aprieto los dientes y frunzo el ceño, echando un vistazo impresionado a la puerta. Es increíble que mi padre conozca tan bien el punto débil de Santiago y lo utilice de esa forma. Pero ese hecho me asombra casi tanto como descubrir que Lasarte siente algo real por Alicia.

—Entonces, ven y ataca a este perro. —Escucho su voz muy lejana. Creo que está murmurando—. Seguro que se te ocurre algo, Bornay.

No se dicen más porque Santiago entra rápidamente en la habitación con una expresión de contenida indignación.

Me observa, tímido y también arrepentido. Ha sido demasiado expuesto. Él

sabe que lo he escuchado todo.

Pero no diré nada. Es lo menos que puedo hacer por él.

Sus sentimientos por Alicia, sus motivaciones, las propias motivaciones de mi madrastra, las verdaderas intenciones que ambos guardan. Todo eso puede esperar. Porque sé bien lo que siente alguien enamorado.

—Lamento que hayas tenido que escucharlo —dice bajito.

Me pierdo en sus ojos. Al cruzarme de brazos, noto el ritmo de mi corazón con una claridad sobrecogedora.

Santiago espera que diga algo en referencia, está preparado para ello, y sospecho que su mente ya está buscando las respuestas adecuadas.

Pero...

—¿Te apetece cenar conmigo? No quiero estar sola —sugiero sorprendiéndole.

Él sonríe y libera un jadeo de alivio. Creo que la idea le apetece, pero entonces se aleja y abandona la habitación, dejándome a solas con unos pensamientos muy confusos.

Tras varios minutos de espera, y más que convencida de que se ha ido, Santiago aparece con un par de sándwiches en una mano y dos latas de refresco en la otra.

—La cafetería ya ha cerrado. Esto es lo único que he podido conseguir. — Lo comenta con un sutil tono de disculpa.

—Está bien. Tiene buena pinta —digo curiosamente emocionada. Su bonita sonrisa me estremece.

Nunca le había visto sonreír así. En realidad, no conocía esta versión de Santiago Lasarte, que tanta armonía produce.

Se acerca al bordillo de la ventana, toma asiento y me invita a seguirle. Sin dudar, me acomodo junto a él y acepto mi sándwich. Por un instante, puedo sentirme en otro lugar, uno mucho más cálido y confortable.

—Alicia lleva razón —revela—. Cuando mientes se te enrojece la punta de la nariz.

Es un comentario banal, que no tiene importancia. Pero ha mencionado a

quien le ha dado la información, y ese detalle es lo que me produce un escalofrío. Me he equivocado al creer que Alicia jamás me ha prestado atención.

—Vaya, qué observadora nos ha salido —afirmo tratando de disimular el asombro. Le doy un mordisco a mi sándwich.

—No sabes cuánto. Y por cierto, sabe a plástico —bromea Santiago tras masticar.

—Yo iba a decir que es una puta mierda.

—También —se carcajea, y regresa el silencio tímido—. Esperaba que preguntaras.

—¿Debo hacerlo?

—Depende de cuánto te intrigue.

—Bastante. —Es verdad. Me gustaría saber cómo soporta desear a alguien que no puede tener—. Pero no mereces mis preguntas en un momento como este. Es evidente que puedo herirte.

—Herirme...

Forma una bonita mueca con los labios.

Deja el sándwich a un lado y captura su teléfono. No alcanzo a ver qué marca porque enseguida se lleva el aparato a la oreja. Segundos más tarde, reconozco la voz de mi amigo.

—Michel. Sí, todo bien, tranquilo. Oye, ¿podrías filtrar una llamada y derivarla a mi teléfono? —Frunzo el ceño antes de que Santiago me clave una mirada—. No creo que le moleste ser despertado. Sí, bueno confórmate con unas cervezas. —De pronto, me entrega el móvil—. Toma. No seas demasiado precisa. No es un teléfono verificado, ¿de acuerdo?

Trago saliva. Me tiemblan los dedos. No creo que pueda ni mencionar una maldita palabra.

—¿Qué...? —intento decir.

Pero un chasquido me interrumpe.

—¿Siena? —La voz de Jun-Ha inunda esta habitación y me hace observar el teléfono con la mirada empañada.

Poco a poco, me lo acerco a la oreja.

Escucho su respiración.

—Hola... —jadeo y cierro los ojos.

—Hola, cariño.

Capítulo 18

Jun-Ha

Hemos encendido la chimenea. El fuego crepita e inunda el salón de luces anaranjadas mientras mi padre y yo lo observamos desde el sofá.

Una botella vacía de soju sobre la mesa, otra más a medio llenar, un cigarrillo entre los dedos. Mi madre y Kim Jae están fuera. Han salido a dar un paseo, y Min Tae Jin duerme a nuestro lado. Son pasadas las tres de la madrugada.

Tras el reencuentro, Ma Ra ha dispuesto una mesa con nuestros platos favoritos y ha repartido comida a todo hombre que asomaba por la cocina. Según Murasaki, se ha pasado dos días preparándose para este momento, lo que hace el gesto mucho más asombroso. Y es que Tae Jin ya les había advertido de nuestra llegada, ahorrándose, por suerte, el verdadero contexto.

Se lo hemos contado todo durante la cena, pero no son quienes son por su ignorancia. Ellos ya imaginaban que la situación había cambiado gravemente.

A pesar de todo, y aunque el deterioro no puede disimularse, han actuado con toda la normalidad posible. Razón de más para preocuparse.

A mi padre ya le había visto en Baishan. En cambio, mi madre... Ella sigue siendo una mujer realmente hermosa, vital y divertida. Pero, aun luciendo preciosa bajo esa sutil capa de maquillaje, su rostro muestra las semanas de agonía.

Después de cenar, ella ha protestado sobre nuestra imagen. Se ha dirigido al coche, ha cogido una maleta y la ha arrastrado hasta el salón para mostrarnos varias mudas de ropa y utensilios de higiene.

Nos ha tenido más de dos horas sentados en una silla, acicalando nuestro cabello. Y la verdad es que Ma Ra no es buena peluquera, pero nos ha dejado un buen aspecto.

—He estado viendo tutoriales en YouTube. Son la mar de útiles —ha dicho con una sonrisa presumida, y yo enseguida me la he comido a besos.

Me incorporo para coger la botella de soju y serviros una copa. Mi padre me regala una sonrisa antes de alcanzar el vaso y llevárselo a los labios.

—Echaba de menos nuestros ratos bebiendo —comenta observando el fuego.

—Yo también —sonrío nostálgico—. Papá...

—Sí...

—Tengo miedo.

Ahora es él quien nos sirve soju. Murasaki Akira es comedido, se tomará su tiempo y escogerá sus palabras cuidadosamente, antes de mencionarlas. Porque también es demasiado sabio, y no quiere verme perder la razón.

—No serías un hombre extraordinario si no lo tuvieras. —Cierro los ojos acongojado con la idea de saberme tan increíble a sus ojos. No hay mayor recompensa que esa.

—Tengo demasiadas cosas que perder... —Bebo y dejo el vaso vacío en la mesa—. Viendo cómo se está desarrollando todo, es cuestión de tiempo que toda mi vida se desmorone.

—Hijo mío, si cargas con más peso del que debes, eternizarás la situación.

Se ha dado cuenta. No he comentado la verdadera intención que guarda esta conversación, y sin embargo Murasaki ya sabe lo que alberga mi mente.

—Ni siquiera tú puedes pedirme que no me preocupe por vosotros —sentencio, sin rodeos.

—Park Jun-Ha. —Mi nuevo nombre suena extraño en sus labios—. ¿Recuerdas aquel día en que tus compañeros de clase se metieron contigo porque eras adoptado?

—Sí. —Qué lejos queda ese momento.

—¿Recuerdas también lo que te dije esa tarde?

Trago saliva y humedezco mis labios.

—Que no hacía falta un vínculo de sangre para amar a una persona. La familia forma parte del alma, y no de los estereotipos. Lo que opine la gente,

da igual.

Porque cuando llegaba a casa, encontraba incluso más amor que cualquier otro niño. Esa es una de las mayores verdades de mi vida.

—Así es —sonríe mi padre antes de acariciar mi mano. Enreda sus dedos a los míos—. No dejaremos el país —confirma sin apartar la vista del contacto.

Sí, desde luego que ha sabido leer mis intenciones.

—Papá...

—Está bien que queráis ponernos a salvo —me interrumpe—. Pero nuestra protección supondría un grave problema para vosotros. Y por encima de mi bienestar, y hablo también por tu madre, están nuestros hijos. Si vosotros dos respiráis, todo lo demás tiene sentido.

Inquieto, me acerco un poco más a él.

Ya había imaginado que se negaría a cualquier tipo de protección por temor a nuestra seguridad, pero tenía la confianza de poder obtener una respuesta positiva.

—¿Vas a hacerme pasar por ahí también, papá? ¿No te das cuenta? —inquiero algo frustrado—. Cuando nos despedimos en Pekín, creí que todo podría solucionarse relativamente rápido. Ahora es diferente. Ahora conozco un poco la mierda a la que nos enfrentamos.

Una porquería que no mira cara, no valora sentimientos, y solo trata de proteger sus propios intereses a costa de cualquier vida. Maldita sea, aunque no estén del todo involucrados, mis padres también pueden caer en el proceso.

—Es por ello que debes concentrar toda tu atención en liberarte de ello —me aconseja—. No adquieras más carga de la necesaria, ya te lo he dicho.

—¡Vosotros no sois una carga! —exclamo entre jadeos, repentinamente molesto.

Abandono el salón para salir al porche, consciente de la falta de oxígeno. Apoyo los brazos en la barandilla y descuelgo la cabeza, los hombros me pesan una tonelada.

Apenas pasan unos segundos cuando siento una mano acomodándose entre mis omóplatos.

—No dejas de hacerlo —susurra mi padre.

—¿El qué? —Ni siquiera le miro.

—Comportarte como el gran hombre que eres. Estoy tan orgulloso de ti.

«Mierda, ¿por qué ha escogido este momento para hacerme sentir tan vulnerable?».

—Japonés obstinado... —susurro al darme la vuelta.

El abrazo que nos entregamos calma por completo mis temores, pero sé que continúan asentados en mi fuero interno. No resisto la idea de que les pueda pasar algo.

Dejaré que amanezca, dejaré incluso que llegue el mediodía, y después descolgaré el teléfono y rogaré a Alicia Duarte que haga lo que sea para mantener a mis padres seguros.

«Solo espero que eso baste», me digo a mí mismo al tiempo en que suena el teléfono.

Ese dispositivo me pone en contacto directo y seguro con España. Tengo un escalofrío al mirar en su dirección. Existe la posibilidad de que haya pasado algo, y rápidamente mi mente me juega un mala pasada enumerando las situaciones.

—Será mejor que lo cojas —dice mi padre, animándome a entrar de nuevo al salón. Por el modo en que me mira, sé que él también se siente alarmado.

Me muevo con reticencia. Es cierto que puede estar sonando porque los chicos quieren hablar con nosotros. No tiene por qué significar problemas.

Pero contengo el aliento al alcanzar el teléfono y siento que el pulso se me dispara.

Descuelgo cerrando los ojos.

—Al habla el gran Michel González. Pichurrín para los amigos.

Escuchar su típico tono bromista libera de golpe toda esta súbita tensión. Incluso me afloja las piernas.

—Maldito idiota... —suspiro—. Acabas de quitarme años de vida.

Miro a mi padre. Se ha tranquilizado con una sonrisa.

—No te lo tomes tan a pecho —continúa Michel—. Sé que tiendo a ser

fascinante.

—Desembucha, anda.

—¿Te pillo ocupado? Tengo una sorpresa para ti.

Frunzo el ceño.

—¿De qué se trata?

—Tiene nombre propio, *baby*. —Me quedo paralizado, sintiendo cómo el nombre de Siena recorre cada rincón de mi cuerpo, estremeciéndome—. Te dejo con ella. Procura no tardar. La llamada se derivará a un dispositivo que no tengo pirateado. Así que es mejor no tentar a la suerte.

—De acuerdo. —Trago saliva al tiempo en que se oye un pitido.

Le sigue un instante de silencio y después otro pitido. Estos segundos de espera, la incertidumbre de no saber cuándo surgirá su voz, acelera mi respiración.

Siento una caricia en mi brazo. Al mirar, mi padre está sonriendo dulcemente.

—¿Por qué no vas a la habitación? Este es un momento íntimo —me sugiere, logrando que obedezca como si fuera un autómatas.

Me encierro en el cuarto más cercano y me apoyo en la puerta tras haberla cerrado. Continúa sonando un pitido mientras los latidos de mi corazón me ciñen la garganta.

Entonces, se oye un chasquido. Parece que al fin se ha establecido la conexión. Puedo oír que hay alguien al otro lado.

—¿Siena? —inquiero dudoso.

—Hola... —Un jadeo.

Inclino la cabeza hacia atrás, repentinamente abrumado.

—Hola, cariño.

Sé que ahora está en la clínica, que ha sido sometida a unas pruebas, que está sola en esa maldita habitación, aislada del mundo y cargada de preguntas y temores que seguramente apenas la dejan dormir.

Me gustaría poder decirle que pronto acabará, que no dejaré que nada le haga daño. Pero medio mundo me separa de ella, y no estoy siendo capaz de

nada.

—Pensé que al oírte podría decir cientos de cosas —murmuro entrecortado, Mi voz casi parece un gimoteo—. Que te quiero y te echo muchísimo de menos... Pero...

—Me basta con oírte respirar.

Me pellizco el entrecejo, frustrado.

—A mí no. Sigue separándome de ti un maldito teléfono.

—Pero estás ahí. Vivo.

Aprieto los dientes. Siento un extraño escozor en el lagrimal. Las ganas de abrazar a Siena arden en mis brazos. No soy tan fuerte como una vez creí.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? —pregunto preocupado.

—Ha sido bastante denso, pero estoy bien.

No concreta, pero advierte. Lo que significa que sabe del poco espacio que tenemos para hablar. Aunque Michel esté salvaguardando la llamada, no implica una libertad absoluta.

—Jun-Ha... —Es su forma de preguntar cómo estamos.

—Sí, estoy aquí. Y Kim Jae también.

La escucho llorar. Pequeños sollozos entrecortados que disparan mi ansiedad. No estoy allí para consolarla ni limpiar esas lágrimas.

—Siena, mi amor...

—Lo he pensado, Jun-Ha —me interrumpe ella.

—¿El qué?

—Que me cuesta estar lejos de ti.

Agacho la cabeza mientras mis piernas se encogen. Me siento pequeño y desesperado.

—¿Quieres convertirte en la primera mujer que me haga llorar?

—¿Por qué no?

Ambos sonreímos con tristeza.

—¿Sabes que te amo, Siena?

—¿Lo sabes tú, Park Jun-Ha?

Me muerdo el labio. Sigue pareciéndome increíble haberme enamorado de esta forma, hasta el punto en que todas mis extremidades hormiguean y me dejan al borde de enloquecer.

Este tipo de amor pertenece al mundo de fantasía. Jamás creí que pudiera sentirse en la vida real. Pero aquí está, dentro de mi pecho, navegando sin control y procurándome unas sensaciones tan adictivas.

—Estamos en sintonía, entonces.

—Ya lo creo. —Siena respira. Puedo imaginarla secando sus mejillas con los dedos—. No nos despedamos. Simplemente colguemos.

—Bien...

Pero no quiero hacerlo. No tengo el valor.

—¿Sigues ahí? —Y ella tampoco.

—Sí.

Dejamos que el silencio se instale. Desmadra mi deseo. Enciende mi locura.

Miro al frente. A unos pocos metros de mí está la cama. Mi mente dibuja a Siena tumbada en ella, desnuda. Me observa tranquila, realmente cómoda. Se supone que voy a pasar la noche aferrado a su cuerpo. Dormir ya no me parece una carga.

Pero este momento tiene que acabar. No encuentro la valentía para finalizarlo, y si ninguno de los dos puede, deberíamos ceder la responsabilidad.

—Dejemos que Michel se encargue colgar, sé que está escuchando — sugiero.

—No he prestado nada de atención, que conste —añade él, todo solemne.

—Creo que podremos perdonarte —añade Siena.

—Qué amables —bromea Michel—. Bien, cortaré, ¿de acuerdo?

No noto el cambio. Sigo escuchando la línea en activo, pero sé que Siena ya no está en la llamada. Se ha ido.

—¿Michel?

—Dime, compañero.

Cojo aire.

—Sacadla de allí cuanto antes, por favor. —No soporto la idea de que esté sola. Me surgen recuerdos que odio.

—Te doy mi palabra —asegura él, y me basta para confiar.

—Gracias.

Cuelgo, dejo el móvil en el suelo y apoyo mi cabeza en la puerta.

Me siento un poco abatido.

TERCER ARCO

Canallas

«Sin el animal que habita dentro de nosotros, somos ángeles castrados».

HERMANN HESSE

Capítulo 19

Franco

Siena ha tomado asiento en la parte trasera de mi coche. Con la cabeza apoyada en la ventanilla y las manos entre los muslos, observa la explanada de este aparcamiento privado que hay detrás de la clínica, lejos del gentío de la prensa aglomerada en la entrada.

La radio suena de fondo inundando el interior del vehículo con la voz de Santiago Lasarte. Sorprende que haya querido hablar con los medios sabiendo lo distante que siempre ha sido con ellos. Aunque hoy parece tener motivos para disfrutar.

Apenas amanecía cuando he recibido su llamada, gesto que me ha sorprendido tanto como descubrir que he pasado la noche en el sofá aferrado al teléfono.

El letrado me ha dado los buenos días exigiéndome que me dirigiera a la clínica mientras él se reunía con el juez y el fiscal.

Una hora más tarde, Santiago ha conseguido el alta de Siena y el reinicio de la investigación, logrando, como primera medida, la suspensión del inspector Ulloa.

Hemos sabido también que el sumario estará listo en breve y se incluirá a cualquiera de los involucrados en la extorsión hacia Siena, por muy importantes que estos sean.

Es entonces cuando el nombre de Gonzalo Bornay ha emergido, poblando los titulares de todo el país.

—Mi cliente, Siena Bornay, ha sido víctima de una mala gestión por parte de los agentes de la Interpol, perjudicando notablemente su imagen —comenta Santiago—. Se han dicho demasiadas mentiras sobre ella, llegando incluso a manifestar que padece una enfermedad mental severa, la cual ha sido detonante

de todo este caso. Este informe prueba que todo es una patraña —sentencia con una elegante crueldad—. Solo me queda decir que se tomarán medidas para paliar el daño proporcionado, y que la investigación será retomada, incluyendo, además, a los implicados en este boicot contra mi cliente. No tengo nada más que decir. Buenos días.

Al marcharse de esa manera, Santiago sabe que inicia un nuevo capítulo. Todos los medios se pasarán el día comentando. Pero lo verdaderamente importante es el contrataque. No creo que tardemos mucho en obtener una respuesta.

Miro a Siena por el retrovisor antes de apagar la radio. Ninguno de los dos necesitamos oír las opiniones de los comentaristas.

—Cuando decidí estudiar periodismo, debería haber pensado mejor que, en ocasiones, es una profesión un tanto frívola —admite ella, buscando mi mirada.

—No te compares con la prensa sensacionalista. Tú estás a otro nivel.

Ni ella ni yo entendemos el periodismo de esa manera. Pensamos en contar al mundo crudas realidades para concienciar e intentar hacer de él un lugar mejor. Son objetivos muy diferentes, y basados en mantenernos fieles a nuestros principios.

Un rato después, sostengo el volante con las dos manos. Aprieto con tanta fuerza que ya he empezado a perder sensibilidad. Las piernas tensas, los brazos rígidos, mi propio aliento secándome la garganta.

Tan solo se oye el suave ruido del motor de mi coche y la respiración pausada de Siena, que se ha quedado dormida. Me gustaría poder hacer lo mismo y descansar ahora que mis chicos están a salvo, pero tengo que llegar a la masía. Solo entonces podré asumir que la situación respira una tregua.

Santiago Lasarte está sentado a mi lado. Uno de sus escoltas nos sigue de cerca con su vehículo. Otro más nos abre paso. Ha querido acompañarme sin motivo aparente, y yo no he puesto objeciones.

Su voz interrumpe el silencio.

—Conduces, pero no prestas atención.

—Me pregunto demasiadas cosas —admito.

—Sin embargo, no puedo oírlas.

—Porque soy incapaz de clasificarlas. —Y es cierto. Es muy complicado ligar mis pensamientos.

Santiago coge aire y asiente con la cabeza. En cierto modo, me molesta que me entienda tanto. No sé en qué momento me he mostrado tan transparente delante de él.

—¿Puedo ayudar? —sugiere.

—¿No lo estás haciendo ya?

Si no hubiera sido por él, probablemente, Siena no habría abandonado la clínica.

—Desconfías de mí, ¿cierto? —Es una suerte que también se dé cuenta de eso. Nos ahorra explicaciones.

Humedezco mis labios antes de hablar.

—Santiago, apenas nos conocemos. Ni siquiera puedo decir que somos colegas, y resulta que entre colegas no se habla de incertidumbres.

Han sido muy pocas las ocasiones en que he tratado con él, y la realidad es que soy alguien escéptico. Así que no puedo entregarle mi confianza a la mínima de cambio; mucho menos cuando trabaja para una persona tan enigmática como Alicia Duarte.

—Olvidas que esas incertidumbres ya están en el vestíbulo de mi casa —confiesa y yo suelto una sonrisa socarrona.

—Pasas demasiado tiempo con Alicia, se te ha pegado su extraña forma de emplear las metáforas.

Pero él ignora mi comentario porque prefiere dejar clara su postura.

—Es lógico que te cueste asumir que haya gente que quiera ayudarte sin pedir nada a cambio, pero...

—¿Cómo lo sé? —le interrumpo de súbito, apretando aún más el volante —. ¿Cómo sé que no pediréis nada a cambio?

No puedo negar que la ayuda de la señora y su segundo ha sido de lo más necesaria, pero me hace sentir inútil.

No he sido yo quien les ha salvado. Si por mí hubiera sido seguramente

ahora estarían muertos. Me frustra los pocos recursos que tengo en una situación como esta. Me frustra aún más no saber con certeza a qué demonios nos enfrentamos. Tanta ignorancia debilita y arrincona.

—Ya lo hubiera hecho —aclara Santiago—. Sé que no te fías de Alicia, pero es por ella que todavía continuáis respirando. —Maldita sea, lo sé—. ¿No merece la oportunidad de confiar?

Sin embargo, lejos de darle la razón, opto por atacar sus puntos débiles. No puedo fiarme de alguien que idolatra a la señora. Porque nunca sabré cuán infectadas están sus acciones.

—La mitificas, Lasarte. Es evidente lo implicado que estás.

Eso le molesta, y frunce los labios llevando su vista al frente.

—Mis sentimientos por ella no tienen nada que ver con los hechos, Alemany. —Lo reconoce y, en el fondo, me sorprende.

—Yo no estoy tan de acuerdo.

—¿Piensas entonces que podría haberme enamorado de una persona cruel? —espeta, cercano al enfado.

—Sí, porque quizás sois de la misma condición.

Santiago Lasarte es un gran profesional, cargado de rigor y carisma. Pero que haga magníficamente bien su trabajo no significa que en realidad no sea un maldito lobo. De hecho, tiene que serlo si es el inseparable de la Duarte.

—No me defenderé de necedades —dice con rudeza—. Te permitiré mencionarlas dada la situación, pero ten cuidado con lo que piensas. No podrías estar más equivocado.

Quizás. Es probable que mis miedos no me dejen ver la honestidad de sus actos.

Bajo un poco la ventanilla y respiro hondo.

—¿Cuál habría sido tu reacción de haber estado en mi lugar, Santiago? —inquiero realmente interesado en su respuesta.

—Es por eso que no discuto contigo, Franco. Porque entiendo tu actitud.

—La entiendes...

Se instala el silencio provocándome un nudo en el estómago. Santiago

tampoco menciona nada más, algo que también me molesta porque indica lo considerado que está siendo conmigo.

Es curiosa tanta contradicción y la insistencia de mi cuerpo en mantener un enfrentamiento abierto cuando siquiera hay motivos. Supongo que he cambiado demasiado rápido y todavía me cuesta gestionarlo. Supongo que el diálogo ya no me satisface y ahora más que nunca quiero pelear. Con quién sea, dónde sea, a costa de cualquier resultado, siempre y cuando me afecte solo a mí.

Debo darme tiempo, respirar, descansar, y así asimilar esa nueva versión de mí, que se abre paso a arañazos y pretende ser capaz de cualquier cosa.

No puedo concentrarme, así que me desvío a un área de servicio y detengo el vehículo en el aparcamiento. Apago el motor, agacho la cabeza y dejo caer mis manos sobre el regazo. Santiago no se niega. De hecho, parece de acuerdo con el gesto.

—Tras el interrogatorio, desapareciste —murmuro—. Tenías tus movimientos muy claros, pero eso no acelera el proceso. Una audiencia con el juez, una autorización para proceder al examen pericial médico. La elección del equipo. Todo. Apenas necesitaste una tarde. ¿Por qué?

Santiago vuelve a asentir con la cabeza antes de mirarme con fijeza. Mantiene esa templanza suya que tan bien le sienta.

—Tengo mis contactos. El jefe de unidad me debía un favor. Así que resultó sencillo acelerar el proceso, como tú dices —comenta, orgulloso de sus habilidades—. Coacción, presión mediática, imposición de falsa declaración. Aislamiento. Supongo que te haces una idea de lo fácil que es convencer a un juez si presentas todos esos detalles.

—Siena aceptó un trato con César.

—Cuando hay un trato, debe haber un compromiso de ambas partes. Él no cumplió como estaba previsto.

—¿Y tú lo imaginabas? —Su mirada me da la respuesta—. Pareces un mafioso.

—Es una forma de verlo —sonríe—. A veces la justicia es como una mafia, Franco. No hay más que ver toda la mierda que esconde el poder.

Tanta que apenas me deja ver el horizonte. Tanta que nos ha dejado al

borde de ser engullidos. Pienso que nos queda poco aliento antes de ver hasta dónde alcanza.

Sin embargo, me centro más en el miedo que me invade.

—¿Qué reacciones podemos esperar? —pregunto comedido.

—Una contrademanda. Amenazas, quizás un intento de asesinato. —Lo menciona con tanta calma que temo que el corazón se me salga por la boca—. Sea lo que sea, estamos preparados para ello.

Contengo el aliento.

—¿Me aseguras que no correrán peligro?

—Esa es la idea.

Siento cómo un calor abrasador y tremendamente extraño inunda mi estómago y se extiende por mi pecho.

—No me has dicho por qué lo haces.

—¿Amor? —La sonrisa que emite Santiago provoca un insolente brillo en su mirada.

Cierro un instante los ojos. Todos mis motivos tienen nombres propios. A todos los amo de una manera.

Una de esas personas que amo acaba de despertar y nuestras miradas se cruzan por el retrovisor. Es fácil darse cuenta de que Siena ha escuchado todo, y ha tomado una decisión.

—Quiero ver a Alicia —anuncia, inquietándome.

—¿Qué es lo que piensas decirle? —pregunto.

—Quién demonios es en realidad. —Coge todo el aire que le permiten sus pulmones y lo libera en un fuerte suspiro.

Quiero negarme. Incluso miro a Santiago para que me ayude a evitarlo. No creo que Siena esté capacitada ahora mismo para enfrentarse a la señora.

Pero no puedo hacerlo. Tiene el derecho a mirar a Alicia y pedir explicaciones. Tiene aún más derecho a saber por qué nos está ayudando.

Ciertamente, no entendemos muy bien qué tipo de persona es.

Reconozco la fuerte valentía de mi compañera. Lo normal habría sido caer en la introversión y el desconcierto. Pero ella apenas se ha permitido tiempo.

Habiéndose topado con verdades tan dolorosas y situaciones de lo más desquiciantes, debería al menos masticar la angustia.

Sin embargo, aunque se siente atormentada y furiosa, el empoderamiento se ha presentado de súbito, y conozco su influencia, yo también la estoy padeciendo.

Sé que ella espera que yo me niegue a sus decisiones, y en cierto modo quiero hacerlo. Pero la negación también es una forma de sufrimiento, y me estaría oponiendo a algo que también deseo hacer.

Así que espero la confirmación tácita de Santiago antes de arrancar el motor y poner rumbo a Barcelona.

Capítulo 20

Siena

Atravesamos el vestíbulo acristalado del edificio KL, y noto cómo toda la inseguridad que en realidad albergo, se camufla hasta parecer que no existe. Curioso, porque la reacción que ha tenido la gente al verme debería haber provocado lo contrario.

Todos los empleados con los que nos cruzamos, nos observan un tanto asombrados. Me cuestionan; algunos con la mirada, otros entre cuchicheos. Y entiendo por qué. Toda la prensa del país está cubierta con mi rostro y la noticia de mi salida de la clínica.

La gente ahora no sabe qué creer, si lo que dice la Interpol o lo que dice un informe pericial. Es por ello que puedo sentir la división de opiniones con solo echar un vistazo. Así funciona la creencia popular, prima el cinismo.

Aunque, en realidad, me importa absolutamente una mierda lo que opinen de mí. Tan solo me interesa la seguridad de mi gente, y eso está por encima de cualquier chismoso hipócrita.

—Creo que ahora mismo eres más popular que yo —murmura Franco con expresión traviesa antes de que el ascensor comience a subir.

—Tendrás que llamarme jefa.

—A sus órdenes.

Al llegar a la última planta, lugar donde se encuentra el despacho presidencial y el comité directivo de la compañía, el sentimiento de severo rigor incrementa.

Avanzamos hacia el pasillo del despacho de Alicia cuando de pronto la secretaria salta de su escritorio con expresión tensa.

—¡Señor Lasarte! —exclama aliviada al ver al hombre.

—¿Qué ocurre? —Este frunce el ceño. Parece que normalmente no le

reciben de esa forma.

—Me temo que tenemos un serio problema. —La mujer agacha un poco la cabeza y cruza las manos sobre el regazo—. La junta directiva se ha reunido para destituir a la señora Duarte. Al parecer, se ha logrado más de la mitad de los votos del comité.

—¿Qué? —prorrumpo notando una fuerte opresión en el pecho.

La noticia me impacta tanto que apenas puedo analizar la severa reacción de Santiago y Franco.

—¿Por qué no me habéis llamado? —protesta el abogado.

—La señora me pidió encarecidamente que no le avisara. Dijo que usted estaba demasiado ocupado. —Por supuesto que lo ha estado, liberándome.

En una ocasión diferente, bajo circunstancias muy distintas, quizás no me habría importado tanto este suceso. Pero ahora es inevitable percibir el intenso cosquilleo de inquietud y frustración.

Si alguien, días atrás, me hubiera dicho que experimentarían esta emoción en relación a Alicia Duarte, le habría mirado escéptica.

Todo apunta hacia una dirección muy concreta. En todos estos años, la posición de la señora jamás ha corrido peligro. Siempre ha contado con el apoyo de la comitiva y los inversores. Es alarmante descubrir lo contrario. La traición cobra formas muy inesperadas.

Pero me temo que a una persona como la señora no se le puede sorprender tan fácilmente. Ella ha debido de suponer que algo ocurriría, y aun así no le ha importado arriesgar su puesto.

Lo que me empuja a sacar unas conclusiones que dejan a mi padre en una posición realmente lamentable. Mentiría si no admitiera que una parte de mí insiste en alejarle de una posible vinculación. Porque, de estar en lo cierto, no sé qué demonios haré.

Reacciono al instante en que Santiago se lanza en dirección al despacho de su presidenta, seguido por sus guardias. Es lo que me empuja a correr hacia él sin dudar.

—¿Eso es posible? —inquiero, cortándole el paso.

—Si más de la mitad de la junta está conforme, por supuesto que es

posible.

—¿Quieres decir que Alicia ha perdido KL?

—Esperad aquí. —Me esquivo.

—¡Santiago! —exclamo, pero él ya no me escucha, y se adentra en el despacho cerrando tras de sí.

Quiero seguirle de nuevo, e irrumpir ahí dentro con toda la furia que siento ahora. Sin embargo, Franco me detiene.

—Siena, espera.

—¡No! —Me aparto a tiempo de ser capturada por sus manos—. Mi padre forma parte de esa junta, Franco. ¿Entiendes lo que digo?

Claro que lo entiende, pero le importa aún más cuán decepcionada quedaré después. Él ya sabe lo que se siente al descubrir la espalda de un progenitor.

Me pierdo en el gris de sus pupilas, ahora un poco enrojecidas. El corazón me late en el vientre a una velocidad de vértigo y la sensación de peligro me acaricia la nuca. Necesito saber con urgencia qué se está hablando ahí dentro.

No soporto la incertidumbre ni tampoco la espera.

Si tengo que vivir la decepción, prefiero que sea ahora, cuando más abrumada me siento.

Me acerco a la puerta del despacho y maniobro hasta abrir una línea. Apenas puedo ver la silueta de dos guardias.

—¡... para hacer esto! —exclama Santiago. No he llegado a tiempo de escuchar la frase completa.

—Silencio, Lasarte —le ordena la señora.

—Tan solo necesitamos tu firma, Alicia —comenta mi padre en un tono de voz bastante jocoso y confiado.

—Si me niego...

Pero el gran Bornay la interrumpe al chasquear la lengua.

—Alicia, te he visto defender esta empresa con uñas y dientes. Incluso hiciste un drama cuando supiste que me había convertido en accionista y formaba parte de la junta directiva. ¿Crees que no he tenido en cuenta tu resistencia? —Habla socarrón y confiado.

—Amenazas a medias.

—Porque no hace falta que concluya la amenaza. Tú sabes bien a dónde quiero llegar.

Frunzo el ceño y me inclino hacia delante. Un irascible calor me invade y pronto se extiende por todo mi cuerpo. No solo por la injusta frivolidad que noto, sino también por el tema de conversación. Gonzalo Bornay conoce muy bien las debilidades de su esposa y está dispuesto a utilizarlas contra ella.

—Puedo firmar, pero quiero condiciones —anuncia Alicia. Enseguida se oye una sonrisa.

—Soy alguien benevolente y, aun sabiendo que ya has sido destituida, pienso dejarte pedir. Adelante, te escucho.

—Park Jun-Ha. Do Kim Jae. Siena Bornay.

—¿Ellos valen tu dimisión?

Un escalofrío.

¿Alicia Duarte acepta dimitir por salvarnos?

—No les he dado valor —protesta la señora—. Te estoy dando una razón para que les dejes tranquilos. Al fin y al cabo, uno de ellos es tu propia hija. Ni siquiera deberías estar debatiendo conmigo. —Ahora sonrío ella—. Pero resulta que nos has salido mucho más canalla de lo esperado.

—Querida esposa. —Oigo los pasos suaves y seguros de los pies de mi padre, seguramente acercándose a Alicia—. Si obtengo todo tu poder, podría aniquilarte en un instante. Y créeme que llevo años deseando ver cómo te asfixias en tu propia sangre, amor mío.

Lo menciona dado que la señora ha olvidado incluirse en las condiciones.

—Fíjate el regalo que te hago —espeta.

—¿Regalo?

—Una junta directiva es válida si todos los miembros que la conforman están presentes —advierde, sabedora de todos los errores—. A ese comité le faltaba un componente.

La propia presidenta.

—Por supuesto —sonríe mi padre.

—Puedo ignorarlo si a cambio aceptas lo que te estoy pidiendo. De lo contrario, podría contratacar. Dado el caso, no solo habrías perdido tu maravillosa reputación como político, sino también todos tus derechos como accionista y directivo de esta empresa. ¿Hace falta que continúe?

Trago saliva al tiempo en que tiemblo con brusquedad, y es ese temblor lo que me empuja dentro del despacho.

—¿Qué demonios significa esto? —pregunto y miro a Alicia completamente desquiciada—. ¿Qué se supone que está pasando?

Maldita sea, no es ella quien debería estar protegiéndome, sino mi propio padre.

—Siena, por favor... —Franco intenta detenerme de nuevo, pero vuelvo a esquivarlo.

—¡Suéltame! ¿De verdad, papá?

Y entonces nos miramos. Nuestras pupilas se encuentran con virulencia. Nos estremece a ambos.

Hace dos días, cuando me senté en su mesa más que dispuesta a compartir un desayuno con él, jamás creí que podríamos observarnos de este modo. Ni siquiera pensé que su voz llamándome se convertiría en un susurro lejano al que no prestaría atención.

Él siempre me ha tenido. Sin embargo, ahora lo único que brilla en su presencia es la extraña maldad que se debate en sus ojos.

No es mi padre.

Aunque, en realidad sí lo es, pero ya no le conozco.

—Hija...

—¡No me llames hija! —exclamo. Todos los presentes concentrados en nosotros—. Al final sí es cierto que eres esa clase de hombre.

Alicia se abalanza hacia delante. Quiere interponerse, pero lo único que consigue es que creemos un círculo de tres personas, cargadas de rencor entre sí.

—Decide, Gonzalo —masculla un poco más tensa de lo normal—. No tenemos todo el día.

—No entiendo algo, Alicia. —Mi padre arrastra la mirada hacia ella. Cambia radicalmente. Se torna fría, incisiva—. ¿Qué ganas tú con protegerles sin tenerte en cuenta? Lo pierdes absolutamente todo, Siena te odia, yo voy a doblegarte y, para colmo, no tienes medios con los que detenerme.

—Ambos sabemos por qué estás haciendo todo esto.

—¿Ahora te andas con remilgos? —Mi padre tuerce el gesto. Tiene una expresión en su rostro que nunca he visto. Resulta tan espeluznante como tirana.

—Trato de ser cuidadosa, Gonzalo.

—A estas alturas, ya no te vale, Alicia. Nunca podrás llegar a ser su madre. Recuérdalo bien.

Mi pulso se tambalea. Se ha detenido un instante y reanudado su marcha violentamente. Como si una mano invisible me hubiera atravesado el vientre.

¿Qué demonios se están diciendo? ¿Por qué no lo entiendo y a la vez creo saberlo? ¿Por qué tengo miedo?

Es un juego de dos. Todos aquí conocen las reglas, pero no se inmiscuyen, apenas pueden intervenir, tan solo se les permite observar. De hecho, verles ya es más que suficiente para la mente de cualquiera. Se aniquilan con la mirada, se odian de una manera tan cruel que me parece inconcebible no haberlo visto con mayor claridad en todo este tiempo.

—¿Qué fue lo que descubrí que te ha convertido en esta clase de persona? —añado, para asombro de todos.

—Siena, mantente al margen, por favor. —Alicia trata de contenerme en vano.

—Es mi turno. —Me enfrento cara a cara a mi padre—. Si recordara estarías en problemas, ¿no es así?

—¿Acaso sabes algo? —Eso le asusta, y algo de mí se siente complacido al verlo dubitativo.

—Demasiado —gruño—. Y ahora mismo acabas de demostrar lo suficiente como para incentivar me. Se te olvida qué soy.

—Sobornas a tu propio padre.

—Traficas con tu propia hija.

—Te di elección y la ignoraste —masculla—. Lo único que te pedí es que te quitaras de en medio. ¡Quise protegerte!

—¡A costa de mi propia integridad! —grito—. ¡¿Qué clase de protección es esa?!

—¡Siena! —exclama Franco, y se lanza a mí.

—¡No! —Le empujo y Alicia se acerca un poco más.

—Gonzalo. Estoy aceptando entregarte KL —dice ella, al borde de una alarmante exasperación—. Tan solo tienes que asegurarme lo que te pido.

—Recordaré, papá —amenazo—. Eso que tanto temes, reaparecerá, y después te hundiré en la miseria que tú mismo has creado.

—¡¡¡Basta!!! —vocifera él.

Entonces levanta el brazo. Va a pegarme, realmente lo espero.

Pero el impacto no llega.

Tan solo recibo un empujón que me envía lejos. Tropiezo con el sofá al tiempo en que oigo unos fuertes jadeos, seguidos de unos golpetazos.

Al mirar, aturdida, encuentro el resultado.

Soy perfectamente consciente de lo que está sucediendo, pero mi mente no puede aceptar que mi padre sea capaz de pegar a alguien.

La estupefacción me bloquea. Su mirada, dolorosamente concentrada en Alicia, se ha llenado de una intensa brutalidad que me sobrecoge.

Implacable, empieza a azotar los brazos de su esposa para terminar cogiéndola del cuello. Tira de ella sin piedad. Los zapatos de la señora resuenan en la sala tratando de mantener el violento equilibrio. Es un sonido que me perfora los tímpanos y comprime mi corazón, inundándolo a la vez de una terrible indignación.

Mi padre estrella a Alicia contra la pared y aprieta su cuello, ahora con ambas manos. Mantienen sus rostros a apenas unos centímetros de distancia.

Es el preciso momento en que Santiago saca su arma y apunta a mi padre. El resto de hombres hacen lo mismo, y se encañonan entre sí. Franco enseguida se lanza a por mí y me cubre con su cuerpo.

Todo ha pasado demasiado rápido, motivado por la decisión de Alicia al

interponerse entre mi padre y yo. Ella está en mi lugar.

—Te despellejaré viva, Alicia —masculla él—. Arrancaré tu maldita piel a tiras y se la daré de comer a los lobos.

—Libérala, Gonzalo —dice Santiago con salvaje entereza.

Si le observo bien, si me trago todo este desconcierto, puedo atisbar el rastro de un temblor en sus manos. Es la mujer que ama quien está en peligro.

—No me amenes. Si disparas, tú y ella también moriréis.

Con lágrimas de puro terror e incredulidad, me incorporo apoyándome en Franco. Él trata de mantenerme pegada a su pecho, pero insisto en caminar tambaleante hacia mi maldito padre.

—Bajad las armas —ordena Santiago, conteniendo la furia—. ¡Todos! Dejadlas en el suelo.

Los hombres obedecen a regañadientes y mandan lejos de su alcance las pistolas.

—Suéltala —gruño, clavando los dedos en el brazo de mi padre.

De improvisto, me empuja con la suficiente fuerza para estamparme contra la pared. Pero lo único que me importa es que el rostro de Alicia empieza a enrojecerse. Se está asfixiando.

—¡No te metas en esto! —rezonga el gran Bornay.

—¡¡¡Para de una vez!!! —le grito con todas mis fuerzas.

—Ella no está tan acostumbrada como yo, Gonzalo. Consiénteme al menos esto —gimotea Alicia.

Gonzalo se permite unos segundos más antes de sonreír y terminar por liberarla con lentitud.

La señora se tambalea, pero cae en los brazos de Santiago, tratando de recomponerse lo más rápido posible.

Me gustaría hacer lo mismo, pero el aire que se respira en esta habitación es demasiado denso y cruel como para levantarme con autoridad.

Es ahora cuando el contacto de Franco me hace más falta que nunca. Es una suerte que él haya sabido darse cuenta y no tarde en aparecer.

Al mirarnos a los ojos, ninguno de los dos podemos creer lo que acabamos

de ver. La impotencia, la frustración, la decepción. Él, porque no ha podido hacer nada; yo, porque he descubierto lo que me temía.

Sé lo mucho que nos gustaría estar en cualquier otro lugar.

—Bien, ¿quién tiene un bolígrafo? —dice mi padre, como si nada, palpando su chaqueta—. Oh, disculpad, yo tengo uno. Qué cabeza la mía.

Todavía en el suelo, le veo coger los documentos que formalizan la dimisión de Alicia. Se los entrega a la señora junto al bolígrafo, y la observa desde arriba mientras ella estampa su firma, insistiendo en apoyo del cuerpo de su segundo.

Le entrega los papeles a mi padre y, a cambio, recibe el ademán de un apretón de manos. Ella observa sus dedos, y desconozco si alguien más ve lo mismo que yo, pero esta es la primera vez que Alicia me parece vulnerable.

Siempre había soñado con verla como una mujer normal, pero nunca creí que ocurriría de esta manera y por este motivo. En realidad, de haberlo sabido, hubiera preferido seguir creyéndola inalcanzable.

—Un placer hacer negocios contigo, esposa mía.

—Lo mismo digo, mi amor.

Él empieza a caminar hasta detenerse a mi altura. Esquivo su mirada, no soporto su cercanía. Contengo las lágrimas, mientras me apego aún más a Franco. Puedo ver el rostro de mi maldito padre reflejado en el cristal.

Me observa algo entristecido, probablemente arrepentido, pero ya no me vale. Ya no creo nada de lo que me diga.

—Espero que algún día me perdones, hija mía.

Cierro los ojos. Sus pasos se alejan de mí y yo, poco a poco, pierdo las fuerzas con cada lágrima que derramo.

¿Qué ha sucedido? ¿Qué acaba de pasar?

Unos zapatos afilados se acercan a mí. Al abrir los ojos, descubro a Alicia prácticamente renovada. Me observa con esa actitud suya un tanto altiva. Mis temblores incrementan. Me siento demasiado pequeña a sus pies.

—No deberías haber entrado —comenta bajito, todavía un poco asfixiada.

—¿Esperabas algo así? —sollozo.

—Esperaba ahorrártelo.

Niego con la cabeza.

—¿Cuán acostumbrada estás a esto?

Estoy más que preparada para que me hiera la respuesta.

—Casi veinte años deberían bastar.

Una fuerte conmoción me oprime el pecho. Es tan dura que tengo la sensación de estar atrapada bajo una roca.

El aprecio por Alicia nunca ha existido. Es una mujer severa y muy exasperante. De una inteligencia y soberbia que saca de quicio al más cuerdo. Suscita frustración, alteración, enfado. Pero no es motivo suficiente para que merezca ser maltratada.

A pesar de todo, sigue siendo la gran y poderosa Alicia Duarte. Imaginarla sometida a base de golpes no es algo sencillo. He tenido que verlo para creerlo.

Sin embargo, resulta que mi padre es un mal esposo, capaz de abandonarse a su irritación al cruzar la línea de la violencia. Algo que desconocía por completo hasta ahora y ni siquiera podía imaginar.

El dolor y la angustia que me produce debería ser lo más llamativo. Pero no es así. Me carcome mucho más descubrir que la gran señora lo ha estado resistiendo, y sé bien que no es por amor hacia él.

«Entonces, ¿por qué? ¿Qué más hay tras toda esta basura?».

Alicia extiende la mano. Me asombra lo rápido que acepto el contacto, y enredo mis dedos a los suyos antes de notar la fuerza que me ayuda a incorporarme.

Nos clavamos la mirada. Estamos tan concentradas la una en la otra que nuestro entorno desaparece abruptamente. Mi reflejo brilla en sus pupilas con un matiz afectuoso. De pronto me encuentro deseando saber cómo se estará viendo ella a través de mis ojos. Tiene que ser satisfactorio si su rostro ha adoptado una expresión tan relajada e indulgente.

Empieza a caminar.

Capítulo 21

Jun-Ha

Nos hemos despedido de mis padres al amanecer.

Kim Jae y yo hemos observado la estela que ha dejado el vehículo en el que se han subido, acompañados por varios guardias, mientras recordamos una y otra vez las tímidas lágrimas que ha liberado nuestra madre al abrazarnos.

—¿Qué toca ahora, *hyung*? —menciona mi hermano, todavía observando la carretera.

—Despertar al canalla que llevamos dentro.

Busca mi mirada.

—¿Existe?

—Invéntatelo.

Segundos después, entramos en el cobertizo.

Todos nuestros hombres esperan alrededor de una mesa en la que se ha dispuesto un mapa y varias fotografías. Nos examinan con solemnidad y respeto. Por un instante, vuelvo a estar con mi escuadrón en nuestra base.

—Bien, es la hora. —Toma la palabra Tae Jin, colocándose en el centro para captar la atención del equipo—. Unidad del Pacífico, os presento al capitán Park y al teniente Do. De ahora en adelante, tomarán el control.

Pero ese comentario, aunque digno de enorgullecerme, no hace más que estremecerme de un modo muy desagradable.

«Capitán, ¿eh? El mismo que ha visto morir a sus hombres...». No, ya no merezco ese cargo y, de todos modos, ya no estamos en el ejército.

—Tae Jin. Ya lo hemos hablado —le reprendo.

Pero él no está tan de acuerdo.

—Pues tendrás que soportarlo. Saludad. —Y el equipo obedece.

El lugar se inunda del sonido que hacen sus pies al unirse en un golpe seco, antes de que sus cuerpos se flexionen en una reverencia de noventa grados, tan perfecta como sobrecogedora.

Tae Jin debe de haberles explicado bien el respeto militar.

O quizás lo ha hecho Alicia, dado que se tratan de sus leales en Asia. Ellos harían cualquier cosa por la señora.

Miro de reojo a Kim Jae.

Él, más que impresionado, parece extrañado.

—De acuerdo, ahora déjenme explicarles el tema principal de esta reunión —continúa Tae Jin—. Nuestro objetivo...

Coronel Shin Hee Sang, edad cincuenta y nueve años.

Condecorado por las fuerzas especiales de Corea del Sur.

Hijo de altos rangos del ejército, y también sobrino del exministro de Defensa.

Viudo, padre de una hija, felizmente casada con un importante fiscal, y abuelo de un niño de cinco años, que pasa las tardes en el bonito jardín de una casa situada a las afueras de Gangnam.

Ahora que estoy observando a ese niño puedo sentir que, en realidad, sí soy un poco canalla. Porque me importa un carajo arriesgar la vida de un civil que nada sabe del mundo.

Él no tiene la culpa de las atrocidades de su abuelo, o del hecho de que su padre haya sido el redactor de las cartas de defunción de mis hombres.

Tan solo juega rodeado de muñecos, como lo haría cualquier otro niño.

Empatizo poco y me carcomo demasiado por ello.

Pero esta misión puede cambiar muchas cosas, ser decisiva. Puede darle un mundo mejor.

No existe la duda, por mucho que me empeñe en dar con ella.

—No tiene por qué saberlo —menciona Kim Jae, sentado en la parte de atrás de este vehículo.

Se ha metido en mi mente, ha escudriñado en ella como ha querido y ha descubierto que, de alguna manera, me preocupa lo que pueda llegar a pensar

Siena de mí cuando descubra que no he dudado en matar.

—Lo sabrá porque yo mismo se lo diré —confieso, ganándome un vistazo de Tae Jin, que está sentado al volante, oculto bajo una mascarilla y una gorra—. Y lo entenderá porque es algo que ella misma haría de estar en mi lugar.

Cojo aire y vuelvo a mirar hacia la verja.

El niño se ha puesto a saltar sobre un juguete en forma de poni mucho más grande que él. Su madre se ríe. No se percata de la furgoneta blanca que acaba de detenerse en la entrada.

—Aun así, ese niño se graduará y se convertirá en una hermosa escoria más de este «bonito» y «justo» país —asegura Tae Jin, como si fuera una protesta—. No tenemos por qué arrepentirnos de utilizarlo como excusa.

—¿Crees que siento remordimientos? —Me giro a mirarle. Aunque nos cuesta un poco por nuestras indumentarias, pero podemos vernos.

—Eres un buen hombre. Claro que lo sientes.

—Al sentirlo, pienso en los niños que se han quedado sin su padre por culpa de su abuelo. ¿Su bienestar vale la felicidad de esas criaturas?

Desde luego que no. Absolutamente, nadie debería tener un valor, por muy rico o poderoso que se sea. La vida humana, la vida en sí, es el mayor de los logros y merece respeto.

Uno mismo debe decidir. Pero mis hombres no lo hicieron, y tras de sí, dejaron familias enteras lamentando sus muertes.

—¿Entiendes entonces por qué digo que eres un buen hombre? —Kim Jae aprieta mi hombro.

Beso sus nudillos a tiempo de ver cómo tres de nuestros hombres se bajan de la furgoneta y llaman al telefonillo de la casa. Llevan la indumentaria de unos electricistas y unos maletines con herramientas.

Durante la madrugada, la zona ha sufrido una serie de apagones. Los vecinos ignoran qué ha sucedido, y varios de los hogares afectados en esta calle siguen sin luz, porque los fusibles se han estropeado.

Michel estuvo genial al entrar en la base de datos de la eléctrica y jugar a lo que le salió de las pelotas. Nos dio la excusa perfecta para entrar en la casa de la hija del coronel.

—Disculpe, señora. Soy de la Eléctrica Jongmi —dice uno de ellos en cuanto la mujer le abre la puerta. Podemos escucharle por la radio.

—Menos mal, creí que no vendrían nunca. Tengo que hacer, ¿saben? — protesta ella—. No puedo pasarme todo el día esperándoles, caballeros. Pasen por aquí.

Los tres entran en la casa.

Su misión es colocar varias cámaras, además de arreglar el supuesto problema de fusibles.

Apenas pasan treinta minutos, cuando de pronto obtenemos acceso a las imágenes a través de la tableta que porta Kim Jae. Desde ellas puede verse la habitación del matrimonio, uno de los baños y la habitación del crío.

Primera parte del plan, listo.

Ahora, debemos trasladarnos al complejo de apartamentos CheonNam.

El coronel Shin tiene una importante cita allí.

Ella

Las piernas se le habían entumecido. Tan solo podía sentir un sutil cosquilleo en la planta de los pies, además del intenso dolor de cabeza instalado en la curva de sus cejas. También el rastro de las náuseas.

Hizo el amago de coger aire por la boca, gesto que aumentó la angustia y le creó un nudo en el estómago. No podía confirmarlo, pero estaba segura de que un tubo atravesaba su garganta.

Trató de abrir los ojos. Tuvo que pestañear varias veces y aun así no consiguió ver nada, más que una capa de niebla densa.

—¿Hija? ¡Alicia! ¿Puedes oírme, cariño? —Escuchaba muy cerca la voz de su madre, sollozante y asustada.

Un instante más tarde, un destello blanco atravesó sus pupilas. Sintió cómo unos dedos precipitados tanteaban sus mejillas, dándole unos golpecitos. El dueño de esos gestos no dejaba de citar su nombre.

Lentamente, Alicia empezó a vislumbrar unas sombras. Tuvo que atravesar un infierno de emociones para poder descubrir que se hallaba en la habitación de un hospital, con el cuerpo magullado a causa de un fuerte accidente.

Tenía vagos recuerdos de lo que había pasado, pero eso no contuvo las inesperadas lágrimas que inundaron sus ojos.

Gonzalo Bornay.

Le había dicho que tenía un importante viaje de negocios que le llevaría a estar unos días fuera de Barcelona. Volvería antes de la boda. Quizás por eso su prometido no estaba allí.

O por lo menos eso creía.

Pero tampoco lo estaba su mejor amiga, Maite, y las imágenes se sucedieron una tras otra, como poderosas cuchillas.

Reconstruyó sin quererlo cada uno de los pasos que le habían llevado hasta

ese momento y, aunque las lagunas de tiempo eran evidentes e insufribles, no tuvo problema a la hora de comprender lo que había pasado.

—¿Y cómo se llama tu príncipe misterioso? —le había preguntado a su amiga, con la que se había sentado en la terraza de una bonita cafetería del centro de la ciudad, hacía ya unas semanas.

—Dejaría de ser misterioso si te lo digo —sonrió Maite mojando sus labios de espuma de café.

—Vaya, acabas de recordarme a la prota de un libro de Agatha Christie.

—Ahora entiendo por qué te llamaban la *rarita* en el instituto.

—Lo que tú digas. Venga, cuéntame —la instó Alicia, urgida por saber del hombre que había conquistado a su amiga—. ¿Cómo es él?

—Una bestia en la cama.

—¡Maite!

—Bueno, y también romántico. —Ambas sonrieron como niñas.

Maite jamás le dijo quién era el hombre. Ni tampoco que este estaba a punto de casarse y ser padre.

Alicia siquiera imaginaba que le conocía tanto como a sí misma.

Pero la mentira, aunque poderosa en su intención, nunca dura una eternidad, y siempre se destapa de la peor manera.

Le importaron muy poco los detalles. Le bastaba con saber que su prometido se estaba tirando a su mejor amiga.

Desde el asiento trasero de un taxi, con el vestido de novia sobre su regazo, les había visto entrar en un hotel tras compartir un dulce beso.

Alicia se sentó al filo del sofá de su casa y esperó a que Gonzalo entrara por la puerta una hora más tarde. Él fingió una actitud normal, no sospechaba que había sido cazado en los brazos de Maite ni tampoco que su futura esposa estaba más que dispuesta a romper su noviazgo.

Esa fue la primera vez que Alicia sintió el calor de una bofetada. Al caer al suelo, aturdida y herida, enseguida se llevó una mano a la mejilla y miró a Gonzalo como si no creyera lo que acababa de suceder.

—Nunca te irás, ¿me oyes? —masculló él. Aquella mirada delirante la

atemorizó tanto que ni siquiera pudo moverse—. ¿Crees que soy el primer hombre que comete adulterio, cariño? ¡No! Y tampoco seré el último. —Se acuclilló frente a ella y le retiró un mechón de cabello—. Tu deber como esposa es soportarlo.

—Yo... no soy tu esposa —tartamudeó.

—Te separan unos días de ese momento...

Negó con la cabeza.

—Mi padre no consentirá esto, Gonzalo. No querrá que me convierta en una mujer desdichada.

—Corre a decírselo, entonces —sonrió él, dejándole entrever que su vida estaba mucho más podrida de lo que imaginaba—. Veremos cómo terminas después del desengaño.

Porque su padre adoraba a Gonzalo, tanto que incluso le había convertido en accionista de su empresa.

Algo en ella tembló desagradablemente. Se sintió atrapada y asquerosamente engañada.

Era cierto que podía cerrar los ojos y dejarlo pasar, que cientos de mujeres lo habían hecho antes y, aun así, habían logrado ser felices junto a sus esposos. Ella no era más especial que ninguna de las anteriores.

Pero la diferencia era que para poder soportarlo, había que aceptarlo, y Alicia se negaba. Le era imposible imaginarse viviendo una vida como la que sugería Gonzalo.

Tambaleante, se puso en pie.

Gonzalo la miró circunspecto. Pensaba que tenía la situación perfectamente controlada y que había logrado convencer a Alicia para soportar cualquiera de sus deslices, por muy incómodos que estos fueran. En realidad, le convenía que la heredera del Grupo KL aguantara. No le apetecía tener que buscar alternativas. Aunque bien mirado, no tenía de qué preocuparse.

—¿No ves que te amo? —dijo sensible—. Esto simplemente es un juego. No tienes de qué preocuparte, cariño. Seremos felices.

Pero Alicia se apartó a tiempo de recibir una caricia.

Ese gesto desató la tormenta.

Trató de abandonar el lugar. Ya pensaría después en cómo solucionar los problemas que provocarían la ruptura de su relación. Sin embargo, Gonzalo no permitió que avanzara demasiado. Leyó las pretensiones de Alicia a tiempo de evitar que abriera la puerta.

Los golpes se sucedieron, empezando por fuertes empellones.

Alicia se vio a sí misma arrastrándose por el suelo tratando de evitar las patadas. Estas impactaban sin miramientos en cualquier parte de su cuerpo. El dolor la engullía cada vez más.

Gritó. Una sola vez.

El resto de alaridos murieron en la hinchazón de su boca al recibir un puñetazo.

Sin saber muy bien cómo, logró escapar y subió a su coche, notando el cuerpo entumecido y dolorido. La sangre manando de sus heridas, la hinchazón nublando su visión.

Con la intención de alejarse de allí cuanto antes, aceleró tanto que no le sorprendió verse flotando en el aire. Antes de caer al suelo y perder la consciencia, se maldijo a sí misma.

«Si es niña, se llamará Siena...», recordó.

—Ha estado doce días en coma, señorita Duarte... —A esa confesión, le siguió una explicación que Alicia apenas pudo atender.

Aferrada a la mano de su madre y centrada en la mirada solemne del doctor, tan solo pudo reconocer algunas de las palabras sobre su severo estado.

—Mi... mi hijo... —balbuceó. Había empezado a llorar de puro miedo.

—Lamentamos comunicarle que lo ha perdido. Durante la operación, tuvo una fuerte hemorragia. Los cirujanos hicieron todo lo posible, pero... me temo que... no podrá... tener hijos.

Habían pasado seis meses desde entonces.

Ya le habían dado el alta, había vuelto a caminar con cierta normalidad y las heridas de su cuerpo, poco a poco, cicatrizaban. Pero su corazón continuaba destrozado. En ocasiones, sentía una extraña palpitación en el vientre, como si su hijo todavía estuviera allí y la reclamara.

Pero Alicia sabía bien que era producto de su mente herida.

Se encerró en sí misma. Tanto que apenas hablaba, ni siquiera con su madre o sus amigos más cercanos.

Gonzalo se había casado con Maite durante su recuperación. Justificaron el enlace anunciando que el Bornay había sido víctima de una infidelidad de ella, motivo por el que había roto el compromiso. Mintió como un desarmado.

En lo que sí había acertado Gonzalo fue en la reacción de su padre. Ni siquiera le hablaba y no dejaba de culparla.

Alicia vio pasar el tiempo atrapada en el rencor y la tristeza.

Había estado negándose a la terapia psicológica que le aconsejaba su doctor. Este decía que no bastaba con un tratamiento farmacológico y que necesitaba afrontar sus traumas para poder continuar con su vida. Pero Alicia no se atrevía a aceptar ayuda profesional. Una parte de ella se había acomodado en la desolación.

Hasta que conoció a Blanca Santos.

La alborotadora sobrina de su doctor apareció un día en la consulta protestando sobre el olor corporal de su superior. Haciendo aspavientos con las manos y despotricando cual abuela cascarrabias, Blanca se presentó como el antídoto a todas sus lamentaciones.

Empezaron tomando un café, para romper el hielo. Alicia apenas tuvo que contarle lo sucedido, el doctor ya la había puesto al tanto y pasado el historial médico para poder crear una buena terapia.

La que sería su psiquiatra, terminó convirtiéndose en su gran compañera. Aprovechaban cualquier momento para verse. Las consultas eran de todo menos aburridas.

—He probado de todo, chica, y finalmente puedo decir que soy asexual — parloteaba Blanca—. Excepto si se me aparece Clark Gable. Yo por ese hombre sería capaz hasta de mantener una dieta hipocalórica, fíjate lo que te digo. Pero como el pobrecito mío está muerto, disfrutaremos de este hermoso bocadillo de panceta y pimientos, porque yo lo valgo.

Medio año después, Alicia se sentía una mujer mucho más renovada. No olvidaba el dolor, pero este ya no formaba parte protagónica de su día a día.

Cerca de Navidad, decidió aceptar el consejo de Blanca y viajar. Tenía un conocido en Roma con el que hacía tiempo que no había hablado. Así que le visitó.

Tan solo iba para un par de semanas cuando de pronto le sorprendió la llegada del verano.

—Ya puestos, quédate hasta septiembre y pasa las vacaciones con nosotros —le dijo Silvano, alentado por su esposa.

—Siempre sabéis cómo convencerme —sonrió ella. Entre sus brazos, dormitaba el pequeño de los Gabbana.

Alicia remontaba. A cada momento se sentía más fortalecida, mucho más auténtica. Había aceptado incluso su incorporación a KL, llegando a convertirse en directiva al cabo de dos años.

Pero las tormentas siempre llegan sin avisar.

Lo sabía mejor que nadie.

Lo que no esperó fue que aquella condenada tempestad se convirtiera en el epicentro de su maldita vida.

Cuando un lobo te convierte en su presa, ya no se puede escapar. Y su padre era uno de ellos. Lo supo al ver cómo recibió a Gonzalo con los brazos abiertos.

—Nos cruzamos de nuevo, Alicia...

Despertó de súbito, empapada en sudor y con el corazón latiéndole en la lengua. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había soñado con esa época.

Junto a ella, tendido en aquella cama, dormitaba desnudo Santiago Lasarte.

—Hey, ¿estás bien? —le dijo el hombre. Le habían desvelado los temblores de Alicia.

Sonrió nostálgica, acariciando los hombros de su segundo con algo más que excitación. No se atrevía a ponerle nombre a la emoción porque temía perderlo, pero el abogado era mucho más importante para ella de lo que cualquiera imaginaba.

—No hago más que darte problemas... —susurró Alicia al tiempo en que Santiago se incorporaba.

—Bueno, ya he entendido que eres una mujer de acción.

—Además de una cruel víbora.

—Eso también.

Ambos rieron antes de verse lanzada al regazo del abogado. Santiago acomodó las piernas de su amante entorno a sus caderas y consintió que sus miembros se acariciaran sin restricciones.

El gesto bien pudo haberle excitado, pero él no tenía el sexo como objetivo. Conocía perfectamente los demonios de la señora, sabía cuán grandes eran y qué conllevaban. Tan solo quería poder estar cerca para consolarla. Ser algo más que un amante.

—¿Por qué lo soportas, Santiago? —preguntó ella, dejándose acariciar por los dedos del hombre. Todavía temblaba un poco. Todavía sentía los rastros de la pesadilla.

—Lo sabes mejor que yo, Alicia...

Claro que lo sabía. Sabía que Santiago Lasarte estaba profundamente enamorado de ella, y ella no había sabido detener ese sentimiento cuando pudo hacerlo.

—Eres un hombre fuerte, podrías superarlo.

—Pero no quiero. Si me fuera..., toda mi vida perdería sentido. —Porque había hecho suya la guerra de Alicia.

Lamentó la influencia que tenía sobre él, odió no poder darle más que unos pedazos de ella misma, y casi todos ellos infectados por sus acciones. Pero Alicia también sabía que ese sentimiento hacía que su asquerosa vida fuera un poco menos feroz.

Santiago le había devuelto la fe en varios aspectos.

Soportaría cualquier cosa por la gente que amaba.

—Debes estar preparado, Santiago... —Capturó su rostro entre las manos y apoyó su frente en la de él—. Incluso las guerras más cruentas tienen un final.

—¿Cuál es el principio de ese final, entonces? —El abogado sonrió más que atraído con la respuesta.

—Sacar a mi Siena de esa cueva de lobos —gruñó.

Capítulo 22

Franco

Santiago vigila de cerca los pasos, todavía inestables, de Alicia conforme nos acercamos al ascensor; nos siguen sus guardias personales, y otro grupo más nos espera abajo.

La secretaria nos ha dado acceso para bajar directamente al aparcamiento y así ahorrarnos que los empleados vean a su presidenta en este estado.

Sostengo la mano de Siena con fuerza. Se ha apoyado en mí, cabizbaja. No consigo verle los ojos ni la expresión de su rostro. Pero percibo bien su estado a través de los temblores que pasan de su cuerpo al mío.

Todo se sucede con discreta rapidez. Incluso cuando llegamos al sótano. Me acerco a mi coche y abro la puerta trasera. Siena es la primera en entrar y dejo que se acomode antes de otear a Santiago.

Pero no son sus ojos lo que descubro.

Alicia me observa atenta un instante y entonces camina hacia mí, echando mano de toda su entereza. Se detiene a unos pocos centímetros, asiente con la cabeza y sube al coche, junto a Siena.

Algunos pensarían que es un gesto arrogante, pero en realidad esconde un agradecimiento de lo más sincero. Tengo la sensación de que se siente reconfortada estando con nosotros.

Cojo aire y me encamino hacia mi asiento, frente al volante, al tiempo en que Santiago toma la plaza del copiloto, tras habérselo indicado a sus guardias.

Arranco el motor. Quiero concentrarme en las suaves maniobras y despejar el revuelo que se ha desatado en mi cabeza. Pero, lejos de conseguirlo, empeora. Porque la Duarte ha elegido comportarse como si nada hubiera pasado.

Ha echado mano a su bolso y extraído una polvera. Empieza a retocarse el maquillaje con meticulosidad, dándose toquecitos en las mejillas mientras analiza el resultado a través del pequeño espejo.

Resulta una escena tan frívola que incluso me corta el aliento. Y no soy el único al que le impresiona.

Siena la observa de reojo, desconcertada. Ha empezado a morderse el labio. No cree que una persona pueda actuar de esta manera después de haber sido maltratada por su esposo. Ni siquiera cuando el amor ha dejado de existir.

Muevo el vehículo con lentitud.

—Me gustaría saber qué hace una mujer como Alicia Duarte soportando este tipo de vida —masculla Siena con los ojos clavados en su rostro.

Ella cierra la polvera y la guarda en su bolso antes de mirarla. Una escalofriante sonrisa asoma en sus labios. Advierte que no responderá por mucho que lo deseemos.

Aunque el gesto no hace más que aumentar las ganas por saber, Siena opta por callarse, y mira al frente masticando un aturdimiento que conozco bien. Nuestras miradas se cruzan en el retrovisor.

De pronto, tengo un poco de frío.

«Si Jun-Ha y Kim Jae estuvieran aquí no nos sentiríamos tan desolados», pienso notando el nudo en mi vientre.

Pasan unos minutos más cuando la voz de la señora surge, estremeciendo cada rincón de mi cuerpo.

—El miedo no es necesario en este tipo de momentos —espeta.

—¿Eso también lo tienes controlado? —rezonga Siena. Ambas se clavan la mirada.

—No juego a menos que conozca las reglas, querida.

Ya no queda nada de la mujer asustada que he visto en el despacho de KL, cuando los dedos de Gonzalo han atrapado su cuello.

—Dentro de ese juego que habéis inventado, ¿existe al menos la posibilidad de preguntar y obtener respuesta? —La voz de Siena tiembla un poco—. Has hecho cosas que no termino de entender. Merezco una

explicación, y tu silencio no ayuda en absoluto.

Alicia tuerce el gesto y entrecierra los ojos. No le gusta lo que acaba de oír.

—¿Por qué hablas en plural? ¿Me has metido en el mismo saco que a ellos? —protesta.

—Si al menos supiera las intenciones que tienes, yo...

—¿Y qué es lo quieres saber?

Trago saliva. Santiago no piensa intervenir, y me mira de soslayo pidiéndome que permanezca en silencio; esto es cosa de dos.

Sin embargo, no estoy seguro de si podré obedecer. No quiero que Siena siga sufriendo. Ha descubierto demasiado en muy poco tiempo, no merece más exposición.

—Has entregado tu empresa —masculla ella.

—Porque me la han robado —matiza Alicia.

—Pero tú misma has dicho que no podía formalizarse porque la junta no estaba al completo. Faltabas tú. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque tengo mayores objetivos que proteger.

—¿Mis recuerdos?

«Te equivocas, Siena. Es mucho más que eso». He entendido que las ambiciones de Alicia tienen nombre propio.

—¿Realmente crees que tus recuerdos valen mi empresa? —Una mueca similar a una sonrisa.

—No me estás permitiendo confiar, Alicia... Me lo pones muy difícil.

—He protegido a tus amados chicos de ser aniquilados nada más poner un maldito pie en Corea —interrumpe, violenta—. Tu querido Franco está aquí. Todas tus cosas están a salvo, incluido tu molesto gato negro. Y tienes a tu gran amigo Michel pegado a una pantalla día y noche, tratando de salvaguardar la seguridad de Park Jun-Ha y Do Kim Jae.

La señora habla entre dientes. Sus ojos se han dilatado, ahora parecen mucho más grandes; dos agujeros negros tan profundos como un abismo. No parece sentir aprecio por nada. Más bien, transmite un enorme rechazo a todo

lo que tenga que ver con su hijastra.

Estoy más que dispuesto a parar el coche e intervenir en la conversación, pero Santiago coloca su mano sobre la mía para detener la maniobra. Niega con la cabeza.

—Si por tu padre hubiera sido, ahora estarías encerrada en la clínica, lamentando las muertes de las personas que amas —prosigue Alicia, sin pelos en la lengua, sabiendo que herirá—. ¿Dices que desconfías? Adelante, querida. Puedes odiarme o hacer lo que te plazca. Pero cuando vuelvas a pedirme explicaciones, piensa bien en las preguntas que formulas. —Se acerca un poco a ella—. Que sepamos, tus habilidades como periodista no han sido dañadas por la amnesia. ¿Algo más? —Recalca la ironía, logrando que Siena sea incapaz de mencionar una maldita palabra—. Veo que no... Ahora si me permites, tengo una llamada muy importante que hacer. Santiago.

El nombrado enseguida le extiende un teléfono, que su jefa no tarda en aceptar.

—Está codificado. Pero habla en clave —advierde.

Frunzo el ceño mientras Alicia se lleva el aparato a la oreja.

Segundos más tarde, alguien descuelga.

—Querido amigo.

—La gran dama, Alicia Duarte. ¿Cómo es posible que tu llamada venga acompañada de un carisma tan alicaído? —La voz de su interlocutor llega a mí de un modo, difuso pero bastante entendible.

Parece un hombre con voz grave, que habla un español bastante áspero y tosco.

—Tus dotes de adivino están mejor que nunca. —Alicia se permite bromear.

—De seguir así, tendré que plantearme dedicarme a ello.

—Ni se te ocurra. ¿Qué sería de la mafia sin ti?

Contengo una exclamación y oteo a Siena, advirtiéndole que a ella le ha causado la misma impresión descubrir quién está al otro lado de la línea.

La sonrisa del hombre resulta tan contagiosa que incluso la propia Alicia termina soltando una risita.

—Eres fascinante, Duarte.

—Dime, ¿siguen gustándote los paseos nocturnos?

—Más que nada. —Ahora me parece más intrigado y emocionado—. Pero siempre viene bien una cena. Además de un buen vino.

—Como el buen italiano que eres.

—¿Debo ir resguardado, Duarte?

—Más te vale, Gabbana.

Contengo el aliento.

—Vaya, pero qué bien suena eso.

Silvano Gabbana es el alcalde de Roma.

Un señor de la mafia.

Y viene hacia Barcelona.

Porque Alicia Duarte se lo ha pedido.

—¿Vas a negociar con un Gabbana por nuestra seguridad? —pregunta Siena, cabizbaja.

—No negocio con un amigo —confiesa Alicia—. Y esa es una buena pregunta.

—¿Qué la diferencia de las demás?

Vuelven a mirarse, esta vez de un modo más sosegado.

—Que por fin me señalas como alguien capaz de proteger a otros. Has dicho «nuestra seguridad». Es todo un avance.

La señora sonríe, arrastrando la mirada hacia la ventana.

Capítulo 23

Jun-Ha

El coronel Shin es un hombre metódico.

Durante el tiempo que trabajamos bajo su mando, jamás sospechamos de sus extraordinarias habilidades para moverse entre lo legal y lo peligrosamente ilícito.

Es un detalle que tan solo puede descubrirse a menos que se esté a punto de morir o se forme parte de ese mundo.

Como Gi Tae. Uno de sus sicarios personales, que ahora yace en el campo de Incheon, convertido en ceniza.

Él y su equipo habían sido contratados para asesinarlos. Pero antes de prenderles fuego a sus cadáveres, Min Tae Jin se hizo con el terminal que le conectaba con el coronel.

Fue fácil fingir y concretar un encuentro.

Han pasado veinticuatro horas. Ahora recorreremos el pasillo del último piso de este complejo de lujo situado en pleno corazón del barrio de Cheongdam.

Desde los ventanales de esta exuberante *suite* minimalista, puedo ver la vasta línea de coches que se mueven de un lado a otro. El destello de las luces de los edificios colindantes. En el cielo, apenas se ven las estrellas. Es bastante chocante saber que ha caído la noche y aun así todo funciona a pleno pulmón, como si de algún modo la ciudad se resistiera a calmarse.

Seúl es así de frenética. Una enorme metrópoli que engulle todo a su paso.

Nuestro equipo se ha dividido en tres.

El primero, compuesto por catorce hombres, espera órdenes en la casa de la hija del coronel.

El segundo, de una docena, se ha distribuido por el edificio.

El tercero, ni siquiera ha se ha movido de la casa franca de Incheon. Son tres hombres los encargados de los sistemas informáticos, en contacto continuo con Michel desde España.

Por tanto, nada de aquí puede salir mal teniéndolo todo tan bien controlado.

Tomo asiento en una de las sillas junto a la mesa. Mi hermano y Tae Jin prefieren estar de pie. Saben que de ese modo intimidan más, y necesitamos esa presión para mantener nuestra frialdad.

Sí, ahora más que nunca tenemos que ser canallas.

El coronel está a punto de entrar por esa puerta.

—Todo vuestro, jefes —nos dice uno de nuestros muchachos por el auricular.

De pronto, se apaga la luz.

Ha llegado la hora.

Un chasquido anuncia su entrada. Y un instante después aparece el coronel arrastrando su habitual altanería, la misma que me hace apretar de furia los dientes.

Porta un maletín, que deja en uno de los sofás tras haber encendido la luz. Enseguida se afloja el nudo de la corbata y avanza ajeno a nuestra presencia. Sabe que ha llegado temprano al encuentro, todavía tiene tiempo de tomar una copa y quizás darse un baño.

Hasta que de súbito se detiene y me clava la mirada.

Lo primero que percibo es un terrible miedo apoderándose de sus ojos.

A continuación, piensa en huir. Pero un nuevo chasquido se lo impide; acaba de bloquearse la puerta. Es lo que tiene que todo el lugar este controlado por la electrónica, y mis chicos son tremendamente buenos con un ordenador.

—Buenas noches, coronel Shin —digo cruzándome de piernas. Me siento bastante cómodo en esta silla—. Tome asiento, por favor. No sea temeroso.

Pero a Shin le cuesta moverse, demasiado, y camina agarrotado porque

sabe que no le queda más remedio. Está encerrado con nosotros en esta habitación. De escoger la única alternativa, como es la ventana, se arriesga a una caída de más de cien metros.

Obedece mi orden sin esforzarse en disimular su miedo.

—¿Quiere algo de beber? Le gustaba el brandy, ¿cierto? —Me acerco al minibar, cojo una copa, la botella y le sirvo. Pero Shin no hace amago de beber—. Veo que sigue igual de desconfiado que siempre. —Le doy un sorbo demostrándole así que no está envenenado. No imagina el final que tengo para él—. Adelante, disfrútelo.

—¿Le ha comido la lengua el gato, señor? —comenta Tae Jin en tono jovial.

—¿Qué demonios... significa esto? —inquire asfixiado.

—¡Oh, claro! Probablemente le desconcierte un poco hablar con los muertos —comento.

—¡Bu! —exclama Kim Jae, rodeándole.

Shin quiere mirarle, pero no está muy seguro de quitarme la atención.

—Ya ve lo bien que nos sienta la muerte —continúo—. ¿Qué me dice? ¿Cree que a usted le sentará igual?

Empalidece y tiembla, pero cree que esto último ha logrado ocultarlo. Sin embargo, no es cierto, porque los espasmos se le han instalado en las manos y se niegan a abandonarle.

Ellos también temblaron... Murieron temblando.

«¡Capitán! ¡No puedo ver nada! ¡¿Dónde está, capitán?!».

Suspiro y trato de bloquear mis recuerdos. Ni mis hombres ni yo queremos que este momento sirva para perderme en las lamentaciones. Me necesitan, aunque ya no sea en esta vida.

—Disculpe, lo lamento mucho. —Me yergo adoptando una pose insolente al erguirme—. Es normal que esté así. Usted esperaba hablar con su hombre... ¿Cómo se llamaba, chicos? —Chasqueo los dedos.

—Gi Tae —dicen ambos a la vez.

Shin traga saliva.

—Gi Tae... —Con este susurro, ya se lo he dicho todo. Tuerzo el gesto—. Veamos, ¿y qué habéis hecho con Gi Tae, chicos malos?

—Nos lo hemos comido...

Tae Jin sonrío y me entrega la tableta para que sea yo quien le muestre la imagen al coronel. Este desvía el rostro impresionado con la visión. Su hombre fue atravesado por una bala que le reventó la cabeza. Apenas pueden reconocerse sus rasgos faciales.

Se estremece al sentir el contacto de las manos de Kim Jae sobre sus hombros y cómo se inclina hacia él.

—No parece que salga muy favorecido, ¿no cree? —dice bajito.

—Así que me habéis tendido una trampa —asume, y yo alzo las cejas, incrédulo, mientras apoyo los codos en la mesa.

—Pensé que se habría dado cuenta de ello un poco antes, pero acusaremos su falta de cerebro a la tensión del momento —ironizo y lo peor de todo es que disfruto con ello—. No se preocupe, le guardaremos el secreto.

Kim Jae golpea sus hombros con suavidad antes de acercarse al maletín y abrirlo. El chasquido que producen los cierres me provoca un calambre en las piernas.

«No debería tener que afrontar esta situación, maldita sea», me digo pensando en lo diferente que habrían sido nuestras vidas si aquella condenada orden nunca hubiera existido.

—¿Esto es el incentivo? —comenta Kim Jae—. Vaya, ochenta millones de won por los dos. Qué gran negocio. —Regresa a nosotros caminando lento—. ¿Cuánto le pagó por aniquilar a todos nuestros compañeros, coronel?

A estas alturas, ya se sabe que fue Gi Tae y su equipo quienes abordaron nuestra base aquella noche.

Shin me clava la mirada y vuelve a tragar saliva. El miedo comienza a escapársele de las manos.

—Adelante, hable —le digo, pero no obedece—. ¿No le apetece?

—¿Qué queréis? ¿Dinero?

La habitación se llena de carcajadas. El primero en emitirlas ha sido Min Tae Jin. Es difícil de creer que Shin, sabiendo que somos hombres de honor,

nos haya ofrecido dinero para dejar pasar una masacre.

Tengo también en cuenta que este hombre fue uno de los implicados en el secuestro de Siena, y con eso ya termina de sentenciar mi odio hacia él.

—Realmente nos ha confundido con malhechores asesinos, ¿cierto? Ya lo hizo una vez. ¿Lo recuerda? —En aquel reservado del club *Diane*. Ya no tengo más ganas de seguir aquí—. Iré al grano.

Tecleo en la tableta y entro en el menú de las cámaras que en este momento están grabando el interior de la casa de su hija.

Selecciono dos pantallas para que se amplíen.

En una de ellas aparece el nieto, durmiendo.

En la otra...

Desgraciadamente, Shin verá a su refinada hija tragándose la polla de su yerno como si se le fuera la vida en ello.

Se lo muestro, curioso con su reacción.

Tae Jin silba al ver la imagen al tiempo en que Shin se entiesa en su asiento. Lanza las manos sobre la mesa y trinca la tableta con una preciosa expresión de agonía en el rostro.

Aprieta tanto el aparato que temo que se parta, los nudillos a punto de resquebrajar la piel. En su frente comienzan a verse los estragos del temor, y ahora también la ira. Suda maravillosamente.

—¿Lo reconoce? —Pero insiste en mantener un silencio que agota. Golpeo la mesa, sobresaltándole—. Hable, maldita sea —gruño.

—S-sí...

Su yerno ha trincado la cabeza de su hija y hunde su miembro con violencia en la garganta de la mujer. Culmina ignorando que su suegro ha sido testigo de ello.

Shin cierra los ojos al soltar la tableta sin apenas fuerza.

—Su nieto duerme mientras su hija trabaja con esmero a su esposo, de rodillas. Qué interesante. —Lo menciono porque sé que ello le decepciona. Está llegando a su límite. Ver a su familia ha sido un duro golpe—. Ninguno de los tres sospecha que más de una docena de hombres está paseándose por su

casa a la espera de una orden para que les borren del mapa. —Me acerco a él y susurro—: ¿Quiere verles morir, coronel? ¿Lo quiere?

—N-no —tartamudea cabizbajo.

Es encantador saberle tan indefenso.

«Maldito hijo de puta».

—Bien, nos estamos entendiendo. —Cojo la carpeta que tengo al lado y extraigo dos folios: uno en blanco y otro escrito. Los coloco frente a él y sitúo un bolígrafo a su alcance—. Démosle la oportunidad de expiarse, señor. Escriba.

—¿Qué? —Frunce el ceño.

Reparo en que tiene la mirada húmeda.

—Adelante, escriba todo lo que pone ahí. No es demasiado complicado. Hemos tratado de ser lo más escuetos posible. Tampoco queremos una tesis.

—¿Para qué es esto?

—Vaya tela... —resopla Kim Jae, como si no fuera obvio lo que le estamos pidiendo.

Bueno, en realidad, lo entiende, solo que no esperaba tener que vivir un momento como este.

—¿Es usted duro de mollera? —replica Tae Jin—. ¿El miedo no le deja pensar en su final, coronel?

Con un jadeo tembloroso, coge el bolígrafo y lo apoya en el papel.

En esa carta, redactará que todo fue una patraña. Que nos capturaron y aniquilaron por no haber obedecido un código rojo encubierto. Que se arrepiente de todo el mal que ha hecho y espera que los demás involucrados, que los hay, también recapaciten y reconozcan sus pecados. Pondrá fin a su vida porque la culpa le carcome, esperando que la nación pueda perdonarle algún día.

Toda una declaración de principios que limpiará la memoria de mis hombres, y nos dará la oportunidad de poner en jaque a nuestros demás enemigos.

Es el comienzo de una venganza.

No satisfará, no nos devolverá a la gente, pero al menos trataremos de poner las cosas en su lugar.

El coronel Shin tiembla mientras escribe. Lo sabe, sabe lo que significa todo esto. Qué viene después y el caos que desatará en su familia. Toda Corea les señalará con un dedo, les odiarán. Perderán su maldita y preciada reputación.

—Dígame, ¿lo siente? —comento bajito, un poco ido—. Es ácido, ¿verdad? El miedo... Tan terrible que se enreda a las tripas y apenas te deja respirar, ¿cierto?

«Capitán... Tiene que irse. Tiene que escapar, por favor», niego con la cabeza.

Me levanto de la silla y camino hacia él para rodearlo.

—Sé lo que es. Usted me obligó a vivirlo. —Ha terminado de escribir—. Y, créame, tarda en olvidarse. Tiene suerte que no vaya a convivir con ello.

Deja el bolígrafo sobre la mesa. Sus espasmos le han provocado unas pequeñas lágrimas que rebotan en sus manos al caer.

—Arriba. Muévase. —Tiro de él. Hacia el baño.

Camina con torpeza. Su cuerpo parece hormigón. No se está resistiendo, pero el temor ya lo ha bloqueado todo y, aunque quiera moverse, lo hace inestable. Prácticamente tengo que cargarle.

Entramos al baño. La bañera está llena y el agua todavía desprende vapor. Tomo asiento en el bordillo mientras observo cómo Shin trata de entender el modo en que va a morir. Es difícil saberlo porque todavía no le he mostrado el arma.

—Ahora, fuera ropa —le ordeno. Pero una vez más, le cuesta responder.

Es Kim Jae quien le da un pequeño empujón que incita a que comience a desvestirse. Va retirando prenda a prenda, hasta quedarse completamente desnudo.

—¿Por qué no prueba el agua? Tiene una buena temperatura, parece agradable. Adelante, métase.

Traga saliva, como en casi todas las ocasiones anteriores, y se acerca temeroso.

—Se arrepentirán de esto —tartamudea mientras entra en la bañera—. No saben a quiénes se están enfrentando.

Tuerzo el gesto y pestañeo varias veces.

—¿Quizá piensa decírmelo? —Me inclino hacia él—. ¿Tiene algún nombre interesante que mencionar antes de marcharse?

—No será tan fácil —masculla—. Ellos no quieren ser descubiertos, y saben bien cómo moverse. Estáis perdidos.

—Qué miedo —responde Kim Jae, que se ha cruzado de brazos y apoyado en el marco de la puerta.

Al tiempo, interviene Tae Jin entregándome el arma que acaba de desenvolver de un trapo negro. En la empuñadura, están grabadas las iniciales del coronel.

Va a suicidarse con su propia pistola, delante de nosotros.

—Cójala —le exijo y él acepta.

Ahora sí ha empezado a llorar y sus labios se contraen. Seguramente quieren decir miles de cosas, como suplicar por su vida, pero sabe que su familia peligra. Debe dejar este mundo si les quiere bien.

—Apúntese a la cabeza y dispare. Sea preciso. No me gustaría tener que rematarle.

Sin embargo, duda. Aun con todo en contra, trata de mostrar esa absurda seguridad en sí mismo.

—Tae Jin... —aviso.

—Chicos, estad preparados —dice este, hablándole al dispositivo de comunicación que lleva en la muñeca.

—Ellos o usted —le advierto al coronel—. Es una lástima ver cómo se lo está pensando. Ese niño no verá la luz del día. ¿Realmente quiere ese final para él?

Se acerca el cañón a la sien.

Él no sabe que su nieto y su hija sobrevivirán, que no soy la clase de hombre que mata por matar. Pero prefiero que se lleve ese temor al otro mundo.

Una escalofriante sonrisa aparece en mi boca. Debe de parecerle cruel porque sus ojos se abren de par en par.

—Váyase al infierno, coronel Shin Hee Sang —susurro—. Allí, le esperan mis hombres.

Entonces dispara y lo salpica todo con su maldita y asquerosa sangre. La cabeza golpea contra la pared, nos muestra la panorámica del agujero de bala que le ha atravesado. Esta se ha quedado incrustada en las baldosas.

Es una imagen grotesca, que tendría que satisfacerme. Y, maldita sea, lo hace. Pero no debería. No debería, joder.

—Equipo de limpieza. Adelante.

La voz de Tae Jin me devuelve a la realidad, y miro a mi compañero y a mi hermano descubriendo que sus rostros albergan los mismos temores que el mío.

Nuestros hombres empiezan a entrar conforme nosotros salimos del baño un tanto aletargados. Hemos llevado guantes e indumentaria especial todo el tiempo, pero es mejor retirar las señales que demuestren la presencia de alguien más en esta habitación.

Así que salgo al pasillo y les dejo hacer su trabajo.

—¿Estás bien? —El contacto de Kim Jae resulta de lo más tranquilizador.

—Sí —susurro acariciando su cabeza—. Vámonos de aquí.

—Claro que sí, *hyung*. Claro que sí.

Capítulo 24

Siena

Le he pedido a Franco que detenga el coche. Rodeados de frondosa vegetación a pie de una carretera solitaria, creo que podré respirar un instante ahora que solo estamos él y yo.

Hemos dejado a Alicia y a Santiago, junto con parte de su guardia personal, cerca de la estación de tren de La Floresta. Después, me he acuclillado en mi asiento y esperado hasta saber que nos separaban varios kilómetros de la señora.

Mis pasos me acercan al inicio de un sendero y oteo el bosque percibiendo el incómodo estruendo que alberga mi mente. Pienso tantas cosas que apenas soy capaz de diferenciarlas.

Lo que sí entiendo es que mi corazón late deprisa y ha disparado el miedo hasta encadenarlo a mis entrañas. No es un temor al que pueda darle forma, ni siquiera sé si es considerable sentirlo.

Sin embargo, si le presto atención, descubro algo que no quiero ver. A Jun-Ha corriendo en mi busca con una expresión en su mirada que indica lo lejos que estoy de él, lo lejos que le tengo.

¿Son recuerdos? No lo sé. La memoria es así de extraña.

Franco decide seguirme fuera del vehículo.

Los guardias que se han quedado con nosotros esperan en su coche, a unos metros. Me observan con disimulo, como queriendo darme espacio sin dejar de controlarlo todo. Pero no soy la única que necesita protección.

—¿Qué sabemos de Se Jun? —pregunto, y el silencio se hace un poco más espeso—. Puedes decírmelo.

El problema no yace en descubrir a qué tipo de porquería nos enfrentamos y cómo la solucionaremos. Radica en el modo en que nos afecta y aturde.

Nuestra actitud depende de cuán corrosivas sean las emociones que nos embarguen y el tiempo que pasen dominándolo todo.

Estoy más que convencida de que apenas hemos visto la punta del iceberg, que todavía queda demasiado por saber. Pero empiezo a tener miedo de la conmoción que nos cause cuando empecemos a distinguir un posible final. Quizás porque ese supuesto final nos cambiará para siempre.

Este momento es buena prueba de ello.

Cha Se Jun.

Él no es del tipo de persona que desaparece cuando más le necesito. Si evoco toda mi vida, casi no puedo encontrar momentos en que Se Jun no haya estado. Este silencio por su parte tiene un motivo y creo saber cuál.

Su padre reúne las mismas condiciones que el mío.

—Habló con Michel hace dos días. Estaba bastante preocupado por ti — aclara Franco.

—¿Y después?

—No lo sé. —Me evade, sabiendo que aumentará mis sospechas.

—Sí, sí que lo sabes. Pero callas.

Nos clavamos la mirada. Estudiamos el temblor de nuestras pupilas. Es difícil descifrar por qué tiemblan ahora, han pasado demasiadas cosas. Pero la mera existencia de esa turbación ya me asfixia. Jamás creí que experimentaría algo así junto a Franco.

—Cree que su padre está involucrado —se obliga a decir.

—Yo también lo creo. —Devuelvo la vista al frente—. Quiero verle. Sé que me necesita. Ambos nos necesitamos, más que nunca.

—Entiendo, pero...

—Franco. —Cojo aire. Apenas lo siento inundando mis pulmones—. Me ha mirado a los ojos como si con eso bastara para que le perdone. No le ha importado que viera qué tipo de hombre es. —Es innecesario mencionar su nombre. Franco sabe que hablo de mi padre—. De pequeña, tras la muerte de mi madre, cogí miedo a la oscuridad. Me pasaba las horas llorando creyendo que algo me atacaría si apagaba las luces. Una noche temí más de lo normal. La luz ni siquiera ayudaba, tenía tanto miedo que me escondí en el armario. —

Me clavo los dedos en los antebrazos, tratando de contener las lágrimas. Pero estas comienzan a brotar sin control, doblegando incluso mi voz—. Mi padre... me encontró un rato después. Me cogió entre sus brazos y me llevó a su habitación. Dijo que no tenía nada que temer, que él siempre me protegería.

»He creído en esa promesa toda mi vida. Incluso cuando me utilizó para capturar a Jun-Ha. Se lo serví en bandeja confiando en que él nunca me traicionaría... Realmente he creído que tenía un motivo que no alcanzaba a ver, que lograría entenderlo si prestaba un poco de atención. Pero... Pero... Soy una estúpida.

He comenzado a sollozar y los gemidos se me amontonan en la boca procurándome fuertes espasmos.

—Tengo tanto miedo —gimoteo—. Si yo misma corro peligro, ¿quién está a salvo entonces? Sé que Se Jun no está bien.

Noto cómo los dedos de Franco recogen un mechón de mi cabello para enroscarlo a mi oreja. Después extiende la caricia y apoya su mano en mi nuca. El calor que desprende el contacto me provoca un escalofrío. No sé cómo lo logra, pero Franco tiene el don de serenar mis emociones.

—Temes que él también se enfrente a la decepción —confiesa, acertando de lleno.

Si Se Jun descubre que su padre es igual que el mío, correrá peligro.

—Temo que lo haga estando solo. Yo al menos te he tenido a ti a mi lado. —Le miro al tiempo en que su mano envuelve mi mejilla.

Una suave brisa nos rodea, huele a tierra húmeda. Creo que empezará a llover en cualquier momento.

—Está bien —susurra—. Está bien, cariño.

Me aferro a su contacto rodeando su muñeca.

—Estás temblando.

—Porque también tengo miedo —me revela mientras limpia mis lágrimas—. Porque me hiere verte llorar, y sé cuánta falta te hace que él esté aquí.

Cierro los ojos. Una nueva oleada de llanto me embarga.

Claro que me hace falta. La presencia de Jun-Ha es mi adicción. Sé que no hemos pasado el suficiente tiempo juntos como para necesitarle de esta forma.

Pero me resulta indispensable mirar alrededor y dar con él.

—Aunque no soy la única —jadeo volviendo a mirar a mi gran compañero. Franco ama casi con el mismo fervor que yo.

—Pero ese no es el caso —añade en un tono súbitamente entristecido.

—Aun así me importa. Incluso más que toda esta porquería.

—No sé cuánto más soportaré este vacío que siento... Por él, por ti, por Jun-Ha.

—Vamos a lograrlo, ¿verdad? —susurro.

—Por supuesto que sí.

—Me gusta cómo suena esa mentira.

—Por algo se empieza. —Besa mi frente.

Franco

No ha sido tan sencillo encontrar a Se Jun.

En un principio, pensamos que con llamarle bastaría y podríamos reunirnos con él con la misma facilidad de siempre. Pero tras intentarlo varias veces, nos hemos topado con un teléfono apagado y una casa en la que no hay nadie, excepto la limpiadora. Ella misma nos ha dicho que, tanto Se Jun como su padre, llevan casi dos días sin aparecer.

Algo que ha disparado todas nuestras alertas.

—Debe de haber alguna forma de encontrarle —ha dicho Siena, asustada—. Dios mío... ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si...?

—No. No lo digas —le he interrumpido, ahuecando su rostro entre mis manos—. Estoy seguro de que todo esto es un malentendido, ¿de acuerdo?

Después, he llamado a Michel. Ha intentado rastrear el teléfono, pero este ha aparecido en el vertedero. Lo que ha desencadenado la hipótesis sobre si el propio Se Jun se ha deshecho de él tirándolo a la basura o alguien más lo ha hecho.

Michel nos ha pedido calma, y a continuación se ha puesto a rastrear las cámaras de seguridad para poder reconstruir sus movimientos y así tratar de

dar con su paradero. Nosotros hemos esperado en silencio dentro de mi coche, a pie del edificio donde vive Se Jun.

Una hora más tarde y sin dirigirnos la palabra, hemos comenzado a pensar que quizás ha sido secuestrado o algo incluso peor. Pero no nos hemos atrevido a mencionarlo, probablemente porque hacerlo le da mayor realismo.

Suena el teléfono. Me lanzo a él un tanto desesperado. El nombre de Michel parpadea en la pantalla.

—Le tengo —dice—. Calle de Picalquers, número uno. Último piso. Puerta nueve.

Rápidamente, arranco el motor y me encamino al lugar.

La calle que Michel ha indicado está en el barrio de El Raval. Así que al llegar a los alrededores, tendremos que cruzarlo a pie.

Y ahora que observo la fachada del sitio, un edificio malogrado de cuatro plantas, creo que Se Jun ha debido de toparse con algo realmente serio para haber terminado en un lugar tan escalofriante como este.

Capturo la mano de Siena al entrar. Se respira la humedad y el polvo, una antigüedad nefasta y demasiado severa.

Empezamos a subir las escaleras. Son escalones altos, agrietados y muy descuidados. Tenemos que llegar al último piso, así que me aferro aún más a la sujeción de Siena.

—Trata de no apoyarte en la baranda. —No me extrañaría que pudiera venirse abajo en cualquier momento.

Ella lo observa todo con el ceño fruncido y una mirada conmovida. Ninguno de los dos necesitamos mucho más para saber que Se Jun está hundido.

Las paredes están llenas de grafitis, agujeros y manchas enmohecidas. Alguna que otra rata que se nos cruza, además de las cucarachas y las polillas. Las puertas de los pisos agrietadas. Llegamos a toparnos incluso con una pareja en plena discusión.

—¿Tú qué miras, gilipollas? —dice el hombre.

Sentiría mucho más recelo si no supiera que tres guardias nos esperan abajo. Aunque es mejor no tentar demasiado.

—Agacha la cabeza, Siena —le susurro y ella obedece.

Es un desastre que no hace más que magnificarse conforme nos acercamos a nuestro destino.

Una vez arriba y con el aliento disparado, atravesamos un par de pasillos hasta dar con la puerta correcta. Cojo aire antes de golpear la madera con los nudillos.

—¿Quién es? —Oímos la voz de nuestro amigo al otro lado. Parece atemorizado.

—Soy yo, Se Jun —dice Siena lanzándose a la puerta.

Apenas esperamos unos segundos cuando el muchacho abre, y asoman dos ojos enrojecidos y agotados, al borde de unas lágrimas que ya ha liberado en varias ocasiones.

Siena contiene un jadeo antes de tirarse a él sabiendo que el joven se perderá en el contacto, como si fuera un niño.

Rompe a llorar.

Capítulo 25

Siena

—*Noona...* Lo siento... Lo siento mucho —solloza Se Jun con el rostro hundido en mi cuello.

Sus lágrimas, calientes y espesas, me acarician la piel, estremeciéndome. Su cuerpo se contrae por culpa de los violentos espasmos. Nos hemos hincado de rodillas en el suelo, aferrado el uno al otro con una desesperación desquiciante.

He pasado tanto miedo por él, que tenerle entre mis brazos casi me parece un maldito milagro.

—¿Sabes el susto que me has dado? —protesto algo asfijada. Sus dedos se aferran a mi camiseta.

—Lo siento... —gimotea de nuevo al separarse un poco para poder mirarme.

—¿Estás bien?

Él asiente y acepta la caricia de Franco, que se ha acuclillado junto a nosotros tras haber cerrado la puerta.

Miro en rededor. Lo que me encuentro es una pequeña sala de estar amueblada con lo básico y en plena descomposición. Las ventanas cubiertas por unas cortinas polvorientas, y una tímida luz proveniente de una lamparilla que hay en el suelo. El hedor es insoportable y se mezcla con un aroma a desinfectante muy sutil, pero peligrosamente presente.

—Maldita sea, ¿qué demonios haces aquí? —protesto.

—Necesitaba esconderme.

¿Quién buscaría en un lugar como este a alguien como Se Jun?

—¿Esconderte de qué o quién? —inquieta Franco, preocupado.

Mientras que yo me he centrado en el contacto de mi amigo, él ha preferido analizar su estado en busca de alguna señal de violencia. Por suerte, no ha encontrado nada. Tan solo agotamiento y perturbación.

—Seguí a mi padre... —confiesa, ahora cabizbajo. No suelta mis manos—. Le escuché hablar con César antes de que este se marchara contigo, a la comisaría. —Me señala. Su voz parece adormecida. Ha temido lo suficiente como para sentirse colapsado y muy solo—. No parecían preocupados por nada. De hecho, conversaban cómodamente... Quise gritarles como un loco, pero me detuvo la mención de César. Comentó algo sobre unos paquetes.

Súbitamente, me estremezco. No tiene por qué intimidarme el desenlace dado que tengo a Se Jun delante de mí. Pero me aterroriza la información que albergan sus ojos. En ellos, ahora mismo, no queda apenas rastro del chico dulce y amable que es; una gruesa capa de espanto los cubre.

Ojeo a Franco. Él ni siquiera se da cuenta. Tan solo tiene atención para nuestro amigo. Sus dedos tratan de transmitirle calor al apoyarse en su cuello.

—¿Qué tipo de paquetes, Se Jun? —pregunta en voz baja.

—Lo vi todo... —dice ausente—. Bueno, en realidad, tan solo parte del desastre, pero... bastó para comprender. —Se levanta como puede y se sorbe la nariz—. No estoy solo... Alguien más duerme en la habitación.

De nuevo, un escalofrío. Esta vez tan intenso que incluso tiene su réplica en Franco. Ambos nos miramos, tan desconcertados como preocupados. Nos ponemos en pie.

—¿Qué quieres decir?

No creo estar preparada para la respuesta.

—He dicho que seguí a mi padre... —aventura adentrándose en la sala de estar. Toma asiento en la mesa baja.

Conforme nos adentramos al apartamento, descubro lo que en el pasado fue la cocina. Ahora apenas tiene un fregadero y la sombra en la pared de los muebles que hubo. De la tubería, se escapan unas gotas que caen en un cubo de plástico azul a punto de rebosar. De fondo, se oye el rumor de unas voces, y también de una canción en catalán.

—Tras todo el evento, con tu internamiento en la clínica y el traslado de

los chicos a Corea, quise enfrentarme a él —empieza Se Jun, con la mirada perdida y las manos apoyadas en los muslos—. Ya era demasiado tarde para evitarlo todo, pero pensé que podría mirarme a la cara y explicarme qué demonios estaba pasando. Franco ya conoce mis dudas.

El nombrado lo afirma en silencio, y aprieta los labios porque ya presiente la crueldad que guarda el relato de Se Jun.

—Cuando mi padre llegó a casa, no sabía que yo ya estaba allí. Le vi prepararse para salir, actuando con total normalidad. Le seguí. Hasta Tres Torres... —Se detiene a tragar saliva—. Al llegar, se acercó a unos tipos que habían esperando junto a una furgoneta, a pie del garaje de un edificio. Ya sabéis cómo es la zona, pude esconderme entre los arbustos.

Por supuesto que la conocemos.

Tres Torres es un buen barrio, cargado de vecinos con buena adquisición. Asombra bastante que un lugar como ese acoja una situación que haya perturbado tanto a mi amigo.

—Dijeron que los supuestos paquetes de los que hablaba César estaban... encerrados en un cuarto de contadores.

Un paquete no puede encerrarse. En todo caso, se guarda.

Los latidos de mi corazón se han convertido en una melodía disonante eterna. No concibo la idea de pararme a coger aire.

—No sé cómo encontré valor... y me acerqué hasta una de las ventanillas para echar un vistazo... —Niega con la cabeza, como si todavía no pudiera creerlo—. Descubrí a... unas niñas asiáticas. La más mayor apenas debía de tener seis años. —Retrocedo un par de pasos. La figura de Franco se entiesa. Empezamos a entender inevitablemente—. Estaban muy malheridas... Tres de ellas ni siquiera respiraban. Sus rostros... Sus rostros...

Todo esto es... demasiado visceral.

—Se Jun... —jadeo—. ¿Qué estás diciendo?

Porque ese tipo de maldad no puede existir. No puede ser real...

«No lo soportaré. No me lo digas, Se Jun. No digas nada más». Pero mi amigo me clava una mirada. Enrojecida, acuosa. En exceso, herida. «¿Es quizás ese terror el que yo descubrí? ¿Es quizás esto a lo que yo me enfrenté y

por eso ahora no lo recuerdo?».

—Solo pude salvar a una... —susurra.

—¿Qué...? —Me tambaleo.

Unas lágrimas comienzan a brotar de mis ojos.

—Ellas eran el paquete... Las violaron... A algunas hasta matarlas... Y tuvo que ser brutal porque... porque las señales de sus cuerpos eran... eran...

Tropiezo con mis propios pies. Es Franco quien me mantiene erguida y trata de sujetarme con fuerza para así evitar su propia oscilación. Él ha visto la guerra, ha sido testigo de la vanidad humana. Pero el llanto aterrado de un niño es, a veces, mucho más duro que todo eso.

—Mi padre ni siquiera se inmutó... —confiesa Se Jun—. Parecía acostumbrado a ello...

—¿Cómo... cómo saliste? —balbucea Franco.

—Me colé. Pretendía sacarlas por la ventana, pero solo me dio tiempo a coger a una de ellas cuando alguien abrió la puerta. No llegaron a verme, pero se dieron cuenta de la falta. Sin pensarlo, cogí a la chiquilla y hui.

—Por eso te has escondido aquí... —susurro algo traspuesta.

—¿Recuerdas el artículo sobre la pobreza en la ciudad de Barcelona? — Una sonrisa melancólica y triste asoma en sus labios. Por supuesto que recuerdo aquel artículo. Fue mi estreno en la redacción de Franco—. Investigaste durante varias semanas cómo sobrevivía la gente cuando no tiene nada. Fue fácil encontrar un lugar como este, partiendo de esa base.

«Así que prácticamente he sido yo quien le ha traído hasta aquí». Se me escapa un gemido. El llanto ya es un hecho, el miedo ya es palpable. He descubierto que la crueldad tiene forma y es un estilo de vida.

—La niña... —interviene Franco, bastante consternado.

—Me hubiera gustado llevarla a un médico, pero... He hecho lo que he podido... —Se Jun se levanta de la mesa, se acerca a la habitación y abre la puerta.

No quiero entrar, no estoy preparada para verlo.

Sin embargo, ya he empezado a moverme.

Franco

No hay luz en esta habitación, pero basta la poca que se derrama de la sala de estar para distinguir el cuerpo menudo de una niña que duerme sobre la cama.

Me hubiera gustado ser el primero en entrar. Pero Siena ha reaccionado mucho más rápido que yo. Algo de mí me dice que se debe a sus propios instintos. Creo que ellos son los que la dominan en este momento. De lo contrario, seguramente no podría caminar.

La sigo de cerca. No quiero verla tambalear. Aunque soy yo quien primero lo hace, y después le sigue el hálito asfixiado que produce Siena al descubrir los resultados de una maldad que no entendemos cómo demonios existe.

Cuesta creer que alguien sienta placer en destruir algo tan inocente y puro.

La niña tiene la cara amoratada. Los ojos hinchados, uno de ellos en exceso. Una herida bajo un apósito que le cubre toda la mejilla, el cabello enmarañado. Arañazos en la frente que todavía supuran sangre.

Se Jun le ha colocado una vía intravenosa con suero para hidratarla. La botella cuelga de un perchero de pie y la vía se pierde bajo la sábana. Siena se ha aferrado a la tela. Sigue sin parecerme consciente de lo que hace, pero ya es tarde para detenerla. Ha empezado a retirar la sábana.

Imaginar lo que hay debajo es mucho más amable que la realidad. Pues lo mejor que hallamos son los restos de sangre que hay pegados a las piernas de la chiquilla.

Siena trastabilla hacia atrás, se lleva las manos a la boca y niega con la cabeza mientras sus ojos se abren de par en par.

Yo ni siquiera puedo respirar.

—Se puso a gritar cuando traté de limpiarla —declara Se Jun entre lágrimas, abrazado a su propio cuerpo—. No pude inyectarle la vía hasta que se durmió... Lleva haciéndolo desde ayer...

De pronto, Siena echa a correr. Me empuja al pasar para salir de la habitación. Alcanzo a ver que se adentra en el baño y se hinca de rodillas en el suelo.

La sigo desesperado.

—¡Siena! —exclama Se Jun, pero le niego la entrada al baño. No quiero causarle más preocupación.

Las náuseas de Siena se han disparado y empieza a toser jirones de saliva mientras su espalda se contorsiona en busca de aliento.

Me arrodillo a su lado y le recojo el cabello al tiempo en que ella me mira de reojo.

—Estoy aquí, cariño —jadeo asustado, estremecido. No sé qué hacer para controlar toda esta destrucción.

—Lo intentaron conmigo, Franco... —gimotea ella.

—¿Qué?

—Puedo escuchar sus risas... y los gritos de... Jun-Ha.

Y entonces lo entiendo. La niña ha desencadenado un recuerdo tan vívido que ha sido capaz de atravesarla.

Cojo su rostro entre mis manos. Siena debe sentir muy bien mi temblor porque enrosca sus dedos a mis muñecas.

—Vámonos de este lugar, ¿de acuerdo? —le susurro.

—La niña...

—Se vendrá con nosotros. —Levanto la cabeza y miro a Se Jun—. Y tú también. Cógela. Ahora.

Ayudo a Siena a ponerse en pie mientras Se Jun obedece mi orden. Su debilidad se derrama en mi pecho en cuanto se apoya en mí. Justo en ese instante, suena mi teléfono.

Estoy al borde de dejarlo pasar. Necesito sacarnos de aquí y llevarnos de vuelta a la masía. Pero temo que sea importante. Sobre todo cuando descubro que se trata de Michel.

—Franco, tengo noticias —dice nada más descolgar.

—¿Qué ocurre? —Frunzo el ceño.

Se Jun aparece entonces con la niña entre sus brazos. Es Siena quien coge el suero.

—La policía está buscando a Se Jun. Han encontrado a Cha Moon Sik en la carretera de la Arrabasada con un tiro en la cabeza —explica, y ahogo una

exclamación buscando sin querer la mirada de mi amigo—. Necesitan que su hijo vaya a la morgue a identificar el cadáver.

Es cierto que este momento sí puede empeorar.

CUARTO ARCO

Los muertos no hablan

«En cuanto a la adversidad, difícilmente la soportarías si no tuvieras un amigo que sufriese por ti más que tú mismo».

CICERÓN

Capítulo 26

Siena

Justo ahora siento demasiado rencor. Su influencia es muy agotadora y lo inunda todo de un desconcierto nada amable.

Ni siquiera sé cómo demonios hemos llegado hasta aquí. He tenido que recurrir a una entereza que en realidad no existe. Tan solo me he escudado en lo mucho que Se Jun me necesita ahora.

Su padre le ha abandonado.

Después de mostrar nuestra identificación, recorreremos en silencio el enorme pasillo que lleva hasta la morgue del Centro Forense. Franco se ha quedado en el coche con la niña, que continúa durmiendo, ahora en su regazo.

Dicen que Cha Moon Sik ha sido hallado muerto en el interior de su vehículo, mal estacionado en la carretera de la Arrabasada, muy cerca del mirador. Una bala le ha perforado el cráneo provocándole la muerte al instante.

Todo apunta a un suicidio, ya que el hombre sostenía el arma que le ha quitado la vida, además de una pequeña nota.

«Lo siento mucho, hijo mío. Siento no ser tan decente como esperabas. Te quiero, no lo olvides», ha escrito en su idioma, con letra temblorosa.

Mi amigo no ha mencionado palabra, no creo siquiera que haya escuchado las explicaciones del inspector.

Ha enterrado la nota en un puño cada vez más apretado. La otra mano se aferra a mí para poder mantener un equilibrio muy frágil. Lloro sin autoridad, sin hacer ruido, como si no hubiéramos tenido suficiente con lo que hemos descubierto ya.

Este será el día más largo de nuestras vidas.

El equipo conformado por un médico y cuatro policías se detiene frente a

unas puertas batientes de acero. Una vez permita que Se Jun entre en esa sala, lo último que recordará de su padre será una imagen de él con la cabeza abierta y deformada. Siquiera puedo garantizar que se le reconozca el rostro.

Me abruma saber lo mucho que sufrirá.

—Esperen... —protesto.

Apoyo a Se Jun contra la pared y acaricio sus mejillas antes de mirar al equipo de hombres que nos acompañan.

—Podría hacerlo yo —susurro, oteando a mi amigo. Da la sensación de que en cualquier momento va a desplomarse.

—Lo lamento mucho, señorita, pero necesitamos que sea un familiar —explica el inspector con cierta arrogancia.

—Es demasiado cruel —reprocho al borde de sollozar—. ¿Sabe lo que supondrá para él ver a su padre de esa manera?

—Puedo imaginarlo, pero debemos confirmar la identificación del cadáver...

—¿Puede? —gruño y doy un paso al frente—. Dígame, ¿ha experimentado esto en su propio pellejo antes, maldito...?

—Siena —interrumpe Se Jun. Se acerca a nosotros con una voluntad feroz—. Quiero entrar.

Al mirarnos tan fijamente, reconozco que ahora mismo está sufriendo una osadía momentánea. Algo problemático dado que, en cuestión de minutos, ya no habrá vuelta atrás, e incluso el tormento será mayor. Pero no puedo hacer nada, más que apoyarle, hasta la extenuación si es necesario.

—Pues entonces entraré contigo —mascullo.

—Eso no será...

—Claro que será posible, inspector. De lo contrario, él no entrará. —Le desafío con la mirada.

Probablemente mi actitud es un tanto desmedida, pero se me ha instalado una extraña sensación de incomodidad en la nuca. Incrementa cada vez que observo a estos hombres. No pienso dejar a mi amigo solo en esto.

Nos movemos con reserva, paso a paso.

Y entonces desvió la mirada.

Al final del pasillo, a unos metros de nosotros, hay un hombre.

Es joven. Quizás de mi edad.

Cabello negro, ojos terriblemente azules con los que me engulle. Me observa con detenimiento. En posición de alerta.

Estoy muy cerca de creer que se trata de algún guardia del lugar o quizás uno de los nuestros. Pero esa expresión de carismática insolencia no se encuentra en cualquiera. No pertenece a alguien común...

Entrecierro los ojos.

No puedo verle con claridad por culpa de la irritación y también de la distancia. Sin embargo, algo de mí le reconoce.

Creo haber visto ese rostro con anterioridad.

«¿Es posible que sea uno de ellos? ¿Un... Gabbana?», pienso, curiosamente alentada. Y él sonríe, como si de alguna forma hubiera escuchado mis pensamientos.

Lejos de cohibirme, el gesto me transmite la fuerza que necesito para coger aire y avanzar.

Enseguida descubrimos las hileras de cámaras de conservación. Tras una de esas malditas puertas herméticas se encuentra el cuerpo de Cha Moon Sik, a dos grados de temperatura.

Se Jun busca mi mano atento a las maniobras del forense. Nos palpamos los dedos con desesperación antes de enroscarlos. En este momento, parecemos dos críos perdidos en una enorme jungla plagada de depredadores.

Trago saliva.

«Debo resistir. Debo resistir por los dos», me digo conforme nos acercamos. «Jun-Ha, ojalá estuvieras aquí».

La cerradura produce un chasquido seguido del sonido chirriante de la camilla. Enseguida aparece la silueta de un cadáver en el interior de una bolsa negra.

Por un instante, espero que se hayan equivocado y todo esto se trate de un error.

Se Jun aprieta aún más fuerte mi mano, y yo me apego tanto a él que tengo mi pecho completamente apoyado en su brazo.

—No voy a dejarte, cariño —le susurro muy bajito.

—*Noona...* —Cierra los ojos mientras los temblores le invaden con violencia.

—No me iré a ninguna parte. —Pestañeo varias veces, no quiero que me vea llorar.

Respira trémulo y acerca una mano a la bolsa. No la toca, sus yemas quedan a solo unos centímetros, y otea al forense pidiéndole en silencio que sea él quien lo haga. El hombre se acerca a la camilla y captura la cremallera. Nos mira para advertirnos del momento, y es entonces cuando el rostro desfigurado de Cha Moon Sik penetra en nuestras memorias para quedarse en ellas de por vida.

Contengo un gemido, o quizás se ha oído, pero este ha quedado enterrado en el llanto de Se Jun. Se lanza a su padre y rompe a llorar desgarradoramente. Sus dedos se hincan en las mejillas inertes del hombre, empiezan a palpar desesperados la carne en busca de poder remendar el daño. Es tan sobrecogedor que incluso uno de los policías desvía la mirada.

Trato de no mirar el rostro, de preocuparme simplemente por la torpe estabilidad de Se Jun, pero es irremediable. Ya lo he visto, ya lo tengo grabado en mis recuerdos.

Los labios amoratados. Los párpados demasiado hinchados. El agujero que atraviesa su cabeza. Las importantes magulladuras que ha dejado la bala.

Me llevo una mano a la boca.

Es incomprensible que un hombre como Cha Moon Sik, que tanto adoraba a su hijo, haya decidido quitarse la vida sabiendo lo que esa decisión causaría. Es incluso más desconcertante saber que se ha dedicado a traficar con niñas y consentir tanta maldad.

Se Jun se tambalea.

Las piernas le fallan y termina hincándose de rodillas en el suelo. Caigo con él y envuelvo su cuerpo cuando sus manos se enredan a mi camiseta y me empujan contra él.

No basta. No significa nada que esté aquí, abrazándole, haciendo mío su dolor. Y, aun así, insisto, tratando de darle un apoyo que no sirve de nada, porque ni siquiera yo lo siento.

De pronto, lo escucho. Un pequeño chasquido.

Busco con disimulo desviando la vista hacia un lado. Bajo la camilla, veo los pies de los hombres que están con nosotros.

Puede que sea una estúpida sospecha, pero mi cuerpo no opina lo mismo.

Mi aliento se contrae, mis hombros se entiesan, mi corazón quiere latir desbocado. Una parte de mí ya se ha perdido en este súbito e inesperado temor. Pero la otra sabe muy bien que voy a necesitar la versión más cruenta de mi fortaleza.

Correr. Huir.

«¿Cómo demonios hago eso ahora mismo?».

Lo veo. Mis ojos dan con el reflejo distorsionado de los hombres en las puertas de las cámaras. Uno de ellos porta un arma.

«Van a matarnos».

No. En realidad, no. Su misión tan solo es matar a Se Jun, pero imaginan que yo trataré de evitarlo. Por tanto, también soy un objetivo.

No hay tiempo para remilgos. Se nos acaba con rapidez. Así que trato de analizar nuestra única alternativa.

Las escaleras de emergencia.

Corriendo a toda prisa, podemos llegar en un par de minutos y alertar a los guardias. Pero ignoro si hay más hombres, detalle que mengua nuestras posibilidades de supervivencia.

A pesar de todo, debemos intentarlo.

«Sería muy injusto terminar aquí...».

Me aferro a mi amigo con mucha más fuerza y cierro los ojos.

—Se Jun —murmuro, muy bajito—. Tienes que escucharme, cariño. Tenemos que irnos de aquí.

—¿Qué? —gimotea. Sus dedos se clavan en mi piel.

—Es una trampa. Van a... matarnos. —Su cuerpo se contrae bruscamente, y

se engancha aún más a mí, como si de ese modo bastara para protegerme—. Vas a tener que ayudarme, ¿sí?

Sigue temblando, sigue llorando. Pero ahora no lo hace por puro instinto, sino porque es la única manera de mantener mi voz escondida para que solo él pueda escucharla. Se Jun está más que preparado para huir conmigo.

—Tienes que echar a correr cuando yo te diga, ¿entendido?

—Señor Cha —interrumpe el forense, con algo de impaciencia—, tiene que venir con nosotros. Todavía debemos firmar la documentación.

—Estoy listo, Siena —sisea en mi cuello.

Poco a poco, busco su mirada y asiento con la cabeza. Desconozco si esta será la última vez que nos miremos con vida.

—¿Preparado? —murmuro.

Su gesto me dice que sí.

Y entonces me levanto de un salto y lanzo el cadáver de Cha Moon Sik contra los hombres. Dos de ellos caen al suelo.

—¡¡¡Corre!!! —grito.

Capítulo 27

Franco

La pequeña chiquilla continúa durmiendo con la cabeza apoyada en mi regazo. He cubierto su cuerpo con mi chaqueta, algo que ella ha agradecido desde la inconsciencia con un gemido. Sus menudas manos se han aferrado a mi camisa, como si temiera que yo fuera a desaparecer.

He tenido que quitarle la vía porque no hay modo de mantenerla en un sitio tan reducido como un coche. Pero me siento preocupado. Con el estado que presenta, necesita atención médica con urgencia.

Recuerdo a Murasaki Akira, y pienso en lo mucho que me tranquilizaría su presencia ahora mismo. Ya no por el hecho de ser médico, sino por quién es, alguien íntegro, honesto y sabio.

Les echo de menos.

A él, a mis chicos.

A todo lo que les rodea, cómo me hacen sentir cuando les tengo cerca.

Creo que si ellos estuvieran aquí, toda esta carga sería mucho más tolerable. Pero también creo que, por mucha imaginación que se tenga, nadie está preparado para toparse con algo así.

El hecho de no haber tenido tiempo para procesarlo todo debido a la muerte de Cha Moon Sik, nos deja un poco más cerca del precipicio. El cónsul estaba lejos de ser un hombre capaz de coger una pistola y pegarse un tiro en la cabeza.

Algo de mí insiste en que ha sido un asesinato, aunque todas las pruebas apunten hacia lo contrario.

Sin embargo, de ser cierto que le han matado, sería del todo preocupante.

Rompe mis pensamientos el temblor de mi teléfono. Enseguida le sigue la melodía, pero lo capturo rápido para que no despierte a la niña.

—Dime una cosa, Franco —dice Michel, evitando los saludos—. ¿Cómo se está moviendo esa mente tuya?

Ese tipo de pregunta me indica la tensión que alberga. Michel siempre trata de ser optimista y aportar un toque de humor constante. Pero, en esta ocasión, parece demasiado ofuscado, y eso aumenta mi inquietud.

—Si quieres palabras razonables, lo tenemos muy difícil en este momento. No sé ni qué pensar.

En realidad, he perdido el razonamiento. Hace unos días, hubiera meditado como si estuviera en medio de una investigación periodística. Pero ahora me es imposible ligar los pensamientos. Empiezan a amontonarse, y temo llegar a un punto muerto.

—Pero no soy el único, ¿verdad? —aventura.

—En absoluto.

Me pellizco el entrecejo. Todavía estoy asumiendo la traición de César y la actitud de Gonzalo. Pero los movimientos de este último le desmarcan por completo del hipotético asesinato del cónsul, porque estaba demasiado pendiente de KL.

—Me cuesta creerlo, pero... él es el único sospechoso que se me ocurre ahora mismo —admito.

César Castro.

—Es curioso verte vacilar en mitad de una frase. Normalmente te arrepientes después de haberla dicho.

Lleva razón. No dudo a menudo cuando hablo.

—No puedo considerar amigo a alguien que intenta matar a uno de los míos —mascullo.

Me libro de sentimentalismos y anulo por completo los años de amistad y confianza que he compartido con César. A fin de cuentas, no sería de extrañar cualquier canallada por su parte, ya ha demostrado que es una maldita rata.

Necesitamos con máxima urgencia hallar algo que nos indique qué demonios debemos hacer. De lo contrario, no creo que tardemos mucho en hacerle compañía a Cha Moon Sik.

—¿Cómo está la niña? —inquieta mi amigo.

—Todavía duerme. Voy controlando sus constantes. Se mantienen normales. Así que eso me tranquiliza.

—Blanca ya ha preparado su habitación —me asegura—. Ella misma le hará el reconocimiento para valorar si necesita una mayor intervención. Hemos alertado también a nuestros conocidos del General de Granollers. Estamos esperando a que lleguéis.

—¿Y después? —le digo, mostrándole un poco de mi miedo—. ¿Vamos a quedarnos ahí encerrados?

Tarde o temprano sé que darán con nosotros. Por muy buena seguridad que tenga la masía, ha dejado de ser un lugar seguro desde el momento en que Gonzalo ha dado su maldito golpe maestro.

—Por ahora, son las únicas noticias que tengo. Debemos esperar órdenes de Alicia.

—¿Qué tipo de órdenes, Michel? La niña se estremece. Creo que está teniendo una pesadilla.

—No lo sé. La mente de la señora está a otro nivel, se mueve a un ritmo inalcanzable.

—Pero ya no es la presidenta de KL. —Aprieto los dientes. Todavía me carcome lo que ha sucedido.

—Aun así tiene poder. —Un estruendo. Me sobresalta hasta el punto de taponarme los oídos—. ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé... Parecía... —De nuevo, otro estallido, esta vez seguido de varios más.

—Franco, ¡¿qué coño es?!

—Mierda, Michel... ¡Son disparos!

—¡¿Qué?! ¡¿Dónde está Siena?! —grita mientras yo bajo del coche en busca de su origen—. ¡Salid de ahí!

Siena

Una bala pasa a centímetros de mi cabeza justo cuando empujo las puertas

batientes y salgo lanzada al pasillo.

Oigo el estruendo que he dejado tras de mí. He lanzado todo lo que tenía al alcance con el objetivo de retrasar todo lo posible la reacción de estos tipos. Y lo he logrado.

Pero no he contado con la intervención de refuerzos.

Mis pies se deslizan por el suelo. Termino cayendo de rodillas para evitar el disparo que pretendía atravesarme el rostro. Tras de mí, escucho que alguien más ha recibido la bala.

La inercia me arroja hacia las piernas de mi verdugo, que tropieza por el impacto. Pero mi intención no es reducirlo, sino escapar de él. Así que clavo las manos en el suelo y trato de impulsarme, sin esperar que Se Jun le ataque.

Le entrega una patada que coincide con un nuevo disparo. Quiero mirar, quiero localizar de dónde proviene y si es que han herido a mi amigo, pero solo alcanzo a ver a tres hombres más.

Maldita sea, nos están acorralando.

Me pongo en pie con torpeza, trinco a Se Jun de la camiseta y leuerzo a echar a correr de nuevo. Me creo capaz de lograrlo por un instante. Sin embargo, algo me lo impide. Unos dedos, aferrándose a mi tobillo. Tiran de mí con tanta fuerza que vuelvo a caer al suelo, y esta vez arrastro a Se Jun conmigo.

Pataleo con virulencia. Sé que le he alcanzado porque le escucho gemir y he debido hacerle daño. El desagradable crujido de unos huesos inunda el lugar.

Insisto y me lanzo a él descubriendo así que se trata de una mujer. La sorpresa y la saña que hay en su mirada me paralizan por un segundo. Algo que ella aprovecha para encaramarse a mis hombros y embrutecer la contienda.

Empieza a golpearme con los puños. Uno de esos golpes me alcanza en la cara. Rápidamente, noto cómo un débil rastro de sangre me llena la boca, creo que me ha partido el labio.

Cargada de furia, le entrego un puñetazo en el vientre. Conforme ella se retuerce de dolor al caer al suelo, yo trato de ponerme en pie.

Pero los disparos no se detienen.

Es entonces cuando Se Jun me esconde entre sus brazos.

Y tiembla.

Finalmente, las balas nos han alcanzado, pero no soy yo quien está herido.

—¡¡¡Se Jun!!! —grito hasta desgarrarme la voz—. ¡Oh, Dios mío!

El tiroteo se encrucece. Nos han rodeado como si fuéramos presas de caza.

Se acabó. Es el final.

Es difícil pensar en sobrevivir cuando nuestros enemigos nos cuadriplican en número. Van a devorarnos hasta los huesos, lo sé por el modo en que me observa uno de ellos. Su maldita sonrisa infame debería atemorizarme y obligarme a asumir el final.

Pero...

«¿Es egoísta pedirte que resistas?». La voz de Jun-Ha... Atraviesa mis oídos. Sus dedos se han quedado suspendidos en el aire, a pocos centímetros de mis labios.

«No, no lo es». Ahora me oigo a mí misma.

Trago saliva, estoy temblando. Es un recuerdo. Justo ahora, justo en el peor momento.

Al parecer, mi memoria es incluso peor enemigo que las balas. Me lanza a ese instante en que un poderoso calor me engulle. Un sol que impacta sobre la arena y me asfixia.

«Resistiré... y después tendrás que cumplir tu promesa». Vuelvo a escucharme. Y entonces le veo. A Jun-Ha.

Está arrodillado ante mí. Tiene el rostro cubierto de manchas grisáceas y sudor. Sus mejillas perladas tienen algunos arañazos y sus ojos... Creo que ese fue el primer momento en que el deseo por él, superó el terror que me suscitaba nuestro entorno.

Lanzarme a sus brazos, capturar su boca, perderme en su cuerpo. Quedarme en él hasta olvidar la razón.

Sí, esa fue la primera vez. El instante concreto en que supe que ya no había vuelta atrás, que morir en el campo hubiera sido un hecho aceptable si le tenía

a él a mi lado.

«Tan solo procura seguir respirando, ¿me oyes?». Jun-Ha ya sabía entonces que respirar era una tarea de lo más complicada.

Regreso al presente a tiempo de evitar que un tipo me capture. Le esquivo dándole un violento empujón. La furia del contacto le lleva a caer y liberar su arma. Rápidamente, la capturo con manos temblorosas y el aliento acelerado. Mis dedos se agarrotan, sienten el calor. No puedo creerme que esté empuñando una pistola.

«Pero tengo que continuar respirando. Él me lo ha pedido, y no pienso darme por vencida».

Disparo. La bala atraviesa el pecho de mi enemigo y le roba la vida mucho antes de que caiga al suelo.

Mi ofensiva desatará una respuesta brutal, pero mientras sucede, no debo perder el tiempo. Tengo que ponernos a salvo como sea, a costa de lo que sea.

Tiro de Se Jun contra mí y le obligo a erguirse.

—¡Tienes que levantarte! —le grito conforme sus piernas obedecen mi orden.

Empieza lento, dolorido. Me aferro a su cintura.

Es entonces cuando se reanuda el fuego. Ambos temblamos y nos encogemos, apegándonos a la pared, seguros de que no existe forma de esquivar una cometida como esta.

Pero aun sintiéndome tan cerca del límite, deduzco que los disparos provienen de varias direcciones.

De pronto, un par de hombres se desploman a nuestros pies. Alguien les ha pegado un tiro extremadamente certero en la cabeza, entre ceja y ceja.

—¡Moveos, rápido! —exclama alguien al final de pasillo.

Al mirarle completamente desesperada, le reconozco. Es el mismo chico de antes.

Su presencia ante nosotros, con unos ojos azules clavados en su objetivo y los brazos erguidos, empuñando un arma que sabe muy bien cómo utilizar; es una perfecta posición de defensa.

Ha sido él quien ha disparado, es él quien está dándonos una oportunidad para escapar.

Y no dudo.

Tropezamos un par de veces antes de coger velocidad. Ese chico sigue disparando, cubriendo nuestras espaldas. Incluso cuando nos desviamos de pasillo.

Corremos con veloz torpeza hacia las escaleras de emergencia, y empujo la puerta con el hombro mientras Se Jun gruñe de dolor, la sangre se derrama entre nosotros.

—¿Qué has hecho? —gimoteo trémula—. ¡¿Por qué te has interpuesto?! ¡Esa bala era para mí!

Me siento culpable. El miedo se asienta en mí con tanta influencia que apenas me deja respirar.

Se Jun se desploma en el rellano y me arrodillo junto a él, descubriendo que la bala le ha abierto un agujero de entrada en el hombro izquierdo.

—Estoy... bien —jadea.

—Mentiroso —sollozo presionando la herida con mis manos.

El llanto ya es inevitable, pero me permite ver entrar a nuestro protector.

Se lanza a nosotros para analizar la herida. Un hombre más le sigue y se apoya en la puerta para evitar que nadie pase.

Ahora que le tengo delante, no me cabe duda de quién es.

Se Jun contiene un gemido.

—La bala se ha quedado dentro —dice el chico, en un castellano bastante áspero—. Tenemos que sacarla cuanto antes. Voy a meterte mano, compañero.

Se hace con la hebilla del cinturón de mi amigo y lo extrae con una habilidad asombrosa. Acto seguido, introduce el cuero en la boca. Se Jun ha clavado sus ojos en él.

—Eres un Gabbana, ¿cierto? —balbuceo, temblorosa.

—Cristianno para los amigos.

—Te meterás en problemas si alguien te reconoce. Esta no es tu jurisdicción.

Es ciudadano italiano, y por mucha influencia que tenga, si las autoridades le descubren, es probable que provoque un conflicto diplomático. Además de su puesta a disposición judicial. Está arriesgando demasiado por ayudarnos.

Pero que lo esté, que sea precisamente él quien haya venido, hace que mi mente se inunde con su nombre. Alicia Duarte. Ella ya ha sentido el peligro y por eso le ha enviado.

—¿Te parece que me importe, monada? —Me sonrío de un modo en que parece que nada le importa, que nada puede pasar. Esa mirada cautivadora está acostumbrada al peligro—. Te va a doler —le confiesa a Se Jun, y yo cojo su mano.

«Soy yo quien debería estar en ese lugar, maldita sea».

Un golpe. El otro tipo está conteniendo las embestidas que nuestros atacantes le están propinando a la puerta, desde el otro lado. Quieren entrar y gozan del número y de la suficiente rabia para lograrlo.

—Vale, Cristianno. Date prisa, joder —dice en su idioma mientras su cuerpo se tambalea constante. Es fuerte, pero no creo que resista por más tiempo.

—Calma, Thiago —parlotea Cristianno—. No queremos que nuestro compañero se ponga nervioso, ¿cierto? —Le guiña un ojo a Se Jun—. ¿Estás listo, guapetón? Seré rápido, ¿*capicci*?

Su rostro se contrae en cuanto los dedos del Gabbana penetran en la herida. Entonces grita, mordiendo el cinturón que tiene en la boca. Aprieta mi mano con tanta fuerza que incluso me crujen los nudillos.

Un instante después una pequeña bala cae al suelo. Y la puerta está a punto de abrirse. El tal Thiago arremete con todo, pero no basta. Por el hueco, veo que asoma una mano armada. Busca apuntar a tientas y el vientre del hombre parece su mejor destino. Van a dispararle.

Me incorporo como un resorte y me lanzo al extintor que tengo en frente. Tiro de él con tanto vigor que termino estampándome contra la pared. A pesar de ello, lo trinco con fuerza. Cristianno está haciéndole un torniquete a Se Jun con el propio cinturón, cuando de pronto golpeo la maldita mano con el aparato.

El grito que profiere su dueño me estremece, pero no contiene mi furia, y

me hago con la manguera antes de meterla por el hueco y presionar la palanca. El humo blanco sale disparado e impacta en la cara del resto de hombres.

Thiago se me queda mirando con una expresión ilógicamente divertida, cuando al fin puede volver a cerrar la puerta.

—No te andas con remilgos, ¿eh? —me dice.

Me encojo de hombros, tímida, insegura. Realmente apabullada y, sobre todo, acojonada.

—¡Vamos! —exclama Cristianno, que ya ha cogido a Se Jun y tira de él por las escaleras.

Suelto el extintor, acepto la mano de Thiago y echo a correr.

Capítulo 28

Franco

Nuestros guardias han desaparecido en el interior del edificio empuñando sus armas. Súbitamente, he echado a correr tras ellos con el temor ardiéndome en la garganta.

Siena y Se Jun están ahí dentro, en pleno fuego cruzado, que no hace más que crecer.

He masticado la rabia, porque yo no tengo nada con lo que hacer frente al peligro, pero me ha dado igual. Prefiero ser yo quien caiga a que lo haga mi compañera.

Así que me lanzo a las puertas más que dispuesto a enfrentarme a cualquier cosa, y realmente ha sido una intención que estaba preparado para asumir.

Sin embargo, ha bastado un instante para darme cuenta del problema.

Es un ataque premeditado, y nuestros agresores tienen objetivos muy concretos, en los que yo también estoy incluido.

Veo a dos tipos que se han acercado al coche. Van armados y saben que en el interior duerme una niña.

—Tenemos el paquete trescientos doce, señor —le oigo decir a uno de ellos, conforme abre la puerta.

La niña se pone a gritar al tiempo en que capturan sus pies. Tiran de ella con violencia, como si fuera un maldito muñeco. Es demasiado pequeña para defenderse.

Me lanzo a por ellos.

Sé que no tengo experiencia en este tipo de luchas, pero desde luego pienso abastecerme de mi envergadura. Soy mucho más corpulento y alto que esos dos canallas, y gozo de demasiada rabia en este puto momento.

El factor sorpresa está a mi favor, por muy corto que sea. Lanzo un codazo a uno de los tipos. Es lo suficientemente rudo como para provocarle un inminente derrame. La sangre comienza a borbotear sin control mientras cargo contra su cómplice.

En esta ocasión, me decanto por rodear su cuello con mis brazos y hacer presión hasta robarle todo el aliento. La niña se resbala de sus manos y vuelve al interior del coche gateando. Veo cómo se encoge en el hueco del asiento, llorando aterrorizada.

Es entonces cuando mi atacante se enfurece y comienza a arremeter antes de que su compañero golpee mi espalda. El dolor me hace tambalear, y aunque no suelto al otro tipo, la maniobra le permite liberarse.

Arremeto contra él tratando de hacerle un placaje que logro, no sin antes recibir una fuerte patada en el costado. Ambos nos estrellamos contra la carrocería del coche. La niña libera otro grito al verse mecida por el impacto de la pelea.

No sé cómo termino dándole un puñetazo al hombre, y después otro. Y vuelvo a recibir. El dolor se extiende por mi cuerpo, como un torrente. Poco a poco, me debilitan.

Sin embargo, no dejo de atacar. Pueden terminar conmigo si lo desean, pero no será sencillo.

Así que grito, engullo mi dolor y peleo como si fuera un salvaje. Como si hubiera perdido la cabeza. De hecho, es así cómo me siento, porque ahora los golpes que recibo no duelen de la misma forma.

Uno de los tipos saca un arma, me apunta con ella mientras su compañero trata de contener mis brazos y así facilitarle el trabajo de disparar. Siento el cañón acariciando mi vientre. Los gritos de la chiquilla incrementan. Mi visión se nubla un poco.

Me estremezco.

Y de pronto aparece ante mí el rostro de Kim Jae.

«Es cierto que voy a irme sin haberte visto de nuevo...».

Pero no me importa. De haber estado en mi lugar, él no habría dudado en hacer lo mismo que yo.

«Solo espero que merezca la pena y Siena continúe respirando». Solo espero que mi muerte la mantenga con vida.

Pero lamentablemente no estoy seguro de ello.

Un disparo.

Ruge en la noche con tremenda urgencia.

Creo haberlo recibido, y me sorprende el poco dolor que siento. Sin embargo, no soy yo quien cae. No soy yo quien se desploma en el suelo rodeado de sangre y con una herida que le ha abierto el pecho.

Otro disparo.

Esta vez sí caigo al suelo, pero no porque haya sido alcanzado. Mi agresor me ha arrastrado consigo. He podido sentir su último aliento de vida derramándose por mi nuca.

—¡Franco! —Ese grito, esa voz...

La busco desesperado. Doy con ella cuando echa a correr hacia mí. Le tiemblan las pupilas, su verde refulge con intensidad. Apenas me levanto del suelo para recibir a Siena entre mis brazos.

Siena

—La sangre... —tartamudea Franco inspeccionando mi rostro.

Su pulso se ha disparado, tiene el rostro amoratado y sus ojos... Sus preciosos ojos me observan fijos, húmedos, mostrándome el miedo que ha pasado al creerme en gran peligro. Ninguno de los dos estábamos preparados para este tipo de disputa.

No estamos acostumbrados a pelear de este modo.

—Se Jun... —resuello.

—¿Qué...? —Trata de buscarle con la mirada, pero apenas alcanza a ver a Cristianno subiéndole al coche.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclama el Gabbana.

La pequeña está aterrorizada. No deja de gritar. Continúan escuchándose disparos a lo lejos, cada vez se acercan más a nosotros.

Si todo esto es una pesadilla, ahora es un buen momento para despertar.

—¡Bornay, muévete! —vuelve a gritar Cristianno.

Sabe que tenemos muy pocos minutos para salir de aquí, que por mucho que nuestros guardias estén haciendo frente, seguimos corriendo peligro.

Así que me lanzo al volante y arranco el coche. Franco ni siquiera tiene tiempo de cerrar la puerta del copiloto cuando de pronto acelero con fiereza. Pongo rumbo a no sé dónde, pensando que no hay vida suficiente para asumir todo lo que nos ha pasado hoy.

Me incorporo tambaleante a la carretera, recibiendo las protestas de otros vehículos. Me gustaría pedirles disculpas por la imprudencia, pero en este momento me importa un carajo todo.

Aprieto aún más el acelerador, adentrándome en la Avenida Meridiana. Hay menos tráfico del que esperaba en la zona, así que a esta velocidad salgo pronto de la capital.

No nos sigue nadie, excepto el tal Thiago y dos guardias.

Tengo los brazos tan entumecidos y la atención tan disparada que temo caer en un absoluto bloqueo. Y empieza lento. Advirtiéndome con una pequeña lágrima.

La adrenalina es muy tóxica en su plenitud, pero lo es más en su descenso.

Un silencio sobrecogedor se ha instalado. La niña ha dejado de llorar y continúa aovillada en el hueco entre los asientos. La respiración de Se Jun surge entrecortada, de vez en cuando gime. Cristianno otea su herida cada pocos segundos. Franco tiene la mirada perdida al frente, mientras su mano, en algún momento, ha capturado la de nuestro amigo. Ambos se refugian en el contacto con exigencia.

Creo que no puedo continuar. Mis constantes se han disparado y soy incapaz de dominarlas.

Parar ahora es muy contraproducente; mi amigo y la chiquilla necesitan un médico, y no mis ansiedades.

Pero... mis ojos ya no quieren ver, la cabeza parece a punto de estallarme y ha comenzado a faltarme el aliento.

Me desvío hacia una explanada oscura y solitaria y detengo el coche. Es

entonces cuando, todavía aferrada al volante, apoyo la frente en mis manos y comienzo a jadear.

Los espasmos me inundan, la opresión que habita en mi pecho no me deja respirar. Creo que he empezado a llorar, pero de un modo tremendamente denso y agobiante.

Seco las lágrimas con frustración, pero no dejan de caer. Me siento inútil y vacía. No es un buen momento para tocar fondo. Sé que todos me miran, que padecen el mismo desconcierto que yo. Verme llorar les debilitará aún más, y odio preocuparles.

Salgo fuera, necesito aire. Pero al obtenerlo, se desatan las náuseas. Ya las he sentido con anterioridad, pero esta vez son un poco más cruentas.

No sé qué vamos a hacer. No sé cómo demonios entender todo esto ni por qué Cha Moon Sik está muerto, mi amigo con un balazo en el hombro y esa niña tan herida.

De alguna manera me siento culpable, una vez más. De no haber sido por mi intromisión en el pasado, quizás ahora no estaríamos lamentando tanto.

¿En realidad, lo soy? ¿Culpable? Tal vez. No de una manera activa. Pero es evidente que he tenido algo que ver. La ceguera puede ser muy beneficiosa en algunos casos, y yo no supe estarme quieta en el pasado.

«Piensa, Siena. Tienes que recordar», me digo estrujándome la cabeza entre las manos, camino tambaleante. «Si recuerdas, es probable que encuentres las pruebas que necesitas para erradicar a estos hijos de puta».

Pero lo único que consigo ver es el rostro de mi padre, amenazando a Alicia mientras aprieta su cuello. Toda la saña que desprende la imagen me produce un escalofrío. La rememoro una y otra vez, como si fuera un mantra, como si quisiera volverme loca.

Retrocedo un par de pasos, moviéndome lenta y un tanto aletargada. Es una sensación similar a flotar en el agua. Me siento completamente a merced de mis pensamientos.

Hasta que me hincó de rodillas en el suelo y rompo a llorar sin disimulos.

Pienso en Jun-Ha. Pienso en la falta que me hace y en lo mucho que necesito perderme en sus brazos. No soporto esta distancia. De haber estado

aquí conmigo, no me sentiría tan deshecha, maldita sea.

—¿Sigues aquí, Bornay?

Levanto la cabeza. Cristianno ha salido del coche sin que me dé cuenta y se ha acucillado a mi lado.

—¿Por qué lo preguntas? —sollozo.

—No queremos uno de tus recuerdos ahora.

—Los necesito —espeto—. Esos recuerdos valen la vida de la gente que amo.

—Yo no lo creo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque algo tan grande no puede depender de algo tan pequeño. Esos recuerdos te han traído hasta aquí. ¿Realmente crees que es necesario volver a vivirlo todo de nuevo?

Lleva razón. Cristianno Gabbana lleva toda la maldita razón.

Pero si resulta que descubrí algo importante, probablemente podríamos atacar.

Aun así, me sorprende mucho más que él sepa de mi estado.

—Te ha enviado ella, ¿verdad? —gimoteo, y él asiente con la cabeza haciendo una mueca con los labios, cercana a una sonrisa.

—Aunque he de decir que he sido yo quien se ha ofrecido.

—Estás a unos meses de casarte. ¿Por qué ibas a arriesgarte por nosotros?

—Me parece inverosímil que esté aquí, sin ser su guerra.

—Porque ella nos ha pedido ayuda. Y déjame decirte que si esa mujer pide algo, un servidor hará cualquier cosa para dárselo.

Tengo un escalofrío.

—¿Qué hizo para ganarse tal lealtad de un Gabbana? —Su respuesta es una bonita sonrisa. No dirá mucho más.

A cambio, me ofrece una mano que rápidamente se aferra a la mía en cuanto acepto el contacto. Cristianno sabe cómo comportarse en cada una de las situaciones. Ya no solo por la experiencia, sino también porque va en su naturaleza. Es un líder tan carismático y afectuoso como salvaje y temible.

—Vamos. —Tira de mí hasta ponerme en pie—. Conduciré yo.

Me dejo llevar de vuelta al coche y subo al asiento trasero junto a un Se Jun, que enseguida me abraza bajo la mirada preocupada de Franco.

—¿Estás bien? —pregunta bajito y yo asiento con la cabeza porque las lágrimas no me dejan decir nada.

—Alemany —comenta Cristianno al tomar asiento frente al volante—, ¿cree usted que podrá guiarme hasta el aeródromo de Sabadell?

Franco frunce el ceño mientras que yo contengo el aliento.

—¿Dónde vamos? —pregunta temeroso.

—Habéis entrado en una lista muy fea —dice el Gabbana acelerando el vehículo con suavidad—. Así que Roma es el lugar más seguro que se me ocurre ahora mismo. Ya veremos qué hacemos después. —Le regala una sonrisa.

Sé bien que a los tres nos ha impresionado nuestro destino.

Paquete trescientos doce

Sintió desesperanza. Densa como el petróleo.

La última vez que Cha Se Jun la había experimentado de ese modo era demasiado pequeño, cuando el ataúd en el que iba su madre se deslizaba hacia las llamas que lo convertirían en ceniza.

Por aquel entonces, pensó que su mundo había terminado, que sin su madre no podría continuar. Sin embargo, una mano fuerte y grande sujetaba la suya.

Su padre jamás le abandonaría.

A día de hoy, ya no estaba tan seguro.

Sospechar de una persona en la que se confía no es sencillo, y Se Jun adoraba demasiado al cónsul como para creerle capaz de cometer algún crimen.

Pero lo cierto era que la incertidumbre se había instalado en él conforme pasaban los días. Detalles que en otro momento hubiera ignorado o incluso justificado, ahora le hundían en la confusión más absoluta.

Aquel hombre seguía siendo su padre, pero mostraba indicios de un rostro algo turbulento.

Se escondió tras la puerta.

En realidad, pretendía entrar al despacho del consulado y gritar a su progenitor. Quería culparle de no hacer nada por Siena, de lanzar al capitán y a su hermano a los lobos para que les devoraran sin más. Esa no era su guerra, y se había inmiscuido de la peor manera, aumentando las cicatrices.

Contuvo el aliento. La punta de sus dedos hormigueó.

—No sé cómo terminará la mercancía después de que la caten, así que deshazte de ella de todas formas —escuchó decir a César Castro.

Se Jun frunció el ceño y tiró de valentía para mirar por el filo del marco de la puerta. Vio a su padre apoyado en el escritorio con total normalidad, y al

doctor Castro con las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón.

No había señal de preocupación en ellos.

—¿Cuántos paquetes son? —preguntó su padre.

—Seis. No ocupan demasiado espacio. Son bastante pequeños. Filipinas, creo. No estoy seguro.

La actitud que ambos desprendían era la de dos colegas comentando trivialidades. Algo que el vientre de Se Jun no pudo tolerar. Se había endurecido de pronto, hasta estremecer incluso la piel de su cogote. Tuvo un escalofrío que cerca estuvo de hacerle flaquear.

La mercancía. Seis paquetes. Filipinas.

¿De qué basura estaban hablando?

Sintió miedo a la respuesta.

—De acuerdo, yo me ocupo —exigió el cónsul, terminándose un cigarrillo—. Pero avisa a los *limpiadores*. La última vez fueron demasiado sucios.

Tragó saliva.

Cualquiera podría pensar que estaban hablando sobre una fiesta bastante desfasada. Pero Se Jun sospechaba que se trataba de algo mucho más cruento.

Su pensamiento todavía no alcanzaba a imaginarlo. No estaba en absoluto corrompido como para suponer tal monstruosidad.

—Llevas razón —le afirmó César—. Está bien, me encargaré de ello de camino a la comisaría. Me gustaría asegurarme de que Siena entra en la clínica. Sabiendo que Santiago Lasarte está con ella, no me fio.

—Bien. Te veré esta noche.

Escuchó demasiado, y no quiso ser descubierto.

Así que Se Jun abandonó el consulado y anduvo hacia su casa en actitud taciturna.

Se le agarrotaron las piernas, la respiración surgía lánguida. Las pulsaciones aceleradas, y su fuero interno no dejaba de repetir cada una de las palabras que los hombres habían mencionado.

Las temió tanto que la desesperanza no bastaba para describir el sentimiento. .

Las horas se derramaron sin que se diera cuenta. Una parte de él se sentía traidora, porque su amiga le necesitaba, porque los chicos estaban atrapados, y en cualquiera de los casos, no estaba siendo capaz de responder.

Se Jun no se creyó valiente ni tampoco honesto. Nadie esperaba lo contrario de él. De hecho, nadie esperaba que pudiera hacer algo. Pero eso no era lo que quería. Realmente le hubiera gustado poder afrontar el peligro.

Para cuando reaccionó, había caído la noche.

Y con ella, el chasquido de unas llaves.

Como no había encendido las luces de ninguna habitación, su padre creyó estar solo en casa, y se movió libremente. Fue hasta su propia habitación, entró al vestidor y se cambió de ropa.

No imaginaba que su hijo le estaba observando desde la sombra y ya había decidido qué hacer.

El joven cogió una cazadora negra, una gorra y bajó a la calle de inmediato. Detuvo un taxi, porque llevar su propio vehículo levantaría sospechas, y esperó a que su padre saliera del garaje.

—Siga a ese coche, por favor —le pidió al conductor.

Unos cuarenta minutos más tarde, y tras haber dado un enorme rodeo, se adentraron en el barrio de Tres Torres.

El coche de su padre fue aminorando la velocidad conforme se adentraba en la calle doctor Carulla, lo que indicaba que seguramente habían llegado a su destino.

Le pidió al taxista que se detuviera en la intersección, pagó en efectivo y salió acelerado.

Esperó a que el taxi se alejara para ajustarse la gorra y avanzar agazapado. Se Jun pensó que el lugar era demasiado amable como para que su cuerpo estuviera tan alerta. Quería creer que existía la posibilidad de que todo fuera un malentendido.

Pero perdió toda confianza al verlo. Dos hombres robustos, bajándose de una furgoneta negra que había aparcada frente a un bonito edificio.

Su aspecto le tensó. Indumentaria negra, manos enguantadas y el bulto escalofriante en la parte baja de la espalda, prueba de un arma escondida bajo

la chaqueta.

Trató de contener el aliento para apaciguarlo, pero no hizo más que descontrolarse. Acucillado, Se Jun se apoyó en un coche, se mordió los labios y se obligó a continuar. Porque todavía no entendía nada.

De pronto, vio a su padre. No había rastro de su vehículo. Pero le importó mucho más el hecho de que aquellos dos hombres le conocieran.

Echó valor para acercarse un poco más.

—Señor, hemos desalojado a los invitados —dijo uno de los tipos—. El servicio de limpieza está en camino.

—Lo imaginaba. Cuando hay paquetes tan pequeños, se vuelven más locos. —Le costó reconocer a su padre en aquella voz de frívolo canalla—. En fin, terminemos con esto. ¿Dónde están?

—Las hemos bajado al cuarto de contadores. Dos de ellas no respiran.

«La mercancía. Seis paquetes», pensó Se Jun, notando cómo sus pupilas se dilataban y el pulso se le disparaba.

—Metedlas en el furgón —ordenó su padre, insolente—. Iremos a la incineradora después del vacío.

—Entendido, señor.

Los hombres se encaminaron hacia un estrecho callejón que había a unos metros. Se Jun entonces descubrió que había una puerta de hierro y una ventanilla deslizante. Aquel lugar debía ser el maldito cuarto de contadores donde habían escondido la supuesta mercancía.

Estaba a punto de descubrir qué era, cuando uno de ellos recibió una llamada. No alcanzó a oír lo que decían, pero tuvo que ser importante porque ambos hombres regresaron a la furgoneta y reanudaron la conversación con su padre.

Más que dispuesto a saber, Se Jun analizó el lugar.

La mayoría de las edificaciones de la zona disponían de una especie de pasarela cercada, previa a la entrada, que rodeaba toda la construcción. Normalmente estaba al mismo nivel de la acera, pero aquel edificio en concreto tenía una pendiente hacia abajo. Lo que facilitó bastante que Se Jun saltara la verja y se escondiera tras los arbustos.

Serpenteó hasta quedar bajo la ventana. Desde ese escondite no sería visto, así que podría probar suerte y abrir el cristal para poder otear el interior.

Apoyó las manos en el vidrio y lo deslizó muy despacio. Sus ojos fueron descubriendo una sobrecogedora oscuridad, y frunció el ceño ante el aroma ácido que acarició la punta de su nariz.

Entonces escuchó un gemido. Muy pequeño, débil.

El fugaz instante previo al desastre, le regaló la oportunidad de cerrar los ojos y olvidar por qué estaba allí. Le reclamó con intensidad que huyera lejos y jamás preguntara, que ese tipo de verdades nadie las necesitaba.

Dudó porque, en comparación a la crueldad que se respiraba, él todavía era demasiado pueril para soportarlo.

Sin embargo, abrazó la locura cuando eligió mirar, y se aferró con todas sus fuerzas al bordillo de la ventana.

A pesar de ello, a pesar de tener los pies clavados en el suelo, cayó. Bruscamente. Hasta hacerse daño.

La mercancía no era algo material.

No era droga como casi había creído.

De hecho, hubiera sido maravilloso toparse con cientos de paquetes de estupefacientes, bien colocados, unos encima de otros.

Ellas... Seis niñas...

Con sus cuerpos desnudos ensangrentados y heridos.

Se Jun tuvo que llevarse una mano a la boca, para asegurarse de que su corazón permanecía dentro de su cuerpo y no le obligaba a vomitar. Pero las náuseas oprimieron su garganta y sintió como si mil cuchillas le hubieran abierto en canal.

Ahora lo entendía. Lo entendía todo.

Las habían violado brutalmente e iban a deshacerse de ellas después de extraerles los órganos.

Se llevó las manos a la cabeza, tiró un poco de su cabello. Espesas lágrimas le cayeron de los ojos, nublaron su vista. No quiso estar en su propio cuerpo, odió asquerosamente saber que era hijo de un hombre que permitía tal

barbarie.

Súbitamente, cada bonito recuerdo que tenía de él fue pudriéndose en su mente.

¿Cuánto tiempo llevaba su padre metido en eso? ¿Cuántas veces lo había hecho? ¿Cuán acostumbrado estaría?

Ruidos. Voces. Lo escuchaba todo muy lejano, aun sabiendo que estaba a apenas unos metros. Tenía que darse prisa y salir de allí.

Pero no quería irse solo.

Se puso en pie con torpeza.

Todavía lloraba cuando volvió a mirar por la ventana.

Una de las niñas clavó sus ojos en él.

Ella también sollozaba, pero por diferentes motivos.

Todo su pequeño rostro estaba ensangrentado y amoratado. Una de sus compañeras se había aferrado a ella. Alcanzó a ver que su espalda estaba cubierta de arañazos.

Se Jun apretó los dientes. Debía mantenerse firme para llevar a cabo lo que quería hacer.

Sacaría de allí a todas las chiquillas. Ya pensaría después en cómo justificaría que estuvieran desnudas y maltratadas. Quizás podrían refugiarse en casa de algún vecino hasta que viniera la policía.

No estaba seguro de nada. Pero saltó dentro. Y eso sobresaltó a la cría que le había mirado. Comenzó a patalear, pero Se Jun enseguida se hincó de rodillas, haciéndole señales para que guardara silencio.

Recordó de nuevo lo que había dicho César en el consulado, en referencia a los paquetes. No estaba seguro de la procedencia, pero mencionó Filipinas.

A Se Jun no le quedó más remedio que intentarlo.

—Kaibigan, tulungan^[5] —dijo como pudo. No sabía hablar tagalo^[6], pero al parecer escogió bien lo poco que recordaba.

La niña le miró asustada, pensando si hacia bien en confiar en él después de lo que había sufrido.

Desde aquella perspectiva, el desastre fue peor. Ciertamente, dos de las chiquillas habían fallecido, pero se equivocaron al suponer que serían las únicas, pues una más había dejado de respirar. A esa en concreto, siquiera se le diferenciaban los rasgos del rostro. Completamente desnuda, la sangre y la hinchazón de su piel habían engullido su vida.

Una cuarta niña se había desmayado y apenas respiraba. Tan solo llevaba un zapato y Se Jun se estremeció al ver la marca a fuego en uno de sus pequeños brazos. Era un número, trescientos nueve. La herida todavía estaba fresca.

Para cuando volvió a otear a las únicas chiquillas que parecían más conscientes, descubrió que a una de ellas, la que dormitaba en el regazo de su compañera, le sangraban las manos. Fruto quizás de haberse arrancado las uñas tratando de huir.

Tragándose todo el aturdimiento, miró en rededor en busca de algo con lo que poder cubrir a las chiquillas. Pero no había tiempo, tenía que salir de allí lo antes posible. Las voces se aproximaban con rapidez y cada segundo le robaba cualquier oportunidad.

Se acercó a una de las niñas.

—*Katahimikan* ^[7] —dijo antes de cogerla de las axilas y lanzarla a su torso.

La chiquilla se dejó llevar, liviana entre sus brazos. La sacó fuera por la ventanilla y la soltó suavemente al otro lado, más que listo para coger a su compañera. Pensó que moviéndose aprisa podría lograr salvar a las tres niñas que todavía respiraban.

Pero la cerradura chasqueó.

Si Se Jun daba un paso más, le cazarían, y llegados a ese punto no estaba muy seguro de lo que podrían hacerle. La muerte era la mejor de las posibilidades, teniendo en cuenta el desastre que le rodeaba.

Realmente no quería irse de allí dejando supervivientes. Pero no tuvo más remedio. Saltó al tiempo en que la puerta se abría.

Lleno de frustración y dolor cogió de nuevo a la chiquilla. Ella se aferró a él con desesperación. Ahora lloraba en silencio.

—Jefe, tenemos un problema. Solo hay cinco paquetes —escuchó decir a uno de los tipos—. Falta el trescientos doce.

—Mierda. ¡Encontradla, ahora! —gritó el superior, provocándole un escalofrío.

La respiración se le disparó. La niña se enganchó aún con más fuerza. Suponía que no entendía lo que los hombres habían dicho, pero sus voces la perturbaban.

Atemorizado, Se Jun se quitó la chaqueta, cubrió su pequeño cuerpo y la cogió en brazos, mirando a su alrededor. Deshaciendo los pasos que le habían llevado hasta ese lugar, supuso que podría tener una oportunidad. Así que no lo pensó demasiado.

Echó a correr.

La niña jadeaba con fuerza, su aliento trémulo resbalaba por su cuello. A Se Jun le costó incluso pensar. Tan solo pudo sujetar fuertemente a la cría y rogar por que sus piernas no le fallaran.

No miró atrás.

No pensó qué haría si lograba ponerse a salvo.

Esa maldita calle se le hizo de lo más eterna.

Capítulo 29

Siena

La herida en mi labio arde punzante mientras la respiración de Se Jun resbala por mi cuello; ha apoyado la cabeza en mi hombro y cerrado los ojos. La chiquilla ha vuelto a quedarse dormida.

Al tiempo, descubro que Franco y Cristianno han conectado muy bien. No han dejado de intercambiar impresiones durante el trayecto. Creo que el Gabbana sospecha que si deja de hablarle, los pensamientos empezarán a increparle, y no parece que quiera verle en esa tesitura.

Un rato más tarde, desembocamos en una explanada de asfalto, alumbrada por unas farolas de luz anaranjada. Ha caído la noche y en el horizonte se dibuja una línea de destellos, provocada por la silueta de los edificios de la ciudad de Sabadell.

Me centro tanto en la extraña nostalgia que me causa la imagen, que no reparo en el pequeño avión privado que nos espera. Tampoco en los cuatro vehículos que hay aparcados a unos metros de nosotros.

Frunzo el ceño. No me inquieta su presencia, pero me causa impresión la disimulada arrogancia que desprende.

Abro la puerta y bajo del coche al tiempo que Cristianno y Franco me siguen. El primero apoya los brazos en el techo y sonrío bravucón. El segundo prefiere analizar todo a nuestro alrededor.

Hasta que Santiago Lasarte decide abrir la puerta y dejar que los pies de Alicia asomen, ataviados con unos afilados zapatos negros. Los apoya en el suelo antes de salir del interior con una elegante imperiosidad que me sobrecoge. No está sola. Un hombre le acompaña y, por el modo en que busca al Gabbana, me temo que se trata de Silvano.

Cristianno golpea el techo, sobresaltándonos.

—Bien. En marcha —dice y se dirige hacia Se Jun para ayudarlo a salir. Le trata con una delicadeza asombrosa.

Franco me otea de reajo y espera a que rodee el vehículo y acepte su mano. Enredo mis dedos a los suyos antes de comenzar a caminar tras el Gabbana, que ya empieza a subir las escalerillas del avión.

Mientras tanto, Alicia se acerca a nosotros. Advierto entonces que no ha venido sola.

Blanca, Michel y Neus también están aquí, además de un equipo de defensa compuesto por una veintena de hombres. Imagino que para verificar nuestra seguridad antes del despegue.

Me detengo, analizando la firmeza con la que me observa mi madrastra conforme camina. El contacto de Franco se aleja del mío, y frota la parte baja de mi espalda unos segundos, antes de dirigirse hacia Blanca.

Supongo que él ha entendido, mucho antes que yo, que la señora quiere unos minutos a solas conmigo.

Ella se detiene a unos pocos centímetros de mí. Insiste en esa mirada que parece querer engullirme.

—Has interrumpido mi cena —dice en voz baja y segura.

—Lo siento —murmuro sin saber muy bien por qué.

Entonces ella titubea. Un pequeño fruncimiento. Ha sido tan imperceptible que creo haberlo imaginado, pero no es así. Porque Alicia detiene su atención en mi herida sangrante, y sus ojos canela se cubren de un brillo muy difícil de interpretar.

Trago saliva. No porque esté nerviosa, sino porque de pronto me siento pequeña e indefensa ante el escrutinio. Es tan poderoso que apenas puedo soportarlo.

Estoy a punto de alejarme, cuando de súbito Alicia levanta una mano. Sus dedos quedan suspendidos en el aire, muy cerca de mi mejilla. Tan concentrada está que no repara en el escalofrío que me invade. De haberla concretado, esta habría sido la primera caricia que me entrega.

Pero lo ha evitado, y no sé cómo demonios tomármelo.

«Quizás habría estado bien sentirlo», pienso y vuelvo a temblar al verla

echar un vistazo al avión.

Su hombro choca con el mío al pasar de largo en dirección a las escalerillas.

Me quedo quieta, observando la nada, notando cómo una vorágine de emociones descompone mi pulso.

Se supone que esta maldita mujer no es más que una distante madrastra, alguien que se ha pasado la vida esquivando mis pasos porque ninguno de ellos le ha importado lo suficiente como para prestarme atención.

Alicia nunca me ha querido, ni siquiera me ha apreciado. Jamás le he importado. No ha sido alguien malvado conmigo, pero tampoco ha sido amable. No nos une absolutamente nada. Ambas lo sabemos muy bien.

«Maldita sea, entonces ¿por qué me reconforta saber que está aquí, conmigo?».

Cierro los ojos. Los aprieto fuerte. Se me taponan los oídos. Tan solo puedo escuchar los latidos de mi corazón.

Jun-Ha.

Pensarle en este momento es lo que hace que me gire y mire el avión. Veo a Alicia terminar de entrar justo cuando empiezo a seguir su estela, y avanzo con decisión.

—Buenas noches, señorita Bornay —me dice la azafata en cuanto cruzo la puerta.

Asiento con la cabeza a modo de saludo. Todos han tomado asiento en sus respectivos lugares. Podría acomodarme en cualquiera, pero mi cuerpo oscila hasta el final, en dirección a la señora. Ella se ha cruzado de piernas y apoyado la cabeza en el enorme respaldo del asiento.

Pero no le sorprende mi decisión. Mantiene su postura, incluso cuando la azafata se acerca a verificar nuestros cinturones.

Se oye el chasquido de los altavoces.

—Señores pasajeros, les informamos que en breve iniciaremos el despegue —dice el comandante a través de la megafonía, al tiempo en que el avión comienza a moverse.

Continúa hablando, pero ya no puedo oír nada más. Porque toda mi

atención se pierde en el modo en que unas espesas lágrimas dibujan mis mejillas.

Trato de no prestarles atención. Me esfuerzo en imaginar el rostro de Jun-Ha frente a mí, negándome a llorar con una de sus caricias. Diciéndome en silencio que superaremos cualquier peligro juntos.

Sin embargo, algo más se cruza en el camino.

Un contacto muy suave y protector, que envuelve mi mano con una docilidad escalofriante.

Observo la fricción. Mis dedos clavados en el brazo del asiento, poco a poco se aflojan y aceptan la caricia, como si hubieran estado esperando por ella toda la vida.

Alicia no mira. Ha cerrado los ojos y continúa con la cabeza recostada en el asiento. El avión empieza a acelerar, pronto nos elevaremos, y yo ni siquiera soy capaz de asumir que mi madrastra está tratando de consolarme.

Ese hecho hace que la intensidad del llanto golpee mis ojos. Quiero llorar como un niño perdido.

Pero lejos de hacerlo, me aferro a esa mano, y debe de ser un acto terriblemente importante para Alicia, porque ahora me mira como lo haría una madre.

—Seguiré preguntando quién eres —suspiro bajito.

—Y yo seguiré respondiendo con hechos —dice con moderación.

Entonces, me pierdo en su mirada e insisto en ella aun cuando la fuerza del despegue nos hunde en nuestros asientos.

Capítulo 30

Jun-Ha

El agua cae tan ardiente del grifo que ha empezado a quemarme la piel. Pero lejos de resultar doloroso, me parece una sensación tremendamente reconfortante.

Aprieto los dientes. Noto el enrojecimiento abrasador de mis hombros. Los jirones de jabón y agua que resbalan por mi pecho y mi espalda, estremeciéndome.

Estarían bien que esta ducha sirviera para algo más que limpiarme. Si fuera capaz de borrar las huellas de tanto mal, quizás estaría mucho más cómodo en mi propio cuerpo.

Sin embargo, hay algo que me sorprende. La ausencia de remordimientos ante el haber cometido un crimen. Tampoco creo que vaya a sentirlos en el futuro. Tan solo temo que Siena lo descubra y lo aborrezca.

Esa preocupación es lo que no me ha dejado dormir.

Corto el agua. Salgo de la ducha. Seco mi piel. Cada una de estas acciones las ejecuto como si fuera un autómata.

Pensar en Siena cuando no la tengo a mi alcance, hace que mis emociones se descontrolen demasiado. Me he acostumbrado a mirar a mi alrededor y toparme con su precioso rostro. Toda ella es una necesidad esencial en mi vida.

Cojo aire antes de salir del baño y encaminarme a la cocina. Encuentro a Tae Jin comiéndose una tostada.

Me mira atento.

—He estado a punto de convocar un operativo de rescate para sacarte del baño —bromea sin dejar de masticar.

—Suerte que has sido paciente.

Me acerco a la encimera para servirme un poco de café.

—¿Te has lavado bien las pelotillas, compañero?

—No seas marrano —sonrió tomando asiento frente a él.

Le doy un sorbo a mi taza sin quitarle ojo a mi amigo.

—No has dormido, ¿cierto?

Lo afirmo en silencio. La falta de sueño no es algo que me haya afectado solo a mí. Él también tiene un rostro más pálido y agotado de lo normal.

—¿Siena?

Suspiro y desvío la mirada. Todavía me cuesta asumir que se trata de la misma mujer con la que él se cruzó en el aeropuerto.

—No voy a comentar contigo ninguno de mis pensamientos sobre ella —asevero.

—¿Por qué? ¿Crees que podrías herirme?

—¿Podría? —Alzo las cejas y vuelvo a clavarle la mirada.

Lo último que quiero es hacerle daño.

—No —sentencia y, tras un instante, me regala una sonrisa—. Fue un día precioso, ¿sabes? Ya te lo conté, aquella sonrisa iluminó toda la maldita terminal. —Lo sé bien. Tae Jin no dejó de hablar de ella—. De todas las chicas con las que he hablado, Siena ha sido la única que me ha hecho sentir tan cómodo. Tiene una capacidad fascinante, y además es preciosa. —Se cruza de brazos sobre la mesa y se inclina hacia mí para hablar en voz baja—. Pero no soy yo quien estuvo con ella dentro de ese campo de concentración. Ni tampoco quien ha arriesgado su vida por salvarla.

Tengo un fuerte escalofrío al tiempo en que mi mente salta al instante en que Siena y yo nos miramos por primera vez. Atada a ese poste, con los labios cuarteados y las mejillas amoratadas. Con el cabello entorpeciendo la visión de unos ojos tan verdes como asustados.

Esa mirada me atravesó con tanta violencia que tuvieron que empujarme para seguir caminando.

Trago saliva y pestañeo un par de veces tratando de recomponerme. Sé que Tae Jin se ha dado cuenta de mis pensamientos.

—Probablemente lo habría hecho de estar en tu lugar. —No me cabe la menor duda. Este hombre es alguien leal y con demasiado honor. Acerca su mano a la mía—. Pero no puedo poner mis sentimientos por encima de los tuyos, porque no están a la altura. No podemos comparar una simple atracción con algo tan grande. ¿Entiende eso, capitán?

Me estremece cada una de sus palabras.

—No me llames capitán, Tae Jin. —Me aferro a su mano.

—Ca-pi-tán.

—Descarado. —Sonreímos, y enseguida cojo aire—. Yo... Trato de ser alguien pausado y comedido. —Agacho la cabeza, me cuesta mucho seguir hablando—. Pero cuando estoy con ella temo... descontrolarme. Los sentimientos que me despierta no son fáciles de contener.

—Nadie te ha pedido que los contengas —exclama Tae Jin—. Si tienes que amar, ama conforme necesites hacerlo. Con furor, con parsimonia. Como te dé la real gana, Jun-Ha. —Frunce el ceño—. Joder, se me hace raro llamarte así.

Vuelvo a sonreír.

—Gracias, Tae Jin.

Da un golpe en la mesa.

—¡Estoy flipando! El capitán enamorado como un adolescente. ¡Ja! Debería haberte traído las pulseras antes.

Esa maldita pulsera de la suerte que me obligó a aceptar...

Pongo los ojos en blanco al tiempo en que Kim Jae aparece y se acerca a nosotros con una tableta en la mano. Tiene una expresión de tensa felicidad. Lo que me indica que nuestras suposiciones se han hecho realidad.

—Chicos. Lo tenemos. Han picado justo como creíamos. —Suelta la tableta para que podamos echarle un vistazo al contenido.

Pero soy yo el único que observa.

Tae Jin está más concentrado en mi hermano.

—Qué guapo eres, coño —le dice.

—Vete a la mierda. —Kim Jae le suelta un pequeño empujón y toma asiento a su lado.

Creo que siguen bromeando, pero ya no presto atención, porque toda ella se la lleva el informe de la fiscalía sobre la muerte del coronel Shin.

Al hacerle escribir una carta de suicidio, nuestro objetivo era poder tenerla escrita de su puño y letra. Hemos guardado la original, y dejado una copia en la habitación sabiendo que esa declaración será eliminada y jamás verá la luz.

Repercusión mediática contenida y ninguna reacción en los organismos. Tan solo un escueto informe de la fiscalía, en el que se expone el suicidio del capitán Shin con claras suposiciones sobre un posible asesinato. Van a comenzar con una investigación interna. Pero ni rastro de la carta.

Sin embargo, eso está bien. Es lo que buscábamos. Porque de este modo sabemos quiénes son los *limpiadores*. Les llamamos así a aquellos que no están involucrados de forma activa, pero trabajan para eliminar las huellas de cualquier rastro que perjudique a los peces gordos.

Ellos no saben que ahora tenemos sus nombres y que vamos a perseguirles.

—Convocad una reunión —digo sin apartar la vista de la tableta—. Es hora de ponerse en marcha.

Pero ni siquiera tenemos tiempo de asumir la orden que he dado. El agente Han irrumpe con el rostro pálido y una mueca preocupada. Es una actitud que no augura nada bueno.

—Hemos perdido la comunicación con Barcelona —dice asfixiado, y de pronto siento que el suelo ya no es tan estable como hace unos segundos.

Kim Jae es el primero en echar a correr.

Capítulo 31

Siena

Hay bastante silencio en el *jet* cuando abro los ojos.

Blanca se ha llevado a la niña a la habitación con la ayuda de Neus; le ha administrado un relajante porque no dejaba de llorar y gritar.

Se Jun se ha quedado dormido junto a un Franco que observa el techo, perdido en sus pensamientos.

No veo a Alicia, ni a Santiago o Michel. Tampoco hay rastro de Silvano y su hijo. Y la sangre de mi amigo comienza a secarse en mis manos. Estoy tan agotada que no me creo capaz de levantarme de mi asiento. Pero me obligo a ello, y camino taciturna hacia el baño.

Apenas llevamos una hora de vuelo y casi me parece que ha pasado una eternidad desde que llegamos a la morgue. El rostro de Cha Moon Sik no deja de reproducirse en mi mente. Frío, pálido, mostrando una macabra expresión de calma.

Entro al baño, me apoyo en el lavamanos y me miro al espejo. También tengo rastros de sangre en las mejillas y en la frente. La herida en mi labio late tremendamente vívida.

Pero no me duele.

Hay cosas mucho más dolorosas que una simple magulladura...

Aprieto los ojos. Todo lo ocurrido me ha sensibilizado enormemente. Me cuesta mucho menos imaginar a Jun-Ha.

Recordarle...

Lleva una estropeada camisa gris y unos pantalones algo más oscuros. Unas zapatillas viejas y agujereadas. Rastros de sangre en la tela. Tiene el cabello pegado a la frente, apenas puedo ver sus ojos. Sus manos han formado un puño, las mejillas enrojecidas y heridas. Mueve los labios.

«No tengas miedo», me dice, y aunque es difícil dejar de sentirlo, algo de mí obedece y logro contener el temor, ahora que sé que él está cerca.

Escucho un chasquido tras de mí.

Sobresaltada, abro los ojos. Descubro que continúo en el baño de este *jet* y que mi memoria no deja de liberar recuerdos.

Se abre la puerta. Limpio rápidamente las lágrimas que se me han escapado un instante antes de ver a Alicia.

Me quedo muy quieta, conteniendo el estremecimiento que me produce verla.

—Siéntate —me ordena mientras ella se acomoda en el bordillo de la pequeña bañera.

Abre el grifo, coge una toalla y la humedece. Después captura una de mis manos y, con metódica delicadeza, comienza a limpiar los rastros de la sangre de Se Jun.

Tiemblo.

—No es necesario que...

—Quiero hacerlo —me interrumpe, evitando que me aleje.

Trago saliva y me concentro en sus maniobras, observando su rostro de reojo. Alicia sabe que la estoy analizando, pero no le incomoda. Todo lo contrario, parece terriblemente satisfecha.

—Tu relación con los Gabbana... —aventuro.

No creo que haga falta decir mucho más para que ella entienda la pregunta completa.

Debe de tener una fuerte conexión con ellos si, con tan solo descolgar el teléfono, logra tener a los regentes de la familia más importante y poderosa de Italia. Me extraña que mi padre apenas sepa de ello.

—No comparto mis amistades —confiesa.

—¿Por qué?

—Porque hacerlo hubiera significado que confío en él.

Eso me lleva a pensar que la señora se ha pasado la vida creando sus propias vías de escape en caso de extremo peligro; una zona de seguridad que

le garantice la supervivencia.

Me aturde saber que yo misma he sido su detonante para recurrir a ello.

—¿Cuándo dejaste de confiar? —susurro, y ella se detiene un instante. Trata de disimular su inquietud enjuagando la toalla.

La sangre se escapa por el desagüe.

—Hay cosas que es mejor no decirles...

—¿Aunque quiera saberlas?

—Querer y necesitar son términos muy diferentes. Creo que esa información no es necesaria en tu vida.

—Sin embargo, aquí estoy, dentro de este avión que me aleja de mi padre porque también desconfío de él —espeto acercándome un poco a ella—. Para experimentar tal sentimiento, he tenido que ver cosas. Cosas que quizás tampoco eran necesarias. ¿Cuáles viste tú?

Nos miramos con fijeza. Reconozco en sus pupilas la disputa que alberga su interior. Quiere hablar, quiere contarme cualquier cosa. Pero duda. Y empiezo a creer que no es por mí, sino por ella misma. Quizás guarda más sufrimiento de lo que parece.

Frota mis manos un par de veces más y coge un bote de crema que hay en el mostrador. Esparce un poco de contenido sobre mi piel y lo extiende hasta hacerlo desaparecer. Cada uno de sus movimientos es lento y un tanto tierno. Me confortan demasiado.

—Puede que te lo cuente cuando esté segura de que has descansado —admite antes de ponerse en pie—. He terminado.

Me llevo las manos a la frente. Realmente me siento agotada, pero ahora una parte de mí está de sobra estimulada. Acaba de despertarse un fuerte interés por saber más de esta mujer.

Salgo del baño tras ella, y observo cómo se encamina hacia una pequeña sala. He alcanzado a ver que Michel y Santiago están allí dentro, junto a los Gabbana.

Me dispongo a regresar a mi asiento, pero mis pies cambian de rumbo y me llevan hacia la habitación donde duerme la chiquilla.

Al deslizar la puerta, descubro a Blanca, que lee un libro frente a la cama,

mientras que Neus se ha quedado dormida junto a la cría.

La psiquiatra me mira por encima de las gafas y me regala una bonita sonrisa.

—Parece que has logrado tranquilizarla —murmuro, señalando a la niña.

Blanca deja el libro y las gafas sobre una mesita.

—Lamentablemente, he tenido que inyectarle un sedante para lograrlo. — Se pellizca el entrecejo. El dolor de un niño puede superar a cualquiera.

—Se Jun dice que la encontró junto a otras cinco niñas. Que apenas pudo rescatarla... ¿Qué crees que le hicieron? —Aunque es fácil suponerlo con tan solo echar un vistazo a las heridas.

—Saberlo no cambiará el resultado. —Una respuesta que sirve también para contestar alguna de mis inquietudes.

Blanca sabe que en el fondo quiero aferrarme a ella, porque sus habilidades son lo único que me separan de mi memoria.

Ahora que el silencio se ha cargado de una calma forzada y que el peligro parece pausado, creo que es buen momento para encontrar el modo de despertar de mi amnesia.

—Es cierto... Pero... En mi caso, facilitaría las cosas —admito.

Necesito dar con mis recuerdos para poner a salvo a la gente que amo. No soporto la idea de haberme separado de Jun-Ha, de saber que han estado a punto de matarle, de tener a mis amigos sufriendo tanto.

Creo que puedo salvarles, y salvarme a mí misma.

—Me apetece algo caliente —comenta Blanca saliendo de la habitación. No lo ha dicho con palabras, pero ha sido una invitación a seguirla.

Nos encaminamos hacia la cola del *jet* y tomamos asiento en una de las mesas, una frente a otra, esperando a que la azafata nos sirva un té caliente.

En cuanto lo hace, tomo un sorbo.

—¿Conoces el Síndrome de Falso Recuerdo? —inquire Blanca, cruzándose de manos tras haber bebido. Niego con la cabeza—. Cuando Franco me llamó e insistió en que necesitabas terapia porque padecías una amnesia disociativa, enseguida supe que no sería sencillo de tratar. Ese tipo de

amnesias son causadas por una exposición a algún suceso fuertemente traumático. —De pronto, pienso en el doctor Murasaki. Él ya lo sugirió, hablando con el mismo tacto que Blanca está empleando ahora—. La terapia en este tipo de casos debe centrarse en la recuperación emocional, y no cognitiva. De lo contrario, surge la posibilidad del falso recuerdo.

»Motivarte a recordar mediante terapias como la hipnosis, puede ser contraproducente. Crear un entorno sugestivo que te incite a evocar tus recuerdos aumenta la probabilidad de distorsión.

Inquieta y con los ojos aún clavados en ella, empiezo a entender su objetivo.

—Temes que me exponga a un estrés emocional mayor del que padezco —reconozco, y en cierto modo me impresiona que la doctora tenga tan en cuenta mi integridad. Me está protegiendo de mí misma.

—Las respuestas emocionales que puedes tener se prevén graves, Siena —expone con terrible calma—. Estás ante una situación que motiva pensamientos demasiado destructivos. La imaginación juega un papel muy importante aquí.

—No quieres que recuerde —sonrío con tristeza al tiempo en que la humedad comienza a nublar mi vista.

—No quiero provocarte el recordar —matiza casi en un susurro—. Hay pacientes que con el tiempo han recuperado la memoria parcial o incluso completa sin necesidad de motivar. Si debes recordar, lo harás. De lo contrario, es mejor afrontar el trauma.

—Es invisible —mascullo entre jadeos—. No sé a qué tipo de heridas me enfrento, pero están aquí —me señalo el pecho— y apenas me dejan respirar. Siento que, lo que sea que haya vivido, me ha cambiado. ¿Cómo demonios me pides que afronte un trauma que no conozco?

En realidad y aunque lo parezca, no estoy enfadada con Blanca. Ni siquiera deseo oponerme.

Confío en su criterio.

Pero la impotencia es desbordante, y ella lo sabe.

—¿Entonces esperas tener la fuerza necesaria para enfrentarte a lo que sea

que recuerdes? —me desafía—. Siena, la presión puede desencadenar una memoria inconexa.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque sientes desesperación —sentencia con rudeza.

Nuestras miradas clavadas la una en la otra, de pronto no existe nada más. Hasta que sus dedos trepan por los míos, logrando que el calor que desprenden me reconforte hasta suspirar.

—Necesitas irremediablemente una respuesta y tu mente la producirá en pos de convencerte y ayudarte a resistir. No pienso someterte a esa posibilidad. Es mucho más destructiva que todo esto.

Agacho la cabeza al tragar saliva. Algunas lágrimas caen sobre la mesa.

—Jun-Ha... está expuesto al mismo dolor.

Sigo pensando que no es justo que él y su hermano lo recuerden todo, porque también están cargando con mis tormentos. Mientras que yo no puedo hacer nada.

—Entonces, no le produzcas más —propone Blanca—. Ya has visto de lo que es capaz por ti. Facilítale el camino.

Es una buena opción. Tan buena que se equipara a mi necesidad de recordar. El bienestar de Jun-Ha es uno de mis mayores objetivos. Si me centro en ello, es probable que esta presión que me persigue, desaparezca.

Tras la conversación, he regresado a mi asiento, y me pierdo en mis pensamientos hasta que el comandante avisa de la llegada a Roma.

Me abrocho el cinturón al tiempo en que Alicia vuelve a sentarse junto a mí. Esta vez siquiera nos enviamos una ojeada disimulada. El *jet* comienza con un descenso suave mientras miro por la ventana y reconozco la capital de Italia con cierto respeto.

—Le tengo un profundo cariño a Roma. —La voz de Alicia me inunda con firmeza—. Esta ciudad conoce todas las versiones de mí, incluso las que ya no existen. —Me mira de reojo, mostrándome una sonrisa triste—. Si tenía suerte y era niña iba a llamarla Siena. —Se me corta el aliento—. Pero esa niña y su madre murieron la noche en que papá decidió dejar de ser un buen hombre.

—Ibas a ser madre... —jadeo.

—Ahora tendría unos veinticinco.

Las ruedas del avión impactan en el asfalto.

Alicia ha mencionado las palabras suficientes como para hacerme enmudecer. Realmente, quiero poder pronunciar cualquier cosa, pero no puedo. Mi voz no quiere salir, y las dudas son tan densas que apenas puedo enumerarlas.

El avión se ha detenido. Todos han empezado a moverse en dirección a la salida. Silvano será el primero en salir. He alcanzado a escuchar que alguien nos espera fuera. Pero yo no puedo moverme, ni siquiera cuando veo a Alicia ponerse en pie y ajustarse la chaqueta de su traje.

Después, me observa.

Lo sabe. Sabe el caos que habita en mi mente y lo mucho que me ha herido su confesión. Pero también me muestra una de esas versiones de las que habla, esa que protege lo que respeta.

—¿Fue él? —Alcanzo a preguntar, rogando casi al borde de la locura que no mencione su nombre.

—Nunca hubo otro. —Y cierro los ojos notando el corazón en la maldita garganta—. Dime, Siena, ¿es necesario? ¿De verdad, lo es?

Lo entiendo.

La señora me está poniendo a prueba, me permite elegir, soltando información, poco a poco, para saber si estoy preparada.

Pero lo cierto es que nunca lo estaré, aunque me entrenen para ello. Debo experimentar esto si deseo mirar a mi alrededor y reconocer el terreno. Tengo derecho a saber en qué clase de mierda me he criado.

Me pongo en pie.

—Sí —sentencio, y ella titubea.

Hubiera preferido que me negara.

—Señora Duarte... —interrumpe amable la azafata.

Nos dirigimos a la salida.

Por encima de los hombros de Alicia, puedo ver varios coches y una ambulancia, además de un grupo de personas que saludan a Silvano.

Empiezo a bajar la escalerilla tras los pasos de mi madrastra. Observo a Thiago llevar a la niña entre sus brazos antes de que una joven se acerque a él.

—Blanca Santos —se presenta la psiquiatra entregándole una mano.

—Kathia Materazzi —dice la joven en un castellano recio, aceptando el apretón, y enseguida atiende a la niña.

Tengo un escalofrío al reconocerla.

Sé poco de ella, pero hubo un tiempo en que no dejaba de copar los periódicos de Italia. Estuvo implicada en la investigación policial más grande jamás llevada a cabo en el país, con la que se llegó a desarticular la red mafiosa capitaneada por dos importantes familias. Creo recordar que Angelo Carusso y Valentino Bianchi fueron abatidos durante sus detenciones.

O eso dicen...

—De acuerdo, doctora Materazzi —comenta Blanca sabiendo que Kathia escuchará aunque no mire—. Le he administrado un sedante y practicado una rápida examinación. Presenta signos de violencia sexual, además de varias fracturas y fuerte dificultad respiratoria.

—Tiene varias costillas rotas —dice entre dientes—. ¿Edad aproximada?

—Unos seis años, puede que menos.

—Mierda. Tumbala, Thiago. —El hombre obedece colocando a la niña sobre una camilla que han preparado los enfermeros—. Se ha mordido la lengua. Constantes bajas. Quiero oxígeno.

—Le colocaré una vía —añade otra joven de cabello negro, y aunque habla en italiano, no me cuesta entenderla—. Muestra signos de deshidratación.

—Bien, subidla a la ambulancia y avisad a la central. Nos vamos.

Blanca sigue a la joven morena, se irá con ellas.

Me acerco a Se Jun, que todavía sigue aletargado sobre los brazos de Cristiano, y cojo su mano. Franco me mira con tristeza, ni siquiera se atreve a mencionar algo.

Rápidamente, se nos acerca Kathia e inspecciona las pupilas de mi amigo. —Hola, guapetón —le dice con ternura.

—Hola —balbucea él, conteniendo un ramalazo de dolor al sentir las

manos de la joven doctora.

—Tiene la clavícula desencajada —confiesa ella—. ¿Sangrado?

—Continuo —responde Cristianno.

—Bien, te vienes conmigo.

Entonces me mira. Pasa su atención de Franco a mí con rapidez. En realidad, no se interesa por nuestra presencia, sino por las heridas que tenemos.

—¿Y esas contusiones?

—No es nada —admito.

—Tan solo unos golpes. No hay de qué preocuparse —corrobora Franco.

—¿Seguro? —No parece aliviada—. De todas formas, mandaré que os echen un vistazo. —Coge a Se Jun antes de mirar a su novio—. Te llamaré después, ¿vale?

—De acuerdo, cariño. —Cristianno le da un rápido beso en los labios y deja que se adentre en la ambulancia.

—¿Podemos ir con él? —pregunto un tanto aturdida.

—Será mejor que os quedéis con nosotros.

Quiero oponerme y decirle que no sé muy bien qué hago aquí, qué haré mañana, cuándo veré a mi Jun-Ha.

Creo que Franco se siente un poco como yo. Porque me abraza arrastrando una fuerte pesadumbre que apenas nos permite mantenernos en pie.

Capítulo 32

Franco

Finjo entereza. Debo hacerlo si quiero que Siena encuentre en este contacto todo lo que ahora necesita.

Cierro los ojos y los mantengo apretados incluso cuando Cristianno apoya sus dedos sobre mi hombro. Me dan un apretón sutil y bastante reconfortante antes de alejarse.

Es bueno haberle conocido, realmente es un gran chico, pero el Gabbana sabe bien que la compañía de personas increíbles no basta en una ocasión como esta.

Sigue faltándonos esa parte tan esencial...

«Kim Jae... Creo que ahora ya no me importaría que me hicieras daño. Estaría bien si con ello puedo verte, aunque sea un instante».

—Alicia Duarte. —Busco esa robusta voz, y desvío la vista hacia el grupo de hombres que hay a unos metros de nosotros.

—Enrico Materazzi —dice la señora, bastante serena.

He notado que se siente terriblemente cómoda desde que hemos llegado a Roma.

Ella acepta el apretón de manos del Materazzi antes de que este se lance a por Michel; se abrazan dándose, golpecitos en la espalda. A continuación, saluda a Santiago. Me sorprende que él también esté tan aliviado.

Los Gabbana parecen personas afectuosas, que deben de tener en muy alta estima a mi amigo, a la señora y a su segundo. De lo contrario, dudo que lo hayan paralizado todo por nosotros.

—Es una sorpresa tenerte aquí esta noche —añade Enrico—. Disculpa que me alegre vuestra visita.

—Perdonado estás —comenta Alicia.

—Hemos preparado todo. Os hospedaréis en mi casa, ¿de acuerdo? Además, no será un problema trabajar allí. —Centra su atención en Michel, dado que comenta un detalle que le atañe a él más que a cualquier otro—. He pedido que trasladen el equipo de Primaporta a una de las salas. Tienes a Valerio organizándolo todo.

Mi amigo sonrío orgulloso, y aunque parece agotado, casi puedo ver las ganas que tiene de ponerse a funcionar junto a estos hombres.

—Ese es mi chico —bromea Michel.

—No me parece buena idea, Materazzi —interrumpe Alicia—. Preferiría hospedarnos en un hotel.

Es curioso. Ella misma ha sido quien ha recurrido a los Gabbana en busca de apoyo ahora que le han desprovisto de su única arma de defensa. Pero tampoco quiere aprovecharse. Lo que me muestra a una mujer muy poco acostumbrada a depender de la gente o a la ayuda incondicional.

—Ya sabíamos que dirías eso, pero no pienso prestar atención —contradice Enrico—. La mansión dispone de mucho espacio y seguridad. Así que no debatiremos sobre ello.

—Silvano...

—Alicia, estás en Roma —le dice su viejo amigo, cogiéndole la mano—. ¿Debo recordarte lo que eso significa?

Se miran fijamente hasta que la señora asiente con la cabeza y libera el aliento. Me recuerda a una niña siendo protegida por su padre. Ese hombre debe de conocer muy bien los secretos de la Duarte.

—Vamos, necesitáis descansar —aconseja Enrico—. Además, tenemos mucho que hacer.

De pronto, me mira y se aleja del grupo para venir hacia nosotros. Siena le ha clavado la mirada y estudia cada uno de sus movimientos.

Al terminar de acercarse, ella esconde su rostro en mi pecho.

No es un gesto miedoso, sino agotado. Ahora mismo no tiene fuerza para hablar con nadie. Siena es del tipo de persona que prefiere el silencio.

—Encantado, señor Alemany —me dice Enrico, extendiendo su mano.

—Lo mismo digo, señor Materazzi. —Acepto el contacto.

—Quiero estar con Se Jun —rezonga Siena al mirarme—. No me parece bien dejarle solo.

—Tu amigo estará bien, Siena —añade el italiano, captando la atención de mi pequeña compañera.

—No lo pongo en duda. Pero acaba de perder a su padre y casi le matan. Lo adecuado sería estar a su lado.

Al decirlo todo en una sola frase, su contundencia es tan rotunda que casi me marea.

Enrico asiente con la cabeza, conoce demasiado bien este tipo de situaciones.

—Creo que él no estaría de acuerdo con que su amiga esperara en un pasillo, manchada con su sangre —le advierte con mucho más tacto del esperado—. Suponiendo vuestra amistad, seguro que él preferiría saberte descansando. No le ayudas agotada.

—Lleva razón, Siena —confirmo.

Ella cierra un instante los ojos.

—Confía en nosotros —comenta Enrico frotándole un brazo—. Estará bien, y mañana mismo podrás verle.

Aunque no es algo que desea hacer, Siena termina aceptando.

Sigue los pasos de Enrico hacia una furgoneta negra que hay cerca, consintiendo el abrazo que Michel le entrega antes de subir.

—Hola —dice un joven que aparece de pronto a mi lado—. Me llamo Eric Albori.

Tiene una expresión ilusionada y unos ojos juguetones.

—Franco Alemany —me presento.

—He leído todos sus artículos, ¿sabe? —Oh, vaya, un seguidor—. Decidí estudiar español solo por usted. Es realmente increíble, y una gran inspiración para mí. Además de guapo. Supongo que se lo dicen a menudo. Todo, quiero decir. No solo lo de guapo.

Este muchacho me arranca una tímida sonrisa.

—Muchísimas gracias, es realmente gratificante. —Miro a mi alrededor. No creo que este sea el mejor momento para haberme presentado. Voy hecho un desastre—. Lamento todo esto...

—No tiene nada que lamentar. —Niega con las manos—. Esta familia está acostumbrada a este tipo de contratiempos, ya me entiende.

Creo que sí. La mafia sabe muy bien cómo manejar la acción.

—¡Tú! ¡Maldita sabandija! —grita alguien—. ¿Tienes la poca vergüenza de ponerte a ligar mientras estoy presente?

—Ignórale —sonríe el Albori al tiempo que unos chicos, entre los que se incluye Cristianno, se descojonan de la risa.

—¡Eric! —Vuelve a gritar el tipo. Concreto entonces que se trata de alguien cercano al Gabbana, porque este le ha empujado hacia el coche con total confianza.

—Es un poco impulsivo, ¿sabe? —me declara Eric, confirmando que se trata de su pareja—. Pero luego es un pedacito de tiramisú. Se queda dormido si le acaricias el pelo detrás de las orejas, como un gatito.

Contengo una risita.

—¡No cuentes nuestras intimidades! —exclama su novio desde la ventanilla. Eric echa a correr hacia él y le da un corto beso.

Cojo aire.

De pronto, me he quedado muy quieto, con los pies clavados en el asfalto, pesándome una tonelada.

Casi todo el mundo ha subido a los vehículos. Apenas queda gente por entrar.

Pero yo no puedo moverme, y miro mi entorno sin saber cómo sentirme. Bien, mal, desolado, perdido, a salvo.

Puede que un poco de todo.

—Periodista.

Siento un fuerte escalofrío. Así es como me llama Kim Jae, y le busco porque a veces soy un iluso y creo en las fantasías.

Cristianno me sonríe con amabilidad al recibir mi conmovida atención.

Trato de disimular las reacciones.

—Debe de ser importante... —susurra él, comprensivo.

—Lo siento, yo...

—Tranquilo. —Me guiña un ojo—. ¿Vamos?

Le sigo, notando unos calambres en las piernas.

Siena

El interior de esta furgoneta me recuerda a una limusina. Los asientos están distribuidos unos frente a otros en forma de semicírculo, y en su interior estamos diez personas, sin contar al piloto y su acompañante.

Me ha tocado el asiento de la ventanilla. Lo cual es bueno porque he podido aovillarme y centrar toda mi atención en las preciosas calles romanas.

Siento una pequeña burbuja de ansiedad flotando en mi vientre. Me oprime y hace que contenga el aliento.

Entonces, sucede de nuevo.

Lo veo.

Un barracón.

Estoy tendida en un futón, hace bastante frío. Pero solo lo padezco yo, porque las mujeres que duermen a mi alrededor parecen sentir lo contrario.

Noto un ligero escozor en los dedos y un fuerte pinzamiento en las rodillas. Me sorprende saber a qué se debe. Tengo magulladuras por todo el cuerpo. Algunas de ellas han supurado y manchado la tela de mi indumentaria.

Realmente no quiero ver esto, pero ya es demasiado tarde para evitarlo. El recuerdo me atrapa por completo y me envía al instante bruscamente.

Al incorporarme, me froto los brazos para entrar en calor. Advierto que somos demasiadas personas en un lugar tan pequeño, me falta incluso el aire, y tengo sed, mucha sed.

De pronto, escucho unos ruiditos. Son muy sutiles y provienen del exterior. Debería asustarme, como lo hace todo en este lugar. Pero causa el efecto contrario. Estoy incluso al borde de emitir una pequeña sonrisa.

Con el paso de los días he aprendido a reconocer esa señal.

Muy despacio, me pongo en pie. El suelo es de madera desgastada, cualquier paso en falso podría despertar a alguien. Tengo miedo de las represalias. Sin embargo, continúo caminando porque sé que, tras ese sonido, me espera él.

Me asomo por uno de los ventanales. Es un punto ciego tanto para el interior como para el exterior. Así que no corremos peligro. Al menos durante unos minutos.

Al ver su precioso rostro buscándome en la penumbra, siento que la perfección puede hallarse incluso en este destructivo rincón del mundo. Que sea sano haber descubierto ese sentimiento entre maltratos y violencia, ya no me importa.

Él es... todo lo que siempre he deseado.

—Supuse que estarías despierta —murmura cruzando los brazos sobre el alfeizar.

—No deberías estar aquí después de haber sido encerrado —comento bajito acercándome a él.

—Pero...

—No puedo evitar alegrarme. —Cierro los ojos y apoyo mi frente en la suya—. Estaba asustada.

Siento su mano recorriendo mi mejilla. Me produce un escalofrío que me lleva a apoyar mis labios en su palma y clavarle una mirada casi desesperada. Porque quiero besarle, porque quiero amarle hasta la extenuación y sé perfectamente que no está bien sentirlo cuando nuestras vidas se han convertido en el entretenimiento de unos psicópatas.

Acaricia mi labio con su dedo pulgar.

—Voy a llevarte lejos de aquí —murmura. El calor de su aliento impacta en mi boca.

—¿Y después?

—Te besaré hasta que olvides tu nombre. No llores, por favor...

Es una suerte que alguien se haya dado cuenta de la magnitud de mis pensamientos y me arrastre de nuevo a la realidad.

Michel ha retirado una lágrima de mis mejillas. Me observa con fijeza, y le permito ver lo que ha reproducido mi mente. Él tuerce el gesto apesadumbrado. Entiende que todo mi cuerpo reclama a Jun-Ha con impaciencia. Que la debilidad que siento ahora me empuja a ver los pedazos de un dolor que todavía desconozco.

Me aferro a su mano. Creo que si lo hago, si la mantengo pegada a mí, no volveré a caer.

Franco

La que fue la mansión Carusso se muestra ante nosotros con un aspecto muy diferente al que recuerdo por los reportajes.

Ya no parece la residencia de un obsesionado con la ostentación excesiva. Sino el acogedor hogar bien avenido de una reputada familia.

La instaurada mansión Materazzi.

Nos abre la puerta la esposa de Silvano, que rápidamente se lanza a la Duarte, fundiéndose en un abrazo realmente conmovedor.

—¡Alicia! ¿Cómo estás, querida? —dice la mujer.

—Buenas noches, Graciella. Lamento mucho todo esto.

—Detente. No sabes cuánto me alegro de verte.

Un par de mujeres más se les une.

—Estábamos tan preocupadas —comenta una de ellas, la más joven—. Normalmente no llamas...

Continúan hablando en el porche, pero las dejo atrás al seguir a Enrico hacia el vestíbulo, donde nos espera una joven de media melena castaña y ojos grises.

—Os presento a mi esposa. Sarah Zaimis —dice el Materazzi apoyando su mano en la espalda de su mujer.

Su cálido rostro se ilumina con una sonrisa antes de acercarse y darnos un par de besos.

—Adelante pasad, estáis en vuestra casa —nos dice guiándonos hacia el

salón central.

Nos señala el sofá para que tomemos asiento, y lo aceptamos moviéndonos un tanto taciturnos mientras ella coge una caja de primeros auxilios que hay en la mesa. Nos sonrío al tiempo que prepara los utensilios necesarios para una cura.

—Estas cosas se le dan mejor a Kathia, pero lo haré lo mejor que pueda — comenta al acercarse a Siena.

Con mucho tacto, comienza a curar la herida en su labio. Sé que le duele, pero no se queja. Simplemente se centra en la dulce expresión de Sarah con ojos húmedos.

Enrico, mientras tanto, se acomoda en el sofá que hay frente a nosotros.

—Vaya, eres una chica fuerte, ¿eh? —murmura la mujer, tiernamente, echándole un vistazo a su esposo—. No como alguien que yo me sé...

—Oye... —Enrico frunce el ceño—. Tuvieron que darme puntos, ¿sabes? Cuatro para ser precisos. Suerte que no me ha quedado cicatriz. —Sonrío con disimulo porque me parece muy entrañable el modo en que bromean.

—Se desmayó estrepitosamente —le dice Sarah a Siena, como si fuera un secreto. Ha logrado provocarle una sonrisa—. Por su culpa casi doy a luz a nuestra hija en el coche.

Enrico, aunque lo ha escuchado, ya no parece pendiente de la conversación. Hay algo que ha llamado su atención fuera de este salón.

Sigo su mirada hacia el pasillo y veo a un niño montado en una bicicleta. No es alarmante si ignoro a la pequeña niñita que hay metida en la cesta que cuelga del manillar.

Toda emocionada, la cría mueve el torso de un lado a otro con el objetivo de aumentar la velocidad.

Echo un vistazo a su padre, recibiendo por respuesta una mirada incrédula que me informa de lo muy acostumbrado que está a las travesuras de sus hijos.

Termina negando con la cabeza, como queriendo omitir lo que ha visto. Si la madre de los pequeños se entera...

—Listo —dice Sarah, ajena a todo. Aunque no dura mucho. Enseguida se gira y ve a sus hijos—. ¡Fabio! —exclama, sobresaltando a Siena—. ¿Cuántas

veces tengo que decirte que no metas a tu hermana ahí dentro? —Se lanza a ellos.

—¡Ella me lo ha pedido, mamá! —protesta el crío.

Al parecer, por la expresión divertida del padre, la niña es adicta a la adrenalina.

—¿Y qué hacéis despiertos? —Sarah mira a su esposo con los ojos entrecerrados. Sirve para que Enrico se levante y se encargue del asunto.

—¡Vamos a la cama, muchachos! ¡Venga! —Acaricia la cabeza de su hijo. La niña ha cogido el timbre de la bici y lo hace sonar—. Bianca, suelta eso. No, no te lo metas en la boca. Vamos.

La sube en brazos mientras coge la mano del niño para alejarse por el pasillo.

—Papá, ¿cuándo volveremos a saltar por las escaleras? Prometiste que lo haríamos este fin de semana y que vendría tío Mauro y tío Cristianno — comenta Fabio, con toda inocencia.

Lo que provoca que Enrico empalidezca al sentir las afiladas miradas de su esposa.

—Shhh, cállate, tu madre me está mirando. Tira, anda.

—Prefiero vivir en la ignorancia —confiesa Sarah.

Ha sido un instante divertido, que de no haber sido por la extenuación, me habría asegurado varias carcajadas.

Sin embargo, debo admitir que siento un extraño alivio estando aquí. No tarda en inundar cada rincón de mi cuerpo.

Capítulo 33

Jun-Ha

Dos horas.

Es el tiempo que llevamos sin comunicación con Barcelona.

El servidor de Michel se ha desconectado abruptamente y no hay manera de localizarle.

Al recibir la noticia, hemos creído que quizás se trataba de un fallo en la red, algo momentáneo que seguramente él ya estaría solucionando.

Según nuestro ingeniero, la señal ha dejado de emitir, como si fuera una avería intencionada. Por tanto, o bien Michel la ha interrumpir por algún motivo o quizás les han encontrado.

Conforme han ido pasando los minutos, la idea de que les haya ocurrido algo ha cobrado demasiada fuerza. He pensado en cientos de desenlaces. Mucho más al descubrir que Alicia ha perdido KL.

Nos hemos enterado por un compañero íntimo del agente Han.

Dicen que los directores de cada una de las sedes del grupo que hay repartidas por el mundo, han sido informados de forma confidencial. No quieren que la noticia se propague, por el momento. Así que son pocos los que conocen la nueva realidad.

El resto sigue creyendo que la señora Duarte es la presidenta, y no Gonzalo Bornay.

—¿Cómo es posible? —masculla Kim Jae, llevándose las manos a la cabeza—. Ella decía que lo tenía todo controlado. ¡¿Cómo coño ha podido pasar algo así?!

—¿Has probado a rastrear de nuevo el teléfono móvil de Alicia o Santiago? —comenta Tae Jin.

—Sí, señor. Siguen sin emitir señal.

—Visión satélite —añado.

—Sin acceso.

—Debe de haber alguna explicación. —La desesperación comienza a hacerse con el control de mi cuerpo.

Tengo tanto miedo que apenas puedo pensar. No es algo a lo que esté acostumbrado. Si simplemente se tratara de una misión cualquiera, en la que mis emociones nada tuvieran que ver, podría encontrar una salida.

Pero se trata de Siena, de Franco. Si les ocurre algo no creo que Kim Jae y yo podamos soportarlo. La imposibilidad me mata, estoy demasiado lejos de ellos para buscarles, y cualquier paso en falso podría ponerles en mayor peligro.

«Si es que todavía están vivos...».

Me froto la cara. Tengo unas enormes ganas de arrancarme la piel a arañazos.

—Había una veintena de hombres en la maldita casa. ¿Cómo es que ninguno dice nada? —comenta Kim Jae asfixiado.

—Quizás están recibiendo órdenes —responde Han.

—O tal vez... —trata de decir el ingeniero.

—Ni se te ocurra mencionarlo. —Mi hermano ni siquiera le permite terminar la frase. Le clava una mirada furibunda.

—Lo siento, señor.

—Volved a intentarlo —reclamo—. No paréis hasta encontrar alguna pista.

—Señor... —dice otro de los agentes. Ahora soy incapaz de recordar su nombre—. El cónsul Cha Moon Sik ha fallecido. —Creo que toda la sala ha enmudecido, pero tan solo puedo otear a Kim Jae y asumir que la situación, definitivamente, se ha descontrolado—. Fue hallado muerto en su propio vehículo. Supuesto suicidio. Según el informe, Che Se Jun, su hijo, reconoció el cadáver.

Trago saliva.

«Trata de calmarte. Siena está bien. Tiene que estarlo».

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —inquiero nervioso.

—Unas cuatro horas. Pero... —Teclea con avidez—. Al parecer, Siena estuvo con él. —Me lanzo a la pantalla.

—¿Puedes acceder a las cámaras de seguridad del depósito de cadáveres?

—Enseguida.

Minutos más tarde, las grabaciones comienzan a reproducirse. Ha sido relativamente sencillo acceder tras haber verificado el lugar, la hora y la sala correspondiente en el informe policial.

Sin embargo, resulta espeluznante descubrir que las cámaras tan solo han captado un pasillo vacío durante toda la tarde.

—Qué coño... —murmura Tae Jin, tan extrañado como el resto.

Alguien se está tomando muchas molestias en eliminar cualquier rastro de lo que sea que haya pasado allí.

Pero, aun dominado por la incertidumbre y la desesperación, doy con algo que me alerta.

Una mancha.

Pequeña.

De color rojo.

Junto a una de las puertas batientes.

Ha aparecido allí de repente.

—Vuelve atrás y amplía la imagen —le pido al ingeniero.

El hombre obedece con habilidad, confirmando que estoy en lo cierto al pensar que esa mancha es...

—Sangre —murmura Kim Jae.

—Rastrea todas las putas cámaras de seguridad que haya en la maldita ciudad —gruño casi a voz en grito—. Da igual el tiempo que tardemos, ¿me oís?!

El joven realmente quiere hacerlo y sé que lo hará con toda la rapidez posible, pero uno de sus compañeros interrumpe con histeria, paralizándonos por completo.

—¡Señor! ¡El servidor vuelve a estar activo! —prorrumpe, y a continuación la sala se inunda con un sonido intermitente—. ¡Llamada entrante!

—Según su ubicación, procede de Roma —informa otro.

Sé que no es una trampa, porque no existe forma de que alguien acceda al servidor de Michel, a menos que este mismo enseñe el modo. Así que me lanzo al teclado y yo mismo acepto esa llamada mientras el corazón amenaza con salirseme por la boca.

—¿Cómo están mis pequeños coreanitos? ¿Me habéis echado de menos? —La condenada voz del español me produce un escalofrío a medio camino entre el odio más profundo y el alivio más absoluto.

—Maldito hijo de puta. ¡¿Sabes el susto que nos has dado, puto loco? —grita mi hermano golpeando la mesa.

—Bueno, tengo explicación para eso. —A Michel no parece afectarle demasiado.

—Entonces empieza por explicarnos qué demonios ha pasado durante este lapso de tiempo —le exijo—, y más te vale culminar con que estáis bien. Todos, sin excepción.

De fondo, podemos oír el sonido de un ambiente cargado. Al parecer, Michel no está solo, y puedo sentenciarlo en cuanto escucho la voz solemne de la señora.

—Buenas noches, señor Park. —Buenos días, señora Duarte. —Contengo el aliento—. No escucho las respuestas.

—Hemos tenido un altercado.

—¿En el Centro Forense?

—Muy hábil, como esperaba —sonríe, y eso ya debería bastar para indicarme que todos están bien.

De hecho, esa certeza atenúa mis constantes hasta aturdirme e incluso marearme un poco. Pero Kim Jae necesita oírsele decir. Necesita una confirmación concreta que Franco... continúa respirando.

—¿Han habido bajas? —pregunta precipitado.

—No, señor Do. Estamos todos a salvo. Absolutamente todos.

Apoyo mi mano sobre su hombro mientras él inclina la cabeza para coger aire.

—Bien, Alicia —añado—. Es un buen momento para que nos cuente qué demonios ha pasado y por qué tengo a mi Siena durmiendo en Roma.

Franco

Siena ha entrado al baño tras de mí.

Lleva ahí dentro cerca de cuarenta minutos, y empezaría a preocuparme si no fuera porque de vez en cuando escucho el chapoteo del agua. No quiero presionarla, necesita este momento a solas consigo misma.

Al terminar de curarnos, Sarah nos ha obligado a comer algo. Apenas hemos probado bocado, pero eso la ha convencido y tranquilizado un poco; tanto ella como su esposo son personas muy protectoras.

Después, nos ha enseñado las habitaciones de invitados, una para cada uno. Pero no ha servido de mucho porque al final hemos terminado compartiendo la misma. Ninguno de los dos queremos pasar la noche solos.

He terminado de vestirme cuando alguien llama a la puerta. Sabiendo que son más de las dos de la madrugada, es probable que se trate de Michel.

Al abrir, me topo con su rostro cabizbajo, que me analiza con cuidado y respeto. Le dejo pasar.

—¿Estáis bien? —pregunta.

—Todo lo bien que se puede. —Me cruzo de brazos conforme me acerco a la ventana.

—Sarah me ha dicho que apenas habéis cenado. —Michel es consciente de que ahora mismo no tengo ganas de hablar con él.

Realmente no ha hecho nada malo, más que sorprenderme de nuevo, y eso en sí no es ningún error. Pero debo disponer de mis momentos herméticos, y la situación invita bastante.

—Es difícil hacerlo después de todo lo ocurrido —admito.

—Eso es cierto...

Observo el exterior. Desde esta habitación tengo una amplia perspectiva del enorme jardín trasero. La luna se refleja en el agua de la piscina. Es una noche bastante helada para tratarse de mediados de octubre.

—Es una mujer muy amable, realmente encantadora. Todos lo son — confieso en un suspiro.

De hecho, por un instante se me ha olvidado por qué estamos aquí. Nos han acogido con tanto cariño que me molesta no poder estar disfrutando de la sensación. Quizás si hubiéramos coincidido en otro momento...

—He hablado con los chicos, para informarles de todo —explica Michel, y es entonces cuando sí siento molestia hacia él—. ¿No vas a preguntar?

—¿Por qué? —rezongo clavándole una dura mirada—. Les conozco. Seguro que estaban preocupados.

—Lo estaban —afirma—. Incluso Kim Jae...

—No tengo ganas de hablar de él, Michel —le corto bruscamente.

—Franco...

—Basta. No te pregunto por ellos porque no quiero que alguien me lo explique —mascullo entre dientes—. Lo que me hubiera gustado es poder hablar yo mismo, escucharles. Y lo mismo es para la mujer que hay dentro de ese baño. —Señalo la puerta—. Deberías al menos haberme avisado.

Él lo sabe, por eso agacha la cabeza en señal de disculpa.

—Lo siento.

Pero no tengo motivos para enfadarme con él. No ha hecho más que protegernos y apoyarnos hasta la extenuación.

Lo único que ha pretendido Michel es tratar de volver a controlar la situación. Si esto no mejora, de nada valdrá que escuchemos a Jun-Ha y Kim Jae por teléfono. Eso nunca será suficiente, maldita sea.

—No, déjalo... En realidad, lo entiendo. Han pasado muchas cosas. —No ha habido un momento adecuado para ponernos a hablar como si nada.

Analizo a mi amigo.

Las mejillas pálidas, las ojeras en exceso pronunciadas. Está agotado y trata de disimularlo todo lo que puede. Pero si continúa de ese modo es muy

probable que caiga enfermo, y eso es lo último que necesito.

—Deberías descansar —le pido, acercándome a él—. Tienes mal aspecto.

—Mañana... —Pero no termina.

Prefiere perderse en el contacto de mi mano acomodándose en su hombro. Asiente con la cabeza.

—Anda, vete. Mañana será otro día.

Tras verle marchar, me tumbo en la cama. El cuerpo me arde de cansancio, la mente siquiera procesa pensamiento. Quiero poder preocuparme por Se Jun, por la chiquilla, por mis chicos. Pero ni siquiera soy capaz de controlar mi propia respiración; se pierde bajo el sonido lejano del secador.

La puerta del baño se abre un rato más tarde y Siena me observa taciturna.

—¿Quién era? —pregunta en un susurro.

—Michel.

Abro los brazos invitándola a que se refugie en ellos. No tarda ni un instante en responder, y enseguida la arropo mientras ella se acomoda en mi pecho. Siento los latidos lánguidos de su corazón pegados a mis costillas.

—No deberías haberte metido en esto —murmura temblorosa—. Por mi culpa has perdido incluso tu redacción.

Nunca fue mi problema. Yo tan solo era su jefe. Cientos de veces tuve la oportunidad de mirar hacia otro lado y continuar con mi vida, lejos de cualquier inconveniente que arriesgara mi pellejo.

Sin embargo, Siena está ignorando que me enamoré de ella, de su forma de observar las cosas, de observarme a mí. Me enamoré de todo lo que la convierte en ella, y eso hace de su problema mi propio problema.

No puedo arrepentirme de nada. Porque la necesito a mi lado.

—Entonces, ¿quién estaría abrazándote ahora mismo? —digo bajito antes de besar su frente.

El llanto comienza con un temblor. Pero no lo detengo.

Sé que Siena necesita llorar. Así que la abrazo fuerte y adopto todos sus miedos mientras la madrugada se derrama en esta habitación.

QUINTO ARCO

No hay elección

«Nunca hay que darle la espalda a un peligro amenazador ni intentar huir de él.
Si lo haces, estarás duplicando el peligro.
Pero si lo enfrentas, reducirás el peligro a la mitad».

WINSTON CHURCHILL

Capítulo 34

Siena

Una fuerte sensación de ahogo me despierta de súbito, oprimiendo mi pecho. Siento unos calambres en las piernas.

Sea lo que sea que haya soñado, no ha debido de ser agradable si me siento tan asfixiada.

Por suerte, Franco sigue durmiendo. No quiero despertarle por una de mis pesadillas, bastante agotado está ya. Desearía que durmiera hasta el amanecer al menos.

Salgo de la habitación sin hacer ruido. Me da la bienvenida una fuerte penumbra, tan solo interrumpida por la suave iluminación anaranjada que se cuele del exterior.

Camino lento, estudiando mi entorno al tiempo que recuerdo la ruta hacia las escaleras. Esta casa es demasiado grande; aunque he de reconocer que provoca un efecto muy reconfortante. Es un buen hogar.

Comienzo a bajar las escaleras. Sinceramente, no sé muy bien hacia dónde voy. Me gustaría ver a Se Jun o saber si se encuentra bien. Odio haberle dejado solo en un momento como este, cuando ha sido herido por protegerme y ha perdido a su padre.

Pero todavía es temprano y no hay nadie despierto que me lleve hasta él. Así que empezaré por salir al jardín y respirar un poco de aire puro.

Me dispongo a hacerlo en cuanto llego al vestíbulo. Pero veo la luz que proviene de un pasillo y no dudo en acercarme.

Al parecer no soy la única desvelada a estas horas.

Llego a una sala, creo que es la misma que mencionó el señor Materazzi porque, desde el marco de la puerta, puedo ver varios ordenadores, además de su cableado bajo las mesas.

Conforme me adentro en el lugar, también descubro que han instalado un monitor enorme en una de las paredes.

Advierto a un hombre sentado frente a una de las pantallas. Está tan concentrado que me sorprende captar su atención.

—Oh, *ciao!* —dice con media sonrisa. Tiene unos ojos amatista verdaderamente fascinantes—. Tú debes de ser Siena.

—Hola —murmuro, frotándome las manos.

De pronto, me siento un poco nerviosa. No contaba con cruzar palabra con nadie.

—Soy Valerio Gabbana. —Su nombre me aclara que se trata de uno de los hermanos de Cristianno—. Parece que eres de sueño ligero.

—Creo que he tenido una pesadilla —le confieso.

—¿Crees?

—Digamos que no estoy muy segura de lo que ha sido porque no me acuerdo.

—Mejor. —Hace una mueca de aversión mientras me indica que tome asiento a su lado—. Nadie necesita recordar algo tan desquiciante.

Sonrío tímida al tiempo que me acomodo en la silla. Reconozco el rostro de la mujer que hay en una de las pantallas.

—Es Song Hye Rim...

—Así es. Le dije a Michel que echaría un vistazo mientras él dormía. Pero ya son casi las cinco de la madrugada. Mi esposa se enfadará cuando descubra que no he dormido en casa. —Desde luego, este hombre ha conseguido que se me olvide por qué he despertado. Es muy amable y maravillosamente cordial—. Todavía es pronto para un café, pero en esta familia somos adictos. ¿Quieres tomar uno conmigo?

Se levanta de la silla y estira los músculos de su espalda, agitando los brazos.

—Estaría muy bien.

Me guiña un ojo.

—Vuelvo enseguida.

Se marcha dejándome a solas con media docena de monitores plagados de imágenes, mapas y rostros. Trato de no mirar el de mi padre justo cuando reparo en las grabaciones de una cámara de seguridad.

Al parecer, Michel está tratando de seguir el rastro de Song Hye Rim reconstruyendo sus últimos pasos.

Es una buena idea. Pero, aunque Corea está plagada de cámaras, hay que tener en cuenta la enorme cantidad de puntos muertos. No sé por qué sospecho que Song Hye Rim no es el tipo de persona que ignora esos detalles.

Dudo que podamos descubrir dónde está con este método.

Sin embargo, la información en pantalla no es la única.

Sobre las mesas hay todo tipo de documentos. Llama mi atención un grupo de ellos. Aquellos en los que aparecen los últimos artículos de la periodista en su propio blog.

Tras un rato echándole un vistazo a varios de los párrafos, entiendo que no pueden concebirse como un artículo.

Una narración periodística es mucho más extensa que un simple enunciado, y esto apenas se compone de una frase. Casi parece el diario de una adolescente o los apuntes de una agenda.

Pero llama especialmente mi atención un nombre.

Jack.

Leyendo sin más, el texto sugiere que quizás estamos ante un personaje de ficción creado por Hye Rim. Al principio, no se le da importancia, puede pasar por una novela de suspense. Pero conforme se desarrolla, cambia notablemente el contexto.

Y al parecer llegué a las mismas conclusiones en el pasado, porque junto a cada enunciado sobre Jack, aparecen apuntes que hice sobre las posibles interpretaciones.

Quizás Song Hye Rim hablaba de sí misma en tercera persona y disfrazada de un personaje. Aunque hay ocasiones en que expone a su *alter ego* como si fuera alguien más, y no ella.

Hecho que añade más confusión al asunto.

Estoy convencida de que estos textos almacenan mucho más de lo que

parece.

—Aquí tienes —dice Valerio entregándome una taza de café. Ni siquiera me he dado cuenta de su regreso.

—Gracias —murmuro antes de darle un sorbo. Él, mientras tanto, vuelve a tomar asiento y otea los monitores—. ¿Puedo preguntar?

—Por supuesto.

Creo que todavía no ha pasado el tiempo suficiente para que él conozca toda la situación, pero tampoco trabajaría en vano. Así que doy por sentado que sabe lo bastante como para confirmar.

—Todos estos documentos son los extraídos de mi portátil, ¿cierto?

—Eso tengo entendido. —Asiente con la cabeza—. Según nos ha contado Michel, es parte de la información que había en tu disco duro.

—Entonces, esto lo anoté yo misma —aventuro en voz baja, volviendo a mirar los documentos.

—Exacto, y la verdad es que han facilitado bastante la comprensión de ciertos artículos. Al leer, me ha parecido que la mujer había perdido un poco la cabeza. Pero quizás sea correcto pensar que estaba pidiendo ayuda.

Aunque no es mi yo actual quien lo está suponiendo.

Es cierto que sigo siendo la misma persona, que con un poco de calma posiblemente llegue a las mismas conclusiones que en el pasado. Pero en este momento lo desconozco todo.

Dejando a un lado que los últimos meses se han evaporado de mi mente, no puedo ignorar que me adentré en una investigación que me llevó hasta Corea. Por tanto, descubrí lo suficiente como para terminar siendo secuestrada.

Esa maldita información está en mi condenada memoria.

Aprieto los dientes y apoyo la cabeza entre mis manos, súbitamente desbordada.

—No te frustres demasiado, Siena —sugiere Valerio con voz amable, y le miro de soslayo sin romper mi postura.

Que haya sabido reconocer mi estado, indica que ya le han hablado de ello. Aunque también cabe la posibilidad de que sea asombrosamente perspicaz.

—¿Cómo se hace eso? —resoplo.

—Mi esposa dice que cerrando los ojos y contando hasta diez. Pero a mí no me funciona demasiado... —bromea tratando de destensar el ambiente, y lo logra, pero no lo suficiente—. Solo espera y verás. Presionándote no conseguirás nada. Estoy seguro que los recuerdos llegarán en cualquier momento.

—Ahora sería un buen momento. Ahora... —Cojo aire y lo libero con impaciencia.

Escuchamos el chasquido de la puerta de la entrada. Es probable que se trate de Blanca, por tanto puede decirme cómo está Se Jun.

Me precipito hacia el vestíbulo a tiempo de ver a la doctora parlotando con dos muchachos. Uno de ellos guarda gran parecido con Cristianno y es precisamente quien habla, todo emocionado.

—Como te lo digo, Blanca. Cogí al *bambino* por los tobillos, lo voltéé como si fuera un conejo y le di dos toques secos en la espalda —comenta representando la escena. Su castellano es de lo más gracioso y torpe.

—Le vomitó encima —añade el segundo, un muchacho bastante alto y corpulento.

—¿Vomitó? —pregunta Blanca, porque no le ha quedado muy claro.

—Así es. Pero gracias a eso, lo salvé de la asfixia.

—Bueno es una maniobra un tanto bruta, pero desde luego eficaz —asegura la psiquiatra. Parece divertirse en compañía de los jóvenes.

—¡Oh! —exclama el muchacho de ojos azules al reparar en mi presencia. Crea una preciosa sonrisa—. ¿Cómo te va, rubia? Soy Mauro Gab... ¡Auch! —Ni siquiera ha terminado de presentarse porque su amigo le ha dado una colleja. El tal Mauro se lleva las manos a la parte dolorida—. ¿Qué coño haces, Alex?

—No lligues con los invitados —protesta y enseguida me saluda con un guiño.

—¡No estaba lligando!

—¿Qué pensaría Giovanna, capullo? —Empuja a Mauro hacia el pasillo para dejarnos a solas.

Aunque discuten en su idioma, se les entiende a la perfección.

—¡Ay, Giovanna! —le oigo gimotear—. Me tiene abandonado, ¿sabes? Lleva doce horas sin mandarme un mensaje, la muy condenada. No valgo ni el emoticono de la caquita.

—Sí, sí. Pobrecito.

—Claro, para ti es fácil. El puñetero máster ha hecho de este romance una relación a distancia, y yo odio las relaciones a distancia, ya lo sabes...

Sus voces se pierden en la lejanía, no sin antes habernos provocado una sonrisa.

—Son pura energía y de la buena —reconoce Blanca—. Es imposible aburrirse con ellos, son un encanto. —Lleva razón. La presencia de cada uno de los integrantes de esta familia es realmente maravillosa.

—Se Jun... ¿Está bien? —pregunto y Blanca acerca una mano a mi mejilla.

—Ahora duerme —dice—. La doctora Materazzi ha hecho un gran trabajo en curar esa herida. Así que no hay peligro.

Pero en el fondo me preocupa que despierte y descubra que alberga lesiones mucho peores que esa bala.

—¿Y la niña? —Me obligo a recapacitar.

—Ha estado en intervención al menos tres horas. La han derivado a cuidados intensivos, al menos por hoy. Permanece estable, dentro de la gravedad.

Es una buena noticia, aunque no menos dolorosa. En todo caso, ahora sabemos que esa niña no volverá a jugar con tanto mal.

—Deberías descansar. Vamos, te acompañaré.

Se ha pasado la noche cuidando de mi amigo y la chiquilla. Necesita dormir.

—Cierto, estoy agotada.

La guío hasta la que iba a ser mi habitación y me despido de ella para regresar a la sala junto a Valerio. Realmente no es el lugar donde quiero estar en este momento, pero es mucho mejor que quedarse a solas.

Me topo con una sonrisa en él.

—Mírale, se queda dormido en cualquier sitio —comenta Mauro, despatarrado en una silla mientras observa a Alex dormitando en un pequeño sofá—. Se está haciendo viejo.

—¿Cómo eres tan exagerado? Ni que tuviera cuarenta —sonríe Valerio antes de mirarme—. ¿Todo bien?

Asiento con la cabeza.

—Sí. Blanca me ha puesto al tanto —les digo.

—¿Sois muy amigos? —pregunta Mauro, en referencia a Se Jun.

—Nos hemos criado juntos. Es como un hermano para mí. —Unas lágrimas se escapan de mis ojos alertando a los hombres. Enseguida me las limpio con algo de cortedad—. Lo siento.

Trato de sonreír para quitarle importancia. Pero ambos saben que de estar sola, no podría parar de llorar. Curiosamente el escrutinio resulta amable, como si comprendieran el desastre por el que estoy pasando.

Mauro se pone en pie de un salto y camina hacia mí.

—Subiré a cambiarme —anuncia antes de colocar una mano sobre mi hombro—. Mientras tanto, termínate ese café.

Sé lo que significa. Mauro va a llevarme hasta Se Jun ignorando los evidentes signos de cansancio que comienzan a aparecer en sus ojos. No me parece justo, así que me doy la vuelta más que dispuesta a impedirlo.

—Yo... Estás demasiado cansado. Puedo esperar a...

—Cinco minutos, rubia —me interrumpe levantando una mano, y enseguida desaparece.

—No le harás cambiar de opinión —sonríe Valerio—. Es un gran cabezota.

Capítulo 35

Jun-Ha

Siena tiende a temblar cada vez que le acaricio. Ya sea un contacto furtivo o un abrazo intenso, su cuerpo se estremece, y aumenta el brillo abrumador de sus ojos verdes.

Cuando eso ocurre, me cuesta pensar con sensatez. Se me disparan las pulsaciones, arde en mis dedos esa necesidad irresistible por abarcar toda su piel y hundirme en ella hasta asfixiarme.

La primera vez que sucedió, Siena estaba sentada en uno de los bordillos de la entrada al barracón donde dormía.

Acababan de repartir la única ración de comida del día, y a ella simplemente le ofrecieron un pedazo de pan que tuvo que recoger del suelo.

Pellizcaba pequeños trocitos que después se metía en la boca sin apenas fuerza, y con una mirada que de vez en cuando se perdía en el horizonte.

Me acerqué a ella con mucho cuidado. En ese momento, no habían guardias alrededor, así que pude permitirme incluso sentarme a su lado.

No nos dirigimos la palabra, pero nos miramos con una fijeza que incluso ahora me sobrecoge.

Siena oteó cada rincón de mi cuerpo en busca de alguna señal que le indicara peligro. Fue tranquilizándose conforme comprendió que no le haría daño.

Y suspiró.

Lo hizo tan hondamente que apenas pudo controlar el ramalazo de dolor que sintió cuando una de las heridas de su labio se abrió; comenzó a manar un pequeño hilo de sangre.

Enseguida reaccioné.

Acerqué una mano a su boca y traté de limpiar la sangre sin prever que ella, obviamente, se alejaría de mí.

Tembló, y mis dedos se quedaron suspendidos a unos centímetros de su piel. Siena los contempló asustada.

—No te haré daño —susurré en inglés.

Ella cerró los ojos dándome así permiso para tocarla.

Creo que aquella mañana empezó todo.

Después de ese pequeño instante, Siena se convirtió en la protagonista de todos mis sueños, y esa fuerza de atracción no hizo más que crecer día a día.

Hasta empujarme justo a este momento, en que soy demasiado consciente de la distancia que me separa de ella.

No he podido amarla como deseo. El tiempo y las circunstancias nunca han estado a nuestro favor. Y me vuelvo un tanto inmaduro cuando pienso que estar lejos de ella comienza a consumirme.

—*Hyung*... —escucho a Kim Jae tras de mí.

Rápidamente, me recompongo.

—Sí, sí, estoy bien. Vamos. —Trato de bajar las escaleras del porche cuando vuelvo a escuchar su voz.

—La echas de menos, ¿verdad?

Cojo aire. Un avión atraviesa el cielo. Planea a muy pocos pies de altura.

—Acabemos con esto cuanto antes. De ese modo, no tendré que extrañarla. —Podré aferrarme a ella cada noche, hasta que el amanecer asome y me permita despertarla con un beso.

Camino hacia el coche sabiendo que mi hermano me sigue de cerca.

—Yo también... le echo de menos... a él... A todos. —Todavía se escuda en generalizar, pero es un buen avance que al menos anteponga al periodista.

Le miro de reojo, notando la sonrisa que asoma de mis labios.

—Se volvería loco —le confieso.

—Suerte que eres bueno guardando secretos.

—No sé yo...

—¡*Hyung!*—exclama él dándome un empujón.

Nos subimos al coche. Un grupo de seis hombres, capitaneados por el agente Han, nos seguirá de cerca en una furgoneta.

Nos espera un día bastante denso.

El fiscal de distrito, Nam Ji Woo, desconoce por completo que se ha convertido en nuestro objetivo.

Inmune

Le reconoció echando apenas un vistazo. Su hijo le había seguido hasta allí y ahora huía con uno de los paquetes entre sus brazos. Lo que fuera que estuviera pensando de él en ese momento le importaba casi tanto como la tormenta que se avecinaba.

Cha Moon Sik cerró los ojos un instante. En la oscuridad de su visión, todavía podía ver, con una claridad sobrecogedora, la silueta de su hijo corriendo por la calle.

Tuvo un escalofrío.

Justificar su comportamiento no iba a menguar el daño. Ya no recordaba el día en que sus principios le definían.

El error estuvo en conocer a Gonzalo Bornay.

Por entonces, Moon Sik trabajaba en el Grupo KL, en el departamento de relaciones internacionales. Sus habilidades estaban empezando a ser reconocidas, se sentía orgulloso de pertenecer a una empresa extranjera que crecía continuamente.

Había sido ascendido a subdirector de división, se había comprado una bonita casa en Seongdong y era feliz junto a su preciosa esposa y su pequeño y adorable hijo. Todo funcionaba tan bien que apenas podía pensar en contratiempos.

Se labró una buena relación con los españoles, llegando incluso a conocer personalidades muy importantes en la política coreana. Tanto así que llegó a ser invitado a unirse a su peculiar grupo.

Carreras de caballos, golf, póker, cenas, caza, pesca. Sus fines de semana se habían convertido en todo un derroche de diversión con la que se sentía plenamente cómodo.

Poco a poco, se hizo un hueco en el grupo. Sus compañeros le apreciaban, le hacían sentir importante, contaban con él.

Cha Moon Sik, todo dichoso, disfrutaba con cada instante.

Hasta que asistió a La Pasarela.

Un salón privado, ya no recordaba siquiera el lugar donde estaba ubicado. Se había adecuado como si fuera un teatro, con butacas de piel situadas frente a un escenario. Luz muy tenue, música clásica, cócteles selectos.

Y una tarjeta negra junto a una pluma de tinta roja.

A las nueve, se apagó la luz y el escenario fue iluminado con un foco blanco, creando una sensación de lo más escalofriante. Un instante después comprendió a qué se referían con el concepto pasarela.

Una línea de mujeres desnudas comenzaron a desfilan sobre el escenario. Veinte en total, dos de ellos hombres. A Moon Sik le costó creer que alguno tuviera la mayoría de edad.

Eran demasiado jóvenes.

Todo cobró sentido. Demasiado quizás.

Un sentido que le arañó las entrañas cuando se vio obligado a elegir y empujado a una habitación roja. Le obligaron a hundirse en aquella muchacha y a ser testigo de cómo se deshacían de ella entre carcajadas.

«Debemos desfogar. Somos hombres con grandes cargas y acumulamos demasiada frustración. Alguien debe ayudarnos a liberarnos de la presión», le dijeron entonces.

A ese maldito grupo lo apodaban La Colmena y tan solo se podía entrar por invitación. Controlaban estrictamente el número de sus miembros. Nunca debían superar los cien. Nunca debía hablarse de su existencia.

Cha Moon Sik cambió.

Empezó a odiarse a sí mismo, a odiar su propia vida, a perder el sentido. No entendía cómo demonios los hombres que había creído sus amigos podían convivir con tal carga.

Era demasiado insoportable para él.

Y ese miedo fue quizás el detonante.

Su esposa. Tendida en el suelo de la cocina, sobre su propia sangre. Varios de sus amigos disfrutando de un brandy de importación, en el sofá de su salón.

«Ahora eres uno de los nuestros. Ya no hay vuelta atrás».

Aceptar o asumir las consecuencias. Al convertirse en un miembro de La Colmena, lograría mantener a salvo la vida de su hijo y evitar la carga por el asesinato de su esposa.

Cerró los ojos.

Soportó la barbarie.

Resistió la crueldad más salvaje.

Y se inmunizó a ella.

Para volver a abrir los ojos y encontrar a su hijo huyendo del modo en que él no había podido hacerlo años atrás.

Cha Moon Sik respiró hondo. Nadie sabía de la presencia de Se Jun. Pensó que con un poco de suerte lograría ocultarlo.

De hecho, lo consiguió cuando esa noche terminó su trabajo y regresó a casa, a eso de las cuatro de la madrugada.

Se Jun no estaba y tampoco respondía al teléfono. No se le ocurría forma de dar con él, ni sirvieron de nada el centenar de mensajes de voz que le dejó.

Llevando consigo a una cría malherida, supuso que quizás había ido a parar a un hospital. Pero tras llamar a todos los centros de Barcelona y sus alrededores, las posibilidades se le agotaban.

Con la llegada del amanecer, sonó su teléfono. Se lanzó a él con desesperación, rogando porque fuera su hijo.

Pero se encontró con la voz de César.

—Pareces alterado, compañero.

—César... ¿Sabemos algo?

Se pellizcó el entrecejo, profundamente agotado.

—Algo hay...

Por el tono empleado por su amigo, imaginó que César ya sospechaba de la implicación de Se Jun.

Pero, aun así, trató de mantener la calma.

—Es una buena noticia —dijo.

—Veámonos, Moon Sik.

Tragó saliva y miró en rededor sintiéndose como si no perteneciera a ese lugar, como si fuera completamente desconocido para él.

Algo taciturno, el cónsul abandonó su hogar, se subió a su coche y puso rumbo a su destino.

Ya sabía cómo funcionaba todo. Sabía que no podía hablar absolutamente nada por teléfono. El contacto debía ser directo, en persona, y conocía bien el lugar de encuentro.

La carretera de La Arrabasada despertaba un poco helada. Unos sutiles bancos de niebla dificultaban la visión, dotaban el entorno de una tenebrosidad nada propia.

Alcanzó a ver dos vehículos y a César envuelto en un gabán marrón fumándose un cigarrillo. El reloj del salpicadero de su coche marcaba las seis y ocho minutos de la mañana cuando detuvo el motor a tan solo dos metros de su amigo.

Bajó titubeante, algo entumecido. Con solo una mirada, ya supo que el hombre conocía toda la verdad.

—César —saludó casi a modo de disculpa, aceptando el apretón de manos que el nombrado le ofrecía.

—Tranquilízate, ¿de acuerdo? Somos amigos, ¿no? —Le entregó una amable caricia en el hombro.

Se conocían desde hacía mucho tiempo, habían compartido de todo. Cha Moon Sik consideraba a César un buen amigo, aun sabiendo el mundo en el que ambos vivían.

Apelando a la amistad, confiaba obtener apoyo. Así que se lanzó, estúpidamente convencido de ello.

—No sé dónde puede estar —repuso con un suspiro agobiado—. Si al menos pudiera hablar con él...

—Se Jun es alguien inteligente, Moon Sik —admitió César, terminando de confirmar—. No creo que se exponga. Se habrá escondido en algún lugar.

Estaba en lo cierto.

—Eso mismo supongo yo. Me preocupa que pueda estar en peligro. —

Porque ni César ni Moon Sik tenían control sobre La Colmena. Habían otros por encima de ellos.

Pero si alguno de los dos ostentaba un poco de poder, ese era el doctor Castro. Él podía hacer por Se Jun mucho más, y necesitaba ponerle a salvo como fuera.

—Tratemos entonces de solucionar esto —confesó su amigo, para su propio alivio.

—Gracias, César.

De pronto, el español extrajo un sobre y un bolígrafo del interior de su chaqueta. Lo colocó sobre el capó de su coche y oteó el súbito temblor que se había instalado en los labios del cónsul.

—Sabes cómo funciona, compañero —dijo César, ganándose una mirada aterrorizada.

Por supuesto que Moon Sik lo sabía, lo había visto cientos de veces. Había estado en la posición de César en innumerables ocasiones. Todas ellas enterradas en su memoria bajo gruesas capas de impasibilidad e indiferencia.

No creyó jamás, siendo tan obediente y sumiso como era, que él pudiera llegar a estar en el bando perdedor. Convertirse en el cazado y no el cazador.

—Lo sé, tienes miedo —repuso César, asquerosamente amable—. Pero piensa en la cantidad de problemas que podría ocasionarnos este pequeño error que has cometido. —El único en toda su vida. El mismo que iba a costarle la vida.

—Llevo años estando a vuestro servicio. Yo... —Trató de defenderse, en vano.

—Lo sé, lo sé. ¿Crees que no me duele? Eres mi amigo y tu hijo, al que considero parte de mi familia, está en peligro. Si no le ayudamos, puede morir.

Su vida a cambio de la de su hijo. Ni siquiera lo dudaría.

Cogió el sobre, extrajo la pequeña hoja en blanco que había dentro y se apoyó en el capó del coche. Situó la punta del bolígrafo sobre el papel con el pulso precipitado.

Solo esperaba que las pocas palabras que en ese momento se le ocurrían, sirvieran para mantener a su querido hijo con vida.

Los minutos que le llevaron subirse a su coche y aceptar la pistola que uno de los guardias le entregaba se le hicieron eternos.

Y aún más denso fue el tiempo que tardó en llevarse el cañón a la sien.

Miró a su amigo una última vez.

—¿Lo prometes, César? —Una lágrima cruzó su mejilla.

—Lo prometo, amigo.

Disparó, aferrado a la carta.

El español contempló el cadáver y la sangre que emanaba de su cabeza con expresión asqueada. Más que la amistad banal que le unía a Cha Moon Sik, se lamentaba de la pérdida de alguien tan eficaz y manejable como el cónsul.

Puso los ojos en blanco y miró a sus dos esbirros.

—Preparad el escenario. Dejad que se haga público. Tenemos que sacar a Se Jun de su maldito escondite —ordenó guardándose las manos en los bolsillos de su gabán.

Comenzó a caminar en dirección a su propio vehículo, pensando que era una buena hora para tomarse un café y unas tostadas.

—¿Y el paquete, señor? —preguntó uno de los hombres.

—Eliminad a los dos y procurad que el jefe no se entere.

—Entendido.

César sonrió al pensar en lo iluso que había sido Cha Moon Sik.

Las promesas son para aquellos que viven del honor.

Capítulo 36

Siena

Los destellos de los primeros indicios del día comienzan a colarse por la ventana. Recortan mi silueta proyectando una sombra distorsionada en el suelo. La observo mientras percibo el pinzamiento que se me ha instalado en la parte frontal de la cabeza.

Me obligo a avanzar. Pasos cortos y lentos que poco a poco me acercan a Se Jun.

Él duerme ajeno a mi presencia, con el torso desnudo cubierto por una enorme venda y una vía intravenosa pegada al brazo. Me han dicho que comenzó a llorar desconsoladamente, y que el llanto se desbordó tanto que suplicó ser sedado.

«Haz que pare», le dijo a Kathia.

La doctora le proporcionó un tranquilizante que enseguida le tumbó, sabiendo que el dolor que sentía nada tenía que ver con el físico.

Su padre ha muerto, y una bala no cambia ese hecho.

Deslizo mis dedos por su pecho. Le acaricio con lentitud, miedosa por despertarle. Llego a su frente, está caliente. Los labios resecaos, la cuenca de los ojos hinchada, las mejillas pálidas. Palpo con cuidado cada rincón de su bonito rostro antes de sentir deseos de aferrarme a su mano.

Al envolverla, noto una descarga que me recorre todo el espinazo. Es quizás esa sensación la que incita mis lágrimas, y estas asoman con virulencia, cortándome el aliento.

Rompo a llorar sin saber muy bien cómo detenerlo o cuánto tiempo durará. Tan solo sé que necesito hacerlo y que mi cuerpo, más que sentirse aliviado por tener a Se Jun, se ahoga en un vacío muy difícil de describir.

Percibo el cambio en la respiración de mi amigo. Creo que una parte de él

ha notado que estoy llorando a su lado y pretende despertar para consolarme. Siempre fue muy protector conmigo, incluso cuando era él quien necesitaba ser protegido.

Así que me aparto y salgo de la habitación, porque Se Jun no necesita ahora luchar contra mi llanto.

Si respiro de nuevo y recupero el control, podré volver a entrar. Pero al cerrar la puerta me tambaleo y termino acuclillándome en el suelo, presa de una fuerte ansiedad.

Unos centímetros más arriba y Se Jun podría haber muerto. La bala le habría perforado el pulmón.

Mi aliento se desborda, surge apresurado de mi boca, me asfixia. Tanto que he empezado a jadear. Presiono mi pecho con las manos, debo controlarme. Pero las lágrimas continúan cayendo raudas. Me escuecen, arden en mis mejillas.

Entreveo unos pies. Se acercan a mí caminando a trote. Segundos más tarde, unas manos me obligan a levantar la cabeza. Me encuentro con el rostro preocupado de Kathia a solo unos palmos del mío.

—Vamos, te llevaré a un lugar tranquilo —me anuncia antes de ayudarme a ponerme en pie.

Rodea mi cuerpo con sus brazos y me insta a caminar hacia su despacho. Al llegar alcanzo a ver que Mauro está toqueteando su teléfono y Cristianno dormita en un sofá hasta que su prometida cierra de un portazo. Abre los ojos y me observa confundido.

Apenas necesitan tiempo para que ambos chicos entiendan lo que me pasa. Me duele crearles preocupación.

—Iré a por algo de beber —dice Mauro saliendo aprisa.

—Siéntate —indica Kathia antes de coger una bolsa y entregármela—. Toma, respira por aquí. —Obedezco—. Eso es. Respira.

Ahora que mi aliento entra y sale de la bolsa, entiendo a qué se refiere Blanca cuando dice que no piensa exponerme. Realmente, no sé si podré soportarlo, y eso hace que me sienta estúpidamente débil. Si la realidad que me rodea es tan solo una parte de lo que he vivido, entonces ¿qué haré cuando

descubra el resto?

Es cierto que me da miedo.

—Aquí tienes, es una infusión de melisa. —Mauro me entrega un vaso de poliestireno en cuanto dejo la bolsa a un lado.

—Gracias. —Acepto sabiendo que los tres me observan con algo más que atención—. Lo siento, chicos. En realidad, esto es un poco ridículo.

Mi natural introversión hace que me avergüence bastante haberme deprimido delante de ellos.

—¿Por qué? —inquire Cristianno.

—Soy una desconocida... —Y les estoy obligando a ser partícipes de mis inquietudes.

Kathia intensifica la caricia en mis brazos. Se ha sentado a mi lado y me observa con una expresión preocupada. Creo que en el fondo sabe bien lo que estoy sintiendo.

—Tranquila, Mauro es un llorón de cuidado. Estamos muy acostumbrados —bromea el Gabbana con una normalidad que casi me hace sonreír.

—¡Oye! —protesta el mencionado—. Es porque estoy triste, ¿vale? Mi precioso bocadillito pelirrojo se me ha ido.

Supongo que se refiere a la tal Giovanna. Al parecer, su novia está estudiando fuera del país.

—¿Te sientes mejor? —pregunta Kathia y yo asiento con la cabeza tras darle un sorbo a la infusión.

El vaso caldea mis dedos helados y me proporciona una sensación de estabilidad muy curiosa y agradable.

—No soy la mejor amiga del mundo —resoplo con una sonrisa triste—. Se supone que debería estar ahí dentro con él.

Pienso que si Se Jun hubiera estado en mi lugar y fuera yo quien estuviera en esa cama, él no habría sido capaz de moverse de mi lado.

—Es precisamente porque le quieres que te sientes de esta manera, Siena —espeta Cristianno con autoridad. Se acomoda al filo del sofá y apoya sus codos en las rodillas, adoptando una pose que aumenta con creces ese

magnetismo severo y deslumbrante que desprende—. No creo que él quiera otra amiga que no seas tú. Además le has salvado la vida.

Agacho la cabeza.

—No he sido yo. —Si el Gabbana no hubiera intervenido a tiempo, quizás ahora los dos estaríamos muertos.

—Fuiste tú quien le advirtió del peligro y le arrastró fuera, ¿no es así? —sentencia antes de mostrarme una sonrisa lacónica—. Para ser periodista te desenvuelves muy bien en las reyertas.

Esta vez, aunque debilitada, sí sonrío.

Trato de coger aire. No termina de inundar mis pulmones, pero siento una extraña mejoría. El nudo que se me ha formado en la garganta hace unos minutos, parece que empieza a disolverse.

A pesar de todo, yendo un poco más lejos, hay algo de lo que no puedo escapar.

—Yo... En realidad, soy un poco egoísta —confieso cabizbaja. Mis dedos aprietan un poco más el vaso. Probablemente, esta será la primera vez que me sincere ante personas que apenas conozco—. He pensado en cómo habría sido todo si en su momento hubiera sido capaz de mirar hacia otro lado... Si hubiera entendido que hay cosas que la integridad moral no puede enfrentar, mi amigo no estaría ahora en esa habitación. Nada de lo que ha sucedido se habría dado y todo seguiría su curso. —Sé que me observan atentos y que tras mis palabras hay mucho más que una declaración de principios—. Pero de pronto imagino su rostro...

Me detengo y cierro los ojos al negar con la cabeza. Me es muy sencillo vislumbrarle. Mi mente está a punto de viajar hasta él cuando la voz de Cristianno me retiene aquí.

—Hablas de Park Jun-Ha —dice asombrándome.

«Dios, no sabes cuánto te lo agradezco, Gabbana». No creo que hubiera podido soportarlo de nuevo.

Lo afirmo haciendo una mueca. Escuchar su nombre de los labios de Cristianno ha sido realmente fascinante.

—Quizás habría sido lo mejor para los dos. Para todos.

«Evitar conocernos...».

—Yo también fui egoísta —declara Kathia, de súbito.

—Lo fuimos —asevera Cristianno clavándole una mirada a su prometida.

—Todos —concreta Mauro.

La Materazzi sonrío al mirarlos, los tres comparten un vistazo cómplice porque sus memorias contienen recuerdos de los días más difíciles de sus vidas.

Al observarles, me doy cuenta de que la conexión que comparten, alberga mucho más que un simple cariño; algo que, aunque explicaran, no todo el mundo entendería.

Kathia decide ponerse en pie. Guarda sus manos en los bolsillos de su bata blanca y coge aire antes de hablar.

—Viví aislada del mundo, hasta que los caprichos de mi familia se impusieron —declara sabiendo que sus dos compañeros la observan detenidamente. Imagino lo que pretende—. Regresé a Roma, perdí la maldita cabeza por ese hombre que ves ahí, y entonces empezó el desastre. —Cristianno sonrío con tristeza—. Resultó que mi familia no lo era en realidad, que me habían convertido en una maldita extorsión, y mi hermano aceptó soportar una convivencia con el asesino de sus padres para protegerme. Podría continuar, pero no alcanzaría a contarte todos los detalles ni en una semana. —Sus ojos tremendamente grises han captado mi absoluta atención.

»En su momento, cuando creí que había perdido a Cristianno para siempre, pensé que lo mejor era seguirle. —Le otea con nostalgia—. No merecía la pena una vida que me habían impuesto, mucho menos sin él. Diseñaron cada segundo y me obligaron a vivirlo como estaba previsto... Pero la situación era mucho más que un simple romance, Siena. —Comienza a caminar hacia el Gabbana. Él la analiza como si Kathia fuera la perfección más absoluta—. Aunque yo no me hubiera enamorado de Cristianno, el problema habría seguido existiendo. Nosotros simplemente fuimos el detonante.

Por tanto, nada de lo que por aquel entonces expuso la prensa, puede considerarse como veraz. Solo ellos conocen la verdad completa.

Kathia acaricia la mejilla de su hombre mientras este cierra los ojos de puro placer. Él enseguida envuelve la muñeca de ella y se pone en pie

dándome la impresión que, de haber estado a solas, se habrían devorado a besos.

Siento un latigazo en el vientre. No sé si estoy en situación de poder compararme, pero al mirarles no me cuesta imaginarnos a Jun-Ha y a mí. Esa forma de amar, tan intensa, honesta y leal es exactamente la que yo siento.

—Si preguntas ahora si me arrepiento de algo de lo que hice o viví en ese momento, te diría que no, completamente convencido —declara Cristianno, sin quitarle ojo a Kathia—. Porque despierto cada día a su lado. —Desvía la vista hacia mí—. ¿Soy egoísta, Siena? —Se me corta el aliento mientras niego con la cabeza—. Entonces, tú tampoco.

—No es un error enamorarse en el camino —añade Mauro—. Todos aquí lo hemos experimentado ya. Caímos como necios y nos culpamos como locos.

Por supuesto que no es un error. Aunque yo no me hubiera inmiscuido, Jun-Ha habría recibido la orden de eliminar a Song Hye Rim. Su honor se habría impuesto, se habría negado de todas formas, y habría terminado en el mismo lugar.

Puede incluso que hubiera muerto antes de entrar en el campo de concentración, quién sabe.

No, no tengo la culpa, por mucho que la situación me empuje a pensarlo. Nuestros sentimientos no tienen nada que ver con el problema. No debería infestarlos de emociones tan corrosivas.

Se me escapan un par de lágrimas. Estoy a punto de borrarlas cuando Kathia se me adelanta y apoya sus dedos en mi mejilla. La sonrisa que me regala me estremece.

—Muchas gracias, chicos —gimoteo—. De verdad.

De pronto, Mauro da un salto al incorporarse y se ajusta los pantalones, adoptando una pose divertidamente chulesca.

—Es bueno que lo entiendas —dice alzando una ceja—. Estaba a punto de aplicarte la ley Gabbana.

—¿La ley Gabbana? —Frunzo el ceño al tiempo que Kathia pone los ojos en blanco.

—Te arrastraré por todo Trevi.

Contengo una risotada que insiste en mis labios al ver que Cristianno pestañea varias veces.

—Acaba de inventárselo —asegura ganándose las ojeadas de Mauro.

—Cuando intentes escaquearte de una de tus guardias para venirte a mi casa a echar un FIFA, no esperes que mienta por ti.

Kathia mira a Cristianno. No le ha sentado muy bien descubrir que su novio le miente sobre su horario de trabajo.

—Obviaré lo que acabo de escuchar —resopla.

—Cariño, eso no es cierto. Te lo juro. —Y entonces comienza a pegarse con Mauro mientras se dirigen apelativos nada cariñosos en su idioma nativo.

La Materazzi parece acostumbrada porque les ignora olímpicamente.

—Veintiséis recién cumplidos y siguen pareciendo críos. ¿Tu Jun-Ha es tan revoltoso como estos dos? —Sonrío ante su pregunta.

—Siempre podemos instruirle —comenta Cristianno, a horcajadas sobre Mauro. Le está tirando del pelo.

—¡El FIFA es universal! —exclama el segundo.

La verdad es que me resulta muy curioso imaginar a Jun-Ha y Kim Jae jugando con estos dos a un videojuego. Sería una experiencia de lo más peculiar.

Siento un ramalazo de felicidad. Me contagio de una fortaleza que hasta ahora no he percibido. Es por eso que me sorprende notarlos.

El frío.

El murmullo de la multitud.

Y un fuerte temblor.

De pronto, camino por un túnel. La gente me rodea, se mueven apresurados, de un lado a otro. El aire viciado. Creo que estoy en una estación de tren. De todas formas, eso no parece importante dado que me he detenido frente a unas taquillas.

Las puertas son de color azul y las cerraduras se accionan mediante un mecanismo electrónico. A menos que sepa el código, no podré abrirlas. Y no parece que esté aquí porque me interese guardar algo. Por tanto, descarto la

posibilidad de crear uno nuevo, como haría cualquier otro pasajero.

Me acerco al panel táctil, selecciono el número de la taquilla e introduzco el código. Una de las puertas se abre, mostrándome su interior.

Veo un sobre blanco.

«Siena. ¡Siena!», escucho a lo lejos.

Mis dedos acarician el papel. Lo capturo y cierro la puerta.

Una sacudida.

—¿Siena?! —Miro a Cristianno completamente desorientada—. ¿Estás bien?

Kathia enseguida se lanza a mí y verifica mis pupilas con una pequeña linterna.

—0397... —jadeo.

—¿Qué?

—El código... 0397. La taquilla azul. —No estoy segura de que mi voz se esté escuchando.

—Es un recuerdo —advierte Cristianno—. Kathia, tenemos que irnos.

Capítulo 37

Franco

Tengo las manos apoyadas en el vientre de Kim Jae. Lentamente, las deslizo hacia sus muslos, que me dan la bienvenida con un temblor al tiempo que su dueño libera un jadeo y arquea la espalda.

Desde esta posición, acomodado entre sus piernas, tengo una perfecta panorámica de su precioso cuerpo desnudo, blancas líneas delgadas y bien definidas.

No se hace una idea de lo bello que es.

Me acerco a su boca. Él me mira extasiado. Ha olvidado odiarme y rechazarme. En su expresión tan solo encuentro el deseo por tenerme, y eso me desborda. Creo que no podré contenerme por más tiempo.

Devoro sus labios. El calor de su lengua me inunda la boca mientras sus dedos se clavan en mi espalda. Kim Jae no se opondrá a nada de lo que le haga. Así que me preparo con orgullo para adentrarme en su cuerpo, y capturo sus caderas con violenta delicadeza.

Pero lo veo. El destello rojo.

Me aparto un poco y miro mis dedos. La sangre brilla furiosa.

—No te detengas ahora, periodista —jadea él.

—¿Qué es esto? Kim Jae. —Y entonces me besa sabiendo que su vida terminará en mis labios.

Me he asustado al despertar solo en la cama.

Esperaba girarme y encontrar a Siena durmiendo a mi lado.

Supongo que ese hecho ha sido lo que ha provocado que me ponga a verificar las sábanas como un demente.

No soy de los que pierden la cabeza por una pesadilla. Ya imaginaba que

se trataba de una fantasía y que no tendría un buen final en cuanto Kim Jae aceptó mis caricias.

Pero la mente es perversa y retorcida. Juega a la destrucción cuando entiende que se está abrumado. Así que en cierto modo lo esperaba cuando cerré los ojos.

Me he cambiado de ropa. Me causa cierta impresión saber que, aun con todo el desconcierto, Michel, Neus y Blanca tuvieron un momento para coger a Suga y preparar nuestras maletas antes de abandonar la masía. .

Es probable que ya estuvieran avisados.

No solo sé. Trato de no pensar demasiado. Apenas son las ocho de la mañana y sé que será un día de lo más agotador.

Salgo de la habitación a tiempo de cruzarme con Enrico. Le he cazado justo cuando se disponía a llamar a mi puerta.

—Es bueno saber que no te he despertado —sonríe—. Buenos días.

—Buenos días.

Es tan condenadamente guapo que cuesta dejar de mirarle, y eso me hace sentir nostalgia. Hace unas pocas semanas, habría deseado devorarlo y pensado que es una lástima que sea un heterosexual casado, porque de lo contrario me habría lanzado a su cuello.

Enrico Materazzi es el tipo de hombre por el que cualquiera se dejaría someter.

Pero existe Kim Jae, y la asombrosa belleza del italiano no puede contra ese hecho.

—¿Has dormido bien, Alemany? —me pregunta.

—Eso creo —suspiro.

—No lo parece.

—La intención era lograrlo. —Ambos sonreímos.

—¿Pero?

—Las preocupaciones me inquietan. —Trago saliva. Me siento un poco expuesto ante los hermosos ojos azules de Enrico, que tan bien comprenden mi estado. Creo que puede ver a través de mí, así que ya imagina lo que voy a

decir a continuación—. Muchísimas gracias por todo, Materazzi.

Él resopla una preciosa sonrisa y se acerca un poco más a mí. Una de sus manos se apoya en la parte baja de mi espalda, invitándome a caminar.

—Tengo un ligero problema con los agradecimientos. —Su tono de voz ahora contiene un matiz jocos—. No me importa darlos, pero recibirlos resulta incómodo. Parezco un santo, y yo creo que soy más bien lo contrario.

Alzo las cejas. Creo entender a la perfección lo que dice, y también me parece que no está de más mantener una conversación trivial, aunque el tema sea un tanto extraño. Mengua la tensión de mi cuerpo.

—Si hablas de mafia, lo menos que puedo ofrecerte es hacer oídos sordos como periodista y guardarte el secreto —cuchicheo ganándome unas miradas cómplices.

Hemos llegado a la escalera.

—El mundo necesita más personas como tú —bromea Enrico.

—Sin embargo, creo que eres un buen tipo.

—Sigue alabándome y terminarás en el río Tíber haciéndole compañía a otros.

—Discúlpeme, comisario —sonríó levantando los brazos. Sus carcajadas inundan mis oídos.

Entonces, me detengo a medio bajar la escalera. Está bien disfrutar de un momento de calma, pero los miedos siguen estando ahí. La preocupación no desaparece como si nada.

—Supongo que Siena ha ido a ver a Se Jun —comento cabizbajo.

—Así es —dice Enrico, deteniéndose a mi lado.

—¿Cómo están? —Basta esa pregunta para que el Materazzi entienda a qué me refiero.

No sé si está mal, pero al pensar en Se Jun, lo último que me inquieta es el disparo.

—El muchacho simplemente necesita reposo. Ha sido un golpe muy duro. —Él sabe bien que ha perdido a su padre—. Pero la niña... Ella... —Coge aire—. Presentaba un diagnóstico bastante deplorable. Por suerte, permanece

estable... —Mira hacia el techo conforme se guarda las manos en los bolsillos —. Siendo padre de una cría, esto me es difícil de digerir.

La pequeña Bianca apenas tiene dos años. No conoce las maldades de este mundo e imagina que la vida es un bonito camino de flores.

Todos alguna vez albergamos ese tipo de inocencia. Incluso la chiquilla, que ahora duerme en una cama de hospital, a cientos de kilómetros de su casa, y con el cuerpo destrozado.

Aprieto los dientes y trato de recomponer la respiración.

—En realidad, lo siento —me sincero. La mirada de Enrico se clava en mí —. Entiendo que mantenéis una buena relación con Alicia Duarte, de lo contrario no os habríais inmiscuido. Pero lamento mucho haceros pasar por esto.

Dejando a un lado la mafia, ellos aman del mismo modo que la gente corriente. Su desempeño «profesional» nada tiene que ver con la integridad, demuestran ser profundamente leales con los suyos y con aquellos a quienes respetan.

Hacerles partícipes de nuestros problemas me hace sentir un poco culpable.

—Somos demasiados y realmente capaces —expone apoyando una mano sobre mi hombro—. Lo superaremos, juntos.

—Vaya, vaya, ¿de comadreo? —La voz de Michel llega desde lo alto de la escalera. Al verle acercarse, descubro su aire renovado—. Ven que te besuquee. —Me coge la cabeza y tira de mí para estamparme un reguero de besos allá donde alcanza.

A Enrico le divierte el gesto.

—¡Tú! —Irrumpe otra voz, esta vez la de Valerio Gabbana, y desde el rellano del vestíbulo. Señala a Michel—. Espero que hayas descansado lo suficiente porque me tengo que ir.

—¿Ying? —sugiere el Materazzi.

—Se ha puesto a gritarme en chino. Imagina lo cabreada que está. — Sonreímos—. Por cierto, he impreso el informe de situación en Corea. Me voy antes de que sea demasiado tarde.

—¡Que sea leve! —exclama Enrico.

—¡Capullo! —Es lo último que le oímos decir.

Pero al escuchar Corea, algo dentro de mí se ha estremecido.

—¿Qué significa ese informe? —inquiero buscando los ojos de mi amigo.

—Vamos, te lo explicaré.

Nos encaminamos hacia la sala de trabajo que se ha dispuesto en la planta baja. En cuanto entro, me centro en las imágenes que hay en el monitor central. Las sonrisas de César Castro y Gonzalo Bornay me persiguen presuntuosas.

Michel se apoya en el filo de la mesa y comienza a hablar. Me expone la situación dejando a un lado lo mucho que me perturba.

Los chicos se han encontrado con el coronel Shin.

Y lo han eliminado.

Pero no han sido ellos mismos quienes le han robado la vida, sino que le han empujado al suicidio tras haberle obligado a escribir una confesión de lo más reveladora. Carta que la fiscalía ha enterrado, pues no les interesa que se haga público.

Lo que nos lleva a la siguiente parte del plan. La muerte del coronel sirve para vengar a los compañeros del capitán y su teniente, pero también para revelar cuántos implicados hay en los organismos gubernamentales.

Los *limpiadores*. Aquellos que se encargan de ir eliminando las huellas que dejan sus superiores. Un desempeño tan repugnante como necesario.

—¿A cuántos de ellos se han localizado? —pregunto. Michel echa mano al informe que le ha preparado Valerio y me lo entrega. Empiezo a leer atropellado hasta vislumbrar un nombre bastante atractivo—. Vaya, parece que tenemos un pez gordo.

El fiscal de distrito ha preferido hacerse cargo personalmente en vez de delegar en sus subordinados.

—¿Por qué iba el fiscal jefe a hacerse cargo de un asunto tan simple como limpiar? —inquiero en voz alta, más que tentado con esta información.

—Porque le gusta demasiado su posición —comenta Michel.

—Y seguramente aspira a algo más —añade Enrico.

Asiento con la cabeza, amagando una sonrisa. Me gusta que mis instintos como periodista estén en sintonía con mis compañeros.

—Es probable que él tenga más información.

—Bingo. —Michel chasquea los dedos—. Nuestros chicos están siguiéndole. Se han distribuido en equipos.

Hay que encontrar cualquier cosa. Necesitamos reunir todas las pruebas posibles para poder hundir a estos hijos de puta.

Conforme pasan los segundos siento la certeza de que será complejo, pero lo lograremos. Quiero creer que seremos capaces.

—¿Y Song Hye Rim? —pregunto. Ha venido a mi mente de súbito—. Si la encontramos, quizás pueda proporcionarnos más información.

Rápidamente, mi amigo toma asiento frente a uno de los ordenadores y comienza a teclear, hasta que en la pantalla aparecen las imágenes de una cámara de seguridad.

—Estoy reconstruyendo sus últimos pasos —comenta sin dejar de golpear su teclado con extraordinaria habilidad—. Aunque no descarto la posibilidad de que esté muerta, todo apunta a que abandonó el país. Sin embargo, hay un detalle importante a tener en cuenta. —De pronto aparece la imagen de una mujer con capucha. Camina cabizbaja. Enrico y yo nos hemos acercado hasta su silla y oteamos la pantalla con atención—. Anoche, antes de la reyerta, descubrí que la tarde del día en que desapareció fue a la estación de...

—Yongsan. —La voz de Siena interrumpe de forma jadeante, alertándonos de inmediato.

Su pálido rostro nos muestra unos aturridos ojos verdes que se han enrojecido al observarnos. La respiración se precipita de sus labios entreabiertos y distingo los temblores en sus brazos. No terminan de embrutecerse porque Cristianno Gabbana está a su lado, supervisando su equilibrio.

Soy capaz de reparar en todos esos detalles, y me obligo a centrarme en ellos porque de lo contrario siento que el estupor terminará doblegándome.

Pero no soy el único desconcertado aquí.

A Michel se les ha entiesado los dedos sobre el teclado y Enrico escudriña

la mirada de Cristianno y Mauro en busca de alguna señal. Creo que es el primero en darse cuenta de todo.

—Exacto. Estación de Yongsan —recapacita Michel y enseguida entrecierra los ojos—. ¿Qué tienes que decirme, guapura?

—Has recordado algo —murmuro justo cuando su mirada se clava en la mía.

—No he distinguido demasiado —comenta acercándose a nosotros—. Pero estoy segura de la estación. Recuerdo que me detuve frente a unas taquillas. Sabía muy bien a dónde me dirigía.

Mi amigo enseguida se recompone y vuelve a prestar atención a su monitor.

—Las cámaras pierden el rastro de Song Hye Rim justo al cambiar de pasillo y vuelve a aparecer al otro lado cuarenta y siete segundos después —informa mientras el hecho se desarrolla en el vídeo—. El tiempo real que tarda una persona de un lado a otro sin interrupciones es de treinta y nueve segundos. Tuvo que ser muy rápida para guardar algo en la taquilla.

—Parece un punto ciego. No hay ninguna cámara en la intersección —señala Cristianno.

—Quizás ella sabía que la estaban siguiendo y que probablemente verificarían las imágenes. No quiso alertar que guardaba algo —insinúo ganándome la afirmación de Enrico.

—¿Recuerdas el número? —pregunta el Materazzi.

—Taquilla veintidós. Código 0397.

—Miraré el historial de códigos. —Michel se prepara para entrar en el sistema.

Estoy acostumbrado a verle trabajar, sé lo increíblemente bueno que es. Pero nunca dejaré de asombrarme lo bien que se maneja ante tanta información.

—Será complicado —advierde Siena—. Cada usuario introduce un código propio y este se elimina una vez se activa la apertura, como si fuera de un solo uso. No tiene memoria.

—Mierda, es cierto —masculla Michel.

Me llevo las manos a la cabeza. Todo esto es un poco desesperante, es un

detalle que puede llevarnos a una importante pista. Necesito pensar con claridad y ligar mis pensamientos. Normalmente mi mente trabaja muy bien bajo presión.

—Siena llegó a Seúl el veinte de julio y todo apunta a que desapareció al día siguiente. Comprueba si esos días estuvo en la estación —aconsejo y apenas pasan unos segundos que Michel obedece.

Se adentra en los archivos de esos dos días en concreto, activa el *software* de reconocimiento facial basado en Siena y lo pone a funcionar. Ninguno esperamos que, minutos más tarde, nos aparezca un pantallazo informándonos de que no se han hallado similitudes.

—Qué sorpresa tan interesante —ironiza Enrico con el ceño fruncido, sin quitarle ojo a la pantalla.

Acaba de descubrir con nosotros que alguien se ha tomado la enorme molestia de eliminar todo rastro de Siena.

Llama mi atención el modo en que ella nos mira ahora, como si tuviera miedo de toparse con nuestra desconfianza.

—Estuve allí, lo sé —dice confundida, un tanto suplicante—. Lo recuerdo perfectamente.

Quiero lanzarme a ella, protegerla entre mis brazos y decirle que jamás desconfiaría. Pero la voz de Enrico surge prodigiosa.

—No cabe duda de que hay gente a la que no le interesa ubicarte en ese lugar. —Parece que empieza a tomárselo como algo personal. De pronto, mira a Siena—. ¿Recuerdas qué había en la taquilla?

—Un sobre. Dentro había una tarjeta de memoria.

—¿Algo más? ¿Algún contacto con alguien sospechoso o algo similar? —insiste el Materazzi al tiempo en que su esposa aparece con una taza de café en las manos.

Siena cierra los ojos con fuerza. Trata de vislumbrar más información, ajena a que sus manos se han convertido en puños que no dejan de temblar..

—No... No... Yo... —tartamudea, y entonces borro la distancia.

—Tranquila, cariño. Está bien, ¿eh? —le susurro capturando su rostro entre mis manos.

—Al parecer, esa dichosa tarjeta es el motivo del rapto —interviene Cristianno—. Seguramente te siguieron y decidieron interceptarte al ver que obtenías algo sospechoso.

—Pero... Cuando abrí la taquilla no tenía la sensación de estar siendo perseguida.

—Puede que tú no lo supieras —añade Mauro—. Puede incluso que te pusieran vigilancia desde que pisaste Seúl.

Y podríamos seguir conjeturando, pero, inesperadamente, algo se estrella contra el suelo y se hace añicos. Los pedazos de la cerámica que hace un momento formaba una agradable taza de café, ahora están desparramados por toda la sala.

Sobresaltados, todos tratamos de buscar el origen sin esperar encontrarnos con una Sarah que ha empalidecido y se tambalea con brusquedad.

Llego a tiempo de cogerla antes de que caiga al suelo. Su cuerpo se estremece entre mis brazos.

Su esposo enseguida corre hasta ella e investiga su rostro encontrándose con una expresión de puro terror. No sé qué demonios ha pasado, nadie lo sabe, pero desde luego debe de ser bastante inquietante. No parece que Sarah sea del tipo de mujer que padece estas reacciones. A menos que esté ante una situación verdaderamente alarmante.

Enrico es consciente de la debilidad de su esposa, así que opta por cogerla entre sus brazos y sacarla de allí a toda prisa. Nos deja preocupados, observando la puerta por la que se pierden.

Siena

He empezado a moverme, muy lentamente.

No debería interferir en algo que, por el momento, solo atañe al matrimonio. Mucho menos cuando Enrico se ha llevado a Sarah en busca de privacidad.

Pero no puedo evitarlo.

He reparado en algo que nadie más ha visto. La mirada asustada de Sarah

al ver el rostro de mi padre reflejado en uno de los monitores.

Es demasiado pronto para sacar conjeturas. De hecho, dudo que pueda albergarlas. Porque no entiendo qué ha podido ver Sarah en una persona que ni siquiera conoce.

El temor le ha inundado con tanta violencia que enseguida he podido sentir su reflejo paseándose por mi cuerpo.

Camino con rigidez, acariciando la pared con la yema de mis dedos. No estoy del todo segura de mi estabilidad. He salido de la sala, atravieso el pasillo por el que Enrico ha desaparecido conforme mastico los latidos precipitados de mi corazón.

No sé bien a dónde han ido, pero me dejo llevar hasta que intuyo el rastro de unas voces. Proviene de la biblioteca que hay al final de este corredor de ventanales.

Me dirijo al lugar.

«Detente, no sigas... No... Camina un poco más...». Las contradicciones son tan febriles que he comenzado a jadear.

Sea lo que sea que me depare el miedo de Sarah, debo hacerle frente. Quiero hacerle frente.

Acaricio el marco de la puerta. Está entornada, pero puedo ver a Enrico acucillado frente a su mujer. Ella me da la espalda, sentada en un sillón de piel marrón. Ha enterrado la cara entre sus manos y no deja de balancearse de un lado a otro. La escucho sollozar.

—Cariño... Cariño, mírame —insiste Enrico, acariciándole las mejillas. Está realmente preocupado por ella—. ¿Qué ocurre?

—Lo siento... —gimotea Sarah, antes de aceptar el abrazo del Materazzi.

—Está bien, no te preocupes —le dice este al oído.

—Se me había olvidado su rostro. Ya no le recordaba...

Frunzo los labios, han empezado a temblarme. También las manos. Así que, temerosa de que las convulsiones se propaguen y no me dejen escuchar, tenso mi cuerpo y me clavo las uñas en las palmas hasta hacerme daño.

—¿Qué quieres decir? —inquire Enrico, confundido.

—Él fue el primero... Cuando Mesut me capturó...

Me estremezco.

«Mesut... Mesut...». He oído ese nombre antes.

—Mesut lleva años muerto y yo sigo estando aquí, eres mi esposa. No tienes nada que temer, ¿me oyes? —El Materazzi trata de reconfortar a Sarah, pero, aunque logra que el llanto no incremente, no consigue evitar que ella rememore sus recuerdos más atroces.

—Estuve tres días encerrada en aquella habitación. —Intensifico la tirantez de mis brazos, no quiero caer—. Apenas le vi el rostro, pero una de las veces... Una de las veces me miró sin aquella maldita máscara. Lo había olvidado... Fue tan terrible que mi mente lo borró por completo.

Doy un paso atrás notando cómo mis ojos se abren hasta captar toda la luz del día que se derrama en el lugar. Me ciega un poco, pero no borra la visión de Enrico frunciendo el ceño.

—¿Recuerdas su nombre? —pregunta.

—No... Pero escuché a Mesut comentar algo sobre La Colmena... —termina sollozando Sarah antes de lanzarse a los brazos de su esposo—. Enrico...

—Tranquila, mi amor. Estoy aquí, cariño. Tranquila. —Entonces sus ojos se clavan en los míos.

Nos miramos en la lejanía entendiendo en silencio quién es la persona a la que se ha referido Sarah.

A ambos nos colapsa. Porque todo este asunto se ha convertido en una batalla personal para Enrico y en la mayor de las desolaciones para mí.

Si al menos pudiera llorar... Pero lo cierto es que he empezado a hacerlo. De una forma lenta y desgarradora. Apenas una lágrima atraviesa mi mejilla y recae en mis labios.

Pienso en borrarla al tiempo en que retrocedo sin dejar de ahogarme en los ojos de Enrico. Me topo contra algo.

Rápidamente, me doy la vuelta. Desconozco qué tanto han escuchado Franco y Cristianno, pero el aturdimiento de sus expresiones lo indica bien.

Agacho la cabeza, me abandono a la oscilación de mi cuerpo y empiezo a

caminar de nuevo. No me importa si deciden seguirme o no.
Tan solo necesito aire.

Capítulo 38

Jun-Ha

Nam Ji Woo ha abandonado la fiscalía a eso de las siete de la tarde ignorando el dispositivo de rastreo en su maletín; uno de mis chicos le ha introducido tras haberse infiltrado en el edificio.

Su secretario le ha abierto la puerta del vehículo para enseguida incorporarse al tráfico, en dirección a la autovía que les lleva a Uijeongbu.

Unos cincuenta minutos después, llegamos al pueblo y Tae Jin detiene nuestro vehículo bajo un túnel peatonal, a unos trescientos metros de nuestro objetivo.

Desde aquí, no podemos ver al fiscal, pero sí escucharle.

Es su voz, intercambiando saludos con otros individuos, la que atraviesa el silencio que hemos mantenido desde que hemos salido de Seúl.

Tras la reunión extraoficial que mantuve con el coronel Shin, pensé que jamás volvería a poner un pie en el club *Diane*. En ese momento, ni siquiera creí estar quedándome con los detalles que ahora de pronto sobrecargan mi cabeza.

Debe de ser bastante alarmante, porque mis compañeros no me quitan ojo de encima. Me creen demasiado perdido en mis pensamientos como para reparar en sus miradas de soslayo.

Pero no es momento para divagar sobre las intenciones que tenía Shin aquella noche. Ahora estoy aquí, junto a mi hermano y mi amigo, y empiezo a sentir el cosquilleo que precede a la acción.

—Fiscal Nam, ¡qué alegría verle! —exclama uno de los tipos.

Por el ruido ambiente, parece que acaban de entrar en uno de los reservados. Se escuchan varios apretones de manos y algún que otro palmetazo cariñoso.

—¿Cómo se encuentra su esposa, señor Baek? —dice nuestro fiscal. Se le nota cómodo, acostumbrado a este tipo de reuniones.

—Mejora increíblemente. Es lo que tiene la fortaleza de un niño. Ese corazón funciona a las mil maravillas.

Me entieso en mi asiento y oteo a mis compañeros descubriendo que a ellos les ha sorprendido por igual. Esta conversación no ha hecho más que empezar y ya nos ha robado el aliento.

—Me alegra. Ya sabe que nuestro doctor es una eminencia.

—Los alemanes se toman su trabajo muy en serio. —Risotadas—. ¿Qué les apetece, caballeros?

—Soju —anuncia el fiscal.

—Yo también —comenta una tercera voz masculina—. Y traiga unos platillos para picotear. Tanto culo me ha dado hambre. —Este tipo denota un despotismo superior al de sus dos camaradas.

Trago saliva mientras las carcajadas de estos impresentables llenan el vehículo.

—¿Michel? —tanteo.

—Aquí estoy, Jun-Ha.

—¿Has empezado a grabar?

—Desde el primer suspiro, querido. —Le escuchamos coger aire. Para él es más difícil que para cualquiera de nosotros porque no está acostumbrado a este tipo de misión.

Pero siendo verdaderamente honesto, nosotros tampoco. Da igual qué tan buenos soldados hayamos sido. Nadie se habitúa a la maldad.

—Oh, cierto, ¿cómo le ha ido el antojo, abogado Song? —comenta el tal Baek, desvelando así el nombre del tercer hombre.

—Mayoría de edad recién estrenada. Una delicia, pero un tanto chillón. —Aprieto los dientes. No me gusta lo que estoy imaginando—. Supongo que se debe a que he sido el primer varón en catarle.

Cierro los ojos. Fuertemente.

—Es lo que tienen los vírgenes —bromea Baek.

—Pero le he dado su merecido.

Más sonrisas.

En realidad, esperábamos algo así. Este tipo de personas no tienen integridad, no podemos suponer que sus reuniones sean cordiales y simplemente divertidas. Necesitan estímulos que la gente corriente, o con un pequeño grado de honor, no alcanzaría a comprender jamás.

Es lo que llamamos depravación, en estado puro.

Mis dedos han empezado a moverse mucho antes de darme cuenta, buscan el calor de Kim Jae. Al encontrarlo, lo percibo trémulo. Pretendo evitar sus recuerdos, pero Chi Soo resurge impetuoso y es inevitable contenerlo, porque mi hermano también gritó ese día.

—En efecto. Ha sido realmente placentero, no cabe duda —continúa el maldito abogado. Presupongo que es un hombre al que le gusta experimentar. De ahí que llamen antojo a su capricho de probar un muchacho—. Pero, dígame, fiscal Nam, ¿cómo lleva el caso del coronel Shin?

Bingo. Al fin sacan el tema por el que hemos seguido al fiscal.

Cuando este ha recibido la llamada del secretario de Baek citándole esta noche en el club *Diane*, ya suponíamos que sería para tratar el tema de la muerte de Shin.

—Es una pena todo esto —se lamenta Baek—. El coronel hacía grandes labores.

—Hemos eliminado todas las pruebas que determinan un suicidio e informado a la opinión pública de que el coronel ha fallecido debido a un fallo cardíaco. Mañana mismo se hará público.

Precisamente lo que imaginábamos. No les interesa anunciar el suicidio de un alto cargo del ejército, existiendo una carta que expone una declaración tan severa.

Lo que no sospechan es que la original la tenemos nosotros.

—Buen trabajo. —Al parecer, Baek es un gran experto en lamer culos. No hace más que despotricar alabanzas.

—Gracias, señor.

—Esa maldita carta... —masculla Song—. Putos bastardos, estoy seguro

de que hay alguien detrás de todo esto.

«Por supuesto que lo hay, maldito canalla. Prepárate, porque me encargaré de enviarte a criar malvas», me prometo a mí mismo.

—No se preocupe, abogado Song, hemos abierto una investigación privada para averiguar a qué nos enfrentamos.

Qué miedo.

—No hay nada que no podamos encubrir. Desde luego confiamos en tus habilidades.

—Hablando de habilidades, tenemos que limpiar la residencia de Shin — comenta Baek—. Actualmente, hay dos sujetos allí dentro y un pedido bastante grande. Eso sin contar el capricho de nuestro querido abogado Song.

—Al muchacho se le veía fuerte, así que creo que podréis hacer buen uso de él.

Kim Jae aprieta mi mano. Tiene la mirada completamente enfurecida clavada en la radio. Si le suelto, creo que sería capaz de echar a correr y descuartizar a esos hombres con sus propias manos. No le faltarían razones para hacerlo.

—En eso estamos de acuerdo. Pero esta residencia debe ser eliminada — añade Baek—. Ahora que el coronel no está, su hija querrá disponer de todo el patrimonio, y no sería agradable. Ella es incluso más chillona que ese joven con el que has estado.

—Doy fe...

De nuevo, más sonrisas. Esta vez un poco más pasadas de rosca. Han comenzado a beber, y desbordan alegría.

—Me encargaré personalmente, caballeros. Pierdan cuidado —asegura el fiscal.

—Es usted un gran profesional, fiscal Nam. Llegará muy lejos.

—Me alegra ser de ayuda.

—Pero ahora bebamos. ¡La noche es joven!

Me llevo las manos a la cabeza. Los tipos han cambiado de tema y ahora intercambian relatos de poca monta. Ya no es necesario continuar escuchando.

En todo caso, la grabación sigue en activo, así que cualquier cosa que digan quedará registrada.

Ahora hay otro detalle que interesa mucho más que las idas y venidas de tres malditos.

—Michel, verifica si el coronel Shin disponía de una segunda residencia —ordeno.

—Os sorprenderá saber su ubicación —dice tras unos cortos minutos—. Se encuentra detrás del club, a unos doscientos metros.

—Tiene sentido que se hayan citado aquí entonces —comenta Tae Jin.

—Además todo apunta a que el club es una especie de tapadera —le sigue Kim Jae.

Pero yo ahora no puedo dejar de pensar que estamos al alcance del lugar y que en su interior hay gente en peligro.

—Suponiendo que los sujetos de los que hablan son personas, al parecer permanecen con vida. Debemos sacarles de allí y tiene que ser ahora.

Mis compañeros asienten con la cabeza, más que dispuestos a entrar en acción.

—Agente Han —dice mi hermano.

—Sí, mi teniente.

—Cobertura. Vamos a entrar.

—Listo.

Enseguida nos preparamos, empezando por verificar nuestras armas. Le siguen los guantes y las capuchas.

Tae Jin es el primero en terminar de colocarse la mascarilla y salir del coche. Estoy a punto de seguirle cuando la voz de Michel vuelve a surgir. Esta vez penetra en mi oído a través del auricular.

—Jun-Ha. Esto es demasiado peligroso. No hemos preparado un asalto. Podría salir mal.

—No sabemos cuál es el estado físico de los sujetos. Pero, por si acaso, pon en preaviso a mi padre. —Cambio de tema—. Los llevaremos hasta él. Ahora, guíanos. —Silencio—. Michel. Por favor.

—Empezad por salir del túnel —resopla él, resignándose—. Después, cruzad la avenida.

Libero el aliento y estiro los músculos de mi cuello antes de echar a correr.

Franco

La mente de Siena a veces funciona a un ritmo completamente inalcanzable. Se hermetiza y ni siquiera ella es capaz de entrar y salir de sus pensamientos a su propio antojo.

Esa introversión tan suya, ahora tiene mayores connotaciones que nunca. Acaba de descubrir que su padre es un maldito violador que no duda en maltratar.

Cojo aire. Noto que no termina de entrar en mis pulmones, pero insisto en el gesto, tratando de estabilizar mi aliento.

Me he cruzado de brazos y apoyado la espalda en la pared. Desde aquí, puedo ver a Siena a través de los ventanales.

Lleva unas horas sentada en la terraza, observando la nada. De vez en cuando llora con sutileza. Creo que desea hacerlo más abiertamente, pero hay algo que se lo impide. Y es mejor que ninguno de los dos sepa qué es, porque de lo contrario ambos caeremos, y no podré hacer nada por ella.

Le estoy dando tiempo antes de salir y decirle que levante la cabeza. No es como su padre, nunca podría serlo. No debe cargar con los errores que él ha cometido.

Pero, confesarle que me estoy cansando de ahogarnos en el asombro y el dolor que este conlleva, quizás sería cruel.

No quiero volver a repetirme que toda esta situación es desquiciante; es un detalle que ya sabemos. Sin embargo, empiezo a pensar que tal vez nos estamos equivocando de método para afrontarlo.

Escucho unos pasos acercándose a mí. Al desviar la vista, veo a Enrico. Lleva las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón, no tiene una buena expresión. Parece bastante preocupado, y puede que también furioso.

Cualquiera podría pensar que odia la idea de tener a Siena bajo su techo.

Pero el Materazzi es un hombre de honor, no mezcla los conceptos.

Tras otearme un instante, decide salir a la terraza.

Lentamente, se acerca a Siena, que continúa centrada en el horizonte hasta que nota cómo Enrico toma asiento a su lado.

Se observan de un modo penetrante, diciéndose miles de cosas sin que nadie más pueda oír.

Debería sentirme nervioso ante el intenso escrutinio, pero ese contacto me parece mucho más de lo que aparenta.

—No tienes que pedirme permiso —dice Siena en un susurro.

Enrico pestañea con lentitud, conmovido porque ella no le ha obligado a mencionar en voz alta sus deseos.

Ahora mi pequeña compañera y yo ya sabemos que la mafia quiere ajustar cuentas con Gonzalo Bornay, y eso es algo que no se puede contener ni evitar.

—Que seas hija de un canalla no te convierte en uno —sentencia el Materazzi.

Tengo un escalofrío.

—Sin embargo, lo entendería... Estás acogiendo a su primogénita en tu propia casa.

—La misma que conoce una honestidad que él jamás entenderá. —Insiste en la rudeza de su voz para que Siena capte la rotundidad de sus pensamientos.

Es muy emotivo saber que alguien como Enrico ha deducido la misma pureza en Siena que a mí me fascinó el día en que la conocí.

—¿Por qué piensas que soy honesta? —inquire ella, con lágrimas los ojos —. Podría estar mintiendo...

—He visto tu expresión, sé leer a las personas, Siena. Y Alicia Duarte no es una farsante.

Por tanto, la señora les ha hablado de su hijastra a los Gabbana, y dichas conversaciones han debido de ser muy halagadoras. Alicia no ensalza gratuitamente, y Enrico parece conocer muy bien a mi compañera.

No dice mucho más. Supongo que necesitaba tener esta conversación con Siena para poder advertirla de lo que está por venir. Se pone en pie y

abandona la terraza caminando en mi dirección.

Me sorprende un poco el cálido contacto de su mano sobre mi hombro.

—¿Por qué no vais a dar una vuelta? —me dice bajito—. Creo que lo necesita tanto como tú.

Cierro los ojos mientras el sonido de sus pasos se aleja de mí hasta perderse en la lejanía.

No es una mala idea. De hecho, creo que nos daría un momento para recapitular, lejos de estas paredes y de todo lo que simbolizan para nosotros ahora mismo.

Será comprensible creernos insensibles por irnos a pasear cuando Se Jun está herido, Michel no deja de trabajar, nuestros chicos están al otro lado del mundo y hemos paralizado a toda una familia.

Pero también será un acto valioso, porque regresaremos siendo diferentes.

Salgo a la terraza. Siena cierra los ojos al sentir mis dedos sobre su mejilla.

—Conozco una bonita cafetería en los alrededores de Piazza di Spagna — sugiero.

Nuestras miradas se encuentran. Advierto el destello en sus pupilas. Acaba de entender que se ha terminado el tiempo en que pensamos amedrentados.

—Suená bien.

Capítulo 39

Jun-Ha

Dos hombres en la entrada, cinco más en el interior. No hay sistema de videovigilancia ni dentro ni fuera del perímetro, y los residentes más cercanos están casi a medio kilómetro de distancia.

La poca seguridad que contiene el lugar es un buen indicativo. No quieren alertar que aquí se llevan a cabo prácticas ilegales.

Una residencia vacacional de estilo tradicional coreano que todo el mundo sabe a quién pertenece y entienden que su dueño solo aparezca un par de veces al año. Porque es una personalidad muy importante y respetada. Al menos hasta que se hagan públicas todas las pruebas que reunamos.

Michel ha podido acceder a los planos de la casa y ha hackeado la señal de interferencias de los dispositivos de comunicación que portan los guardias; es por eso que sabemos cuántos hombres hay.

Será bastante sencillo. O eso espero.

Al escondernos tras una fila de arbustos, avistamos un vehículo del que acaban de salir dos hombres. Abren el maletero y empujan fuera a un muchacho. Apenas lleva una camisa rasgada.

El joven no puede caminar y parece aletargado, quizás le han drogado para que dejara de chillar. Es por ello que le arrastran como si fuera un trapo viejo. Aunque está oscuro, detecto la sangre que resbala por sus piernas.

Le han herido con demasiada rudeza.

Un gemido.

Kim Jae no está bien. Ha empalidecido y convertido sus manos en fuertes puños. Está luchando por no caer en el instante en que Chi Soo le hizo el mismo daño.

Tae Jin me ojea.

Sabe bien que esta misión tiene una índole demasiado personal. No se trata de un trabajo sin más, están en juego demasiadas cosas. Por eso nos afecta más de lo normal.

Pero debemos hacerlo y pienso dejarme la piel en ello.

—Han, ¿has sacado fotos?

—Sí, capitán. Además de la matrícula. Aunque ya sabemos que no está registrada en ningún lugar.

—Bien, tratemos de no llamar la atención —advierto—. Iremos de uno en uno para que no puedan comunicarse y alertar a refuerzos. En cuanto desaparezca ese vehículo, entramos.

—Entendido. —Pero solo responde Tae Jin.

—¿Teniente? —insisto. Necesito una afirmación de los dos.

—Entendido, capitán —termina respondiendo.

Le ha costado un momento, pero finalmente ha decidido dejar a un lado las emociones y actuar como un soldado en plena misión de rescate.

Pasados unos quince minutos, el coche desaparece. No debemos preocuparnos por el tiempo dado que la fiesta en el club parece que va para rato; el fiscal y sus amigos han pasado del soju al champán y la compañía femenina.

De ser necesario, gozaríamos de al menos dos horas.

Lo haremos en minutos. No soportaría más.

—Adelante —ordeno, y echamos a correr agazapados.

Kim Jae abre camino. Se mueve con una fluidez que me asombra teniendo en cuenta su estado hace un rato. Informa en silencio que se encargará del primer guardia para que Tae Jin se centre en el segundo y yo pueda saltar la verja. Despejaré el camino mientras ellos retiran los cadáveres antes de entrar.

Justo como ha previsto, tanto él como nuestro amigo se enganchan al cuello de sus víctimas. El crujido de sus huesos y esos roñosos últimos alientos de vida se propaga en la noche antes de que yo trepe el muro de un salto.

Un esbirro me ve caer en la grava. Enseguida se lleva la mano a la

cinturilla de su pantalón y extrae un arma. La empuña hacia mí creyendo que tendrá tiempo de cargarla y disparar.

Pero no cuenta con mi rapidez.

Brinco dejando que mi cuerpo oscile hacia un lado para poder soltar una patada. Mi pie impacta en su cabeza, y cae de rodillas. No me ando con remilgos y opto por partirle el cuello, igual que mis compañeros.

Enseguida capturo sus brazos inertes y arrastro su cuerpo hacia la maleza. Tampoco es que sea el mejor de los escondites, pero estoy aquí por algo muy concreto. Así que me vale con quitarlo de en medio para no llamar la atención.

Me acerco a la puerta y abro para dejar pasar a los chicos. Rápidamente, les señalo que he eliminado a un tercer tipo, por tanto apenas quedan cuatro más en el interior.

—Chicos, dos de ellos están hablando en la sala central. Los otros dos se han llevado al muchacho a las bodegas —informa Michel. Percibo la impotencia en su voz.

Sé que querría hacer más, y no movernos a ciegas por el perímetro. Pero no imagina de cuánto nos está sirviendo su ayuda. Es alguien realmente increíble, y me siento un poco menos desolado sabiendo que está a nuestro lado. Porque tras su voz, fuera de esa sala donde él se encuentra, está mi Siena.

Pestañeo un par de veces. Si pienso en ella en un momento como este, es probable que no pueda continuar avanzando.

—¿Cuántas entradas tiene el salón? —murmuro.

—Vestíbulo y cocina. La bodega tiene acceso a través de una puerta que hay bajo las escaleras.

—Avanzamos —indico marcando a mis compañeros la entrada principal.

Yo entraré por la parte de atrás para colarme por la cocina. De ese modo, cubriremos ambos sectores y acortaremos la posibilidad de un imprevisto.

Accedo a la cocina a través de la terraza. Es un espacio bastante amplio y diáfano, así que lo atravieso sin más en dirección a una de las columnas que separan la entrada al salón.

Veo a Kim Jae y Tae Jin, agazapados al otro lado, más que listos para

intervenir. Los dos tipos continúan hablando, no les presto demasiada atención, pero sonrían con sus memeces. Me hierve el vientre saber que son plenamente conscientes de lo que sucede a su alrededor.

Asiento con la cabeza. Esa es la señal. No quiero permitirles ni un segundo más de vida, y sé que está mal pensar de ese modo. Yo no soy ningún dios o fuerza suprema, no debo decidir sobre los destinos de la gente ni juzgarles por sus actos. Pero si dichos actos me afectan, entonces debo actuar.

Justo como ahora.

Me expongo llamando su atención.

Uno de ellos no duda y se lanza a por mí. El otro ni siquiera se da cuenta de que Kim Jae se acerca a él. Ha echado mano a su navaja para clavársela en una de las lumbares antes de diseccionarle el cuello.

Mi contrincante, mientras tanto, intenta darme un puñetazo. Lo esquivo, trinco uno de sus brazos y flexiono hasta partírselo. La maniobra le hará gritar, pero lo evito golpeándole la nuez en seco y con rudeza. La asfixia se expande rápido y le roba la vida en un instante.

Dejo que se desplome en el suelo antes de seguir a Kim Jae fuera del salón. Tae Jin ya nos espera en la entrada a las bodegas y nos señala que guardemos silencio.

Alguien sube y pronto aparecerá tras la puerta.

Nos miramos entre nosotros. Tan solo quedan esos dos hombres y contamos con la desventaja de las escaleras.

Enseguida propongo tirar del primer tipo hacia fuera, permitiéndonos así tener libre acceso al segundo. Kim Jae, que es quien lleva una navaja, se encargará de él.

Segundos más tarde, se abre la puerta. Respondo rápido al coger al tipo y estrellarle la cabeza contra la pared mientras mi hermano ataca a su contrincante, como hemos previsto.

Creo que ambos han caído al mismo tiempo.

—Limpio —aviso, dando por finalizado el ataque.

—Todo despejado aquí fuera, capitán —asegura Han.

Y empezamos a bajar las escaleras, asombrándonos de que, tratándose de

una bodega de alguien bastante rico, estén tan descuidadas.

Al llegar, un fuerte aroma a vino me picotea en la nariz.

—Michel, estamos abajo —comenta Kim Jae.

No hay rastro del muchacho ni de los otros dos sujetos. Tan solo barriles y botellas de vino y licor bien dispuestos en las estanterías. También hay unas cabezas de jabalíes colgando de la pared y un juego de palos de golf.

—Bien, debe de haber dos salas. Al este.

Frunzo el ceño. Aquí no hay nada.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta Tae Jin, desconcertado.

—Según los planos, el sótano dispone de ciento noventa y dos metros cuadrados, distribuidos en dos salas.

—Esto apenas son cincuenta metros —murmuro.

Hasta que lo veo.

A mi derecha.

Unas rasgaduras en el parqué a pie de una de las estanterías.

También advierto unas huellas. Son muy suaves, pero se distinguen bien, aunque no completas. Por su posición, no podrían estar ahí, a menos que haya algo tras el mueble.

Me acerco lento. Sé que los chicos siguen hablando con Michel. Pero no les escucho.

Me agacho a investigar las rasgaduras. Son marcas de uso que empezaron a formarse hace bastante tiempo.

Apoyo una mano en la estantería y comienzo a palpar en busca de algo que justifique el desgaste y esas malditas huellas.

No tardo en dar con un sobresaliente. Apenas lo he rozado cuando de pronto la estantería comienza a moverse, como si de una puerta automática se tratara.

—¿Qué coño...? —Tae Jin ni siquiera puede terminar la frase.

Me incorporo de golpe.

—¿Qué ocurre? —pregunta Michel.

—Creo que hemos encontrado los metros que faltaban —anuncio sin quitarle ojo al acceso, rematado por una cortina de tiras de plástico transparente que cuelga del marco.

Soy el primero en avanzar, y aparto el telón al tiempo en que un fuerte hedor inunda mi nariz. Huele a una pestilente humedad y también deduzco el rastro a sangre y desinfectante. Es un aroma tan abrumador que me cuesta prestar atención a mi entorno.

Sin embargo, es precisamente el lugar lo que confirma el porqué de este olor.

El suelo ha cambiado de un bonito parqué a unas baldosas que en el pasado fueron blancas. Ahora se muestra realmente desatendido y sucio. Las paredes siquiera están encofradas, parecen láminas de cemento, y de ellas cuelgan unas anillas de hierro oxidado. Me estremece saber para qué se han utilizado. Es probable que hayan soportado los envites de decenas de inocentes.

Es evidente que la distribución que presentíamos, debido a los planos que nos ha comentado Michel, nada tiene que ver con esto. En algún momento, decidieron cambiarla y crear pequeñas salas, tan solo separadas por muros de ladrillo. Aunque sea un lugar más bien pequeño, esos tabiques le dan un aspecto un tanto laberíntico.

—Mierda, chicos... —masculla Tae Jin señalando uno de los apartados de la sala. La recámara contiene una pared de neveras metálicas—. Creo que es... una clínica.

—¿Qué? —pregunta Michel, pero apenas prestamos atención.

Al adentrarnos un poco, descubrimos una mesa de operaciones y también aparatos quirúrgicos muy poco higienizados. Descubro el origen del aroma a sangre al ver restos de flujo en el sumidero que hay en el suelo.

—Fotografíalo —me esfuerzo en decir—. En este lugar se hacen extracciones y es probable que en las neveras haya órganos.

—Por eso el tal Baek ha dicho que había un pedido bastante grande —recuerda Kim Jae mientras Tae Jin lo capta todo con la cámara de un teléfono móvil. Nos obligamos a seguir avanzando.

Kim Jae y Tae Jin lo hacen tras de mí.

Ninguno de los tres somos capaces de movernos con fluidez. Es como si una losa de miles de kilos se hubiera encadenado a nuestros tobillos. El aliento surge cada vez más pesado. Hasta que de pronto se detiene y le sigue un temblor que se propaga con violencia.

Frente a nosotros, justo a unos pocos metros, se encuentran unas jaulas. Amontonadas unas encima de otras. Hay al menos una docena. Pero no es eso lo que nos alarma, sino las tres personas que se encuentran atrapadas en su interior; dos mujeres jóvenes y el muchacho que hemos visto antes.

Han sido cazados como animales.

Un jadeo.

Kim Jae ha retrocedido un par de pasos. No hay miedo en sus ojos, pero sí un desconcierto tan inmenso como doloroso.

Al ser soldados, hemos visto de todo, pero este escenario supera la lógica de cualquiera, incluso del más experimentado. No es algo que pueda ignorarse si se tiene un grado de integridad.

—Chicos, ¿qué sucede? —insiste Michel, cada vez más nervioso—. ¿Estáis bien? Decid algo, por Dios.

Una de las mujeres es la primera en advertirnos. Se atemoriza de tal manera que sus gritos nos sobresaltan hasta hacernos temblar.

Es Tae Jin quien primero reacciona y se lanza a ella en un gesto que nos contagia valentía. Necesitábamos ese empuje para volver a recomponernos y actuar.

—No tenga miedo. Hemos venido a sacaros de aquí, señorita. Por favor, confíe en nosotros —dice mi compañero logrando que al menos se silencie.

La otra mujer parece aletargada y el chico está inconsciente. Kim Jae ha introducido las manos por las rejillas para tocar su pulso.

—Está débil, pero continúa vivo —avisa.

—Tenemos que salir de aquí.

—Las celdas tiene candados —comenta Tae Jin.

—Pero le han encerrado hace unos minutos. Por tanto deben tener la llave.

—Iré yo. —Kim Jae abandona el lugar a toda prisa.

—Jun-Ha... —La mención de Michel me produce un escalofrío.

—Hay tres personas encerradas en jaulas. Dos inconscientes y una despierta —le confirmo—. También hemos hallado un espacio donde se practican extracciones. Te enviaré las imágenes en cuanto llegemos a Incheon. ¿Has avisado a Murasaki?

—Está preparado... —Aunque trata de sonar seguro, no escapa a mi atención el temblor de su voz.

Kim Jae regresa y se lanza a la jaula del muchacho en actitud nerviosa. Le tiemblan los dedos, no logrará introducir la llave.

Apoyo mi mano en la suya deteniendo la maniobra. Él me mira impresionado, pero me permite coger las llaves y hacerlo yo mismo. Su torpeza no es lo único que nos ralentiza. Tengo miedo de que se bloquee, las cargas emocionales de Kim Jae son demasiado profundas.

El chasquido que produce la cerradura suena en toda la sala. Enseguida abro la puerta y le lanzo las llaves a Tae Jin para que se encargue de las demás jaulas. Enrosco mis manos a la cintura del muchacho. Mi hermano, mientras tanto, se quita la chaqueta y cubre el cuerpo del joven antes de cogerle entre sus brazos.

—Está helado... —murmura. Ha empalidecido y tiene las pupilas dilatadas.

—Han, entrada trasera, dos minutos —digo antes de escuchar su respuesta a través del auricular.

—Entendido, capitán.

—Ve saliendo, teniente. —Rápidamente me lanzo a la otra muchacha, descubriendo así que apenas tiene unos doce años.

Tae Jin ya ha abierto la puerta, así que tan solo tengo que coger su cuerpo y seguir los pasos de mi hermano fuera de este maldito lugar.

La arrastro fuera y acomodo su cuerpo para que sus piernas envuelvan mis caderas. Echo un vistazo a Tae Jin. La tercera superviviente está consciente, sí, pero no puede caminar; le han roto varios huesos de sus piernas. Por suerte, permite que mi compañero la suba a su espalda.

Esa mirada suya, a medio camino entre la esperanza y el pavor, está a

punto de enviarme a la noche en que Kim Jae, Siena y yo huimos del campo de concentración. Ese momento en que ella desaparecía ante mis ojos y la sangre de mi hermano brotaba de su boca.

Echamos a correr. La furgoneta de Han ya nos espera fuera. Mi hermano ha acomodado al muchacho en la parte trasera y se lanza al volante. Sin darnos tregua, introducimos a las dos chicas.

—Jefe, el fiscal continúa de copas —informa Han—. Pero han comentado que limpiarán esta noche. Sugiero quedarnos y grabar todo movimiento mientras vosotros regresáis.

Cojo aire y coloco los brazos en jarras.

Es una buena idea dado que, cualquier cosa que capten, compensaría todo el material fotográfico que nosotros hemos recopilado. Pero temo que mis hombres vuelvan a estar en peligro. Es cierto que Han y el resto de agentes son leales de Alicia. Sin embargo, me molestaría cualquier cosa que les sucediera.

—No arriesguéis —le ordeno entregándole las llaves del coche en el que hemos venido—. Os quiero en Incheon antes del amanecer. Sin retrasos, agente.

—Sí, capitán —responde antes de alejarse junto a dos de sus compañeros.

—Michel, abandonamos el perímetro. —Me subo a la furgoneta. La muchacha me observa consternada.

—Entendido.

—¡Nos vamos! —aviso a Kim Jae y Tae Jin.

El vehículo se pone en marcha con un suave tirón. Apoyo la cabeza en el respaldo y suspiro apretando con fuerza mis manos.

—¿A dónde nos lleváis? —La voz de la joven suena agotada, asustada y muy débil. Al mirarla, descubro sus temblores.

Desconozco el tiempo que lleva encerrada, pero por el aspecto que presenta, sospecho que al menos unas dos semanas.

—Al hospital. En Seúl. —Me quito la chaqueta y se la entrego—. Ahora estáis a salvo, ¿de acuerdo?

Al aceptar la prenda, unas espesas lágrimas se escapan de sus ojos y perfilan sus mejillas irritadas.

—¿No va a preguntar? —inquire, sorprendida ante mi silencio.

—Lo haré cuando te sientas capacitada para responder.

Mi comentario la impresiona. Tanto que incluso se estremece.

Mentiría si no admitiera lo necesario que es su testimonio, pero ahora mismo está enferma. Debemos anteponer su estado a cualquier otra cosa. Todo el mal que ha tenido que sufrir necesita ser procesado. Así que no obligaré a ninguno de estos testigos a confesar.

—Me... llamo Lee Hee Sun —susurra tímida.

—Park Jun-Ha.

Ella sonríe.

—Gr-gracias... Gracias, Park Jun-Ha.

«Gracias».

Me gustaría que esa palabra fuera suficiente. Pero entonces pienso en la enorme cantidad de personas que han pasado por lo mismo que ella y no han tenido la misma suerte.

No sé si me alcanzará la valentía para soportar tanto dolor.

Capítulo 40

Siena

La luz bruñida se derrama en el interior de esta cafetería, se entremezcla con la exuberancia de las plantas y el encanto del mobiliario, inundándolo todo con una calidez muy contraria a cómo me siento.

Franco ha ido a la barra a pedir y yo he tomado asiento frente a los ventanales. Me llega el sonido apagado de unas voces y el hilo musical. Es una tarde serena y tranquila, que invita a echar un vistazo a mi alrededor. Hay parejas y varios grupos de amigas. También personas a solas disfrutando de la tranquilidad de un libro y un buen café.

Enseguida desvío la mirada hacia el exterior. No pasa mucha gente por esta calle, pero sí la suficiente para observarles como si fueran una especie completamente diferente a la mía. Es cierto que les envidio de un modo sano porque, aunque cada uno tiene sus problemas, no creo que estos se parezcan a los míos.

Percibo un incómodo cosquilleo en la nuca que termina estremeciendo mi piel, y entonces entiendo algo. Quizás estoy más equivocada que nunca. Probablemente, no debería pensar como si estuviera sola ante el peligro, como si todo lo que me rodea fuera banal y, al mismo tiempo, inalcanzable.

Uno no debe lamentarse sin antes haber luchado.

Yo simplemente he recibido golpes. No he atacado ni una sola vez. Todo el mundo dirá que llorar está bien, que lamentarse es muy lógico, que incluso aturdirse hasta el absoluto bloqueo mental es normal. Echar de menos, preocuparse.

Sin embargo, se convierte en un problema cuando se hace con demasiada frecuencia.

Me he cansado. Estoy tan abrumada que ya he dejado de sentir dolor, y ese

detalle desencadena una nueva alteración.

La imagino siendo una pequeña gota de sangre que contamina un charco de agua clara. Se llama ira. Visceral, violenta. Probablemente cruel.

«Lo hiciste en el pasado. Repite todos tus movimientos».

Sigo padeciendo amnesia. Sigo arrastrando conmigo la ansiedad que me produce no saber qué hice para terminar aquí y ahora, de esta manera.

Pero ya no es lo principal. Me importan un carajo los recuerdos. De todas formas, ya estoy en ellos. Fui yo quien los creó, ¿por qué no voy a poder hacer lo mismo ahora?

Todo empezó con mi interés en Song Hye Rim. Suponemos que escuché de alguien el final que ella iba a tener y quise evitarlo.

Le sigue Jun-Ha.

La probabilidad de haber descubierto su existencia por terceros aumenta a cada segundo. Seguramente también escuché su nombre, y que la persona que lo mencionó debía tener contactos con el ejército surcoreano; de lo contrario, hubiera sido imposible acceder a él.

Después está mi viaje a Corea. No tiene sentido viajar en busca de un hombre que ha recibido un código rojo extraoficial. ¿Quién en su sano juicio esperaría una declaración? No soy una suicida y mucho menos estúpida. Me subí a ese avión segura de lo que iba a encontrar en cuanto llegara a mi destino.

Produce un problema porque un problema mayor me encontró. Y puedo caer en la frivolidad si me doy la razón a mí misma, pero seguramente no me haría tanto daño como ver a los míos caer de uno en uno.

Necesito aferrarme a este instante en que parece que puedo silenciar todas mis lamentaciones y miedos. Encontrar una solución, restablecer la normalidad, vivirla sin remordimientos.

Franco acomoda una bandeja sobre la barra antes de sentarse a mi lado. Me acerca un café y un plato con un jugoso sándwich. Pero prefiero el café, así que me aferro a la taza, disfrutando del calor que desprende. Gesto que desencadena que mi atractivo jefe me mire como si fuera una madre cabreada. Le preocupa que no haya probado bocado desde ayer.

Así que cojo el sándwich y le doy un pequeño mordisco.

—Jun-Ha dice que las batallas deben pelearse con el estómago lleno — comenta con una sonrisa nostálgica en los labios—. Creo que lleva razón. No conseguiremos nada si caemos enfermos.

Trato de seguir masticando y evitar atragantarme. El simple hecho de escuchar su nombre ya me encoge el corazón y descontrola mi necesidad por alcanzarle.

Pero me obligo a ser racional, me lo recuerdan mis impulsos, y le doy un nuevo mordisco al sándwich mientras Franco echa un vistazo fuera.

Parece sosegado, que nada le preocupa. Pero conozco cómo funciona su mente y sé que él tan solo está esperando una palabra mía.

Franco no es del tipo que espera sentado a que le sacudan. Es demasiado impetuoso, un hombre de acción. Maldita sea, ha sido corresponsal de guerra. No es un cobarde, y no quiero empujarle a serlo.

Cojo aire y le miro con fijeza.

—¿Qué piensas de todo esto? —inquiero de súbito. Se me han tensado todos los músculos.

Pero Franco no me mira y ni siquiera hace el intento. Toma un sorbo de su café y coge aire antes de cruzar los brazos sobre la mesa.

—Que estamos jodidos —termina diciendo.

—No has entendido la pregunta...

—Sí lo he hecho, Siena. —Me clava una mirada muy esclarecedora.

—Pero...

—Responderte con honestidad no es más importante que tú.

De nuevo antepone mi seguridad. Señal que me indica que Franco ya ha pensado en las mismas posibilidades que yo. Es bueno saberlo, porque contaré con su ayuda.

—Olvida mi bienestar. —Me acerco un poco más a él y repito bajito—: ¿Qué piensas de todo esto, Franco?

—¿Qué piensas tú, Siena? —contrataca—. ¿A qué conclusión intentas llegar?

Mi pulso se ha disparado de golpe, no creo que me deje hablar. Pero entiendo a qué se debe. La fortaleza de mis pensamientos, el modo en que estos interactúan, chocando entre sí, empujándose con virulencia. Todos quieren salir al mismo tiempo.

No pretendo una solución compleja. Tan solo necesito encontrar a Song Hye Rim y ponerme ante esa taquilla, porque sé que veré todo lo que ahora ignoro.

«Necesito ser más periodista que nunca».

Trago saliva.

—Quiero olvidarme por un momento de todo sentimentalismo —digo rotunda—. Si tan solo me comporto como Siena Bornay, la hija de ese maldito hombre, no seré capaz de moverme.

La comisura de los labios de Franco se ha curvado hacia arriba. No sonrío, pero es una mueca que demuestra lo mucho que le atrae lo que empiezo a sugerir.

—En cambio, si actúas como una periodista...

—La carga emocional seguirá existiendo, de eso no me cabe duda, pero... ya no será la única protagonista. —Termino su frase.

—Porque te motivará la exclusiva. Una resolución profesional.

—Es precisamente eso lo que necesitamos, ¿no? Y lo que mejor se nos da, jefe.

Ahora sí que sonrío, y dejo que me inunde el enorme cariño que siento por este hombre. Aun habiendo pensado en ello, no ha sido el primero en sugerir una alternativa porque yo soy mucho más importante para él.

—Eres mi prioridad, Siena. No es necesario que te explique porqué lo siento, pero tenerte es una de las motivaciones de mi vida —se sincera cogiendo mi mano—. Quiero ser tu jefe, quiero ser ese periodista que llevo dentro. Pero pedirte supone riesgos. ¿Estás dispuesta a tomarlos? ¿Me guardarás rencor si los sugiero?

Aprieto el contacto.

—Te querré de todas las maneras —susurro.

—Entonces, vayamos a por la noticia —sentencia—. Guardas información

demasiado importante. Es evidente que una terapia no es aconsejable y podría procurarnos más inconvenientes. Pero nadie ha mencionado la posibilidad de reconstruir todos los pasos.

Ahí está.

«Lo hiciste en el pasado. Repite todos tus movimientos», me digo de nuevo.

—Quieres ir a Corea —confirmo emocionada.

«Jun-Ha, mi amor...».

—Debemos.

—Si me pongo frente a esa taquilla, es posible que recuerde... O no.

—Es un riesgo, pero si no lo intentamos nunca lo sabremos.

—¿Y Song Hye Rim? —Es indispensable encontrarla.

Franco alza las cejas y adopta esa expresión petulante que siempre ponía en las reuniones de la redacción.

—¿Realmente esperas que tu jefe solucione todos los problemas por ti? —dice engreído.

Resoplo una sonrisa y pongo los ojos en blanco volviendo la vista al frente. Trato de pensar en la manera. Es complejo. Nadie ha expuesto posibles opciones que nos lleven hasta Song Hye Rim.

Pero de pronto caigo en un detalle.

Quizás nos hemos equivocado al pensar en encontrarla a ella.

—Jack... —suspiro y miro a Franco de súbito.

—Continúa. —Está interesado por saber más.

—Existe la posibilidad de que esté muerta. Pero, en caso contrario y suponiendo que no ha sido retenida, Jack sería lo único que podría sacarla de su escondite.

Mi jefe se toma su tiempo en coger la taza de café, darle un sorbo y saborear el brebaje. Lo hace tan metódico y atractivo que por poco me desespera. Es la señal de que le ha gustado la idea.

—Estás sugiriendo... —aventura invitándome a terminar.

—Publicar en su blog. Michel podría trabajar en los servidores. Hacer que fueran seguros. Es probable que la estén rastreando y por eso dejara de publicar.

—Por tanto, Michel podría bloquear el rastreo y crear un canal de conexión al que solo pudiéramos acceder nosotros y Song Hye Rim.

Asiento con la cabeza, más emocionada que nunca.

—Parece una buena idea, ¿no? —digo.

—Es una buena idea. Termina de comer, tenemos que irnos.

Franco

El silencio se expande en cuanto termino de hablar, y oteo a Siena descubriendo que está plenamente concentrada en Alicia.

La señora se ha cruzado de piernas y ha clavado la mirada en su hijastra desde el momento en que hemos iniciado esta reunión.

Al llegar a la mansión Materazzi, Siena y yo hemos aprovechado que todos estaban en la sala para explicarles nuestras sugerencias. Nadie ha interrumpido o sugerido nada, ni siquiera los Gabbana. Simplemente nos han escuchado con atención.

Al no haber negativas por el momento, todavía tenemos opciones de que acepten.

—O sea, a ver que yo me entere —recapitula Michel, apoyado en la mesa junto a Valerio y Cristianno—. Me estáis pidiendo que enfoquemos esto como una investigación periodística.

—Así es —recalco.

—Hackear el blog de Song Hye Rim. Publicar una entrada sobre Jack, que muy posiblemente alerte a la mujer, y así provocar que se conecte a la red para descubrir su ubicación e ir hasta ella.

—Exacto.

Michel frunce el ceño y aprieta los labios. Para cualquiera, ese gesto podría significar que la idea le parece muy descabellada. Pero le conozco y sé

que ya está pensando en el modo de hacerlo. Creo que le he convencido en cuanto he abierto la boca.

Algo muy diferente le ocurre a Santiago, que ha empezado a negar con la cabeza en señal de protesta silenciosa. Es muy evidente lo que está pensando, que todo esto es arriesgado, que Siena no necesita más presión. Pero al mirar a Blanca descubro que ella ya imaginaba una reacción así, y ha advertido al resto.

Es por eso que nadie parece sorprendido.

Pero deduzco algo más y es que, aun sabiendo que se trata de una buena opción, todos han callado para proteger a Siena.

—¿Habéis pensado en el artículo que vais a escribir? —inquire Valerio, curiosamente atraído con la propuesta.

—«Siena Bornay ha recordado a Jack. Ambos se necesitan desesperadamente». —Anuncia mi compañera acomodada en su silla.

Su voz ha causado una oleada de exclamaciones. Hasta el momento, he creído que el hecho de viajar a Corea con ella sería lo más controvertido. Pero me he equivocado.

Es cierto que yo también creo que la nota es demasiado contundente, pero precisamente esa contundencia puede darnos la oportunidad que necesitamos.

De estar viva, una mujer que lleva escondida casi cinco meses no saldrá a la luz así como así.

Necesitamos provocarla para que sienta la exigencia de establecer contacto.

—Es una locura —arremete Lasarte, finalmente. No ha podido soportarlo por más tiempo.

—¿Por qué? —espeta Siena.

—Te expone desmesuradamente. Todos los ojos estarán puestos sobre ti.

—No estoy sola, Santiago.

Llama mi atención ver a Cristianno asentir con la cabeza ante el comentario.

—Ni toda la protección del mundo podría detener un ataque de esa gentuza

—interviene Blanca, sentada junto a Alicia—. Ni siquiera sabemos quiénes o cuántos son.

—¿No creéis que al menos esto les hará salir? —añado, ganándome una mirada furiosa del abogado.

—Me parece increíble que tú estés de acuerdo, Alemany —masculla señalándome con el dedo en un gesto despectivo.

—He empezado advirtiéndole que lo mejor es enfocarlo como una investigación periodística, Lasarte —le recuerdo.

Me está dando motivos para molestarme con él. Su forma de hablar, su actitud déspota. Pero si me atreviera a reprochar, estaría pasando por alto que Santiago tan solo está preocupado por todos nosotros.

—¿Tienes una idea mejor? —pregunta Siena.

—Estamos trabajando en ello.

—Pero hasta el momento no hemos logrado nada —continúa ella—. No está de más intentarlo.

—O no...

—¡Tengo que hacerlo! —interrumpe dando un suave golpe en la mesa. Rápidamente, se pone en pie y ojea a cada uno de los asistentes, parándose en Enrico, que no ha roto su postura cruzada de brazos desde que hemos comenzado—. ¡Os lo debo!

—¿Qué debes, Siena? —inquieta el Materazzi, entrecerrando los ojos. No le gusta que ella cargue con los problemas que ha ocasionado su padre—. ¿A quién debes?

—Este es mi problema, Enrico —dice, señalándose el pecho con un dedo. Ha comenzado a avanzar—. Soy una parte fundamental de él. Si no me enfrento y consiento que otros lo solucionen por mí, nunca me lo perdonaré.

El Materazzi libera un suspiro justo antes de que la voz de Silvano inunde la sala.

—Lamentablemente, es una buena idea. —La opinión del regente de los Gabbana es bien recibida por todos.

—¿Y si Song Hye Rim no muerde el anzuelo? —Echo un vistazo a Mauro. Es la primera vez que interviene—. O peor aún, ¿y si está muerta?

—Descartaremos su cooperación y pensaremos en otras opciones. Pero sin información, no podemos bloquear posibilidades —explico.

De nuevo, el silencio.

Tan solo se oyen suspiros y casi todos provienen de Santiago. Su jefa continúa con toda la atención puesta en Siena.

—Bloquear los servidores es fácil, y podríamos establecer un límite prudencial de tiempo —propone Michel, aunque la realidad es que, si hubiera sido por él, ya estaría trabajando en ello.

—Es una buena idea —añade Cristianno—. Si Song Hye Rim no responde en ese tiempo, entonces podemos descartarla.

—Cuarenta y ocho horas estaría bien.

—También existe la posibilidad de que se ponga en contacto después —indica Valerio.

—Sí, por supuesto, pero para entonces ya valoraríamos qué hacer. Por ahora, es mejor tantear de este modo.

Michel, entonces, mira a Alicia. Puede estar muriéndose de ganas por actuar, pero si no cuenta con el consentimiento de su madrina, no moverá un maldito dedo.

No deja de asombrarme, todavía me cuesta asumir que mi amigo adore a Alicia como si fuera su propia madre.

—¿Qué me dice, jefa? —le pregunta.

La señora alza las cejas y desvía su atención hacia el mayor de los Gabbana.

—¿Qué opinas, Silvano? —inquiérese ella de un modo en que parece que no hay nadie más que ellos dos en esta sala.

Desde luego, el poderío de esta mujer no desaparece ni aunque lo tengamos todo en contra.

—Tú ya lo sabes, Alicia —sonríe el hombre. Sé que se han dicho mucho más, pero solo ellos lo saben.

La Duarte se contagia de esa sonrisa y la imita de un modo más reservado. Se pone en pie, se ajusta la chaqueta y camina en dirección a Siena arrastrando

esa arrogante elegancia tan propia.

—Parece que la torre quiere extender sus fronteras —comenta en voz baja, provocándole un escalofrío a su hijastra. Y entonces se marcha.

Entiendo que esa es la señal porque Michel enseguida estira los brazos y le da un palmetazo a Valerio para llamar su atención.

—¿Cómo están esos dedos, Gabbana? —bromea.

—Bien calentitos —sonríe.

—Démosle caña, *baby*. —Toma asiento frente a su ordenador—. Mientras tanto, informad a los chicos. No pienso publicar hasta saber que ellos están preparados. —Es lo último que dice antes de ponerse a teclear como un loco junto a Valerio.

—¿Puedo... hacerlo yo...? —sugiere Siena, en voz baja.

Una llamada supone hablar con Jun-Ha. Hablar con él supone sentirle cerca. Siena no puede esconder las ganas por oír su voz.

Cristianno enseguida se incorpora, coge el teléfono que nos pone en contacto con Corea por vía segura y se acerca a Siena observándola travieso.

—Empiezo a sentir demasiada curiosidad por conocerle —dice entregándole el aparato—. Tu habitación tiene muy buena cobertura. —Le guiña un ojo antes de acercarse a mi amigo y otear qué hace.

En cuanto Siena abandona el lugar, me acerco a la mesa central para acomodarme junto a Blanca sabiendo que Santiago no me quita ojo de encima.

—Mi muchacho es todo un revolucionario —bromea ella acariciando mi mejilla. Envuelvo sus dedos con los míos.

—¿No piensas que me estoy equivocando? —aventuro.

—Por supuesto que sí —masculla el abogado antes de marcharse.

—Gracias, Santiago. —Pero no creo que me haya escuchado.

Resoplo y agacho la cabeza. Las caricias de Blanca pasan de la mejilla a mi hombro.

—Que sea arriesgado no significa que esté mal.

La miro, indeciso, un tanto preocupado. Estoy de acuerdo con esta idea, me gusta sentir que mi yo periodista está tomando el control, pero todavía siento

el miedo. Y creo que no voy a dejar de sentirlo por mucho que cambie el enfoque.

—Quiero que vengas con nosotros. Siena...

—Pensaba hacerlo —me interrumpe Blanca.

Ella mejor que nadie sabe leer mis temores.

Capítulo 41

Jun-Ha

Hace frío. El fuego de la chimenea ya no calienta, y el soju tampoco. No puedo cerrar los ojos. Por más que bebo, el alcohol no hace su efecto, y lo deseo. Lo deseo tanto que quizás por eso no caigo borracho.

Debería estar orgulloso. Hemos recopilado pruebas, hemos rescatado a tres personas, sabemos que ahora están a salvo y protegidas. Vamos un paso por delante de nuestros enemigos, porque ellos no saben que existimos. Por tanto, no pueden enfrentarnos.

Sí, debería sentirme orgulloso, o al menos alentado. Pero el peso de la situación comienza a pasarme factura.

La enorme cantidad de gente que seguramente ha perecido a manos de esos canallas. No dejo de recordármelo una y otra vez. Porque mis hombres también pueblan esa lista, porque mi hermano, mi compañero, mis padres viven una vida que no les corresponde.

Y Siena...

Ella surge al final de todos estos pensamientos, motivando mis emociones más profundas.

Mi mente insiste en cómo se tomará ella el hecho de saber que he sido capaz de matar y no me ha importado. Después voy un poco más allá y me pregunto cuándo volveré a tenerla entre mis brazos, si podré tocarla de nuevo.

Si el final que nos depara la situación será conmigo a su lado.

No lo sé. No sé nada, y me preocupa tanto desconocimiento.

Aprieto los ojos. Enseguida me sirvo un vaso más de soju. El líquido ya no me resulta tan amargo como al principio.

Tae Jin y Kim Jae se han quedado dormidos en el sofá que tengo al lado. No hemos cruzado palabra desde que regresamos. Simplemente tomamos

asiento extasiados, prendimos un tímido fuego, abrimos una botella de licor y nos pusimos a beber pensando que así podríamos perder un poco la consciencia.

Ellos lo han logrado, aunque sea de mala manera.

Me levanto del sofá, guardo mis manos en los bolsillos del pantalón y salgo al porche. Los guardias del turno de noche salpican la explanada. Hablan entre ellos, tratan de sobrellevar la helada madrugada.

Al observarles, me es inevitable pensar en las noches en la base, cuando mis hombres se reunían en la habitación de algún compañero y empezaban a fumar, beber y contar historias guarras.

Eran pocos los momentos que compartíamos de ese modo, dado que nuestro trabajo apenas nos lo permitía. Pero han pasado a formar parte de mi memoria como unos recuerdos realmente gratos.

Y también nostálgicos.

«No eres débil, hijo mío. Solo alguien con una enorme capacidad de sentir». La voz de mi padre surge reverberando en mis oídos. Casi parece que me lo está diciendo justo ahora, cuando siento un fuerte escozor en los ojos.

Agito la cabeza para despejarme. Entonces, siento una vibración que proviene del salón provocada por una llamada entrante del teléfono que nos pone en contacto directo con Michel.

En realidad, no debería de sonar a estas horas.

Me lanzo a por el aparato y descuelgo aprisa conforme regreso al porche.

—Michel...

—Soy yo —me interrumpe una voz femenina.

Casi de inmediato, se me corta el aliento. Mi corazón se detiene por un instante y reanuda sus latidos de forma abrupta y acelerada.

—Siena —jadeo un tanto trémulo.

No imaginaba que sería ella quien surgiría al otro lado de la línea.

—Sé que es tarde, pero...

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien? —Me invade un corrosivo temor.

—Sí, sí. No te preocupes, por favor —dice ella precipitada. No quiere que

albergue ninguna duda.

—Bien, eso suena muy bien. —Y esa certeza es lo que desata la debilidad de mis piernas.

Termino por acuclillarme en el suelo hasta apoyar la espalda en la baranda. Encojo las piernas y las apego a mi pecho. También froto mi frente en busca de liberar un poco de tensión.

Ahora que el sobresalto por la llamada ha desaparecido, se instala la incertidumbre, más ácida que nunca. Siena desconoce que la respiración entrecortada que se estrella contra el micro, pertenece a un hombre que ya ha asumido que está contaminado.

—¿Qué ocurre? —O tal vez no lo ignora tanto.

Maldita sea, es demasiado sagaz.

—¿Por qué crees que me ocurre algo? —susurro tratando de evitar el asunto. Lo último que quiero es inquietar a Siena.

—Estás nervioso y atormentado. —Pero no lo confirmo, quizás porque me asombra que ella descubra tanto con tan solo escuchar mi aliento—. Jun-Ha...

«Para qué mentir... Hagámoslo rápido».

—Hemos asaltado la segunda residencia del coronel Shin. —Olvido los tapujos y la sutileza, y hablo con una crueldad sin filtros—. Al parecer, el lugar servía para retener a individuos que más tarde serían sometidos a extracciones. Hemos rescatado a tres supervivientes y eliminado a toda la guardia. Con nuestras propias manos.

He tratado de remarcar cada detalle escabroso con el maldito objetivo de aturdir, y no puedo darle una explicación lógica al por qué lo hago. Supongo que una parte de mí necesita que Siena me repudie por estar tan lejos del tipo de hombre que merece.

Pasan unos cortos segundos antes de que ella suspire.

—Me lo cuentas como si esperaras ser reprochado.

—He matado, Siena.

—Lo sé. Lo he entendido.

—Y no me arrepiento —mascullo, hundiendo mis dedos en el cabello para

tirar un poco de él. Estoy nervioso—. En realidad, me hubiera gustado ser más letal.

—También lo sé.

—¿Te das cuenta de lo contaminado que estoy? —jadeo entre dientes—. Y aun así no puedo pedirte que me ignores. Lo que también me convierte en un cabrón egoísta.

Miro al techo resoplando una sonrisa triste. Toda esta conversación es un maldito despropósito, que Siena no detiene porque cree que necesito desahogarme. Y no se equivoca. En absoluto se equivoca.

—Supongo... Supongo que ahora hablan mis remordimientos. Creo que... he tocado fondo.

—Yo también me he contaminado. —Me estremece el suave murmullo de su voz—. De hecho, creo que fui la primera en manifestarlo, y enseguida me lo prohibiste. Porque no es una contaminación que nosotros mismos hayamos escogido. Simplemente nos ha salpicado. —Aprieto los ojos. Lleva tanta razón que hasta duele—. Hemos visto cosas que ninguno debía ver. Ni siquiera deberían existir. ¿Y esperas que me enfade contigo por enfrentarlas? —rezonga—. No tendrías que encontrarte en la tesitura de matar, Jun-Ha, pero no lo has hecho porque te apeteciera. No conseguirás decepcionarme ni aunque te esfuerces en ello, ¿me oyes?

Libero un gemido notando un temblor en la punta de mis dedos. Un extraño calor se enrosca a mis brazos y me acelera el pulso. La molestia que me ha producido la ausencia de remordimientos y el temor a decepcionar, son emociones que súbitamente desaparecen bajo un desbordante deseo.

Ahora mismo lo único que siento es la urgencia por abrazar a Siena y hundirme en ella.

—¿Cómo lo haces? —jadeo.

—¿El qué?

—Descontrolarme de esta manera. Te necesito mucho más de lo que puedas llegar a imaginar, Siena.

Silencio, y agacho la cabeza hasta apoyarla en mis rodillas. Porque precisamente este fascinante silencio es lo que me lleva a imaginar a Siena

justo a mi lado, envolviéndome entre sus brazos mientras sus labios acarician mis mejillas.

—Jun-Ha... Yo... —La vacilación es bastante densa—. Hemos tenido una idea...

—Dudas demasiado. Es peligrosa, ¿cierto? —Trago saliva.

—No lo sé... Probablemente —aventura, pero no tardaré en descubrir que, más que posible, es real.

Siena ha decidido alejarse de su versión confusa y perdida para reencontrarse con esa chica valiente y atrevida que sé que es.

Me lo explica todo. Empieza titubeante al principio, como si quisiera contener cualquier posible negativa de mi parte. Pero yo simplemente atiendo. Porque en el fondo no puedo rechazarlo.

Franco y ella han escogido enfocar todo esto como si de una investigación periodística se tratase, contando con el beneplácito de nuestros aliados, y es que el daño que podemos hacer de este modo es mucho más grande que el de cualquier venganza.

Destruiríamos por completo la reputación de los infiltrados en esa maldita red, o lo que quiera que sea. Sus influencias, la popularidad, el respeto que pueda tenerles la gente. Todo se evaporaría hasta hacerles vomitar. Ya no solo pagarían por sus actos, sino que serían sometidos a una lapidación social.

Justo el castigo que merecen.

Pero para lograrlo, debemos afrontar dos puntos.

Song Hye Rim y los recuerdos de Siena.

La idea para atrapar el primer punto me parece tan eficaz como arriesgada, pues el nombre Siena será el cebo.

Pero el segundo punto...

Más que recordar, lo que Siena pretende es reconstruir. Sabiendo de la magnitud de sus emociones, no sé hasta qué punto es una buena estrategia.

—Jun-Ha, di algo, por favor. —Porque ella ha terminado de hablar hace un rato.

Cojo aire.

—Cuando más preocupado debería estar, no puedo dejar de pensar en que volveré a tocarte... —Definitivamente, he perdido la cabeza, y Siena Bornay tiene la culpa.

—Si digo que reunirme contigo forma parte del plan, te enfadarás, ¿verdad?

—Mucho.

Me vuelvo insolente al desear tenerla entre mis brazos, consciente del peligro que conlleva, pero no estoy dispuesto a caer en la malicia. Si yo soy una de sus motivaciones para venir a Corea, por supuesto que me opondré.

—Tendrás que sobrellevarlo.

—Siena...

—Has dicho que me echas de menos —interrumpe mi protesta—. No eres el único aquí. No me haces ningún bien estando lejos de mí.

—¿Así que la mejor idea es exponerte? —reprocho—. Puedo esperarte, Siena. No me importa si sé que estás a salvo. —Puedo soportar la distancia a la perfección.

—Si viajo, es probable que te recuerde, Jun-Ha.

—Tus recuerdos están en mí —espeto con algo de severidad.

—Pero no todos. Tú desconoces el momento en que di contigo. No sabes qué sucedió las horas previas a que nos encontráramos en el campo. —Maldita sea, cómo odio que lleve razón—. Tienes que permitirme esto, yo también quiero poneros a salvo... Además olvidas una cosa.

—¿Qué? —rezongo.

—Esta vez no estaré sola. Te tendré a mi lado.

Contengo el aliento. También acierta en esto, porque no pensaba abandonarla ni un instante.

Me muerdo el labio y niego con la cabeza, tan frustrado como emocionado.

—¿Qué puede salir mal?

—Empiezo a temerte. Eres demasiado buena manipulando la situación.

Escucho una sonrisilla.

—Eso no es muy halagador, capitán. —Lo dice de un modo tan coqueto que

apenas puedo contener el ramalazo de excitación. Golpea mi vientre con virulencia.

—Cuidado —le advierto con voz ronca—. Con el paso de los días, he descubierto que soy alguien bastante ardiente. Te aconsejo que no me provoques.

Ciertamente, me sorprende imaginarme constantemente en situaciones bastante acaloradas junto a Siena; siempre he sido de los impasibles. Pero, al parecer, ella me enloquece mucho más de lo que creía.

—¿Qué harás si desobedezco, capitán?

—Te arrastraré a mi cama y te haré el amor hasta que olvides tu nombre... E incluso el mío...

Ya es un hecho, ambos lo sabemos, que Siena me invita a ser alguien pasional. Jamás creí que sería capaz de dar una confesión como esta, de lanzarme a jugar a la seducción más que dispuesto a sentirla recorriendo cada rincón de mi cuerpo.

Es verdad que ahora me gustaría encerrarnos en una habitación y cumplir con cada una de las palabras que he mencionado. Quiero su cuerpo desnudo junto al mío. Deseo recorrerlo hasta olvidarme de mi propia existencia, memorizar cada línea.

Siena suspira, trémula. Creo que ella está pensando en lo mismo que yo, y ese aliento incrementa todavía más el deseo.

—Lo harías, ¿verdad?

Cierro los ojos. Me arden los labios.

—Por supuesto que lo haría.

—Te quiero, Park Jun-Ha —dice de súbito y me roba una exclamación que perturba mi pulso—. Creo que mereces oírmelo decir...Hasta ahora no lo he mencionado.

—Maldita sea, tendrás que repetírmelo cuando estemos cara a cara. No me haré responsable de las reacciones que puedas provocarme.

Por entre el sonido de nuestras sonrisas se cuela el sutil sonido de la alarma. La señal que indica que hemos pasado el tiempo límite. Aunque este teléfono es casi imposible de rastrear, es mejor evitar conflictos.

—¿Qué ha sido eso? —inquire Siena.

—La alerta. Debemos colgar —resoplo frustrado.

—Está bien. Te veré en unos días. Y dile a Kim Jae que a él le quiero incluso más que a ti.

—Condenada —refunfuño.

—Creo que has pasado demasiado tiempo hablando con Michel —bromea ella entre risitas.

—Ya sabes lo que dicen, solo se pega lo malo.

De nuevo, la alarma.

—Mierda, vale, colgaré —protesta Siena—. Jun-Ha, extrema precauciones, ¿de acuerdo? En cuanto publiquemos, todo el país se incendiará.

—Céntrate en mantener la calma y deja que yo me encargue de todo lo que ocurra aquí.

—Hasta luego, mi amor.

—*Najunge bwa, jagiya* ^[8].

Tras colgar, me llevo el teléfono al pecho y cierro los ojos.

Creo que ahora sí seré capaz de dormir sin pesadumbre.

Incluso eso consigue Siena.

SEXTO ARCO

«Uno busca a alguien que le ayude a dar luz a sus pensamientos. Otro, a alguien a quien poder ayudar. Así es como surge una buena conversación».

FRIEDRICH NIETZSCHE

Capítulo 42

Siena

He despertado en mi cama.

Recuerdo que tras hablar con Jun-Ha, bajé a la sala y no me moví de allí, ni siquiera cuando sirvieron la cena.

Los primeros indicios de sueño empezaron a eso de las dos de la madrugada y es evidente que terminaron por vencerme; al parecer, Franco me trasladó a la habitación.

Mi cabeza no ha dejado de especular.

Han pasado catorce horas desde que Michel liberó la entrada en el blog de Song Hye Rim.

Antes de confirmar la publicación, nos oteó a Franco y a mí, como queriendo asegurarse de lo que íbamos a hacer.

Fue Mauro quien borró de un plumazo cualquier tipo de duda al adelantarse con un escurridizo dedo tieso. Lanzó la publicación que en apenas unos minutos incendió las redes sociales surcoreanas.

«Siena Bornay ha recordado a Jack. Ambos se necesitan desesperadamente». Insurrecto y contundente.

Song Hye Rim. Jack. Siena Bornay. Son los temas que ahora están en tendencia en los mayores buscadores del país. Incluso las televisiones nacionales han abierto sus noticieros, informando sobre las novedades con respecto al caso de Song Hye Rim.

Tal ha sido el impacto de la noticia que hasta han adaptado su programación. Se espera incluso que emitan un especial hablando de mí, dado que mi nombre está en boca de todos.

El tráfico es tan grande en el blog que Michel y Valerio han tenido que recurrir a dos ingenieros más para una supervisión constante. Debemos

contener los ataques cibernéticos, no nos interesa que se caiga el servidor y mucho menos que nos intercepten.

Sin embargo, me importa mucho más el paso del tiempo. Hemos establecido un límite de cuarenta y ocho horas. Hasta que no se cumpla no podemos dejar Roma, porque Song Hye Rim espera hablar con Siena Bornay.

Pero si en ese plazo no se establece contacto, tendremos que olvidarnos de ella. La posibilidad de que esté muerta será mayor.

Niego con la cabeza. No es sano que me adelante a acontecimientos. Cabe destacar que podemos recibir noticias tuyas incluso a segundos de cumplirse el plazo. Así que tengo que evitar desesperarme.

Además quiero ver a Se Jun y ninguno de los dos necesitamos mis inquietudes. Me cambio de ropa y abandono la habitación. Me siento un poco aletargada al bajar las escaleras. Aunque he dormido, mi cuerpo continúa sintiéndose agotado.

Al llegar al vestíbulo, escucho voces provenir de la cocina. Sigo su rumor pensando que no estoy del todo preparada para enfrentarlas. Una de esas voces pertenece a la mujer que mi padre decidió ultrajar. Por suerte, suena bien, estable.

Sarah Zaimis es más fuerte de lo que aparenta.

Pero conozco ese efecto. Uno debe mostrarse firme cuando la situación lo requiere. Preocupar a tu entorno no es bueno, y la esposa del Materazzi parece del tipo de persona que piensa en los demás por encima de sí misma.

Por tanto, es posible que no me guarde ningún rencor, y es entonces cuando pienso que no tengo derecho a estar bajo su cobijo. No lo merezco siendo hija de Gonzalo Bornay.

Pero todas esas conclusiones quedan suspendidas en el aire al entender lo que están conversando.

Kathia expone la situación en relación al estado de mi gran amigo. Dado que ella es médico, especializándose en cirugía cardiotorácica, no maneja las repuestas de la mente y todo lo que estas provocan.

Para eso están los psiquiatras y los psicólogos, lo que explica por qué Blanca y Sarah no levantan la vista de los informes médicos.

—Es demasiado pronto para establecer un estrés postraumático, pero he estado hablando con él sobre los eventos en los que se ha visto envuelto, y todo apunta a que será incontenible —comenta Kathia.

—Basándonos en el final que ha tenido este episodio para él, no podemos descartar la influencia de la culpa —añade Blanca, sabiendo mejor que nadie qué tipo de circunstancias nos han rodeado.

—A eso mismo me refiero.

Cha Moon Sik era muy importante para Se Jun. No solo ha descubierto que era alguien de dudosa integridad, sino que además es posible que se crea el causante de su muerte.

Sarah levanta la vista de los informes y clava los codos en la mesa antes de cruzarse de manos.

—Una simple terapia de aceptación de duelo no bastaría —advierde serena—. Debemos afrontar esto como un trastorno, aunque no exista. Dado que la culpa y la ira conviven en el mismo espacio. —Es una conclusión muy acertada.

Cojo aire con fuerza y lo libero tratando de encontrar valentía para entrar. Lo hago lentamente, logrando una perspectiva más ampliada de la escena.

Fabio come al lado de las mujeres, Neus y otra mujer se mantienen ocupadas preparando un extenso desayuno y la pequeña Bianca juega con Suga en un rincón. Le ha puesto un collar rosa y parece la mar de contento con la chiquilla.

—Hola... —digo bajito.

—¡Oh, mira a quién tenemos aquí! —exclama Kathia levantándose de la silla. Enseguida se me acerca para darme un abrazo.

—No me gustan nada esas ojeras, niña —señala Blanca—. ¿Has dormido poco?

—Un buen café le recompondrá —añade Sarah antes de encargarse ella misma de prepararlo.

La veo pelear un poco con la que supongo es su asistente. Parece ser que a la mujer no le gusta que la señora de la casa ayude, pero termina permitiéndoselo a regañadientes. Unos segundos después tengo ante mí un café

caliente.

—Gracias —digo con una tímida sonrisa.

El modo en que Sarah me mira, me hace sospechar que ella ya se ha dado cuenta de mis introversiones.

—Come tortitas —dice Fabio y me aporrea con un trozo que ha enganchado en su tenedor. No me queda más remedio que aceptar mientras las mujeres sonrían—. Papá dice que las tortitas quitan las penas. ¿A qué está rico?

—Mucho —rumio.

—Tú papá es un hombre sabio que olvida el poder de las caries —añade Sarah—. Quítale nata a ese desayuno, que yo lo vea. Y date prisa o llegaremos tarde al cole. Bianca, deja de jugar con el gatito y termina de comer.

La chiquilla obedece enseguida y toma asiento en su mesita mientras Suga salta a mi regazo. Le acaricio antes de clavar la vista en los informes.

Rodeada por esta amable normalidad, me resulta insoportable que el nombre de mi amigo corone un expediente tan preocupante.

—Yo... —Cojo aire antes de continuar—. Iré a visitarle hoy. Me gustaría contarle lo que tenemos previsto y advertirle que no pienso parar hasta solucionarlo. Pero ahora... no creo que eso ayude demasiado.

—Ayudará —asegura Kathia—. Quizás le preocupe, pero ayudará. Eres tan importante para Se Jun como lo era su padre.

—De eso no cabe la menor duda —confirma Blanca.

—No creo estar en el derecho de pedir nada, pero... Se Jun es... como mi hermano...

Sarah extiende sus dedos y los apoya sobre los míos con una delicadeza que me estremece.

—Ha sido un shock emocional muy intenso, pero vamos a superarlo, Siena. Lo mejor es afrontar los hechos, por muy dolorosos que sean, y no enterrarlos —confiesa solemne.

Me lanza de lleno al verdadero contexto que se esconde tras sus suaves palabras. No es una simple frase de apoyo, sino una fuerte muestra de empatía. Sarah también ha sufrido, conoce ese tipo de dolor cruel y brutal que obliga a

la mente a tomar partido, encerrando cada pedazo en el rincón más profundo.

La memoria funciona así, nos protege, incluso de nosotros mismos, cuando presiente que el peligro será lo suficientemente denso como para afrontarlo.

—Mierda, tengo que irme. —Sobresalta Kathia, poniéndose a recoger los documentos a toda prisa. Los introduce en su bolso—. Siena, os veo en la clínica.

Asiento con la cabeza mientras ella se coloca la chaqueta. Besuquea a sus sobrinos y a su cuñada y sale disparada por la puerta.

—¡Ché, guapita, baja el ritmo! —exclama Blanca tratando de seguir a la italiana.

—Vamos, dale caña y mueve ese trasero regordete —escucho a Kathia bromear.

—Mira que tienes mucho pelo para ser arrastrada, ¿eh?

Podría reír. De hecho, siento la tentación al ver que Sarah lo hace tan abiertamente. Pero de nuevo me embarga la preocupación.

Ahora que tengo la oportunidad de observarla de cerca, cuesta poco admitir que es hermosa, de ese tipo de belleza serena e intensa que satisface. En su adolescencia no tuvo que ser diferente.

Al caer en manos de una red de prostitución, estuvo expuesta a las mayores depravaciones, y cuando existe una obligación no deseada, el dolor es mucho mayor.

Siento las ganas de llorar picoteándome en los ojos cuando Sarah vuelve a llamar mi atención con una caricia. Sabe bien en lo que estoy pensando, en cómo mi padre pudo hacer algo así.

—Lo siento... —sollozo, y es que al final no puedo evitar que se me escapen algunas lágrimas.

—¿Por qué? —pregunta ella, limpiando la humedad de mis mejillas con la yema de sus dedos.

—Por todo esto, por... por incluso pedirte que cuides de Se Jun mientras estoy fuera... Lo siento mucho...

Pero una disculpa no basta.

No siento que esté mejorando nada ni tampoco cambia los hechos. El perdón no borra los estragos provocados por un hombre que seguramente no se arrepiente.

Gonzalo Bornay incluso tuvo la desfachatez de llegar a casa después de ese evento. Como cada noche, se sentó en la mesa, cenó conmigo, sonrió y habló de trivialidades. Posiblemente, me arropó en la cama y me dio un beso de buenas noches... Esos labios me besaron después de haber herido a Sarah.

—¿Qué tenéis que ver tú y Se Jun con vuestros padres? —declara ella obligándome a mirarla a los ojos. La asistenta y Neus han desaparecido con los niños, dejándonos a solas—. Somos hijos del caos, Siena. Tú y yo, mi esposo, Kathia, Cristianno, Jun-Ha, Kim Jae. No esperes que te confunda con quien lo ha provocado. Tú no estabas en esa habitación.

Y entonces rompo a llorar.

«No estaba en esa habitación...».

Siento los brazos de Sarah invitándome a perderme en ellos, hasta que el llanto parezca saciarme, y creo que lo consigo cuando su calor me envuelve y las caricias se centran en mi cabello.

No, no estuve en esa habitación.

Pero voy a crear otra.

Mucho más grande y fría.

En la que sí estaré y pondré las cosas en su lugar, con la ira que cada una merezca.

Pienso que esa ira ya ha empezado a desbordarse.

Capítulo 43

Franco

Al llegar a la clínica Santa Teresa, se nos ha informado de que a Se Jun le están haciendo unas pruebas médicas para valorar la evolución de su herida.

Se nos ha ofrecido la posibilidad de esperarle en su habitación. Pero Siena y yo hemos creído conveniente aprovechar la espera visitando a la chiquilla, ahora que ha despertado y se nos permite verla.

Mientras Cristianno, Mauro y Michel se han ido a desayunar, nosotros hemos bajado a la planta de pediatría un tanto tensos por el estado de la niña.

—Ha empezado a mostrar signos de mejoría —explica Daniela Ferro, la pediatra encargada de vigilar su evolución—. Ahora logra mantenerse despierta en intervalos, ha llegado incluso a comunicarse con nosotros. Es una gran noticia.

Según nos ha contado la joven doctora, gracias a la información que Se Jun les ha proporcionado, han sabido que la chiquilla es filipina.

—Pensamos que lo mejor sería que un traductor nos ayudara. Pero la visita del hombre provocó en ella una reacción realmente exorbitante. Tuvo un severo cuadro de estrés que pudimos contener gracias a la intervención de la señora Duarte.

Contengo una exclamación que rápidamente contagia a Siena. Un escalofrío la recorre antes de mirarnos de reojo, asombrados.

—¿Cómo dices? ¿Alicia ha estado aquí? —pregunta ella un poco temblorosa.

Que hayamos descubierto esto, explica las ausencias que invitaban a creer que la señora estaba trabajando en el edificio Gabbana junto a Silvano. La realidad es que ha pasado buena parte de sus días en Roma junto a la niña.

—De hecho, la visita constantemente —confiesa la doctora, bastante

enterneada por ese hecho. A cualquiera le sorprende ver a una mujer como Alicia siendo afectiva—. Es a la única civil a la que hemos permitido el acceso, dado que la niña misteriosamente confía en ella. Creo que la vincula con su salvación, porque su intervención provocó que el traductor abandonara la habitación.

Por ende, la niña entiende que si Alicia está presente, el peligro se alejará. Daniela también nos ha explicado que Se Jun es el único hombre al que le permite acercarse. Ayer mismo estuvo un rato con ella. Tiene sentido dado que él ha sido quien la ha salvado.

—Tras hablar con Blanca y Sarah, pensamos que un método de comunicación visual sería lo mejor. Creamos unas láminas con unos dibujos que representan estados de ánimo. La niña no sabe leer ni escribir en su idioma, pero gracias a los dibujos hemos sabido que tiene cinco años, que le duelen las piernas y que adora la carne. —Me sobrecoge la noticia más si cabe al ver la expresión de compasión de la joven doctora—. También siente una fuerte atracción por los colores muy vivos. Desata muestras de buen humor cuando ve dibujos muy coloridos.

—Esa es una buena noticia, teniendo en cuenta todo por... lo que ha pasado —confiesa Siena, bastante abatida.

Creo que una parte de ella conoce mejor que nadie el terror que ha sufrido esa niña. Lo que me lleva a pensar que algo en su interior recuerda ese tipo de sufrimiento. La mente bloquea los recuerdos, pero el cuerpo tiene una memoria completamente independiente. No olvida con facilidad.

—Por supuesto que sí —sonríe Daniela.

—Muchísimas gracias, doctora Ferro —le digo cogiendo su mano—. No sabe cuánto se lo agradecemos, se lo digo de corazón.

—No hay nada que agradecer, chicos. Dejando a un lado que es mi trabajo, debo confesar que haré cualquier cosa por conseguir el bienestar de esa cría. —La intensidad que emplea, muestra su implicación personal. Ya no solo porque ella misma es madre de un crío, sino porque este caso seguramente será el más desgarrador de su carrera—. Debo seguir con la ronda, pero podéis entrar. La señora Duarte está dentro.

Vuelve a estremecernos escuchar su nombre, y miro a mi compañera. Para

Siena todo esto es un tanto desconcertante. Ella, que ha convivido casi toda su vida con la señora, jamás ha visto tales muestras de cariño por su parte. Hasta hace unas semanas, era fácil pensar que la Duarte era un témpano, a veces cruel. Pero lo que ahora vemos de ella se aleja demasiado de esa realidad.

Siena es la primera en moverse. Se acerca a la puerta de la habitación y abre con cuidado. De estar despierta, no quiere perturbar a la cría.

Yo, mientras tanto, me quedo rezagado; no me gustaría causarle un disgusto con mi presencia. Ya me conoce, pero es probable que no me recuerde, y puede que tampoco quiera hacerlo. Así que lo mejor es ir despacio, pedirle un permiso tácito.

La habitación permanece bajo una iluminación bastante tenue, las persianas están bajas. Sin embargo, deduzco la silueta de Alicia gracias a la respiración de Siena, pues la ha contenido en cuanto la ha visto.

A pesar de su presencia, continúa caminando, y se centra en la niña, que todavía duerme acurrucada bajo las sábanas. Permanece aferrada a un peluche en forma de dragón.

Sobre su cabeza, colgado de la pared, hay un dibujo pintarrajeado de una tortuga y una florecilla en mitad de una colina. El sol es de color verde, algo que enseguida me recuerda la mención que ha hecho Daniela sobre los colores vivos.

La chiquilla siente una gran inclinación por el tono esmeralda. Puedo tomármelo como una gran señal dado que ese color, aunque en ocasiones simboliza debilidad y horror, también representa el optimismo y la vida.

La esperanza.

Quizás estoy siendo demasiado ingenuo, pero quiero creer que acierto al pensar que esta niña puede recuperarse y encontrar la paz. No estará sola, nos tendrá a todos nosotros.

Siena se detiene a pie de la cama. Es entonces cuando Alicia levanta la vista del libro que está leyendo y mira a su hijastra por encima de sus gafas. Ambas se dedican un silencio conmovedor. Esa comunicación que comparten por un instante, es exquisitamente profunda.

—Hola... —Siena duda mientras sus manos se convierten en puños y sus ojos se clavan en la niña. Lo que sea que esté pasando en su interior, empieza

a manifestarse en su cuerpo—. La doctora Ferro dice que tiene cinco años...

—Así es —admite Alicia al cerrar el libro. Lo deja sobre la mesilla.

—Es demasiado... pequeña. —Un pensamiento dicho en voz alta. Siena empieza a retroceder, negando con la cabeza. Deduzco la palidez de su rostro—. Lo siento... —Y entonces abandona la habitación precipitada.

—¡Siena, espera!

Trato de seguirla, pero la voz de la señora me detiene.

—Ella también lo era cuando llegó a casa... Era muy pequeña.

La observo por encima del hombro. Tengo la sensación de estar viendo una faceta de la señora que, de algún modo, se me tenía prohibida. Es inconcebible que ahora tenga la oportunidad de verla.

—¿Te refieres a...?

—Sí —me interrumpe—. Por supuesto, no se encontraba en este estado. Pero... apenas comía. —Ese pequeño silencio entre palabras me indica demasiada carga emocional.

De pronto, me veo a mí mismo caminando hacia ella. Rodeo la cama de la niña y tomo asiento logrando una perspectiva completa de la Duarte. Los signos de agotamiento bordean sus bonitos ojos canela.

—Alicia...

La invito a continuar. Me encuentro justo en el instante en que me interesa todo de ella.

—Su padre me pidió encarecidamente que no me acercara a ella, que olvidara comportarme como su madre, porque no lo era y jamás lo sería —explica, asombrándome el hecho de haber conseguido iniciar una conversación tan íntima con ella—. ¿No te parece que he hecho un buen trabajo obedeciendo?

Me clava una mirada y forma una sonrisa tan espeluznante como insondable. No entiendo por qué sonrío, pero sospecho que si lo hace, entonces existe un motivo. Eso en sí ya es todo un logro.

—Si me confiesa todo esto, provocará preguntas, señora —le advierto.

—Adelante. —Mi incita—. ¿Por qué piensa que no respondería?

Es la oportunidad perfecta para saber cuál es su lugar en todo esto, por qué ha arriesgado tanto. Quién demonios es y qué esconde bajo esa belleza tan cautivadora como gélida.

—Dígame qué la detuvo —exijo inclinando el torso hacia delante. Curiosamente, he bajado la voz—. Pudo haberse negado. ¿Por qué lo soportó? ¿Por qué obedeció? ¿Por qué ya no puede seguir haciéndolo y ahora opta por protegerla?

Años de maltrato junto a un hombre que evidentemente no amaba, o dejó de amar en el camino. Aun siendo la presidenta del Grupo KL, soportó cosas que se alejaban demasiado del poder que ostenta.

—Yo nunca he optado por protegerla —espetta rotunda—. Eso es algo que nació por instinto el mismo día que nos miramos a los ojos por primera vez. Optar, no. Yo siempre la he protegido de un modo en que ella no tenía por qué darse cuenta. —Se detiene a coger aire y recomponer su postura—. Son demasiados porqués, señor Alemany. Encuentran su respuesta en la palabra garantía.

Al liberar todo el aliento que he contenido, me inclino hacia atrás, aturdido y asombrado. Todo lo que Alicia ha dicho es mucho más severo de lo que hubiera imaginado. Escucharlo ha sido como recibir un revés invisible.

—Gonzalo la amenazó —susurro, esperando que la confirmación termine de perturbarme. Pero la señora guarda silencio—. Ha dicho que respondería.

—No es una pregunta, sino una afirmación. ¿Qué duda cabe, entonces?

Trago saliva. Siento el corazón latiéndome en la garganta.

Descubrir que el Bornay amenazó a Alicia con su propia hija, muestra una podredumbre que no alcanzaría a ver ni aunque me centrara en ello.

Hay mucho más en lo que indagar. Los objetivos de él, las motivaciones de ella. Tantos porqués que me hacen temer sus respuestas. Y el silencio de la señora, el modo en que lo emite, invitándome a pensar cualquier cosa, por muy descabellada que sea, no hace más que aumentar mis incertidumbres.

—Alicia —asevero un tanto desorientado—. Trato de entender todo lo que dice, pero es demasiado imprecisa. Comprenda que su posición puede suscitar dudas.

—Somos más afines de lo que usted cree. Ambos intentando despojarnos de nuestros progenitores, tratando de proteger lo que amamos. —Frunzo el ceño—. ¿Qué más explicación merece?

—Lo ha arriesgado todo. Su apoyo sin escrúpulos ha provocado que incluso intentaran matarla.

Por suerte, Jun-Ha iba con ella y terminó estrellando el coche en el agua para poder obtener una oportunidad. De no haber sido por él, muy probablemente no estaría hablando con Alicia en este momento.

—Tal riesgo esconde una fuerte razón —continúo—. ¿Me equivoco al pensar que tiene nombre propio, Alicia?

«Siena es su motivación», pienso. Sé que tiento demasiado, pero necesito oírse lo decir.

—En absoluto, Franco —sonríe. Tiene los brazos apoyados en sus rodillas cruzadas, los hombros rectos, una expresión de asombrosa calma.

—Entonces, se lo repito. ¿Por qué?

—¿El qué?

—¿Por qué lo esconde? ¿Por qué no lo confiesa? ¿Por qué permite que Siena siga carcomiéndose con su posición en todo esto? —digo precipitado—. Si encontrara el valor de mirarla y decirle que sería capaz de hacer cualquier cosa por ella, Siena cambiaría la opinión que tiene sobre usted.

Alicia se yergue y coge aire antes de hablar.

—Señor Alemany, si a lo largo de mi vida me hubiera detenido a pensar en lo que los demás esperan de mí, no estaríamos manteniendo esta conversación, porque seguramente ambos estaríamos muertos. —La confesión vuelve a provocarme la sensación de haber sido golpeado con algo. Esta vez la presión se instala en mi vientre—. La debilidad no es buena compañera, usted mismo lo ha experimentado. Así que no me diga qué debo hacer, porque ya lo estoy haciendo. Solo que de un modo que la gente temperamental no comprende.

—¿Por eso le permite ir a Corea? —pregunto de súbito. No he dudado ni un instante.

—¿Prefiere que me niegue?

—Es quizás lo que se esperaba de usted.

—Si le prohíbo algo que tiene todo el derecho del mundo a hacer, ¿en qué posición me dejaría eso? —Alza un dedo indicándome que ella misma responderá a la pregunta—. Me convertiría en una mujer sin sentido ni razón, y créame que soy de todo menos eso.

Sin previo aviso, una sonrisa adorna mis labios. No he podido contenerla, ella misma se ha abierto paso con exigencia, y es terriblemente plácida.

He descubierto más de la señora en estos minutos que en todo este mes, y me complace porque de algún modo me siento más cerca de ella, más capacitado para comprenderla.

—Empiezo a entender por qué tiene leales —confieso con toda la honestidad que albergo.

—Es bueno saberlo. —Me regala una sonrisa. Esta mujer también es capaz de maravillar hasta la extenuación.

Me levanto de mi asiento y me encamino hacia la puerta. Creo que ya sé lo suficiente. Por ahora.

—Dígame una última cosa. —Tanteo un poco más—. ¿Pudo haberse desvinculado? Tiene amigos muy importantes.

Estoy seguro que una amistad como la que comparte con los Gabbana, le habría dado una oportunidad lejos de todo este maldito desastre.

—Pude. Se me ofreció —revela.

—Pero...

—¿Qué hubiera sido de ella?

Cierro un instante los ojos. He tenido el privilegio incluso de escucharla hablar como una madre.

—Gracias, Alicia. Por quedarte a su lado.

Es lo último que le digo antes de salir de la habitación con una sensación de profundo bienestar inundando mi pecho. Se propaga incontenible, y me azota aún más cuando descubro a Siena sentada en el pasillo.

Las mejillas enrojecidas, la mirada húmeda, los labios temblorosos, las manos apretadas. Son las huellas que indican que lo ha escuchado todo.

Tiro de ella para abrazarla.

Siena

Ha sido muy difícil hablar después de haber escuchado a Alicia.

Al abandonar la habitación, sintiéndome tan desprovista de energía, no esperé que la voz de mi madrastra me desgarrara. Ni mucho menos que me incitara la enorme e incomprensible necesidad de ir hasta ella y gritarle que la odio. Porque si hubiera sucumbido al cariño que le despierto, no habría dudado en convertir sus brazos en mi refugio.

De hecho, y aunque me aturda reconocerlo, una parte de mí siempre lo ha deseado.

Pero he tratado de contener todas esas emociones, ahora que mi amigo está aquí y sus dedos descansan sobre los míos.

Le hemos informado de todo, apoyados por Cristianno y Mauro, que han amenizado la conversación hasta el punto de parecer que comentábamos cualquier noticia.

Después se nos han unido Kathia y Sarah. La esposa del Materazzi ha querido estar presente dado que el tema que estamos tratando es demasiado controvertido.

—Quiero ir —exige Se Jun.

—Ni de coña —protesta Michel.

—Se Jun, es peligroso —le advierto.

Su condición física es buena, pero su estado emocional no. Someterle a esta situación nos aportaría un grado enorme de incertidumbre, y lo único que me interesa ahora es su bienestar, lejos de cualquier peligro.

No soportaría verle herido de nuevo.

—También lo es para ti —protesta—. No pienso dejarte sola en esto.

—Escúchame. —Aprieto su mano. Los demás no nos quitan ojo de encima—. Sé que este también es tu problema y que prefieres hacerle frente en vez de hundirte en él. Pero no estás bien. Me harías un gran favor quedándote en Roma, a salvo.

Los Gabbana le protegerán en mi ausencia. No se me ocurre mejor modo de salvaguardar su integridad que dejándole en manos de Kathia y Sarah.

—Tú no has tenido esa oportunidad —me desafía, permitiéndose liberar una lágrima—. No has podido pararte ni un instante a coger aire. ¿Imaginas cómo me hace sentir eso?

—Ni se te ocurra, Se Jun —rezongo. Porque si él llora, yo no tardaré en hacerlo. Esto es demasiado desbordante.

—¡*Wae, ssibal* ^[9]?!

Cierro los ojos. Él casi nunca habla en coreano cuando sabe que nadie puede entenderle, es demasiado respetuoso. Pero si sucede, es señal de profundo agobio o molestia. Justo como ahora.

—Se Jun...

—¿Por qué, Siena?

Le miro fijamente, tratando de transmitirle todo el amor que siento por él.

—Tú en mi lugar harías lo mismo —susurro—. No me dejarías ir.

Sus dedos se hacen más fuertes entre los míos.

—Lleva razón, Se Jun —añade Franco.

—¿Y no hay nadie que me la dé a mí?

—Lo dudo mucho, guapetón —interviene Kathia, de pie a su lado, y la respuesta provoca un gesto de resignación en mi amigo—. Oye, muecas a mí no, ¿eh? —dice dándole un pequeño manotazo.

Gracias a este momento, al menos tengo la oportunidad de verle sonreír. Parece ser que se lleva muy bien con la joven doctora Materazzi, y esta logra reacciones de lo más hermosas en él.

—Necesitas un tiempo de recapitulación —respalda Sarah—. Si realmente deseas ayudar, puedes hacerlo aceptando una recuperación completa.

Se Jun asiente con la cabeza, empieza a entenderlo. Pero el modo en que sus pupilas se dilatan, no indican nada bueno. De hecho, puedo confirmarlo en cuanto siento cómo cambian sus pulsaciones.

—He pensado en ello —titubea—. Trato de sentir tristeza, y de alguna manera lo consigo. La imagen que tengo de su cadáver me destroza por dentro. —Irrumpe en mi memoria el instante preciso en que el forense nos mostró el rostro inerte de Cha Moon Sik mientras los gritos de su hijo se propagaban por

la sala. Agacho la cabeza—. Pero entonces recuerdo la noche en que le seguí. La tristeza por su muerte entra en confrontación con todo el odio que me despertó saberle un maldito canalla.

Ya no disimula las lágrimas. Resulta sobrecogedor ver su expresión de rabia mientras la humedad recorre sus mejillas.

Maldita sea, debo contenerlo. No puedo verle llorar.

—¿En ese estado es como piensas viajar? —inquire Sarah con una dulce amabilidad.

—Sí, porque toda esa rabia la vertería en solucionar las cosas. En la venganza.

Alcanzo a ver cómo se miran Sarah y Cristianno. Al instante, el Gabbana otea a su futura esposa. Ellos saben mejor que ninguno de nosotros qué conlleva un sentimiento tan corrosivo como la venganza. Hubo un tiempo en que casi pudo con ellos.

Lograron vencer, pero a costa de muchas cosas y demasiado dolor. No quiero un futuro así para mi amigo. No estoy preparada para verle sufrir de ese modo.

—Se Jun —espeto, más que dispuesta a detenerle. Conozco sus debilidades y pienso emplearlas—. No me querrás mejor si vienes conmigo y me obligas a ver cómo te expones. De hecho, pensaré que siquiera me respetas.

Sus preciosos ojos rasgados se clavan en mí y me engullen con fortaleza. Le he desafiado y su cuerpo ha aceptado mucho antes que su consciencia.

—Sabes dónde dar, ¿eh, *noona*? —Por supuesto que lo sé. Se Jun ama del mismo modo que yo—. Está bien... Tú ganas.

No era una batalla por definir un ganador, pero me complace saber que he vencido.

Me lanzo a él para besarle sabiendo que sus manos rodearan mi espalda. Su pecho comparte conmigo un aliento que surge precipitado. Ambos asumimos el miedo porque tenemos mucho que perder.

—Ciertamente, te querré muy poco si descubro que te has puesto en peligro —me susurra.

—Tú simplemente céntrate en recuperarte. Para cuando vuelva a tu lado, espero ver de nuevo tu preciosa sonrisa.

El abrazo se hace más intenso e invita a que Franco y Michel se unan bajo la maravillosa mirada de los Gabbana.

Bajo el cielo de Roma

Empezó percibiendo el contraste de la temperatura conforme su cuerpo se despertaba. A Cristianno no le gustaba dormir desnudo, pero la mayoría de veces no le importaba. Señal de lo mucho que había disfrutado del sexo durante la madrugada.

Dormía boca abajo, con la espalda descubierta y los brazos formando un círculo bajo la almohada. Aún le quedaban unos minutos de sueño, así que insistió en agotarlos.

Pero su compañera era demasiado traviesa.

El Gabbana había perdido la cuenta de las ocasiones en que Kathia le había despertado haciéndole una broma. Maquillaje, espuma de afeitar, mensajes lascivos escritos en la frente. Un sinfín de recursos que, misteriosamente, jamás se agotaban, y divertían bastante al personal; pues su futura esposa tenía grandes habilidades como fotógrafa y sabía bien cómo captar un momento digno de fondo de pantalla para el móvil.

Sin embargo, los años le habían enseñado a anteponerse.

Justo como en ese preciso instante.

Kathia se había arrodillado en el suelo para quedar a la altura de su rostro. Ella ignoraba que su aroma a champú le había delatado. Cristianno no necesitaba abrir los ojos para saber que su prometida tenía el cabello húmedo, y que ocultaba su desnudez bajo un batín muy tentador.

Se preparó para atacar, pero antes esperó a descubrir qué método emplearía esta vez. Curiosamente solo notó el cosquilleo provocado por un dedo. Kathia se había decantado por despertarle haciéndole cosquillas.

La dejó perfilar sus cejas, soportando las ganas de echarse a reír. Enseguida bajó a los orificios nasales; en ese lugar, la tarea se complicaba. Y a continuación la clavícula. Kathia sabía que esa zona era muy sensible.

No lo soportó por más tiempo y capturó la muñeca de su compañera para

tirar de ella. Kathia contuvo un gritito al verse lanzada a la cama y tiritó de la emoción cuando Cristianno la atrapó con su cuerpo.

—Te has levantado revoltosa, ¿eh? —sonrió él dejando que sus caderas se abrieran un hueco entre las piernas de ella.

—Cada vez es más complicado —admitió ella con una gran sonrisa—. Qué malo es conocerse.

—A mí no me lo parece. Me ahorra hacer el ridículo.

Kathia capturó el rostro de Cristianno entre sus manos.

—Asume que estás muy guapo maquillado —murmuró divertida.

—¿Y cuándo no? —Le susurró en los labios antes de besarla.

Sus manos se deslizaron hacia la cintura de Kathia y tomaron el control del nudo del batín para deshacerlo. Lentamente, apartó la tela, abriéndose paso a la piel radiante de su compañera, que enseguida tembló bajo el contacto.

—¿No tenías una reunión hoy? —suspiró Kathia mientras se acomodaba a las caricias de su novio.

Era un hecho la adicción que sentía por ellas, y nunca menguaba. Continuaba estremeciéndose como el primer día, e incluso más.

—¿Ah, sí? No lo sé, lo he olvidado en cuanto he visto tu trasero.

Cristianno escondió el rostro en su cuello y comenzó a cubrirlo de besos suaves y muy delicados.

—Tenemos que hacer algo con esa concentración tuya —sugirió Kathia dejándole espacio.

—Ponerte algo de ropa, por ejemplo.

—No quiero. Además, no ha sido literal.

—¿El qué? —Se miraron muy de cerca.

—La perspectiva de mi trasero. —Kathia levantó una ceja dándole un toque de lo más travieso a su expresión.

Detalle que terminó de disparar la excitación de Cristianno.

—Cierto. Pero podemos arreglarlo. —Capturó las caderas de su novia y las empujó para darles la vuelta. Después, apoyó su pecho desnudo en la espalda de ella y le susurró al oído—: ¿Qué me dices ahora?

Una de sus manos navegó por entre sus piernas para acomodarse en el calor incipiente de su centro. Tanteó con las yemas de sus dedos hasta que logró robarle un gemido.

—¿Qué me dices tú? —jadeó Kathia, sin apenas aliento.

—Mierda, llegaré tarde por tu culpa.

—¿Por qué? —jugueteó ella dándole acceso a su boca.

—Nena, voy a follarte en esta posición.

Con un empujón, impulsó a Kathia para que su cuerpo adoptara la postura en cuatro.

Ella sonrió expectante, emocionada ante la idea de sentir a Cristianno desde atrás. Conocía a la perfección las extraordinarias habilidades de su compañero y el gran coito que le aseguraban.

—¿Bien duro? —provocó mirándole por encima del hombro.

—Dios, y tanto que sí —resopló él—. Prepárate.

Cristianno aumentó la presión de sus caricias en el sexo de ella. Su propia excitación ya alcanza la máxima rigidez y reclamaba toda la atención. Realmente necesitaba un contacto rudo y lascivo, y sabiendo que ella se lo permitía, e incluso lo deseaba casi tanto como él, nada le detenía para abrirse camino hacia su interior con una dura estocada. De hecho, deseaba hacerle el amor tanto como escuchar a Kathia jadear.

Sin embargo, Cristianno apenas pudo tentar la entrada.

El chasquido de la puerta principal neutralizó el rumor de sus respiraciones descontroladas. Vino acompañado de un jaleo que ambos conocían bien.

—*Excuse me!* —La inconfundible voz de Mauro.

«Tocando los cojones de buena mañana», pensó Cristianno bajo la sonrisilla resignada de Kathia.

—Joder, recuérdame que le quite las llaves —protestó mientras ella se acercaba a él.

Kathia rodeó su cuello, acomodando el pecho contra el suyo.

—¿A cuál de ellos?

—A todos. Sin excepciones —rezongó Cristianno.

—Siempre nos quedará la noche.

Se besaron castamente. Hacerlo como deseaban hubiera sido muy peligroso. No sabía qué demonios haría con toda la exaltación que sentía. Disimular aquello iba a costarle demasiado. Esperaba que una ducha le ayudara. Muy fría, a ser posible.

Saltó de la cama con frustración y se encaminó al baño seguido por Kathia, que ni siquiera se había cerrado el batín. Conforme abrió el grifo de la ducha y ella capturaba el secador, se dio cuenta a través del espejo de su expresión de estúpido embobado. El pecho de Kathia jamás podía ignorarse.

—¡Mujer, deja de exhibirte! —Se había indignado, algo que a ella le hizo mucha gracia.

—Pobre Cristianno.

—Bruja.

Se centró en lavarse, evitando mirar a su prometida. Tuvo suerte cuando la vio salir, y pudo terminar, orgulloso de haber sido capaz de adormilar su apetito sexual. Debía agradecerse a la tentativa de hipotermia.

Minutos más tarde, entró al comedor.

—¡Buenos días! —gritó su primo.

Sobre la mesa, un gran y apetitoso surtido de pastelillos. Y churros. No podían faltar los churros.

—Lo serían si no estuvieras aquí en este momento. ¿No tenéis casa, joder?

Su hermano Diego le ignoró, centrado en el periódico como estaba. Pero su precioso novio se encogió de hombros y adoptó una mueca de disculpa muy tierna.

—Lo sentimos, Cristianno.

Curiosamente, habló en plural cuando la realidad era que a sus dos acompañantes les daba absolutamente igual el haber interrumpido. Después de todo aquella no había sido la primera vez.

Se agachó para darle un beso en la frente.

—A ti te lo perdono todo.

—Más vale caer en gracia... —murmuró Diego, pero no pudo terminar porque recibió un pescozón—. ¡Oye, mocosito, respeta a tus mayores!

—Te hemos cortado el mañanero, ¿cierto? —sonrió Mauro al tiempo en que Kathia aparecía enfundada en unos vaqueros bien apretados.

Cristianno desvió la vista de su prometida. Se le vinieron a la mente muchas formas de arrancarle los pantalones. Pensó que cuando llegara la noche, no estaría nada mal echar un polvo allí mismo, en el comedor.

—Desde luego la confianza da asco —repuso ella, más que acostumbrada a este tipo de situaciones.

—¡Kathia! —Eric dio un salto—. Mira lo que te he traído.

Mostró un libreto en cuya portada podía leerse el título «Bajo el cielo».

—No... ¡No! ¡¿En serio?! —exclamó ella, aferrándose al libro. Ambos se pusieron a saltar como locos—. ¡¿Cómo me haces esto?! Tengo guardia hasta la noche.

—Podéis leerlo durante los descansos —sugirió—. Tengo otro para Dani.

—Ni de coña. Llevo semanas con la intriga.

Eric ya había coqueteado con la literatura, haciendo las delicias de todos a su alrededor. Pero esta obra era especial. Muy especial. Le había dedicado mucho tiempo.

—Le he dicho que el final es un poco flojo —comentó Diego, ganándose una mirada furibunda de su novio.

—Flojo, dice. Tienes la sensibilidad de una piedra.

—Pues esta piedra bien que te da lo tuyo...

—¡Ni se te ocurra! —le interrumpió.

Detalle que provocó las bromas de los Gabbana.

Mauro fingió llevarse un teléfono a la oreja y adoptó una falsa voz de mujer.

—Al habla la escuela de amaestramiento Albori, le atiende María Antonieta, ¿en qué puedo ayudarle?

Cristianno y él estallaron a carcajadas.

—Qué hijos de puta —rezongó Diego.

—Dejadle de una vez. —Kathia acarició los hombros de su cuñado y le entregó un café en cuanto se acomodó en la mesa—. Ignórales, Diego. Toma, desayuna, cariño.

Cometió el error de acercarle el plato de churros, y ese desayuno era, precisamente, una gran excusa para reír.

Más carcajadas.

—¡Kathia! —exclamó Diego.

—¡Tenéis la mente muy sucia! —se quejó ella.

—No lo sabes bien...

—Ya hablaremos tú y yo.

—No tenía pensado hablar... —Las miradas que Cristianno le entregó duraron lo suficiente para que ambos sintieran un escalofrío.

—En fin... ¿Se lo has enviado a Giovanna? —Kathia cambió de tema, volviendo su atención al libreto de Eric—. Está deseando leerlo.

—Lo tengo preparado.

—¡Ah, mi pelirroja! —lloriqueó Mauro.

—Ya estamos... —Cristianno llevaba semanas soportando lo mismo. Pero a su primo le daba igual.

—Ayer me dijo que había pensado volver para Navidad. Los exámenes la están agobiando y quiere aprovechar todo el tiempo en estudiar.

—Es lógico, Mauro —añadió Kathia.

—No dejo de pensar en fiestas con tíos en falda tocando la gaita y pintas, montones de pintas.

—¿Eso no es Escocia? —apuntó Diego.

—No nos hemos visto desde mi cumpleaños. Para cuando llegue Navidad habremos pasado tres meses sin vernos. ¿Os parece bonito? ¡Tres meses!

—Lo raro es que hayáis aguantado siete años juntos —dijo el Gabbana por lo bajo.

—Me dueles, Cristianno.

—¿Por qué no subes a verla? —sugirió Kathia—. Enrico podría darte unos

días.

—Lo he pensado, pero... no quiero que se sienta presionada.

Giovanna llevaba cerca de dos años preparándose para el máster en derecho internacional.

—A ella le gustaría mucho una sorpresa como esa. —Comentario que terminó por estremecer a Mauro.

—¿Te lo ha dicho? —Kathia asintió con la cabeza toda risueña—. Espera... —Enseguida cerró los ojos y se presionó la sien con la punta de los dedos.

—¿Qué hace? —murmuró Eric a Cristianno.

—Mentalizarse para la conversación con Enrico.

—Listo, vámonos —anunció saltando de la silla.

Dos horas después, y con una reunión de por medio, ambos Gabbana perseguían al Materazzi por los pasillos de la comisaría central.

La estrategia: hacerle la pelota al gran jefe de la policía romana.

—Enrico... ¿Estás estrenando traje nuevo? —Mauro no se cortó a la hora de meter mano—. Se te ajusta a la perfección. Eres como un dios griego, cabronazo.

—Suelta la corbata. —Al comisario general no le valían los cumplidos. Mucho menos viniendo de alguien como Mauro.

—Estaba comprobando la calidad de la tela.

—Seda china.

—Lo imaginaba, tú siempre eliges lo mejor, querido —sonrió Mauro mientras su primo lo observaba todo cruzado de brazos.

—¿Qué quieres? —Sin rodeos.

—¿Por qué iba a querer algo? ¿No puedo halagar a mi maravilloso jefe? —Pero la excusa ya era demasiado conocida por todos y no estaba funcionando. Así que lo mejor era recurrir a la verdad—. Una semana de vacaciones para subir a Oxford. —Lo dijo de carrerilla.

—Denegado —sentenció Enrico entrando en su despacho.

—No se lo ha tomado tan mal —le dijo Mauro a Cristianno.

—Parece que no.

—Yo creo que si achucho un poco, puedo conseguirlo.

—Por supuesto, no deberías dudarlo. —Una ironía.

Lo que Cristianno seguro no dudó fue presenciario todo en riguroso directo. Siguió a su primo al despacho de Enrico y cerró la puerta antes de acomodarse en uno de los sillones.

—Enrico, pichurrín precioso —canturreó Mauro, acercándose al mencionado.

—Deja de seguirme.

—Cinco días.

—No.

—¿Cuatro?

—Mauro.

—¡Por favor! Llevo un mes sin ver a mi pelirroja. Tú no sabes lo que es porque duermes con tu mujer cada día. ¿Imaginas el sufrimiento por el que estoy pasando? Apenas duermo o como. Ni siquiera tengo ganas de ver el fútbol —suplicó ante la mirada incrédula de Enrico.

—La semana pasada gritabas como un condenado con los goles de la Roma, además de haber engullido dos hamburguesas y quedarte frito en cuanto acabó el partido. —Cristianno no tuvo más remedio que darle la razón a su cuñado—. ¿Tengo que recordarte que incluso babeaste mi chaqueta?

—Bueno quizás he exagerado un poco —admitió Mauro—. Pero aun así, ¿no te doy pena?

—Ni una chispa.

—Eres el demonio rubio —masculló.

—Ya lo sé, me lo recuerdas constantemente.

—Enriquito precioso. —Y rápidamente regresó a la carga. Esa vez poniéndose de rodillas—. Sé que bajo toda esa fachada de demonio, habita un ángel resplandeciente y misericordioso.

Estaba terminando con la paciencia del Materazzi, que puso los brazos en jarras, inclinó la cabeza y resopló.

—Santo cielo... Tres días... —terminó aceptando—. Ni uno más. Como el lunes no estés aquí a primera hora, te juro que te pongo a hacer papeleo durante un mes.

—No, el papeleo no. Te prometo que el lunes estoy aquí a las ocho. No, a las siete.

—Suéltame la pierna. —Y es que Mauro se había aferrado a la pernera de su pantalón.

Rápidamente se levantó y se encaminó a la puerta.

—Doy por hecho que se me permite ir a preparar la maleta.

—¡Lárgate de una vez! —gritó Enrico. Pero el Gabbana le ignoró y miró a su primo.

—Alex tiene el día libre, ¿cierto? —Cristianno asintió con la cabeza—. Ya tengo ayudante.

Desapareció por la puerta todo orgulloso y emocionado.

—Te estás ablandado —sonrió Cristianno cambiando el sofá por la silla frente a Enrico.

—Ja, ja...

—En fin... ¿Cómo llevamos los rumores?

Cristianno enseguida centró la atención en los documentos que había sobre la mesa. Llevaban unas semanas recibiendo avisos extraoficiales de la red de vagabundos sobre la presencia de alguien extraño. Le habían apodado Sombra, dado que tenía unas habilidades un tanto peculiares. Como aparecer en distintos puntos de la ciudad a la misma vez.

—Con la de hace dos días, ya es la sexta muerte que se registra —confesó Enrico provocando que Cristianno frunciera el ceño.

—¿Todos ellos son informadores?

—Curiosamente, sí.

Ese asunto, sin aparente relación, lentamente llamaba la atención de la mafia.

Con el ceño fruncido, Cristianno se acomodó en su asiento y se mordisqueó un nudillo.

—Así que tenemos un fantasma pululando por los suburbios, ¿eh?

—No creo que sea algo que pueda enfocarse como una investigación policial, Cristianno.

El nombrado sonrió.

—¿Quieres que haga una visita? Sabes que me gusta pasear por la periferia de vez en cuando.

—Pero nada de ruido, que nos conocemos.

Habría reído más abiertamente si no hubiera sonado su teléfono.

—¡Papá! —saludó Cristianno en cuanto descolgó.

—¿Estáis juntos? —quiso saber Silvano. Que siquiera se hubiera tomado la molestia de responder al saludo anunciaba la llegada de conflictos.

—Sí. —Enseguida colocó la llamada en manos libres para que Enrico pudiera escuchar—. Adelante.

—¿Qué os parece un viaje exprés a Barcelona?

—¿Barcelona? —Y como el mayor había previsto, provocó confusión en Cristianno y Enrico.

—La Dama reclama, muchachos.

Ese nombre...

Su simple mención acompañada de la palabra reclamo hizo que todo su cuerpo se pusiera en tensión. Apenas pudo evitar recordar los días que pasó en Londres, lejos de Kathia.

La Dama no era alguien que llamara para pedir ayuda. De hecho, nunca había llamado con ese objetivo. Que ahora lo hiciera, no indicaba nada bueno. Mucho más sabiendo cómo estaba la situación en torno al caso de Siena Bornay.

—Voy para allá —anunció Cristianno antes de colgar—. Tú quédate. Seguramente tendremos que organizarnos —le dijo a Enrico poniéndose en pie.

—Aun así, deja que Thiago vaya. Si la Dama ha llamado al número especial, no sabemos a qué podemos enfrentarnos.

—De acuerdo. Dile que nos encontraremos allí.

Tres horas más tarde, Cristianno y Silvano Gabbana aterrizaron en el aeródromo de Sabadell, en Barcelona. La Dama esperaba junto a su fiel segundo y un séquito de seis hombres, custodiándole las espaldas.

Silvano fue el primero en acercarse. Cogió a la mujer por los hombros y le entregó un beso en la frente.

—Alicia Duarte.

—Silvano Gabbana —sonrió ella, muy reconfortada con la visita de los italianos—. Cristianno, ¿cómo estás, querido? —Ambos intercambiaron un par de besos en la mejilla mientras el mayor saludaba a Santiago.

—Mucho mejor al verte —admitió.

—Han pasado cosas —anunció la señora—. Cosas que estoy impaciente por contaros. Pero, ¿qué tal si antes os invito a cenar?

—Será un placer, mi querida amiga.

Silvano y Alicia se encaminaron al primer vehículo, dejando que el segundo fuera para Lasarte y el menor de los Gabbana.

—¿Qué tal estás, Santiago?

—Podría estar mejor.

Cristianno ya se hacía una idea.

—¿Tan grave es? —quiso saber.

—Me temo que sí.

Ambos hombres, que se habían conocido en el peor momento del Gabbana, mantuvieron un amable silencio hasta que llegaron al restaurante de un hotel en pleno centro de Sabadell.

Alicia ya se había encargado de alquilarlo al completo para evitar las miradas indiscretas de algún comensal. Así que la enorme sala estaba completamente vacía, excepto por dos camareros que no tardaron en servirles un aperitivo y unas copas de vino. Meros gestos para amenizar una conversación demasiado problemática.

—He perdido KL —confesó la señora, sin más preámbulos.

Silvano se llevó la copa a los labios, le dio un sorbo, volvió a apoyarla en la mesa y solo entonces habló.

—¿Gonzalo?

—Bingo.

Esa sonrisa triste que apareció en los labios de Alicia, dejó bien claro que no era lo único que le preocupaba.

—Pero hay más... —advirtió Cristianno, oteando a Santiago.

La señora carraspeó la garganta.

—Siena está en peligro. Ya conocéis las novedades que se han hecho públicas.

—Desde luego. —De hecho, Silvano y ella habían hablado horas después de la llegada de Siena a Barcelona sana y salva.

—Pero resulta que su amnesia esconde cierta información bastante controvertida —continuó la mujer—. Información que quieren contener.

Silvano echó mano a uno de sus puros. Le prendió fuego con habilidad mientras prestaba suma atención a lo que se comentaba.

—¿Matándola? —inquirió Cristianno.

—No, por ahora. —Esa fue la primera intervención de Santiago.

—¿Y la seguridad?

—Contamos solamente con los leales.

—Ya no es así —anunció Silvano—. Si un amigo necesita ayuda, su problema se convierte en nuestro problema. Tú mejor que nadie lo sabe.

Porque en el pasado, Alicia Duarte había sido el mejor apoyo que pudo tener Cristianno. Gracias a ella, la resolución de la peor etapa de sus vidas, pudo llevarse a cabo.

—Silvano, no estoy buscando que se me devuelva el favor —matizó Alicia.

Había reconocido en qué estaban pensando padre e hijo y no le gustaba que se sintieran en deuda con ella. Sobre todo porque haría cualquier cosa que estuviera en su mano por ellos. La amistad que compartían se remontaba a los días en que Silvano y Alicia apenas salían de la adolescencia.

—Y no es eso lo que insinúo —protestó el mayor—. Sé que nunca me harías pagar nada. Aunque esa deuda valiera una vida.

—No nos hagas recordarte qué tan importante eres para nosotros —añadió Cristianno, advirtiendo que uno de los guardias contestaba una llamada.

Frunció el ceño al ver la reacción del hombre. Al parecer, su interlocutor le estaba entregando una información bastante inquietante.

Tras colgar, se acercó a su jefa en actitud solemne.

—Señora, tenemos un problema —dijo cruzando las manos sobre su regazo—. Nos avisan de que Siena y Se Jun se dirigen al Centro Forense.

La mujer le miró sorprendida.

—¿Para qué?

—El cónsul Cha Moon Sik se ha suicidado.

Realmente no sabían muy bien de quién demonios hablaba, pero por la reacción de Alicia dedujeron complicaciones.

—¿Cuántos hay con ellos? —quiso saber.

—Cuatro, señora.

—Son muy pocos...

Basándose en su propia experiencia y en todo lo que había aprendido como inspector de policía, Cristianno comprendió que la creciente preocupación de Alicia se basaba en el temor a una emboscada.

No disponía de la suficiente información, pero podía asumir que la presencia de Siena en el Centro Forense suponía una gran oportunidad para sus enemigos. El objetivo podía ser secuestrarla de nuevo o quizás eliminarla. Tal vez estaba exagerando.

Sin embargo, su intuición no solía fallar.

Echó un vistazo a Thiago, sentado al otro lado de la mesa. Este entrecerró los ojos; había llegado a las mismas conclusiones. Contaba con su apoyo.

—Puedo ir yo... —dijo Cristianno, clavándole una contundente mirada a Alicia.

—¿Lo harías? —murmuró ella, tentada con la idea.

Cristianno sonrió, se puso en pie, echó mano a su pistola y verificó las balas antes de volver a mirar a la señora.

—Ya lo estoy haciendo. —Entonces señaló a los agentes—. ¿Cómo es la

puntería de tus leales? ¿Tan buena como la de Ben?

—Por supuesto —respondió ella.

—Bien. Me bastaría con dos. Por si las moscas.

—Caballeros.

Alicia observó a Cristianno abandonar el restaurante. Podía respirar tranquila ahora que sabía que él protegería la retaguardia de Siena.

Capítulo 44

Jun-Ha

Kim Jae se ha colado en mi habitación a eso de las dos de la madrugada. El ruido de la tormenta, que no ha cesado desde los primeros indicios de la tarde, ha ocultado el sonido de sus pies descalzos sobre la madera.

Ha entrado de forma silenciosa y se ha tumbado a mi lado en la cama, dándome la espalda. Enseguida he sentido el frío que desprende su cuerpo y las huellas de una tensión que no ha querido mencionar durante el día.

Yo he fingido estar dormido. Podría haberle preguntado por qué ha decidido venir, pero conozco demasiado a Kim Jae; el insomnio es uno de sus puntos débiles, una señal que han dejado los traumas de infancia.

En el pasado, cuando descubrió que al colarse en mi habitación conseguía dormir sin problemas, ambos entendimos que él no buscaba despertarme para obtener consuelo sobre los pánicos que le acechan por la noche. Prefiere mi silencio y cobijo, saber que me tiene lo suficientemente cerca. Las personas que llegaron a descubrir esta costumbre nuestra, no lo entendieron bien. Dijeron que dos hermanos, más allá de la sangre, no podían comportarse como niños. Podía malinterpretarse y provocar situaciones muy bochornosas.

Pero, en esas ocasiones, todos nos dimos cuenta de que yo a veces también podía ser alguien déspota y grosero. Dormir con mi hermano no era nada de lo que avergonzarme ni mucho menos algo que me hiciera sentir incómodo, y sigo sintiendo lo mismo.

Así que le he dejado espacio en la cama y he tratado de conciliar el sueño sabiendo que el suyo es terriblemente áspero.

Ha sido un día muy complicado. La noticia sobre la actualización del blog de Song Hye Rim ha revolucionado el país. Los canales de televisión no han dejado de hablar de ella.

Y también de Siena.

Han llegado incluso a emitir un reportaje sobre el caso de su secuestro y todo lo que hemos vivido después de que la encontraran en Baishan.

Sin embargo, la prensa y la gente no han sido los únicos en hablar de ello.

El fiscal Nam Ji Woo ha estado nervioso.

Se ha pasado el día haciendo llamadas a sus superiores. Al parecer, tenían la esperanza de que Song Hye Rim estuviera muerta.

Para ellos, no tenía sentido que hubiera estado tanto tiempo sin dar señales de vida. Sospechan incluso que no haya sido ella, lo cual les preocupa mucho más dado que su equipo informático no detecta quién es el intruso. No pueden localizarle. En realidad dudo que lo logren. Michel es demasiado bueno en lo que hace, y cuenta con un gran apoyo.

Pero aun con toda esa información, nos ha impactado una llamada en concreto. Aunque no hemos sabido las respuestas de su interlocutor, el modo en que Nam Ji Woo le hablaba denotaba excesivo respeto y un poco de miedo. Todavía es pronto para saber hasta qué punto está involucrado el inspector Ulloa, pero desde luego tiene más poder que el fiscal.

Kim Jae tiembla.

Tengo el sueño bastante ligero, así que me es fácil advertir que duerme profundamente y que no se siente cómodo en la intimidad de su mente.

Acaricio su frente con suavidad. No quiero despertarle, tan solo proporcionarle un poco de alivio. Creo que lo consigo porque suspira, deja de fruncir el ceño y de apretar los dientes. La expresión de su rostro se calma.

Me quedo mirándole un rato, conteniendo la nostalgia que me invade. Las últimas cuarenta y ocho horas han sido demasiado difíciles para él, y aunque no lo dice, es fácil advertirlo si se le presta un poco de atención.

Tiene las mejillas encendidas en calor y una fina capa de sudor se ha instalado en ellas. Súbitamente, contiene el aire. Vuelve a temblar, esta vez un poco más brusco, y entonces abre los ojos liberando un aliento precipitado. Se incorpora algo desorientado.

—Hey, tranquilo —susurro, sentándome a su lado.

—Lo siento. —Hunde la cabeza entre las manos—. ¿Te he despertado,

cierto?

—No, ya lo estaba de antes. ¿Quieres un poco de agua?

Asiente con la cabeza y yo enseguida enciendo la lamparilla y alcanzo la botella que tengo en la mesilla. Le da un buen trago, pero el ritmo de su pulso no desciende y los espasmos de sus hombros tampoco desaparecen.

—Ha debido de ser muy fea —admito.

—¿El qué? —dice él limpiándose los restos de agua.

—La pesadilla.

—Parezco un crío —resopla con una sonrisa triste—. Hacía tiempo que no soñaba con ello...

En realidad, no quiero presionarle a que hable de algo que conozco tan bien. Esa pesadilla de la que habla nos atormentó a los dos durante mucho tiempo. Tuvimos que hacer grandes esfuerzos en superarla, y aun así aparece en los peores momentos.

Todo lo que ha ocurrido, lo que hemos visto, ha desencadenado emociones que creíamos enterradas o, al menos, contenidas.

—Esta vez había algo diferente —susurra Kim Jae, mirando al frente, justo en el instante en que he creído que no volvería a hablar—. Franco estaba allí. En el momento en que Chi Soo me estampaba contra la mesa.

Aprieto los ojos y los dientes. Pasarán los años y seguiré culpándome por no haber sabido reaccionar antes. La maldita sorpresa que quería darle nos salió muy cara.

Estoy a punto de pedirle que se detenga, que no es necesario contar algo que le hiere de esa manera, y mucho menos mezclar a alguien que sé que le importa. Pero Kim Jae emplea un tono de voz imposible de detener.

—Esos ojos grises que tiene parecían engullirme.

Menciona a Franco con una contundencia que me parece sentirle en esta habitación, junto a nosotros. Avisto la humedad en los ojos de Kim Jae. No llorará, lo sé, pero el tormento no es tan fácil de controlar.

—El dolor que sentí... cuando Chi Soo entró en mí... desapareció —tartamudea asfixiado—. Ese maldito periodista se acercó a mí caminando lento. Ya no podía escuchar los insultos, ni siquiera estoy seguro de haber

sentido miedo. —Clava sus pupilas enrojecidas en las mías y baja la voz—. Franco se agachó, cogió mi cara entre sus manos con esa maldita delicadeza suya y sonrió. «Todo irá bien», dijo. Cerré los ojos. Realmente he sentido que todo iba bien, y he podido confirmarlo cuando he vuelto a abrirlos... Ya no estaba en ese maldito descampado siendo violado. Sino... en el sofá de ahí fuera. —Señala la puerta. Tras ella hay un pequeño pasillo, y un poco más adelante el salón, acomodado con dos bonitos sofás—. Tenía la cabeza apoyada en su pecho y sus brazos rodeándome.

Libero el aire contenido. Hasta el momento no me había dado cuenta de que había dejado de respirar. Pero ahora que siento mi aliento surgiendo por entre mis labios descubro que su presencia no es tan densa como esperaba.

Cuando Kim Jae decide hablar de este tema debo echar mano a una fortaleza que no sé si tengo conmigo. Porque para mí también es doloroso.

Pero supongo que la presencia tácita de Franco ha hecho que el peso sea liviano, una vez más.

—Entonces, ha sido un buen sueño, después de todo —confieso mientras acaricio su espalda.

Parece que los espasmos le abandonan.

—No... Porque su sangre se derramaba de mis manos. —Se mira los dedos sin saber lo mucho que me ha impresionado el final de su pesadilla—. Qué estúpido soy, ¿no? —Vuelve a sonreír con tristeza.

—Yo no lo creo. —Y nos miramos con fijeza. Él sintiendo un poco de temor, yo tratando de aliviarle.

—Parece que al final lo ha conseguido, *hyung* —admite en voz baja—. Me ha ensuciado por completo.

Cualquiera podría interpretar sus palabras como la peor declaración de todas. Pero la realidad es bien distinta. Los sentimientos de Kim Jae se han desbordado. Ya no puede contener lo que siente por el periodista, y en el fondo me alegra, porque al fin descubrirá que es amado con la misma intensidad que él ama.

—Simplemente, estás preocupado y has mezclado tus traumas con el miedo a perderle —comento.

—No. No debería estar sintiéndome así. —Se tensa en su postura, negando con la cabeza—. Es una locura transitoria. Ver a ese muchacho me ha traído recuerdos muy desagradables. Punto.

Lleva razón. El rescate de los supervivientes de la residencia del coronel, ha tenido mucho que ver con su estado. Pero no devalúa lo que siente.

Los sentimientos tienen autoridad propia, ellos deciden cuando actuar, y no pueden contenerse. Creo que Kim Jae quiere negarse a ese hecho del mismo modo en que descubre su certeza.

—No quiero verle —confiesa cabizbajo.

—¿No quieres o te da miedo?

—Si viene a Corea...

No termina, pero aun así es fácil entender que tiene miedo a que su pesadilla se haga realidad.

—No ocurrirá —sentencio. Nada puede pasar si estamos a su lado.

Me mira un poco atemorizado con la idea.

—Pero ¿y si pasa?

—¿Te dolería?

—*Hyung*... —Me oculta la mirada súbitamente avergonzado.

—Sé sincero, Kim Jae. —Le obligo a levantar la cabeza cogiéndole del mentón—. ¿Te dolería? —insisto.

—No quiero pasar por un momento así. No...

Alzo las cejas y frunzo los labios.

—Es una respuesta laboriosa, pero la entiendo. —Miro el reloj. Ha caído la noche en Roma. A estas horas probablemente estén cenando, así que es un buen momento para llamar—. ¿Por qué no se lo dices tú mismo? Que no viaje.

Kim Jae traga saliva y comienza a estrujarse las manos. La mera idea de escuchar a Franco le ha puesto nervioso.

—¿Me haría caso?

—No, pero no está demás intentarlo.

Franco es demasiado terco. Pero, aunque lo estoy sugiriendo, esta llamada

no tiene como objetivo convencerlo de no venir a Corea; eso ya está hablado.

Sin embargo, una conversación con él iniciaría el acercamiento definitivo que Kim Jae desea pero no se atreve a admitir.

—Olvidalo. Son estúpideces. —Una esperada negativa.

—De acuerdo.

Capítulo 45

Franco

Hemos improvisado una cena de lo más peculiar en mitad de la sala, entre todo el papeleo y los monitores de ordenador.

En algún momento, hacia la mitad de la tarde, con la llegada de Alex, su pequeño hijo, Eric y Diego, la situación se animó hasta terminar sentados en una mesa, que ahora está plagada de pizzas a medio comer y cervezas.

Las chicas se han decantado por cenar en el comedor, lejos del jaleo que estos muchachos provocan. Siena se ha ido con ellas, y me ha parecido avistar algo de aquella chica que reía en nuestras reuniones de los jueves.

No puedo negar que este momento es maravilloso ni tampoco ignorar el bienestar que siento cada vez que alguno de estos hombres abre la boca. Son personas tan joviales que resulta muy complicado no divertirse.

Al mirarles, entiendo que están acostumbrados a estar juntos, se buscan y exigen, como si estos momentos fueran vitales para sus vidas. Es un instante tan fascinante que me hace sentir muy nostálgico.

Si los chicos estuvieran aquí...

—Claudio, cabronazo, pero mira qué huevos más gordos tienes —dice Cristianno jugando con la barriguita de su sobrino. Y es que, aunque Alex y Cristianno no son hermanos, se adoran como tal. Todo queda en familia.

—No le toques los huevos a mi hijo —protesta el de Rossi, antes de engullir un trozo de pizza.

Me parece muy curioso que un hombre tan grande y con esa expresión dura no pueda despegarse de su hijo ni un instante.

—Ha tenido que salir a su abuelo —bromea Mauro provocando las carcajadas de todos, incluso las de un Enrico que come todo relajado a mi lado.

—Eso seguro... —añade Eric medio apoyado en el torso de su novio.

—¿Vamos a hablar de mis pelotas mientras ceno, joder? —El grandullón comienza a molestarse. O eso parece hasta que desvía la vista y se pone a reír.

—Ignora a tu padre. Se ha convertido en un abuelete desde que naciste. —Cristianno continúa a lo suyo con el crío, y Claudio parece encantado.

Todo apunta a que será muy espabilado, porque con tan solo once meses, ya es todo un lince.

—Oye, estoy bajo de forma, ¿de acuerdo? —se defiende Alex.

—Lo que pareces es un flotador. —Mauro se lanza a su amigo para pellizcarlo al tiempo en que las contagiosas carcajadas de Michel inundan el lugar—. Mira que lorzas tiene ahí. Como diga de esconderse, lo tendrá chungo.

—Tu sí que tendrás chungo masticar sin dentadura, capullo.

—Tío Cristianno. Vamos, muchachote, tu puedes. Tito Cristianno. —El Gabbana ha optado por pasar de todo e instruir al bebé.

—Si apenas dice papá, ¿cómo le pides que te nombre, gilipollas? —comenta Diego.

—Seguro que me llama antes que a ti. Le das miedo con esa cara de carabinieri mosqueado que tienes —protesta su hermano.

—¿Quieres que te de una paliza, niñoato?

—¡Oh, lo que me ha dicho! ¡Niñato, yo!

—No os peguéis con el niño en medio, hostia —protesta Alex.

De pronto, se desata una oleada de protestas y manotazos al aire que convierte a todos los adultos presentes en niños bastante malhablados.

—¿Siempre son así? —le susurro a Enrico antes de que este incline su cuerpo hacia mí.

—Hoy es un día tranquilo. —Suena divertidamente resignado.

Y sonrío, porque es la primera vez que veo algo así y me satisface más de lo que cualquiera imagina.

—Es bonito... —confieso, ganándome un vistazo curioso del Materazzi.

—Hablas como si no estuvieras acostumbrado.

—Digamos que no he tenido una vida familiar activa.

—Bueno, pues bienvenido a la familia. —Me da un apretón en el hombro.

—¡China! —exclama Mauro de súbito, desincrustando un trozo de piña de su cabello. Todos le observamos un tanto confundidos—. Song Hye Rim, Remi para los amigos. ¿Y si está en China?

—Coño, ¿todavía estás con eso? —dice su primo Cristianno.

—¿Por qué China? —pregunta Eric.

—¿Tú la has visto? Es un mastodonte de país. Seguro que tiene que haber algún lugar en el que pueda esconderse.

Desde luego razonamiento no le falta. Un poco bruto, pero puede que lleve razón.

—Yo voto por Japón —dice Alex.

—Quizás ha salido de Asia —interviene Eric, de nuevo—. ¿Qué tal Estados Unidos?

—¿Y cruzar todo un océano ilegalmente? —Diego no parece muy de acuerdo—. ¡Venga ya! En cuanto pusiera un pie allí, la deportarían. Antes entraría en Europa por Turquía.

El Albori pone los ojos en blanco.

—¿Cuál es su voto entonces, mi ilustrísima eminencia? —ironiza.

—Atiende, mi amor. Rusia. —Eso parece convencer a su novio, pero no al resto.

—¡Tú estás *fumao* ’! —dice Mauro.

—¡Oye, que también es muy grande!

—¿Y tú, Cristianno? —Michel está interesado en la opinión del Gabbana, que ha sido cazado reajustando el pañal de Claudio. Ha colgado al chiquillo de su hombro, como si fuera un saco de papas.

—Lo he estado hablando con Kathia. Ambos nos decantamos por Tailandia. Allí las leyes son un poco..., digamos, tolerantes.

—Cierto —dice mi amigo—. Yo también me decanto por Tailandia. Quizás Filipinas, Malasia. Son opciones muy realistas.

—Estoy de acuerdo —añade Enrico—. Descartaría que hubiera salido del

continente. Tailandia es un destino muy apropiado, ¿no te parece, Alemany?

—Es probable. Pero... —Cojo aire. Esta será la primera vez que mencione el temor ácido que me carcome desde que hicimos pública la actualización sobre Jack—. No dejo de pensar en la posibilidad de que esté..., ya sabéis. Han pasado veinticuatro horas y todavía no tenemos nada.

Saben que llevo razón. Pero aun así...

—Es demasiado pronto —comenta Enrico, tratando de alentarme—. Quizás ni siquiera lo ha visto. —Cabe esa posibilidad.

De la nada aparece Fabio y salta sobre su padre con alegría, provocándole una preciosa sonrisa.

—¡Mi grumete! —Le abraza con fuerza—. ¿Qué haces aquí? ¿Has cenado?

—Sí.

—¿Y le has hecho caso a mamá? —Resulta muy tierno ver a Enrico con su hijo.

—Un poco.

—¿Solo un poco? —El Materazzi alza las cejas al tiempo en que Sarah aparece con expresión de máxima frustración.

—Di mejor, nada de caso —anuncia—. Lo que me lleva a recordar constantemente mi obsesión por trasladarnos a un piso, pequeño, muy pequeño. —Señala el tamaño con las manos—. De ese modo no me pasaría tres cuartos de hora buscando a este pequeño demonio.

Contengo una sonrisilla.

—Yo quería comer pizza con papá —protesta Fabio antes de que su madre lo coja de la manga del jersey.

—Vamos a la cama. Ahora.

—¡Buenas noches! —exclama el crío.

—Iré en un rato —susurra Enrico.

—Tranquilo.

Ese corto beso que se dan nos deja a todos observando la escena con cierto grado de devoción. Sarah abandona el lugar seguramente consciente de que su esposo la engulle con la mirada.

—La baba, Materazzi. —Pero no sé quién lo dice, porque de pronto suena una alerta.

El monitor central anuncia, con un aviso parpadeante en rojo, una llamada entrante desde Corea que nos sobresalta a todos por igual. No hay nadie aquí que desconozca la hora de la península dado que hemos colgado un reloj en la pared en sintonía con su rango horario.

Nadie llama a las cuatro de la mañana.

—Mierda... —rezonga Michel, soltando su trozo de pizza para lanzarse al teléfono—. ¿Jun-Ha?

Contengo el aliento tratando de no cruzar mirada con nadie. No me gustaría que descubrieran el miedo que siento en este momento. Pero la expresión de mi amigo se calma de súbito, anunciándonos así que no tenemos nada que temer.

—¡Oh, pececillo! Al fin oigo tu voz —comenta Michel esbozando una sonrisa que me encoge el corazón. Ese es el modo en que le habla a Kim Jae—. ¿Cómo está mi coreano favorito? Vaya, vaya... De acuerdo, sin cachondeos, lo prometo... Entonces, ¿te paso? —Me clava la vista y adopta una mueca muy traviesa mientras se aleja el teléfono de la oreja—. Franco, cariño mío, ¿voy preparándote una sal de frutas?

Frunzo el ceño y entrecierro los ojos. Me he convertido en el centro de atención de todos.

—¿Por qué? —digo asfixiado.

—Creo que vas a indigestarte en cuanto te diga que cierta persona quiere hablar contigo. —Aletea las cejas—. Metro ochenta y tres, cuerpo esculpido, ojazos rasgados, pelazo negro, piel bruñida.

—¡Uoh! —canturrean todos al tiempo en que las mejillas se me encienden por el rubor.

—¡Tío bueno! —Creo que ese ha sido Mauro, aunque no descarto que se trate de Cristianno. A veces es incluso más travieso que su primo, y eso ya es difícil.

Me levanto de la silla agarrotado, sin saber cómo demonios voy a ser capaz de mantener una conversación con Kim Jae que, para colmo, él mismo

ha iniciado.

Es algo realmente desconcertante y muy nuevo para mí. No se me ocurre qué ha podido motivar sus ganas de hablar conmigo.

Me acerco a mi amigo y le arranco el teléfono de las manos. No imagina cuánto me molesta su maldita expresión de diablo. O sí y por eso me observa de ese modo.

—Ya me dirás después en qué puñetero momento le has contado a todo ser viviente lo que siento por el teniente, Michel —mascullo entre susurros. Mierda todo el mundo lo sabe—. Y después de eso probablemente te quedarás sin cabeza.

—Sí, sí, anda tira. —Me empuja hacia la terraza.

—¡Buena suerte, Alemany! —dice el Materazzi sacando dos kilómetros de pescuezo.

—Enrico, te tenía por alguien muy categórico.

—Es que paso mucho tiempo con esta gentuza. —Señala a todos los presentes. Y de nuevo se inicia un intercambio de improperios y manotazos en los que curiosamente también participa el comisario; quizás para preservar su integridad.

Les dejo atrás y salgo al exterior llevándome el teléfono a la oreja con dedos tembloroso.

Para qué mentir, estoy terriblemente nervioso.

Escucho el ruido de las sillas, pero estoy más pendiente de qué decir.

—Kim... Kim Jae —tartamudeo descubriendo a la vez que los puñeteros italianos se han agolpado en la ventana en plan acosador. Hago aspavientos con las manos para que se alejen, pero termino haciéndolo yo.

—¿Es necesario que vengas? —La voz del teniente surge violenta y seca. Muy seca.

—Hola.

—Responde —impone y yo aprieto los dientes porque no necesito que se moleste en llamar para reprochar.

—¿Por qué lo preguntas? —espeto.

Kim Jae no es el único que puede ser odioso.

—Solo responde, es lo único que necesito de ti.

—Sí, es necesario. —Rotundo, sin opciones.

—¿Por qué?

—Son muchos los motivos, Kim Jae —mascullo.

—Dime uno.

Aprieto los dientes.

—Tú, por ejemplo.

Silencio, y enseguida surge un suspiro. Advierto que Kim Jae también está nervioso.

—¿Y sí...? —Duda—. ¿Y sí te dijera que te odio con todas mis fuerzas y que verte me produce una gran repulsa?

«Eso es algo que ya sé, maldito ingrato», pienso, y estaría bien poder decírselo. De hecho, nada me lo impide. Pero antes pienso en algo y es tan condenadamente rotundo que no me deja alternativa.

—No creo que te hubieras molestado en llamarme en mitad de tu madrugada para decírmelo. Por tanto, no te creería. Eres demasiado obstinado —gruño centrado en el ritmo discordante de su respiración—. Pero juguemos... Haré como si realmente te creyera, y entonces te recordaría que tú eres uno de los motivos, pero no el único.

Él mejor que nadie debería saber que no pienso alejarme de Siena, aunque signifique viajar al mismísimo infierno.

—¿Y si te lo pido? —Su pregunta y el modo en que la hace me asombra a partes iguales—. Si te pido que no vengas, ¿te quedarías en Roma?

—No —sentencio.

Es curioso que la molestia que me ha despertado, de pronto se haya dividido por culpa de la intriga.

Kim Jae no busca mi sometimiento ni tampoco parece querer hacerme cambiar de opinión. Creo que hay algo más tras esa preocupación que empiezo a deducir en él. Algo que quizás no le deja dormir y que seguramente me concierne.

Dar por hecho que me he convertido en alguien importante para él podría ser muy vanidoso por mi parte, pero empieza a ser una opción realista.

Mucho más cuando vuelve a hablar.

—No vengas, Franco —jadea.

Cierro los ojos, me pellizco el entrecejo y después me apoyo en la baranda. Al abrirlos de nuevo y dar con todo el esplendor del jardín, delineado por un horizonte oscuro salpicado de estrellas, la necesidad por tener a este hombre me parece insoportable.

—¿De qué tienes miedo, Kim Jae? —inquiero en voz baja, notando que una parte de mí no está orgullosa de esta pregunta. Me somete demasiado a una respuesta dolorosa.

—De todo, de ti. —Pero resulta que nunca termino de conocer al teniente. No sé cómo asimilar que el hombre que amo me tiene miedo—. Ignoro qué tanto quieres darme, pero puedes al menos respetar esto. ¿Podrías darme la certeza de que estarás... seguro?

Quiero enfadarme con él por insinuar que soy egoísta. Pero también entiendo lo difícil que está siendo hablarme de esta manera. La elección de sus palabras son mero fruto de la inquietud que alberga por mí. Más que enfado, me desbordan las ganas de abrazarle y decirle que me encantaría darle cualquier cosa que pidiera.

—¿Tú crees que puedo? —digo sabiendo que él tratará de esquivar la ambigüedad de mis palabras.

—Quédate en Roma. —Su voz, ahora suplicante—. Entonces podrás asegurar. —Empieza a molestarme que seas consciente de todo y trates de ignorarlo —mascullo.

—Tú mismo lo has dicho, no te llamaría. Por tanto, no estoy ignorándolo, Franco.

—Tienes miedo de que me ocurra algo. ¿Es eso?

—¡Sí! —grita provocándome un escalofrío que me inmoviliza por un instante—. Maldita sea, sí. ¿Quieres volverme loco? —Por supuesto que lo quiero—. ¿No te basta con saber que estoy preocupado por ti, maldito bastardo?

—No. —Apenas le he dejado terminar de hablar—. No me basta.

—¿Qué más quieres, entonces?!

—¡Saber que te tengo! Saber que puedo mirarte sin temor a tus respuestas.

De nuevo, un suspiro cargado de dudas y miedos a los que Kim Jae no me deja acceder.

—Es tarde...

—Como se te ocurra colgar...

—No sé qué hacer... —me interrumpe violento—. No te saco de mi cabeza. Y lo odio muchísimo. Debería sentir rechazo, aborrecerte. Todo esto es asqueroso, yo mismo soy repugnante... Perdiendo el tiempo pensando en estas malditas tonterías... —Trago saliva. Ni siquiera puedo pestañear. Su voz carga tanta ferocidad que me parece increíble continuar en pie—. Sabiendo que estás al otro lado de la línea debería estar lamentando todo lo que estoy diciendo. Me estoy exponiendo inútilmente. Sin embargo... Eres... Eres... —
Más duda, más introversión.

Y después está la maldita lejanía.

Si al menos lo tuviera delante, lo empujaría hasta que mis labios fueran la única salida que tuviera para poder huir.

—¿Qué soy, Kim Jae? —le incito.

—Todo lo que odio... Eres todo lo que odio...

Es estúpido imaginar el sonido de mi corazón rompiéndose en mil pedazos. Quizás sucede porque es exactamente lo que está ocurriendo.

«Bien, Franco... pongámosle final a este amor que ya sabías imposible desde el principio». Siquiera merece la pena continuar sintiéndolo.

—Como tú bien has dicho, estás perdiendo el tiempo. —Me detengo a coger aire—. Y ahora incluso me lo estás haciendo perder a mí... No necesitas llegar al extremo de herirme.

De todas formas, nunca esperé que él respondiera a mis sentimientos. Amarle ha sido una decisión unilateral.

—¿Lo he logrado?

Aprieto los ojos, ya no me apetece ver la inmensidad. Porque me recuerda

lo inalcanzable que es este hombre.

—A veces es cierto que puedes ser un poco canalla...

—¿Entiendes ahora por qué digo que no merezco la pena?

¿Así que es eso? ¿Tan solo busca decepcionarme?

No trataré de justificar su comportamiento, pero odio aún más saber que se esconde de sí mismo. Esa cobardía no es propia de alguien como él.

—Vete a la mierda, Kim Jae. Tú y tus malditos demonios...

Y estoy dispuesto a colgar, pero su voz arremete de nuevo, incluso más violenta que antes.

—¿Qué me has hecho? ¿Cómo fue? ¿En qué momento? ¡¿Por qué?! — Termina gritando, despertándome una furia muy difícil de contener.

Aprieto el teléfono entre mis dedos, puedo incluso oírlo crujir mientras el aliento de Kim Jae continúa derramándose.

—¡No lo elegí! —contratoco con la misma crueldad que él emplea—. No tuve la culpa de entrar en aquella maldita habitación en mitad de Baishan y ahogarme en esa mirada asustada y furiosa.

—Cállate. No sigas. —Pero me da igual lo que él quiera, sigo insistiendo.

—No elegí que tu maldita presencia me hiciera temblar, y de pronto me encontré a mí mismo necesitándote de una forma visceral. Si no entiendes eso, llegados a este punto, me da igual. Porque ya no podemos cambiar que te amo.

—No vengas... No lo hagas...

Pero así como yo, inevitablemente, sigo insistiendo en un amor no correspondido, él se niega a nuestro viaje. O por lo menos me lo niega a mí.

—Iré —declaro—. Superaremos esto juntos. Ambos nos apoyaremos y nos protegeremos.

—Franco.

—Podrás alejarte cuando todo esto termine si es lo que quieres, no lo impediré, te doy mi palabra. Pero ahora...

—He soñado contigo.

Ha escogido una buena forma de detenerme.

—¿Qué...?

—Me abrazabas... Joder, lo hacías tan bien... Eso fue lo peor de todo, que me gustara. Pero... Pero la sangre... —Contengo el aliento a la misma vez que él jadea—. Había sangre por todos lados. Me dejaste con una maldita sonrisa en los labios.

Amor, deseo, desesperación. Miedo, incluso. Ninguna de esas emociones importa ahora. Kim Jae está por encima de todas ellas.

En la intimidad reservada de su mente, he perdido la vida aferrado a él. Por eso me ha llamado en mitad de la madrugada.

Está asustado de lo que pueda ocurrirme, de que sus peores sueños se hagan realidad, y entre esos sueños estoy yo. Existo en ese universo suyo, provocándole un sentimiento al que no está acostumbrado. No puedo creer haber logrado tal hazaña.

—Kim Jae...

—Incluso en mis sueños eres arrogante.

—Pero has imaginado que este arrogante te abrazaba. —Tengo un escalofrío—. Tu ambigüedad puede entenderse de muchas maneras. Ya te lo he dicho antes.

—No quiero perderte... No lo soportaría... —sentencia—. Ahora entiende eso como te dé la gana, maldito periodista sabelotodo.

Entonces cuelga dejándome con miles de palabras al borde de mis labios, robándome la oportunidad de responder, de indagar, de averiguar si desea que continúe amándolo.

—¡Mierda!

Este hombre puede conmigo, en todos los sentidos.

Jun-Ha

—Estás pensando que me he equivocado, ¿cierto? —pregunta Kim Jae, tras unos minutos de silencio.

Ha dejado a Franco con la palabra en la boca antes de lanzar el teléfono lo

más lejos posible de él.

—Bueno... —No sé muy bien qué responder—. Estás mejorando. Poco a poco... Muy poco a poco.

Mi hermano es alguien terco y también obstinado. Situaciones muy comunes que la gente gestiona normalmente, para él son como batallas. De hecho, siempre he creído que se lleva mejor con un arma que con las propias personas.

—Es una buena noticia —admite mucho más tranquilo—. Esperaba una reprimenda.

—No puedo inmiscuirme en una pelea de enamorados. —Trato de destensar el ambiente.

—Qué gilipollas eres, *hyung*. —Ese es mi compañero.

—Deja que te de un achuchón. Tienes cara de necesitarlo. —Le empujo contra mí.

Podría decirle que el modo que ha escogido para comunicarse con el hombre que le gusta no es el más adecuado. Pero hemos conseguido algo importante que espero que Franco también haya advertido tras todas esas cosas horrendas que le ha dicho.

Kim Jae ha empezado a bajar las defensas y eso facilita el proceso de entenderse a sí mismo como quien es en realidad.

—Le odio —me dice, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Ya lo sé. —No le he escuchado mentir tanto en toda mi vida.

—Muchísimo.

—Ajá.

—Se lo he dicho.

—Lo he oído. —Alto y claro además.

—El muy cabronazo ha mantenido el tipo estoicamente. ¿Qué coño se ha creído que es?

—Desde luego.

—Y para colmo ahora me siento culpable.

—Lógico.

Kim Jae se aleja de mí y me mira con el ceño fruncido, todo escéptico.

—Deja de darme la razón como a los tontos.

—Vale —sonríó conforme él agacha la cabeza.

Observo sus manos, ha empezado a estrujarse los dedos como si fuera un niño asustadizo. Es algo que me molesta, porque sé lo que desencadena, y ya hemos hablado varias veces de lo poco que me importan sus preferencias.

—*Hyung*...

—Que tan solo lo pienses me falta el respeto y tira por tierra todo ese amor que dices tenerme —ataco sin miramientos, llegando incluso a verme reflejado en sus pupilas asombradas—. ¿Quieres tener problemas conmigo?

Traga saliva después de respirar hondamente.

—Es cierto... que le echo de menos.

—Me alegra que te des cuenta.

Es bueno que responda con una sonrisa, que dura hasta que Min Tae Jin aparece en calzoncillos y rascándose la nuca. Una imagen que podría haberse ahorrado. Es guapo, pero tampoco tanto, joder.

—Capitán, si no le da una paliza, se la daré yo mismo —parlotea señalando a Kim Jae con un dedo tieso. Si no le conociera, pensaría que está realmente enfadado—. Me han despertado todas las gilipolleces que está diciendo este demente, y te diré una cosa, mi sueño es sagrado, maldito casanova. ¡Sagrado! —Chasquea los dedos antes de tomar asiento en el sofá—. Ve a hacerme un café, y te perdono.

—De acuerdo. —Misteriosamente, Kim Jae obedece.

Tae Jin y yo nos miramos pasmados con la reacción.

—¿Se ha dado con un canto o algo? —comenta mi compañero—. Normalmente me hubiera mandado a la mierda.

—Digamos que el periodista no está dejando espacio en su mente como para encontrar el modo de hacerlo. —Tomo asiento a su lado.

—Qué sabio eres, capitán.

—Pero yo sí que puedo, mi querido Min Tae Jin.

—¿Qué crees que estarán emitiendo en la tele a poco menos de las cinco

de la mañana? —Cambia de tema lanzándose a por el mando a distancia.

Ni siquiera me molesto en pedirle que se ponga algo de ropa. Siena aparece en pantalla, y eso puede con cualquier cosa.

Capítulo 46

Siena

Estoy sola en la habitación, tumbada en una enorme cama de sábanas blancas que ahora parecen grises debido a la bonita oscuridad que se cuele por los ventanales. Jugueo con las arrugas que forman la tela y trato de borrarlas con la palma de la mano.

Mientras tanto, la respiración de Jun-Ha se derrama en mi oído.

Él ha sido quien me ha despertado.

Bueno, en realidad, ha sido mi mente al pensar en él, y la propia necesidad me ha empujado a llamarle cuando el reloj apenas marcaba las dos de la madrugada.

El modo en que ha descolgado me ha parecido como si algo de él estuviera esperando mi llamada. Podría haberle preguntado por qué no ha marcado primero, pero entiendo que me creía dormida y no antepondría sus deseos a mi descanso.

Hemos hablado de Kim Jae. De la conversación que ha mantenido con Franco. Y yo le he explicado que, desde ese momento, mi gran jefe ha estado bastante ausente. El amor entre esos dos se ha tornado complejo y desbordante. Pero debemos darles tiempo. No hay nada que se pueda hacer estando tan separados.

—Sigues sin poder dormir —comenta Jun-Ha.

—Porque sigo estando nerviosa... Quiero... Quiero que suceda. Necesito que suceda.

Song Hye Rim desconoce por completo cuánto poder tiene sobre nosotros. Cada hora que pasa nos acerca más al momento de capitular sobre su existencia, e ignoro si podré enfrentarme a esa posibilidad. Quién sabe. Conforme pasa el tiempo, todo se vuelve un poco confuso.

No basta con aferrarse a la posibilidad de reconstruir mis pasos y, con suerte, encontrar la tarjeta de memoria que había en la taquilla. Ni siquiera podemos imaginar qué contiene. Es una buena opción, pero indefinida, cargada de inconclusiones.

Esa mujer sabe cosas. Seguramente ha visto esas cosas. Debe tener las ideas precisas para terminar con todo.

Ese final con el que soñamos ahora, me lanza a Jun-Ha de un modo libre y desprovisto de miedos e ira. Tan solo un amor honorable y leal del que sentirme plenamente orgullosa.

Notar el latido de sus labios contra los míos, lejos de un riesgo que otros han provocado.

—Yo también, lo que sea que estés pensando. —Aunque aventura, Jun-Ha sabe bien cómo funcionan mis pensamientos.

—Parece que para ti no soy tan complicada como creía —suspiro—. En la mayoría de ocasiones la gente no me entiende tan fácilmente. —Siempre diciendo que soy introvertida, que nunca termino de exponerme.

—Yo no soy la gente, y en cualquier caso, tengo un corazón que late por tu culpa. —Cierro los ojos y me muerdo el labio. El corazón ha saltado de mi pecho a mi lengua. Jun-Ha me hace sentir como si estuviera desnuda ante el escrutinio de su preciosa mirada rasgada—. ¿En verdad esperas que no lo entienda?

Contengo el aliento un momento y lo libero cambiando de postura hasta quedar boca arriba. Ahora mi cuerpo está en perfecta sintonía con mis deseos. Ambos requerimos lo mismo. Unas manos grandes y delicadas, ásperas y dulces, recorriendo cada rincón.

—A veces pienso que es frívolo, que antepongo mis caprichos a las circunstancias que nos rodean...

Todos saben que Jun-Ha es uno de mis motivos, y no se quejan ni se oponen. Sus comportamientos hacen que la carga sea soportable, que no me sienta culpable por amar en un momento como este.

Esa ausencia de culpa es lo que me atormenta.

—¿Así que soy un capricho? —inquire Jun-Ha, travieso.

—Uno bien grande y persistente. —Su risa se entremezcla con la mía de un modo honesto y a la vez nostálgico.

Siendo realistas, tan solo han pasado unos días desde que probé sus labios, pero se han convertido en una maldita eternidad.

—No quiero que se malentienda —confieso en voz baja—. Hay cosas que me importan casi tanto como tú, cosas que quiero arreglar y compensar. Pero... volver verte es... esencial para mí.

Porque él me despierta todos los instintos positivos que habitan en mi naturaleza. Él me convierte en alguien único.

—No tienes por qué justificarlo —me exige.

—¿Lo estoy haciendo?

—Constantemente. Además de olvidar que si existe un culpable, ese soy yo, que no dejé de seguirte de barracón en barracón hasta que me gané tu confianza. —Trato de recuperar el aliento, pero no logro que irrumpa en mis pulmones. Soy incapaz de recordar esos momentos que insinúa, pero algo de ellos habita en mí, y me estremecen—. Soy yo, Siena, quién debería justificarse y tal vez pedir perdón.

—¿Por quererme?

—Sí, por quererte locamente. —Habla con rotundidad y permite un silencio que provoca que sus palabras se instalen con fuerza entre nosotros. Han sido mencionadas con la intención de quedarse de por vida—. ¿Tiene sentido disculparse?

—No... No lo tiene. —Y es cierto—. No sería justo.

—Los demás seguramente piensan lo mismo. —Porque saben bien lo que es amar sin control. Esta casa está cargada de amores absolutos.

Lo que me lleva a saltar al instante en que le vi por primera vez. La versión que recuerdo, en la que él me conocía y yo no.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo sería todo si no me hubiera enamorado de ti? ¿Si te hubiera rechazado desde el principio? —Le oigo coger aire—. Fuiste lo primero que vi al despertar, y temí tus ojos, esa forma en la que me mirabas...

—No me recordabas. Un rechazo era precisamente lo que esperaba. Tu

actitud fue de todo menos injusta.

—¿Qué hubieras hecho entonces?

—Quedarme... hasta saber que tu vida no pende de un hilo.

—Pero... todo lo que hubiéramos vivido...

—Se quedaría conmigo y estaría orgulloso.

Rápidamente intento suponer cómo habría sido, pero me es imposible. Ambos sabemos que me cuesta mucho imaginarme sin él.

Por un momento, trato de cambiar las tornas y ponerme en su lugar. Ser yo quien esperaba a los pies de esa cama a que despertara, toparme con alguien que no me reconoce.

—Eso es demasiado duro —revelo un poco apesadumbrada.

—No tienes la culpa de que lo sea.

—Aun así creo que evitar caer en ti habría sido difícil. Supongo que la amnesia no tiene poder sobre la atracción. Tú me noqueaste desde el principio.

Desde el instante en que capturó mi rostro entre sus manos y entonó la melodía de mi canción favorita, mostrándome una mirada cargada de desesperación.

Ya no me sobresalta la alarma.

Ha llegado el momento de colgar y aunque quiero seguir en línea, entiendo que lo mejor es despedirse, esta vez para no volver a hablar.

—Yo tampoco lo soporto —dice él, asombrándome.

—Tienes demasiado acceso a mi mente, Park Jun-Ha —sonrío.

—Te quiero, mi amor.

—Y yo a ti.

Entonces cuelgo y el silencio que satura mis oídos me inquieta. Continuar en la cama no será agradable, mucho más cuando Franco no tiene la intención de subir; además me da un poco de miedo.

Así que soy yo quien baja, y le encuentro en la sala.

Franco está de pie junto a los ventanales, observando el jardín de brazos

cruzados. La línea de sus hombros, decaída y agotada, me confiesa que Kim Jae no abandona sus pensamientos.

El sonido de mis pasos le alerta y suelta una preciosa sonrisa al verme.

—Hola —susurro, no quiero despertar al resto.

Michel ronca profundamente, despatarrado en su silla de trabajo. La cabeza le cuelga del respaldo; cuando decida despertar le dolerá todo el cuerpo. Cristianno y Mauro han sido más listos. Se han acomodado en el sofá y duermen apoyados el uno en el otro.

—Ven aquí —dice Franco y me atrapa entre sus brazos—. Estás helada. — Pero no siento ese frío. Porque me preocupa mucho más el suyo.

—Jun-Ha me lo ha contado todo —le confieso al mirarle.

—Cotilla.

Sonreímos antes de que regrese el silencio. Pasan unos segundos hasta que vuelvo a oírle.

—No sé cómo interpretarlo... Una parte de mí desea desinhibirse pensando en sentimientos que quizás no existen en él. Pero, por otro lado, tengo más miedo que nunca.

—¿Por qué? —pregunto y él sonríe con tristeza.

—Porque ahora le quiero más que antes. —Inclina la cabeza hacia atrás y devuelve la mirada hacia el exterior—. Ah, ese maldito soldado...

Enseguida apoyo mis manos en sus mejillas y le obligo a mirarme. Franco tiene el tipo de atractivo que crea adicción. De labios gruesos, nariz bien delineada, mejillas firmes, ojos asombrosamente bellos y penetrantes. Todo ello sobre una piel dorada y lisa que magnifica su esplendor.

Es inevitable adorar este rostro y todo lo que representa.

Tuerzo el gesto. Cuando entré en su despacho, nerviosa por conocer al hombre que tanto admiraba, no creí que tendría la oportunidad de aferrarme a él de este modo.

—Eres incluso más guapo estando enamorado —le admito con una sonrisa.

—Pensaba que mi belleza ya era deslumbrante de por sí —bromea antes de besarme en la frente.

Nos quedamos un momento así, quietos y abrazados. Hasta que descubro que le he calmado lo suficiente como para darle mi opinión.

—Kim Jae es alguien que no está acostumbrado a amar de un modo romántico. —Le miro sabiendo que voy a toparme con su sorpresa—. Te has convertido en todo un desafío para él, y como buen desafío, conlleva momentos en que todo parece irse al garete. —Insiste en observarme como si fuera un ente superior—. Pero terminará imponiéndose lo inevitable cuando él entienda que tú jamás formarás parte de sus terrores.

Traga saliva y apoya sus manos sobre las mías.

—Yo solo quiero que deje de tratarme como a su enemigo —susurra—. Me importa poco que nunca llegue amarme, ni siquiera lo espero. Tan solo... me gustaría formar parte de su vida.

Pero, aunque lo dice, aunque sé bien que aceptaría esa posición, no es lo que desea ninguno de los dos.

—No creo que él estuviera satisfecho con tenerte solo como amigo. —Le empujo un poco, tratando de darle un punto de travesura a la conversación.

—¿Qué sabionda eres. —Franco tira de mí y vuelve a abrazarme.

Al ponerme de puntillas y percibir que él ha encorvado la espalda, puedo acomodar la cabeza en su hombro con facilidad. Gesto que me permite disfrutar de una panorámica completa de la sala. De los monitores, de uno de ellos en concreto. Del parpadeo que ha aparecido de pronto.

Me estremezco. Resulta tan violento que incluso Franco se aparta un poco para mirarme. No le devuelvo la mirada, ni siquiera me doy cuenta de la caída lánguida de mis brazos y el retroceso de mis pasos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Franco.

Empieza a preocuparse. Seguramente porque he empalidecido y mis pupilas se han convertido en dos agujeros negros.

—¿Siena?

No sé bien qué decir, porque todavía no entiendo la trascendencia de lo que estoy viendo. Es por eso que me lanzo a la pantalla y termino por confirmar mis sospechas.

Ese parpadeo que me ha robado el aliento, no es más que el símbolo de un

sobre sin abrir junto a un remitente desconocido.

—Es un correo... —susurro consciente de que Franco ya no necesita explicación para entender qué significa.

«Soy Jack», así empieza.

Y el mismísimo Jack nos deja solo quince minutos para marcar los números del teléfono que ha adjuntado.

Analizándolo desde una frialdad que me he inventado, ese grupo de números, sin aparente sentido, se hace cada vez más grande ante mí, llegando incluso a parecerme que tiene vida propia y está dispuesto a engullirme.

Ese maldito número me separa de Song Hye Rim. La posibilidad de que sea una trampa ni siquiera se me cruza por la mente.

Quizás porque me importa un carajo.

Franco

—Michel... —le llamo apoyando una mano en su hombro, pensando que eso bastará para despertarle. Pero no hace caso y el tiempo pasa. Así que le zarandeo—. ¡Michel!

Mi amigo despierta entonces cayéndose de la silla y mirando de un lado a otro completamente desorientado.

—¿Qué?! —exclama.

—Un correo de Song Hye Rim.

Tarda unos segundos en procesar la noticia y rápidamente toma asiento frente al monitor. Creo que él ha sido más rápido que yo en entender que estamos ante el escenario que todos deseábamos, pero nadie imaginaba que pudiera suceder.

La opción de que la periodista coreana esté muerta ha cobrado más fuerza ahora que apenas faltan unas horas para que se cumpla el plazo que hemos impuesto. Es por eso que impresiona tanto este mensaje.

Albergo dudas porque todavía es pronto para confirmar si es ella, pero no está de más confiar un poco.

—¡Chicos, despertad! —aviso a Cristianno y a Mauro. El primero es quien se levanta más rápido. Su primo le sigue un tanto aletargado.

—Mierda, ¿qué pasa? —dice Mauro frotándose los ojos.

—Song Hye Rim —balbuceo.

Siena sigue centrada en la pantalla. No puede creer lo que ven sus ojos.

—¿Qué? —repone Cristianno acercándose aún más al monitor.

—Lo ha enviado al correo de la redacción —anuncia Michel.

—Eso quiere decir que todo este tiempo ha estado investigando a Siena —expongo ganándome la afirmación de los Gabbana—. Ha sabido de la noticia desde el primer momento.

—El prefijo. Es... ¿Singapur? —aventura Cristianno.

—No. —La voz de Siena irrumpe en un susurro tan suave como rotundo—. Acertaste. Es Tailandia...

—Cierto. Está en Tailandia —confirma Michel sin dejar de teclear—. El número pertenece a un locutorio situado en el distrito de Khlong Toei, Bangkok.

La pantalla muestra el mapa de la ciudad y la zona mencionada marcada por un punto rojo. Al mirarlo, comprendo bien porqué Siena ha empezado a temblar.

—Si se ha arriesgado a darnos su ubicación, entonces tiene una alternativa —advierte Cristianno.

—Es por eso que ha tardado en ponerse en contacto —le sigue su primo—. Seguramente estaba organizándose.

Súbitamente, Siena se incorpora. Ha estado tan concentrada en el monitor que dudo haya prestado atención a todo lo que hemos dicho. Pero por su forma de observarnos me temo que su mente está varios pasos por delante de nosotros.

Con las manos convertidas en puños y los hombros en tensión, alza el mentón, agotando con el gesto toda la entereza que le queda.

—Tengo que llamar —dice asfixiada—. Tengo que hablar con ella. Nos ha dado quince minutos para responder y ya han pasado ocho. Tenemos que

darnos prisa.

Michel no deja de teclear.

—Estoy codificando la llamada. No sabemos quién está al otro lado.

Lleva razón. De ser una trampa, a ninguno nos gustaría tener que evacuar Roma sabiendo que los Gabbana han entrado en la misma lista que nosotros. No se merecen un peligro así.

—Listo, cuando quieras —alerta nuestro amigo.

Cristianno coge el teléfono que Michel ofrece y se acerca a Siena. Acaricia su mejilla hasta capturar un mechón de cabello y colocarlo tras su oreja. Ella no deja de mirarle. Se ha perdido en esas pupilas increíblemente azules.

—Tienes que persuadirla, ¿de acuerdo? —comenta Cristianno en un tono que más que sugerir, alivia—. Trata de ser lo más convincente posible. Mantente tranquila. No pasará nada. Estaremos aquí a tu lado, ¿entendido?

Ella asiente con la cabeza antes de aceptar el aparato.

Lentamente, muy despacio, se lo acerca al oído.

Capítulo 47

Siena

Me tiemblan los dedos.

La respiración entrecortada.

Los pensamientos agolpándose.

Temo olvidar el idioma en el que voy a expresarme. Temo las palabras que me verá obligada a escoger, las que tendré que afrontar. Y con ello también la posibilidad de que todo esto sea una asquerosa trampa.

Pero si dejo que estos miedos me acorralen, nunca lo sabremos, y lo lamentaré hasta la saciedad.

Suponiendo que Song Hye Rim me espera tras esta llamada, entonces me enfrentaría a alguien ácido, perspicaz, desconfiado y seguramente implacable. Porque todo lo que tenía que perder, ya lo ha perdido.

No le queda nada a lo que aferrarse.

Más que a sí misma.

Primer tono.

No aparto la vista de los ojos de Cristianno. Se han convertido en mi referente, en la mejor opción posible para sentirme capaz de cualquier cosa. El Gabbana se ha dado cuenta de que necesito su imperiosidad para poder continuar con esto, y persiste. Lo soporta maravillosamente.

Segundo tono.

Se me han taponado los oídos. Ahora solo escucho mi aliento y los latidos discordantes de mi corazón.

«Puedes hacerlo Siena. Tú puedes», me digo.

—Claro que puedes —me asegura Cristianno.

Tercer tono.

Alguien descuelga.

Contengo una exclamación.

Todos los sentidos se me disparan. Ahora ni siquiera estoy segura de estar en esta habitación, rodeada de compañeros que no me quitan ojo de encima.

Se oye jaleo de fondo. Voces comentando algo que no entiendo. El ruido de alguien masticando, el rumor del motor de una motocicleta, el tintineo de la puerta. Mi interlocutor pregunta o al menos eso creo. Ni siquiera sé decir hola en tailandés.

Sin embargo, lo pienso detenidamente. No creo que Song Hye Rim nos haya dado este número en vano. Seguramente ha puesto en aviso a su dueño.

O eso espero.

Solo se me ocurre una cosa para que me entienda.

—Jack... —tartamudeo.

A continuación, la frecuencia titubea. Escucho al interlocutor intercambiando comentarios con alguien.

Hasta que de pronto entiendo todo.

Esa voz... Esa voz... Hablando en coreano...

Es ella.

Es Song Hye Rim.

—Soy Jack —dice sabedora de que distinguiré su idioma.

Vuelvo a mirar a Cristianno y después a Franco, a Michel, a Mauro. Les miro a todos porque es la única manera de asumir que estoy hablando con la mujer con la que empezó todo.

A partir de aquí, de este preciso instante, ellos ya no entenderán nada más. He de ahí que Cristianno me haya dicho que mantenga la calma. Voy a necesitarla. Porque estoy sola en esto.

—Soy Siena. —Trato de sonar segura, aunque ignoro si lo he conseguido.

—Bien, Siena. Aquí me tienes. —Deduzco cierta insolencia en ella. Una arrogancia asentada que se ha ido transformando en crueldad.

Va a ser muy difícil lograr que nos entendamos.

—Por poco tiempo, supongo — admito.

—Chica lista, y hablas bien el coreano, muy bien. —Trivial y ácida, como sospechaba—. ¿Te lo enseñaron durante el cargo de tu padre como embajador de España en Seúl?

Ya suponía de antes que me habría investigado, pero lo ha confesado de un modo casi atacante. Como si me creyera su enemiga.

—No del todo, pero algo sí.

—Eso facilitará nuestra comprensión —sonríe—. Supongo que ya imaginas que he aceptado un acercamiento porque tengo una alternativa. —Los Gabbana llevaban razón—. Así que te aconsejo que seas muy precisa con tus palabras. ¿Qué esperas conseguir, señorita Bornay?

Trago saliva.

—Usted sabe...

—Déjate de diplomacias —me interrumpo.

—Conoces toda la situación —mascullo repentinamente furiosa—. Doy por hecho que te escondes porque no tienes nada con lo que atacar. Lo que te deja en una posición indefensa. Y a mí también.

—¿Acaso me estás proponiendo un trato? ¿Protección quizás? —canturrea como si fuera el estribillo de una estúpida canción.

—A cambio de información y apoyo.

—Piensas ir a por todas, ¿eh? Vaya, qué atrevida. ¿Por qué será que no te creo?

—Porque la desconfianza forma parte de la situación —contrataco—. He recordado la taquilla. Dentro había una tarjeta de memoria.

—¿Dónde está esa tarjeta? —gruñe.

—No lo sé.

—Se acorta el tiempo, Bornay. Dame algo.

—¡Te lo estoy dando! —exclamo.

He empezado a moverme de un lado a otro. Los chicos me observan fijamente. No tienen idea de nada de lo que estoy hablando, pero saben leer mi lenguaje corporal. Son muy conscientes de que esta mujer me pone nerviosa y

me altera como pocas personas han conseguido a lo largo de mi vida.

Me despierta un instinto realmente desquiciante.

—¿El qué? ¿El hecho de saber lo que guardé en una taquilla? Me tomé mis molestias en que no dedujeran que guardaba algo en su interior. —El tiempo, por ejemplo—. Pero resulta que la única persona que lo sabía está muerta, debes saber le mataron, Bornay. Así que eso no te aleja de una posible culpa.

¿Insinúa que yo estoy implicada en la muerte de su hermano?

—Yo no fui —rezongo—. No tengo nada que ver con ellos.

—No lo recuerdas, cariño. No te acuerdas de nada.

—Pero Jack...

—A Jack le conoce todo el mundo, cualquiera puede acceder al blog si goza de conocimientos mínimos en programación informática. —Vuelve a interrumpirme—. Las entradas siguen ahí. Públicas.

Song Hye Rim se siente cómoda, sabe que tiene el control sobre la conversación y que me vence con cada palabra que menciona. No tengo armas con las que enfrentarme a ella y me frustra no haberlo pensado antes. He sido demasiado ingenua.

—Entonces, ¿por qué has llamado? —Trato de arremeter—. Si estás en lo cierto y soy una de ellos, ¿por qué has aceptado el riesgo de exponerte ante mí?

—¿Qué más tienes que decirme, Siena?

Maldita sea, a qué demonios estará jugando. No sé si cambia deliberadamente de tema, si me está poniendo a prueba, si quiere jugar, si tan solo busca volverme loca. Pero lo cierto es que está consiguiéndolo todo al mismo tiempo.

—¿Crees que hay algo más? —inquiero en un jadeo.

—Por supuesto que sí.

—Yo...

Ya me tiene en su poder, lo sabe. Me ha dejado desprovista de cualquier defensa.

La oportunidad que todos creíamos tener con Song Hye Rim se está

escapando ahora de mis manos. Sin embargo se me olvida pensar en ello.

Porque una parte de mí ya no está conmigo.

Lo descubro en cuanto tiemblo. Un fuerte y corto dolor me atraviesa la cabeza. Estoy empezando a ver un poco borroso.

«Quizás tú sabrás qué hacer con esto mucho mejor que yo...», son retazos de mi propia voz lo que escucho.

Pero no es un pensamiento. No tiene sentido.

—Vamos. Tic, tac, tic, tac. Vas a perderme de vista. —Se ha decantado por hostigarme en voz baja—. Vas a perder la oportunidad. Estarás sola ante el peligro. Te comerán viva. A ti y a todos los que te apoyan. Tu estúpida amnesia les matará.

—Song Hye Rim —mascullo entre dientes. Pero ella no escucha.

Y yo tampoco.

«Es una mujer difícil, te costará ganarte su confianza...». La voz que habita en mi cabeza no está en mi idioma. Pero me pertenece.

—Llamas porque soy tu única alternativa —se mofa Hye Rim—. ¿Eres demasiado estúpida o demasiado lista?

Me siento tambaleante. Tengo que apoyarme en la mesa porque no estoy segura de poder mantener el equilibrio.

—Basta. Detente de una vez —le pido—. Yo...

—Tú, tú... Tic, tac, Siena. Tic, tac.

—¡¡¡Basta!!! —grito hasta desgarrarme la voz. A lo que ella responde colgando el teléfono.

He perdido y me invade la frustración

Sin embargo, la voz insiste.

Empieza a lastimarme. La cabeza parece a punto de estallarme. La sensación de vértigo es tan dura que ni siquiera puedo ver a mis compañeros y aferrarme a ellos o a la consciencia.

Entonces cierro los ojos al borde de asfixiarme con mi propio aliento.

«Es probable que ni siquiera te deje hablar. Pero si eso ocurre solo tienes que mencionar...».

—Navidad en Boseong —jadeo.

—¡Siena!

Oigo gritar a Franco. Me ha cogido de los hombros.

Pero no hay tiempo.

Señalo a Michel.

—Vuelve a marcar. ¡Rápido! —le exijo aferrándome al teléfono.

—¡Listo! —exclama él y yo empiezo a contar los tonos.

—Cógelo, cógelo —ruego sin dejar de moverme. Me llevo una mano a la nuca, los músculos se me han tensado.

Alguien descuelga al segundo tono y le permito un instante para responder pensando que quizás Song Hye Rim ya se ha ido y es el dueño del teléfono quien está al otro lado.

Pero parece que no.

Parece que todavía tengo una oportunidad.

—Navidad en Boseong —digo precipitada—. Navidad en... Boseong. —No se oye nada más que el ruido ambiente—. Responde, Song Hye Rim. Responde... Por favor... —suplico entre jadeos muy cercanos al llanto.

—Tenéis veinticuatro horas. Ni un minuto más.

Vuelve a colgar.

Rápidamente, tomo asiento sin apenas fuerza.

El teléfono resbala de mis dedos e impacta en el suelo. Respiro todo lo hondo que puedo y aun así no me es suficiente. La visión todavía insiste en nublarse, ahora incluso un tanto humedecida.

Franco enseguida se acuclilla ante mí y coge mi rostro entre sus manos mientras los chicos me rodean.

—Siena... —gime asustado.

Creo que ellos ya han entendido que acabo de tener un recuerdo.

—Nos ha dado veinticuatro horas para reunirnos con ella —me obligo a decir un tanto afónica.

—Iré a por Enrico —revela Cristianno antes de señalar a Mauro—.

Mientras tanto, despierta a todos. Tenemos un viaje que preparar y nada de tiempo. Date prisa. —Abandona la sala corriendo.

—Te ayudo —se ofrece Michel, y ambos empiezan a trabajar como locos.

Franco incrementa el poder de sus caricias al extenderlas hasta envolver todo mi cuerpo. Me aferro a su pecho, el corazón le late a toda prisa, ha debido de pasarlo mal.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha hecho? —masculla.

—Empujarme al límite.

—Maldita hija de puta.

—No... —Me cuesta un poco menos respirar—. Ha hecho bien. Realmente quería confiar. Ambas lo queríamos.

Capítulo 48

Franco

Impone estar en el corazón de la mafia italiana y mucho más saber que nosotros mismos la hemos despertado.

La comitiva del clan más importante de Italia está aquí, ante nuestros ojos, acicalada y más que preparada para cualquier cosa.

En otras circunstancias, y dejando de lado el miedo que pueda despertar el verdadero significado de la palabra mafia, me estaría frotando las manos ante la apabullante exclusiva; no todos los días puede un periodista codearse con el seno de una familia como los Gabbana.

Sin embargo, no estamos aquí por ese motivo. Sino por uno mucho mayor. Ellos son nuestros aliados. Se han encargado de hacernos entender que formamos parte de la familia, y a un componente de la familia, no se le abandona.

Jamás.

Sea cual sea el peligro.

Alicia y sus leales lo saben bien.

Es por eso que ninguno se amedrenta ante la imperiosa energía que desprenden sus queridos amigos. Más bien, parecen formar parte de ella.

—Khlóng Toei, Bangkok —dice Cristianno señalando el mapa interactivo que hay tras él. Se trata de todo el material que Michel ha podido reunir antes de que la comitiva se reuniera—. Un barrio pobre, sin apenas recursos. Por ende, está libre de guardias.

—No sabes cuánto me alegro —confiesa Mauro.

—¿Qué tal anda de bandas organizadas? —inquire Diego.

—Suponemos que como cualquier lugar con esas características —admite

Enrico. Algo que provoca las sonrisas socarronas de sus compañeros.

—Vamos, el típico matón de pacotilla con seguidores al que le gusta echar leña al fuego —zanja Cristianno con sorna.

—Qué miedo. —A Mauro no parece asustarle.

Pero es lógico, teniendo en cuenta que él y todos los suyos se han enfrentado a enemigos superiores a un capo de poca monta.

Me encuentro de pronto pensando en todo lo que albergan sus memorias. Por un instante, me gustaría tener la habilidad de colarme en ellas y vislumbrar todo lo que almacenan. Son hombres muy jóvenes para ser tan experimentados.

—¿Y las cámaras de seguridad? —añade Eric—. Tengo entendido que Tailandia está plagada de ellas.

La pantalla amplía uno de los sectores del mapa justo cuando Cristianno vuelve a señalar. Todos prestamos especial atención al canal de agua turbia que atraviesa el lugar.

—La zona del distrito donde se encuentra Song Hye Rim apenas cuenta con vigilancia. Así que no habrá problema —declara Cristianno.

—De todas formas, extremaremos la precaución con indumentaria y dispositivos. Poco tiempo, entrar y salir —advierte el Materazzi con las manos en los bolsillos de su vaquero—. Lo que sea que tengamos que hablar, lo comentaremos en la zona segura que establezcamos.

Siena se mueve a mi lado, está inquieta y bastante tensa. Ha permanecido callada todo este tiempo. De hecho, no ha mediado palabra desde que ha explicado detalladamente toda la conversación que ha mantenido con Song Hye Rim.

En cuanto Cristianno regresó a la sala, acompañado por Enrico, Alicia y Santiago, todos nos acomodamos a su alrededor para escucharla.

Navidad en Boseong.

Una mención sin aparente transcendencia, pero que ha logrado darnos la oportunidad de reunirnos con la periodista surcoreana. Y es que Siena ha recordado algo importante: recibió una carta.

No ha podido recordar el momento exacto en que la abría, apenas recuerda el contenido completo ni cuál era el remitente, pero le ha sido fácil

deducir de dónde provenía dado que estaba escrita en caracteres coreanos de caligrafía titubeante.

Fuera quien fuere su autor, estaba asustado y preocupado, y decidió ponerse en contacto con Siena para cederle la información de la que disponía.

Probablemente estamos ante las últimas palabras del hermano de Song Hye Rim. Algo que enseguida me lleva a relacionar el remordimiento que deduzco en Siena. Pues la periodista le ha insinuado ser una posible culpable de la muerte del hombre.

Como ella no lo recuerda, es muy sencillo atribuirse la carga.

—Un momento... —dice Siena en voz baja. Ha clavado la yema de sus dedos en las rodillas. El silencio se ha instalado de repente, a la espera de que vuelva a hablar—. Ah... ¿Estáis insinuando que vais a viajar vosotros, conmigo?

Mira a Cristianno, tratando de contener la gran simpatía que el joven le despierta. No hay espacio ahora para los afectos, o al menos eso me parece percibir en ambos.

—No. Viajaremos solos —responde el Gabbana—. Tú irás con los tuyos a Seúl, como estaba establecido.

Porque nosotros mismos expusimos esa idea, aferrándonos a la posibilidad de que Siena pueda recordar el paradero del contenido de la taquilla, una vez empezemos a reconstruir sus pasos a tiempo real.

La probabilidad de lograrlo es pequeña, pero no remota. Se ha convertido en una necesidad primaria.

—Song Hye Rim me espera a mí —espetta Siena poniéndose en pie. La tensión se derrama por sus brazos. Cada vez está más rígida.

—Ella sabe que cuentas con ayuda —sentencia Cristianno, rotundo—. Sigamos.

Pero Siena no quiere permitirlo.

—No estoy de acuerdo.

—¿Por qué? —espetta el Gabbana

—Es demasiado... Ya habéis hecho suficiente.

Eso es cierto.

Más allá de la amistad que la señora comparte con los italianos, nosotros no tenemos nada que ver. Sin embargo, nos han amparado como si fuéramos de los suyos. Sin apenas conocernos.

Oteo a Alicia. Permanece cruzada de piernas, absolutamente concentrada en las reacciones de su hijastra. No tiene intención de participar ni tampoco de contener lo que sea que vaya a decirse.

Del mismo modo permanece el resto. Hecho que entiendo, pero en cierto modo me irrita. Porque quiero detener a Siena y no sé cómo.

—¿Darte un poco de protección es suficiente? —La ironía resalta en Cristianno, se le da bastante bien, y despierta la contundencia en Siena.

—Sí. Incluso creo que es más de lo que cualquiera haría.

—A mí no me lo parece —interviene Enrico en un tono de voz mucho más grave que de costumbre.

—Agradezco enormemente que queráis ayudarnos en nombre de Alicia Duarte. —La señala evitando mirarla—. Pero... repito, esto es demasiado.

—Y yo repito la pregunta, ¿por qué? —insiste Cristianno.

—Es nuestro problema.

—¿Solo tuyo? —El modo en que el Materazzi tuerce el gesto me resulta de lo más espeluznante. Estoy muy cerca de ver al mafioso que muy pocos conocen.

Aunque presenciar ese detalle se equipara a la intención de sus palabras. Enrico ha recordado su implicación en el problema. No hay necesidad de mencionar cuánta furia le suscita que el Bornay forme parte de los recuerdos de su esposa.

Impacta en Siena, que sigue carcomiéndole ese hecho, que la deja desprovista de defensas. Sabe que no puede negarle a Enrico la venganza, y en realidad no se opone. Sus protestas van mucho más allá. Ella está preocupada por él, por todos.

—¡Precisamente por eso! —exclama.

Se acerca a Enrico y a Cristianno con decisión. Le importa un comino la atención de los demás. Para ellos es como si estuvieran los tres a solas.

—No puedo permitir que os arriesguéis. Ya hemos visto antes que el poder no detiene absolutamente nada.

Esa insinuación rescata el momento en que Alicia Duarte perdió KL. Han pasado unos pocos días, pero casi me parece una eternidad.

Creo que soy el único al que le impresiona esta conversación. Porque si el resto siente lo mismo, no lo demuestra.

—El vuelo dura unas diez horas sin escalas. —Enrico se ha decantado por ignorar a Siena, muy premeditadamente—. Si salimos en un par de horas, llegaremos a Bangkok a media madrugada. Mantak Yoon, secretario de la embajada tailandesa, viajará con nosotros en calidad de intermediario y traductor. Thiago, avisa a Ricciardo. Necesitamos los permisos de vuelo.

—Materazzi... —murmura Siena, en vano.

—El equipo estará formado por Cristianno, Mauro, Alex, Eric y Diego, además de mí. Thiago se quedará en Roma sustituyéndome. Y Valerio tomará el mando de la familia.

—¡Enrico! —Termina gritando mi compañera—. ¿Qué parte de todo lo que he dicho no has entendido?

—Todo. Lo he entendido todo, Siena —espeta él—. Pero en el proceso parece que has olvidado con quien estás hablando. ¿Debo recordarte quiénes somos?

—No... —Un jadeo asfixiado—. Pero ¿vas a prohibirme que me preocupe? ¿No crees que ya tengo demasiada responsabilidad como para cargar con la posibilidad de que os suceda algo?

—Deberías temer lo que podemos hacer y no lo que podrían hacernos.

—No tienes ni la menor idea de lo que os espera al llegar. No tenemos porqué ser los únicos que hayamos interceptado a Song Hye Rim —arremete—. ¿Qué tal si alguien del locutorio al que hemos llamado la ha reconocido? ¿O alguien del lugar donde se esté hospedando?

—¿Pretendes entonces que te enviemos a ti? —Más ironía. Al Materazzi también se le da muy bien emplearla.

—Yo no tengo hijos y una esposa esperándome en casa —masculla antes de señalar a Cristianno—. Ni tampoco estoy a punto de casarme.

—Buen argumento. Pero también se aplica a ti. —Enrico se acerca a ella como si fuera un depredador. Caminando muy despacio. Y entonces baja la voz hasta convertirla en un susurro íntimo—. ¿Quieres que sea yo quien le diga a Park Jun-Ha que has desaparecido en Tailandia? —Me contagio del temblor de Siena. Ha convertido las manos en puños—. A su respuesta sí que le tendría miedo. No hay nada más peligroso que un hombre que ha perdido lo que más ama. —Enrico ya sabe que ha noqueado a Siena—. Thiago, no te veo trabajar. —Termina ordenándole a su segundo, sin dejar de mirarla.

Un instante después se aleja para abandonar la sala.

—Los demás, ¡en marcha! —anuncia Cristianno, provocando entonces que todos se incorporen.

—¡Sí, jefe! —responden a la vez.

Siena permanece inmóvil en el centro de la sala conforme la gente deja el lugar. Hasta que de súbito clava la vista en Alicia.

—Tú... ¿No tienes nada que decir? —jadea un tanto furiosa.

Su madrastra descruza las piernas y se pone en pie.

—Hay momentos en los que es mucho mejor escuchar. ¿No es así, Silvano?

El nombrado también se incorpora, ayudándose de su bastón, y se acerca a su amiga con una expresión de júbilo en los ojos.

—Creo que es hora de avisar al Shirayama-kai. —Confesión que provoca gran estímulo en la Duarte—. Mujer, veo malicia en tus ojos. Dime, ¿qué harás ahora que has entrado en la mafia por la puerta grande? —Le ofrece un brazo que Alicia acepta enseguida.

—Igualarte —advierde ella incitando las carcajadas del mayor de los Gabbana conforme se encaminan hacia la salida.

He prestado atención a cada detalle, incluso al sutil temblor que ha recorrido el cuerpo de mi compañera. Pero es inevitable sentir cómo me desborda la mención de esa palabra japonesa.

Siena enseguida observa a Cristianno. Le atrapa sonriente y curiosamente animado.

—¿Qué es el Shirayama-kai? —inquiera un poco cohibida.

Su pregunta le da voz a mis pensamientos. Algo de ella ya imagina qué es,

y no puedo negar que algo de mí también lo sabe.

Pero escucharlo es tan necesario como desconcertante.

—A la Yakuza [\[10\]](#) no se le pregunta —sonríe Cristianno.

Y entonces nos convertimos en los únicos que todavía permanecen en esta fría y poderosa sala. Mirádonos fijamente, sintiéndonos extrañamente abrumados.

Acabamos de entrar de lleno en un juego que se rige por unas reglas que muy pocos conocen.

Tendremos que ir aprendiéndolas por el camino.

CRÉDITOS

Todo el proceso de creación de este libro ha sido realmente intenso y agotador. Es por ello que me enorgullece tanto el hecho de que ahora mismo tú lo tengas en tus manos.

Gracias por seguir esta aventura. Espero sinceramente que la hayas disfrutado.

Nos vemos en la siguiente entrega.

Hasta entonces, un gran abrazo.

Alessandra Neymar

**¿QUIERES SEGUIR DISFRUTANDO DE TU
LECTURA?**

Toda aventura tiene un principio.

LOS HIJOS DEL CAOS

empieza aquí.



Hazte con tu ejemplar solo en:

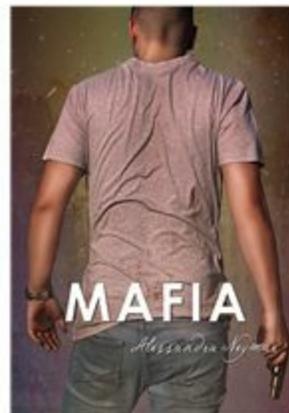
amazon

Disponible en físico y en digital.

BAJO EL CIELO PÚRPURA DE ROMA

Adéntrate en una historia cargada de acción, pasión, traiciones, amores imposibles y mucha mafia.

Perderás la cabeza.



Hazte con tu ejemplar solo en:

amazon

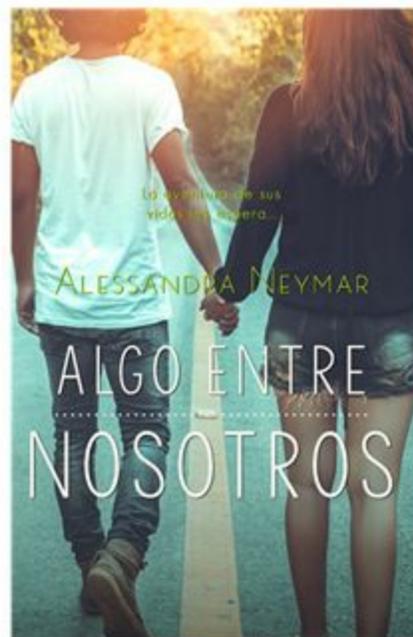
Disponible en físico y en digital.

COLECCIÓN *Crazy Love*

Disfruta de tu lado más romántico y divertido con la colección Crazy Love. Relatos cortos con finales concluyentes que te emocionarán y sacarán una sonrisa. Déjate cautivar por los protagonistas de estas peculiares y entretenidas historias.

Para más información sobre la colección, visita la web
www.alessandraneymar.com

Ya disponible el primer título de la colección.



Hazte con tu ejemplar solo en:

amazon

Disponible en físico y en digital.

NOTAS

[1] Trad. adv. interrog. Cómo. Aunque en forma coloquial también puede expresar hastío o desesperación.

[2] Trad. Cuervo en idioma coreano.

[3] Dulce tradicional típico de Cataluña, además de otras regiones españolas, que se consume durante la festividad de Todos los Santos.

[4] Juego de palabras. Red Velvet da nombre a una tarta, conocida por su bizcocho rojo y cobertura blanca, y también al grupo de pop surcoreano.

[5] Trad. Amigo, ayudar en idioma tagalo.

[6] Lengua malayopolinesia que se habla en Filipinas.

[7] Trad. Silencio en idioma tagalo.

[8] Trad. Hasta luego, cariño en idioma coreano.

[9] Trad. ¿Por qué, joder? en idioma coreano.

[10] Es el equivalente a la mafia japonesa.